

RAMON PRIETO

# EL PACTO

OCHO AÑOS DE  
POLITICA ARGENTINA

Editorial "EN MARCHA" 1963

## A MANERA DE PROLOGO

*Cuando me senté a la máquina para dar forma a estas páginas, me prometí a mí mismo, como juran los testigos antes de prestar testimonio, no decir más que la verdad, toda la verdad y sólo la verdad. Pero no me dije que no la interpretaría a mi buen ver y entender ni que la verdad política —que en política es la forma superior de la Verdad— no prevalecería sobre todo lo demás.*

*Estas son páginas de crónica, de crítica, pero sobre todo de autocrítica. He pasado por sobre detalles que si bien darían al volumen la picante atracción del anecdotario, podrían oscurecer las constantes que afanosamente he buscado como guías en este trabajo, para que estos casi ocho años de rica y dolorosa experiencia no caigan en el vacío. Hay tal vez en estas páginas exceso de pasión; pero imagino que sólo los moluscos logran vivir sin apasionamiento.*

*No he querido sujetarme a un esquema preconcebido. He preferido golpear las teclas para fijar cada recuerdo, cada idea que, como los eslabones de una cadena, iban arrastrando a la siguiente. No he querido transcribir más que lo indispensable, que siempre es poco. Al poner el punto final, la sensación predominante fue el alivio. Algo como de haber cumplido un deber hacia la colectividad y hacia mí mismo, desnudándola y desnudándome. La desnudez político-social sólo asusta a la reacción, que es deforme.*

R. P.

## CAPÍTULO I

### LA MASACRE

**E**L 16 de junio de 1955 amaneció nublado. Una espesa muralla de nubes separaba el cielo de la tierra y una niebla compacta, tan londinense como la inspiración que iba a desencadenar el drama, desdibujaba todas las aristas. Pero las aristas estaban allí, punzantes y agresivas. La procesión del día 11, a la que se sumó la oposición liberal más enconada, había culminado con la quema de la bandera y el agravio a la memoria de Eva Perón. A la dura campaña anticlerical desatada por la prensa del Movimiento —que no supo ver que caía así en la más grosera de las provocaciones—, la oposición iba a responder con la masacre. Un factor nuevo, puesto en escena, iba impregnando de una dinámica brutal el gesto de los actores. Era el petróleo, profundizando el aislamiento de Perón y los trabajadores del resto de la comunidad. Esta, azuzada por la reacción y el imperialismo, derribaba las barreras que separaban a nacionalistas aristocráticos y comunistas, a radicales y conservadores, a socialistas amarillos y trotskistas vocingleros. Y minaba la unidad del peronismo sometiendo a una presión tremenda las relaciones gobierno-fuerzas armadas y fuerzas armadas-pueblo. La cuestión religiosa dio finalmente, a la reacción y al imperialismo, el campo de batalla donde batir al país batiendo a Perón y al peronismo.

El problema de la Iglesia —problema que se magnificó desde los dos extremos de la controversia— adquirió un doble aspecto: a) el de socavar la unidad gobierno-pueblo-fuerzas armadas; b) el de sellar la unidad opositora, dándole no sólo una mística capaz de resistir a todo análisis objetivo, sino la bandera de que carecía. La procesión del día 11, más que procesión fue una marcha militar con fanfarrias paralelas en las que predominaban las notas insurreccionales. Y logró tal gravitación que todos los problemas, hasta el del petróleo, quedaron circunscriptos al enfrentamiento Peronismo-Iglesia, como antítesis absolutamente irreconciliables.

El peronismo, como expresión de unidad y de apetencias nacionales, ya no era el del 46. Su concepción del desarrollo económico, basado en la expansión de las industrias de consumo y en la ilusión del mantenimiento de los precios de sus exportaciones y de su capacidad de adquirir, sin desmedro de la balanza de pagos, los combustibles y las materias primas que no impulsaba a producir en el país, había ido transformando su economía en un depósito en el que los ingresos llegaban por un conducto de una pulgada y sus egresos por uno de diez. El timo en que terminó la reserva de nuestros saldos de granos y de oleaginosos para el Plan Marshall —que inspiró a Perón aquel artículo de “Descartes” que tituló “Así paga el Diablo”—; la reforma monetaria de 1949; el viaje de Cereijo a los Estados Unidos, en 1950, con sus resultados: el préstamo de 150 millones de dólares; la ley 14.222, de radicación de capitales extranjeros; la devolución de marcas y patentes a las empresas alemanas en poder del DINIE; el Congreso de la Productividad y del Bienestar Social; el convenio con la California y el préstamo de 60 millones de dólares para la siderurgia, eran hechos y medidas que demostraban: primero, que la economía había entrado en un círculo que la ahogaba; segundo, que el peronismo estaba buscando, con certidumbre, una salida. Pero a medida que la buscaba, la oposición iba cerrando otro círculo, en lo político, aprovechando el deterioro del frente nacional, el que se operaba progresivamente desde 1951.

El enfrentamiento con la Iglesia cerró ese círculo, desarrollando, material y políticamente, al Movimiento. Pero para

la dirección peronista, la realidad era totalmente impenetrable. Los acontecimientos del 11 —la capitalización de la cuestión religiosa por parte de toda la oposición, que se unificaba a través de ella y disgregaba el frente peronista— eran, para los dirigentes, un episodio sin mayor trascendencia. Un episodio que sería “tapado” por la concentración popular preparada para el 14, cuya masividad no dejó dudas en cuanto a que la clase obrera, en su totalidad práctica, se mantenía junto a Perón, pero que demostró también que *sólo la clase obrera estaba con él*. La clase media se había replegado, y en su repliegue volvía a caer en manos del liberalismo radical que disfrazaba su incapacidad de entender el proceso nacional con el galimatías del programa de Avellaneda. Y los que no iban a parar a esa fosa común de la frustración popular, deambulaban aferrados a frases tan vacías como oscuras del nacionalismo aristocrático, el socialismo profesoral o el comunismo de librería. Los empresarios, alertados por el fracaso del Congreso de la Productividad —que fue una especie de Pacto Social en proyecto cuya frustración quebrantó la unidad obrero-empresaria, basada, esencialmente, en la subvención a los productos de primera necesidad, en los cambios preferenciales para las materias primas y en la ausencia de problemas salariales por los laudos que satisfacían las exigencias obreras mediante créditos y subvenciones a la industria—, los empresarios, repetimos, iban abandonando el frente peronista como las ratas abandonan el barco en peligro. Y los sectores conservadores, que no habían perdido su condición reaccionaria al integrar el frente peronista, porque lo hicieron como medida de autodefensa económica y no como producto de la toma de conciencia de que su solidaridad con el pueblo era la mejor manera de preservar sus intereses económicos, ya habían defecionado. El peronismo, en 1955, como expresión del frente nacional que fue en 1946, se había reducido a Perón y a la clase obrera. Es decir, se había sectarizado, había substituído su contenido nacional por el de clase, y en la medida que lo reiteraba consolidaba el frente enemigo que habría de liquidarlo a la brevedad.

Para éste, el problema con la Iglesia no tenía más expresión que la de manifestar una nueva fisura en el frente

nacional. Una fisura por la que se podía llegar fácilmente hasta la médula del núcleo que la reacción consideraba necesario volcar a su favor o, por lo menos, neutralizar en su conjunto para dejar las manos libres a la minoría que respondía a sus objetivos desde 1951. Ese núcleo era el de las Fuerzas Armadas, pero esencialmente constituido por Ejército y Fuerza Aérea, en las que el peronismo, en tanto que doctrina nacional, había calado más hondo. Ideológica y doctrinariamente la oposición coincidía muchísimo más con el sectarismo de la dirección peronista que con la Iglesia. A la reacción, para la cual el petróleo era lo esencial y que manejaba como a títeres al conglomerado opositor, no le fue difícil, sin embargo, volver al revés esa coincidencia. Y el 11, en la procesión, los comunistas rezaban el credo con un fervor envidiable, los socialistas se persignaban con unción y los radicales encabezaban los grupos que vivaban a Cristo Rey.

El Movimiento peronista, que era esencialmente cristiano —y más que cristiano, católico—, no veía en el proceso a que había sido lanzado desde el acto del Luna Park —en el que Teisaire y Vuletich remedaron en sus discursos una tenida masónica con faltas de ortografía— otra cosa que una simple maniobra del conductor para liberar a la Iglesia de la hegemonía de ciertas jerarquías. Perón, en su discurso del día 13, insinuaba esa concepción. “Nuestro Movimiento —decía el conductor— nunca dejó de ser cristiano, solidario, popular y humilde. El clero que lo enfrenta es sólo aquel que vive de las prebendas de las damas oligárquicas.” Y más adelante, el mismo día: “Se trata de librar al clero de sus compromisos con la oligarquía, a fin de facilitarle que cumpla con el deber de servir al pueblo y no a los explotadores del pueblo.”

Las cosas, sin embargo, no eran tan simples. Caído en la trampa de la lucha religiosa, el peronismo se iba despojando inexorablemente de sus últimas características de frente nacional. Se iba transformando en una facción más, alimentándose de un sectarismo que, por el hecho de responder a motivaciones obreristas, no era menos negatorio y deteriorante de su virtud esencial: la de representar los intereses y los derechos legítimos, sino de todos, de la inmensa mayoría de los argen-

tinios. Los últimos sectores nacionalistas que revistaban en él fueron aventados por la cuestión religiosa. Y fue ésta la que facilitó a la reacción, que todo lo manejaba, la siembra de las dudas más trágicas y las suspicacias más graves en el seno del basamento militar del peronismo. Una fuerte corriente nacionalista, tan católica como nacionalista, latente en el frente obrero, y que durante diez años alimentó con su entusiasmo y su lealtad el anticomunismo práctico —y efectivo— de Perón, se sintió vacilar. Esa corriente, tres meses después, iba a Plaza de Mayo a recibir a Lonardi, otorgando al acto una universalidad de la que hubiera carecido sin ella. Pero a partir del 13 de noviembre volvió a refugiarse, no ya en el peronismo, sino en el sectarismo más cerril e impenetrable. La verdadera imagen de la Revolución Libertadora, que sólo se encontró a sí misma tras el gobierno de Aramburu-Rojas, la despojó de sus últimas ilusiones.

Pero volvamos a los hechos. El 14 de junio "Democracia" ponía la nota más estridente en la campaña anticlerical en que se iba embarcando el Movimiento, respondiendo a la provocación del 11 y a la presión de los grupos infiltrados en su seno por la reacción y el izquierdismo redivivo y lanzada, desde todos los ángulos, a todo vapor. Junto al discurso de Perón, que llamaba a la cordura y que dejaba abiertas las puertas de la negociación con la Iglesia, "Democracia" abría una sección bajo el título "Quién es quién en la infamia" y la inauguraba con cuatro fotografías y sus correspondientes leyendas. La primera correspondía al cardenal Copello, al que llamaba "prestamista"; la segunda era de monseñor Figueroa, al que calificaba de "efebólatra"; la tercera presentaba a monseñor De Andrea bajo el apelativo de "re-colector"; y la última correspondía a monseñor Di Pasquo, el "intrigante". Esto en la tercera página. En la primera, bajo un clisé que mostraba a un grupo de personas colgando una bandera de la ventana de la Curia, se leía: "El pueblo enardecido quiere imponer la bandera de la Patria en el antro mismo de quienes la agraviaron. Un impulso de purificación lo guía. Un afán de hacer penetrar un poco de argentinidad y nobleza en la madriguera del clericalismo traicionero". La reacción y el imperialismo se frotaban las manos.

Esa tarde una inmensa multitud se reunió en la Plaza del Congreso. Se trataba de honrar a la bandera, desagrar a Evita y refirmar su lealtad a Perón. Y aunque todos los organismos del Movimiento se habían movlizado para responder con la masividad de sus componentes a la procesión del 11 —que la oposición, al darse cita en ella, transformó en una manifestación política de tono premonitoriamente insurreccional—, el centenar y medio de miles de personas estaba formado por obreros. Exigida por aquella masa imponente la presencia de Perón y su palabra, éste reiteró su invocación a la cordura, afirmó que el problema sería resuelto por la justicia y pidió a los trabajadores que dejaran en sus manos "el partido". Pero no se trataba de una justa deportiva. La reacción ya había elegido el terreno y la oportunidad y aunque el 15 todo parecía en calma, esa calma no era más que aparente. Las manos que se frotaban ante los desbordes deslenguados de "Democracia", estaban ya calentando los motores de los aviones navales para la operación de comandos del día 16.

Daban las 12 y 40 cuando cayó la primera bomba. Dos tranvías llenos de pasajeros, detenidos en la esquina de Hipólito Yrigoyen y Paseo de Colón, y un ómnibus presto a partir, saltaron hechos pedazos, como si de súbito un volcán se hubiera abierto junto a ellos. De los tranvías salían quejidos y gritos de dolor; del ómnibus incendiado comenzaba a desprenderse el olor dulzón y asqueante de la carne quemada. Lo que quedaba en pie de una "cola" que aguardaba el segundo ómnibus, todavía vacío, y del puñado de curiosos que se había detenido para ver aterrizar un helicóptero frente al Ministerio de Ejército, estaba inmovilizado por el terror y la estupefacción, con los ojos clavados en el aparato que tras sembrar la muerte se alejaba zumbando. Y en un balcón del Ministerio de Ejército se vio a Perón rodeado de generales que gesticulaban.

La bomba había caído sobre el empedrado del Paseo Colón, unos metros antes de la esquina de Hipólito Yrigoyen. Mató a una treintena de personas —hombres, mujeres y niños—, mordió con sus dientes de hierro el granito del Ministerio de Hacienda que, de pronto, se cubrió de viruelas, y

regando el sector de la esquina de la Casa Rosada hizo saltar en añicos los vidrios del Ministerio de Ejército. Perón estaba en él desde poco después de las 11, advertido ya del complot para asesinarlo y de la manera cómo éste iba a operar. Se trataba de enviar un grupo de aviones navales al desfile aéreo proyectado para ese día sobre Plaza de Mayo, bombardear la Casa Rosada y dejar abierto el camino a la infantería de marina que a las 7 debía llegar a Puerto Nuevo desde su concentración en Martín García. La misión de ésta era tomar por asalto la Casa Rosada y liquidar a Perón.

La falta de "techo" y la niebla, que envolvió al río en un sudario misericordioso hasta pasado el mediodía, frustraron la operación. No hubo desfile aéreo, y los efectivos de infantería de marina que debían llegar a las 7 no lo hicieron hasta mucho después. Teisaire, que fue uno de los primeros en conocer el complot, había logrado neutralizar la acción de la Escuela de Mecánica. El "putch" veía que las circunstancias y los efectivos con que contaba se iban reduciendo a cada minuto; que al acercarse el mediodía no contaba más que con una compañía de infantería de marina y con el contraalmirante Olivieri, Ministro del arma. Pero el contraalmirante Gargiullo ordenó que se cumpliera la operación. En cumplimiento de esa orden estalló la primera bomba a las 12.40.

De inmediato, los efectivos de infantería de marina dejaron el ministerio del arma y fueron ganando terreno hacia la Casa Rosada, sometida, desde el mismo instante que estalló la bomba, al fuego de los fusiles ametralladora apostados en las ventanas del Ministerio de Asuntos Técnicos. Allí, un grupo de civiles —los mismos que ocupaban sus ocios, desde 1952 a ese día, en poner bombas en los puentes ferroviarios, fusilar desde autos a vigilantes de guardia y colocar bombas de tiempo para que estallaran en las concentraciones populares de Plaza de Mayo— se había hecho fuerte desde las primeras horas de la mañana.

Las nubes y la niebla habían sido misericordiosas con Perón, pero no lo fueron con el pueblo. A las 14, millares de personas se concentraban en las inmediaciones de la Plaza de Mayo, ocupaban las recovas de Leandro N. Alem, y con toda clase de armas —pistolas, revólveres, escopetas— hosti-

gaban a los infantes de marina, que seguían progresando hacia el objetivo. Era tremendo y conmovedor ver la espontaneidad de las masas enfrentando una ecuación ofensiva, como era la infantería de marina, cuyos hombres se movían con una precisión y celeridad de máquinas. Mientras un pelotón corría en zig-zag treinta metros para tirarse sobre el asfalto y abrir hacia adelante el surtidor de las "Pam" con que estaban armados, la sección los protegía con un fuego que llenaba de impactos todo el flanco derecho. Desde allí, el pueblo respondía, recogía a sus heridos, los transportaba a la Asistencia y seguía luchando. Cada arcada de recova era una trinchera; cada puerta, abierta a empujones, un hospital; cada hombre o mujer un combatiente; cada criatura, a quien ni a pescozones se lograba alejar, un enfermero, un municionero, un centinela. Iban a dar las quince cuando una columna, encabezada por una mujer que llevaba una bandera y gritaba sin cesar algo incomprensible, irrumpió por Bartolomé Mitre y no alcanzó a dar cinco pasos cuando una ráfaga de "Pam" la derribó como a un espantapájaros abatido por el huracán. Un muchachito —una criatura— tomó la bandera y cayó. Pero otro la levantó de entre la sangre y con gritos de "Viva Perón" la paseó bajo las arcadas como si fuera una reina. Desde detrás de la estatua de Belgrano, Cooke fusilaba el bronce de Brown con una 45.

A las 15.30 una escuadrilla de aviones que llegaba desde el río atronó el espacio con sus motores. El pueblo, que ya se contaba por millares, la saludó entusiasmado y seguro. Pero la escuadrilla giró, se lanzó en picada y descargó sus bombas sobre la Casa Rosada. A la primera, siguieron decenas de bombas. La gente que hostigaba a la infantería de marina estaba estupefacta. Habían pasado tres horas desde que la agresión comenzara, y el ejército de Perón, la aeronáutica de Perón seguían ausentes. Sólo alrededor de las 16 llegaron unos tanques. La infantería de marina se replegaba. El pueblo, que recibió a los tanques con un entusiasmo sin parangón, marchó tras ellos hacia el Ministerio de Marina. Pero allá arriba, bajo un cielo nublado pero con "techo", los aviones asesinos seguían operando. Serían las 17.30 cuando el último de ellos, que venía del oeste, recorrió la Avenida

de Mayo disparando sus ametralladoras, para perderse sobre el río rumbo a la Banda Oriental. Desde él se despedía, con una carcajada de pólvora, el Dr. Miguel Angel Zavala Ortiz.

Centenas de muertos y un millar de heridos quedaban aquí abajo. Cuando iba oscureciendo, el Ministerio de Marina levantó bandera blanca. Gargiullo se suicidó. Cerca de mil soldados, suboficiales y oficiales se entregaron sin resistencia, protegidos por los tanques, que no necesitaron más que una exhortación para que el pueblo allí reunido los viera partir en silencio, sin siquiera dedicarles un insulto. El contralmirante Olivieri, ministro de Marina de Perón, y Toranzo Calderón, comandante de su infantería, estaban entre los prisioneros. Pocos días después eran enviados al sur.

## *ENTRE BASTIDORES*

Cuando Perón, por la radio, anunció que el último avión rebelde iba a aterrizar en el Uruguay buscando refugio tras la masacre, la provocación ganó la calle. Para ella era esencial dar al bombardeo el sentido de réplica a los actos anti-religiosos del peronismo. Si la masacre era la respuesta de la Iglesia a Perón y al peronismo, no sólo quedaba definitivamente descartada toda perspectiva de negociación y de acuerdo, profundizándose la fisura en el frente nacional y peronista, sino que la reacción alcanzaba dos objetivos: 1) encuadrar a la Iglesia, en conjunto, aunque sólo fuera formalmente, en el frente reaccionario; 2) darle a éste una bandera y una guía para la acción capaz de disimular sus verdaderos objetivos, entre los que no estaban precisamente la preservación de las creencias religiosas ni las tradiciones cristianas, sino el regreso a los carriles de la "Década Infame", con todas las restricciones económicas, todas las violencias políticas y todas las limitaciones sociales que la reacción impuso al pueblo al derrocar a Yrigoyen y su régimen de aspiración e inspiración popular.

Para ello necesitaba que la masa peronista, que el pueblo, produjera a su vez actos de violencia que ratificaran la motivación religiosa del sangriento bombardeo de aquel mediodía.

Y la provocación se los dio esa misma noche. El incendio de la Curia y las iglesias transfirió, de súbito, la cuestión nacional al ámbito de los enfrentamientos religiosos, sin principios ni cuartel.

Sin esos hechos, en que las derechas y las izquierdas coincidieron en la acción, y la instrumentación de los provocadores que los ejecutaron, el 16 de setiembre pudo reducirse a un "putch" más, sin otra trascendencia que la combatividad de las fuerzas que se enfrentaron. Ese día —la crónica estrictamente militar de los sucesos de Córdoba es probable que no se escriba jamás— el ejército estaba anticipadamente derrotado, derrotado sin lucha y desde los mismos puestos claves que lo debían comandar. *Porque no podía defender lo que ya no creía defendible.* ¿Podía combatir para preservar al gobierno de "los que habían quemado las iglesias"? ¿Derramaría su sangre para escudar el monopolio del poder político de la clase trabajadora? ¿Compartiría su condición de brazo armado de la Nación con los gestores de aquella provocativa iniciativa de crear las milicias obreras?

Los oficiales de las Fuerzas Armadas no caen del limbo. Proviene de todas las clases sociales de la Nación —y especialmente de la clase media— y llevan a las instituciones sus apetencias, sus dudas, sus anhelos y sus esperanzas, aunque la disciplina y la vocación las adormezcan. Pero no las extirpan. Las campañas psicológicas, en las que la reacción es terriblemente eficaz, reavivan esas raíces profundas, riegan esos gérmenes, los enfrentan con la disciplina y la subordinación. No en vano en 1930, en 1955 y en 1962 la acción militar que liquidó los gobiernos legales y civiles encontró sus motivaciones en principios de moralidad, de orden, de respeto a derechos comunes pretendidamente conculcados por esos gobiernos. La reacción, en su campaña psicológica, exhibe como pecados de sus enemigos sus propios pecados. Y presenta sus virtudes como virtudes propias. ¿Por qué el Tte. General Uriburu derrocó a Yrigoyen? Por sus escándalos administrativos, por los peculados de sus ministros, por el caos político que propiciaba y por los descontentos gremiales que no podía evitar. ¿Por qué se derrocó a Perón, en 1955? Por la inmoralidad administrativa, el peculado, los negociados, la dictadura.

¿Por qué los comandantes de las Fuerzas Armadas depusieron a Frondizi en 1962? Por idénticas razones, la misma campaña sicológica y los mismos objetivos reales. Tras la caída de Yrigoyen, de Perón y de Frondizi está el petróleo. En los dos precedentes históricos, nada más que como aspiración y posibilidad; en el último, como realidad concreta.

Las apelaciones a la moral, a la decencia, al honor y a la dignidad ciudadana y personal de los mandos de las Fuerzas Armadas, en 1930, 1955 y 1962 llevaron a la misma inmoralidad, mistificación y desvergüenza reaccionaria. En 1930 condujo al país a la "Década Infame", al pacto Roca-Runciman, a la misión de sir Otto Niemeyer, al "fraude patriótico", al discrecionalismo sin límites de la reacción, la oligarquía y el imperialismo, mancomunados para mantener inmovilizado al pueblo junto a la olla popular frente a las comisarías. Trece años fueron necesarios para que los resultados de la quiebra de la legalidad constitucional, en 1930, fueran anulados por las mismas fuerzas que los habían propiciado. El 4 de junio de 1943 las Fuerzas Armadas levantaban el pagaré en blanco que le habían firmado a la reacción el 6 de setiembre de 1930. Pero el retraso nacional, los intereses usureros de ese pagaré, nadie los levantaría jamás. La invocación a la moral, a la decencia, a la libertad y a la democracia, que constituía el telón de fondo del golpe que derrocó a Perón, se expresó a través del gobierno que siguió al "putch" del 13 de noviembre de 1955. La moral se transformó en motor del contrabando a través del paralelo 42 y armó el gatillo de la pistola que ultimó a Satanovsky; la decencia inhibió e inhabilitó a decenas de miles de ciudadanos hasta que la Justicia —la justicia de los vencedores, y no de los vencidos— tuvo que reconocer la falta de mérito de toda acusación. La libertad y la democracia —que el gentío reunido en Plaza de Mayo para recibir a Lonardi cantó con las estrofas del Himno— fueron a dar con el encarcelamiento de millares y millares de obreros, empleados, profesionales, funcionarios, hombres y mujeres; fueron fusiladas por Fernández Suárez en el basural de José León Suárez y por los pelotones que abatieron a Valle, Irigoyen y Cogorno, o perecieron igual que el obrero Manso torturado hasta morir. Desde el punto de vista de la economía

nacional, de la política democrática y del libre desarrollo social, la "Revolución Libertadora" devolvió la hegemonía a la oligarquía y los monopolios anti y extra nacionales, concentró el poder político en manos de los profesionales más reaccionarios, aventureros y carentes de principios, y desde el punto de vista social reinstauró el reinado de la reacción más atrabiliaria y desprejuiciada. El resultado de la aventura militar de los comandantes en jefe, el 29 de marzo, está a la vista. En seis meses, de marzo a setiembre —las Fuerzas Armadas no necesitaron ya trece años para rectificar una fal-sedad—, llevó al país, del desarrollo a la contención, del pleno empleo a la desocupación más masiva de toda nuestra historia, de niveles de vida reducidos, pero humanos, a la miseria generalizada, de fábricas en plena producción, a la paralización actual, de la política internacional independiente a la subordinada, de las tensiones sociales en progresiva disminución, a las más graves y explosivas. Del prestigio de la República y de su indiscutible liderazgo continental, a furgón de cola de los que hasta ayer remolcábamos. Económicamente deshechos, políticamente dispersados, socialmente enfrentados, el caos y la disgregación constituían todas las perspectivas que nos ofrecía el gorilismo. La reacción militar de setiembre del 62, reflejo de los intereses generales de la nación en el cuadro de las Fuerzas Armadas encabezadas por Campo de Mayo, castró a la reacción de su instrumento preferencial. Como en 1943, los mandos militares levantaron el pagaré que habían firmado en blanco. Pero los intereses de esos seis meses corrosivos gravitarán sobre el pueblo por un plazo que es imprevisible.

¿Fueron esos tres hechos —los del 6 de setiembre de 1930, del 16 de setiembre de 1955 y del 29 de marzo de 1962— independientes entre sí? Es de toda evidencia que no. No sólo el petróleo es el común denominador que los identifica, revelándose como factor determinante fundamental, aunque permanezca entre bastidores. La invocación a la moral, como pretexto de inmorales; a la decencia, como disfraz de logros; a la libertad, como mistificación de liberticidas, y a la democracia, como privilegio de minorías, traza un paralelismo siamés entre ellos. Y no sólo son idénticas sus resultantes.

Lo son, también, los personajes que inspiran y que sirven a esa voluntad desquiciadora de toda esencia nacional y popular en el ejercicio del poder constitucional. El 30, el 55 y el 62 es Pinedo el artífice del desarme económico, la liquidación del mercado y el traspaso a los monopolios de la conducción económica del país. El 30, el 55 y el 62 el Dr. Palacios revalida su condición de solicitante de renuncias presidenciales. Américo Ghioldi, aleccionado por el corte de manga que la reacción le hizo al socialismo, luego de usarlo como agente provocador contra Yrigoyen en 1930, obtuvo un nuevo papel acorde con sus méritos didácticos: fue el ideólogo de los fusilamientos, del asalto a los gremios, de las proscripciones, de las prisiones en masa. Teórico de la revancha que proclamó el fin de la leche de la clemencia, la Junta Consultiva fue su picadero y su lápida. Matías Sánchez Sorondo, llamado al seno del Señor, dejó su vástago, y a fe que lo representó dignamente. Codovilla prefirió repetir, en el 55 y en el 62, el mismo papel que le cupo en el 30. Y, lo que es curioso y demuestra su inagotable incapacidad, así como su consecuencia y veteranía en poner a su partido al servicio de la reacción y el imperialismo en cada crisis, cosechando los mismos resultados. En 1930, los comunistas, que sirvieron de instrumento a la reacción, acabaron en Ushuaia, junto con los anarco-sindicalistas de la FORA y los amigos de Yrigoyen; en 1955 fueron un poco más afortunados: lograron mandar a Rodolfo Ghioldi a la Constituyente de Santa Fe cuando el pueblo veía retirarse a sus representantes más dignos. En 1962 les fue mal otra vez; pero como los tiempos cambian, no están en Ushuaia; apenas fueron proscriptos. Los mismos hombres, los mismos métodos, los mismos objetivos, la misma cortina de humo de la "moral", los "principios", los "negociados", el "desenfreno", la ilegalidad. El mismo resultado de la obra "moralizadora" de los usurpadores: la indigencia económica, el desquicio político, el caos social. No; los pronunciamientos militares de 1930, 55 y 62 no son independientes entre sí; están separados por el tiempo, pero nada más que por el tiempo, que es una medida convencional. Obedecen a los mismos intereses, específicamente monopolistas y reaccionarios; accionan mediante la misma técnica y con los

mismos "slogans", porque los monopolios, que expresan la etapa superior del capitalismo, tienen una noción muy de- purada y estricta de la economía del esfuerzo y no tienen por qué inventar nuevos "slogans" mientras los viejos tengan validez; y se ensañan siempre con la misma víctima: el pueblo trabajador. Detrás de todo movimiento, hecho trascen- dente o accionar político, hay una política económica que cuando no la crea la explota, cuando no la dirige la desvía, y cuando no puede producirla por sí misma la inspira y la desvirtúa. La fuerza de estas minorías ávidas y agresivas reside en la falta de claridad de quienes debieran ser los en- cargados de desarmarlas y adecuarlas a las nuevas circuns- tancias, a la inexorable redistribución de las riquezas, los bienes y el poder político. La hora de los pueblos no es una construcción literaria de Perón. Es una determinante del reloj de la historia, que nada ni nadie podrá detener. Aun- que esté retrasado en nuestra América.

### *EL PANORAMA DEL 17*

Si algo caracterizaba al Movimiento el 17 de junio de 1955, era la estupefacción. Los acontecimientos del día anterior habían producido una tremenda conmoción en la base. Aquel bombardeo, cuyos destinatarios eran la Casa de Go- bierno y Perón, había llenado, sin embargo, la morgue de cadáveres y los hospitales de heridos. Ni la obra de Perón ni la actitud del pueblo peronista, cualesquiera hubieran sido sus errores, injusticias y atropellos, no justificaban el ensaña- miento. Las bases peronistas, sorprendidas, no hallaban ex- plicación al hecho. Al fin y al cabo, ¿qué había hecho Perón para despertar esa violencia?

Perón había dado contenido nacional al movimiento obrero al incorporar, mediante su política de industrializa- ción, a centenas de miles de hombres y mujeres del interior a la disciplina del trabajo fabril. Fue esa masa —portadora de un espíritu nacional no contaminado por ninguna clase de extremismo, rica de las mejores tradiciones nacionales y profundamente apegada a la tierra y a la comunidad que

integraba, aunque ésta la menospreciara— la que barrió de las direcciones sindicales a los dirigentes de mentalidad sectaria, inspiración exterior y métodos importados, como las máquinas y las materias primas que la legión de “cabecitas negras” aprendía a manejar e iba elaborando. Perón había sacado a los peones de la fosa común del trabajo innominado y les había dado rango económico-social mediante el Estatuto, incorporando a centenas de millares de argentinos a los niveles de una condición más humana. Perón había cercenado, cortándolas de raíz, las formas más agraviantes de la explotación feudal o semifeudal de los ingenios, los quebrachales y los yerbales. Había nacionalizado el Banco Central, los ferrocarriles y los teléfonos; había repatriado la deuda externa y establecido el control sobre el comercio exterior. Había abierto el crédito, indiscriminadamente, a la industria. La centralización del poder, que era real, no excluía a la oposición. Hasta que Visca se lanzó sobre los diarios, en 1950, aparecían legalmente las publicaciones del Partido Comunista y éste tenía en la Capital más de veinte centros abiertos. La oposición parlamentaria no estaba tan trabada como para que no pudiera expresarse, pese a los “cierres del debate” con que la acosaba el inverosímil Astorgano. De manera que aquella obra económica y social y esta suerte de arbitrariedad política no eran motivo suficiente para excitar tan tremenda explosión de violencia.

El peronismo tenía entonces todos los elementos de un frente nacional como etapa superior de la que se trilló con Yrigoyen desde 1916 a 1922 y que el golpe de furca del 6 de setiembre frustrara definitivamente. Las tres banderas en que sintetizó agudamente los problemas fundamentales de los países subdesarrollados —la independencia económica como basamento de la soberanía política y la justicia social como motor incorporativo de todo el pueblo al proceso de autodeterminación nacional—, satisfacían a todos, incluyendo a la oligarquía. Así, detrás de él se encuadró la clase obrera, a la que los Derechos del Trabajador impulsaban hacia la vanguardia con sus hermanos de clase del mundo, y los trabajadores rurales, que en virtud del Estatuto del Peón y la congelación de los arrendamientos saltaron del trabajo inno-

minado y la atomización social, a la co-participación organizada en el proceso productivo. Cinco millones de trabajadores industriales y un millón y medio de trabajadores rurales formaban el grueso de las legiones peronistas. Pero a ellas se sumaban, por el apoyo decisivo que recibían del Estado en materia de crédito, facilidades para importar máquinas y materias primas, un millón y medio de empresarios que iban a transformar los rubros de nuestras importaciones, que en 1946 insumían el 46 % de las divisas en artículos de consumo y en 1955 sólo el 7 %. Pero la clase media también estaba allí. Ese millón y medio de empresarios procedía, fundamentalmente, de la clase media, de los sectores obreros de mayor iniciativa y del riñón mismo de la oligarquía, que aprovechaba sin remilgos la amplitud y la generosidad de la política crediticia del peronismo.

La estupefacción del Movimiento, el 17 de junio, se justificaba. No había relación entre la explosión de odio manifestada el 16 y la actividad práctica de Perón como gobernante. No es que en aquellos nueve años no hubiera habido atropellos, la concentración del poder no se hubiera realizado mediante abusos y la transformación de la C.G.T. en una fuerza política dependiente del gobierno —mejor dicho de Perón—, no le diera a éste un matiz clasista que despertaba todas las suspicacias. Pero el odio de clase —que es el más enconado de los odios— no tenía basamentos racionales en la Argentina de 1955. El peronismo no llegó a *transformar* la estructura económica del país; dio un fuerte impulso a la industria liviana y, con ella, multiplicó en el plano social sus resultantes: el empresario y los obreros. La obra nacionalizadora no llegó a incidir en la estructura, pues nacionalizó lo que era expresión de nuestra dependencia: los ferrocarriles, cuyo trazado no fue alterado. La ley Savio, sancionada en 1947, no encontró hasta 1955 los recursos necesarios para convertirse en realidad. La explotación del carbón de Río Turbio estaba en pañales. La construcción de caminos no totalizó, en 9 años, ni siquiera un centenar de kilómetros. Y las divisas provenientes de la liberación de los servicios de la deuda externa no se encaminaban hacia prioridades que dotaran al país de industrias pesadas reproductivas o de productos químicos que habili-

taran e impulsaran la producción agraria. Eran insumidas por los combustibles y las materias primas que exigía la industrialización reducida a los renglones de consumo. Es verdad que la producción de petróleo aumentó en cuatro años más de un 25 %. Pero la demanda se acrecentó en más del 45 %.

¿Tuvo el peronismo una política económica? Sí, la tuvo. Pero esa política económica se basó sobre dos supuestos falsos y que no dependían de su voluntad. En primer lugar, confundió el auge pasajero del comercio internacional, concibiéndolo como una constante y no como la consecuencia profunda, pero transitoria, de los problemas que la guerra imponía a los aliados que combatían al nazismo. Por esa vía accionó como si los saldos exportables de cereales, lanas, carnes, cueros y demás artículos que producíamos carecieran de competencia en el mercado mundial para siempre jamás. En segundo lugar, que los precios de esos artículos, también para siempre, serían fijados por nosotros. No vio —sus economistas no lo vieron o no lo quisieron ver— que la acumulación que forzosamente realizamos al amparo de la guerra— porque no nos pagaban el valor de nuestras exportaciones y no nos vendían lo que necesitábamos rutinariamente para mantener en actividad la vida económica de la Nación— no modificaba nuestra posición comercial, tradicionalmente deficitaria, basada en los precios progresivamente menores de la producción primaria en el mercado mundial normalizado y los precios progresivamente mayores de los combustibles, materias primas, máquinas, herramientas y productos químicos que debíamos importar, so pena de inmovilizar la industria que habíamos creado y el aumento vegetativo de la población. Y más aún; en la medida en que, fiel a su política social de dignificación del trabajo, el peronismo procedía a redistribuir el ingreso beneficiando substancialmente a los trabajadores mediante más altos jornales, más servicios sociales, mejores jubilaciones y mayores aportes sindicales, el consumo interno aumentaba incesantemente y, en consecuencia, como la producción agropecuaria permanecía estacionada, carente de tecnificación y de mecanización suficiente, los saldos exportables eran cada vez menores. Cuando a esa reducción del volumen de los saldos se sumó la reducción de los precios

que el mercado mundial pagaba por ellos, la política social del peronismo pasó de un equilibrio aparente a un equilibrio inestable. Un mayor consumo interno sin una nueva estructura económica la iba inexorablemente devorando.

Fue en aquellos años en que Perón no hablaba sin pronunciar reiteradamente la palabra "producción". Producir, producir, producir era la consigna. Pero ni los obreros ni los empresarios lo tomaban en serio. Para la burocracia sindical, transformada en intermediaria política entre el gobierno y las bases, exigir de los trabajadores un esfuerzo mayor equivalía a "quemarse". Y nadie se quería quemar. La "industria" de las conquistas sociales, sin la contrapartida de una mayor producción y con el agravante de un consumo interno progresivo, dado el alto nivel de vida de que gozaba el pueblo, tuvo entonces millares de "empresarios".

Sin embargo, todo eso sumado no explicaba la violencia del 16 de junio. La oligarquía, desplazada del ejercicio del poder político, mantenía intacto su poderío estructural. Más aún: se beneficiaba con la política crediticia del peronismo. Y cuando éste decidió alentar al campo, después de 1949 y de la sequía de 1951-52, la masa principal de los créditos fue a parar a sus manos. No era, pues, tanto la política económica como la política social del peronismo lo que excitaba el rencor de la oligarquía y de sus voceros intelectuales. El odio de clase se tradujo en "odio al cabecita negra".

Pero eso no explicaba, repetimos, la violencia del 16 de junio. Esta se explicaba por el petróleo, pero el petróleo no era tema del análisis popular. El mismo Perón, que se comunicaba permanentemente con el pueblo sometiendo a su consideración los problemas básicos de su gobierno, mantuvo siempre un silencio casi hermético sobre él. El más inocuo de sus ministros condujo la campaña destinada a demostrar las ventajas y la necesidad de firmar el contrato con la California. El 16 de setiembre fue la respuesta de la reacción a ese proyecto, que vulneraba los intereses de los monopolios extranjeros y de los importadores de ese combustible al sentar las bases del autoabastecimiento.

El Movimiento estaba estupefacto no sólo por la violencia de los acontecimientos, sino por el silencio y el aisla-

miento de Perón. Después de la ceremonia de la noche del 16 en que el general Lucero leyó el Decálogo del Soldado, Perón se recluyó en la residencia de la Avenida Libertador. El 17 fue a la Casa Rosada, recorriéndola y apreciando los destrozos causados por el bombardeo, y regresó de inmediato a la residencia. Allí recibía a los dirigentes políticos y gremiales y a los ministros y secretarios. Un grupo antiaéreo emplazado en los jardines que dan al frente de la Facultad de Derecho lo resguardaba de las acechanzas aéreas, pero no de la maraña de las conspiraciones, que dentro mismo del Ministerio de Ejército iban tejiendo sus hilos. Una de ellas giraba en torno al mismo general Lucero, otra corría bajo la tutela del general Embrioni, cuya indecisión exasperaba al Dr. Mario Amadeo, y la tercera tenía por cabeza al general Bengoa, investigador municioso cuya labor determinó el desplazamiento de Juan Duarte del equipo presidencial.

Del 17 de junio al 30 de agosto, Perón concurrió contadas veces a su despacho de la Casa de Gobierno. Su ausencia de la Casa Rosada correspondía a su aislamiento, junto con la clase obrera, en el seno de la colectividad nacional. Recluido en la residencia, recurría a una suerte de acción clandestina que demostraba su conciencia de las limitaciones que había sufrido su poder, aunque esas limitaciones no se mostraran de una manera ostensible. Un hecho ilustra mejor que todo comentario la síntesis de la situación. Es notorio que la prensa peronista y el mismo Perón trataron por todos los medios de diluir la gravedad de los hechos del 16 y de no usar esa gravedad como factor de agitación popular. El proyecto cegetista de proceder al entierro colectivo de los muertos en el bombardeo fue archivado, y cada familia, por separado y sin estruendo, sepultó a su familiar. Si Perón hubiera accedido a la iniciativa, Buenos Aires hubiera asistido a la manifestación de duelo más imponente de su historia. Pero Perón, que comprendía y valuaba en su exacta dimensión la gravedad de los acontecimientos aeronavales, también comprendía y valuaba la gravedad de la provocación que había quemado la Curia y las iglesias. Y se esforzó hasta lo indecible por atenuarlas. Pero él era un agitador nato y, de súbito, cedió a los reclamos de su naturaleza.

Un mediodía, allá por el 22 de junio, fui citado por el gobernador Aloé a una reunión reservada en el edificio de "Democracia". Cuando me presenté, estaba él juntamente con Carlos Dobarro, que dirigía entonces la Agencia Latina; León Bouché, que dirigía "El Hogar" —y que luego substituiría a Apold en la Secretaría de Prensa—, y Jacobo Weismann, que dirigía interinamente la Dirección de Radio de la Secretaría. Se trataba de constituir una suerte de "comando" que gravitara sobre los diarios, las revistas, la radio y las agencias a los efectos de que los medios de difusión no "magnificaran el silencio sobre los acontecimientos del 16 de junio y sus consecuencias sangrientas". Aloé, cuyo fuerte no es precisamente la didáctica, lo explicó todo de una manera confusa; pero el objetivo quedaba perfectamente aclarado. Se trataba de "filtrar" información en los periódicos y diarios que controlaba el Movimiento y deslizar fotografías en las revistas y mechar en los informativos radiales frases y slogans que resultaran una suerte de "remember" permanente dirigido al pueblo peronista.

A nosotros la idea nos pareció francamente descabellada y la discutimos con Aloé. Pero éste cerró la discusión afirmando que eran instrucciones de Perón y que en la calle Cerrito, casi al llegar a Leandro N. Alem, estaba a nuestra disposición una casa deshabitada para que montáramos, de inmediato, las oficinas necesarias. A mí me correspondía, con la responsabilidad del proyecto en conjunto, la acción en los diarios. Dobarro se encargaría de las Agencias, Bouché de las revistas y Weismann de las radios.

Cuando Aloé nos dejó, analizamos una vez más el proyecto y nos pareció aún más descabellado. Nada explicaba que realizáramos de una manera clandestina lo que se podía lograr reuniendo a los directores de los diarios, las revistas y las radios, todos ellos delegados del mismo Aloé, director de las "cadenas". Las agencias, de la mayoría de las cuales ni el Movimiento ni el gobierno tenían el control, podrían justificar un proyecto de esa naturaleza; pero los demás instrumentos de difusión, no. Finalmente resolvimos hacer la experiencia y obrar en consecuencia después. Esa experiencia duró tres días. Los directores de los diarios, alegando que "la

Secretaría de Prensa ya los tenía tapados de instrucciones” y que los materiales que les ofrecíamos “salían de la tónica general a que se tenían que subordinar”, se negaron en redondo. Fue inútil que se les explicara, uno a uno, que eran instrucciones de Perón. Ellos exigían que se hicieran por las vías normales —las de Apold o las de Aloé—, pero ambos se desentendieron del problema. Al cuarto día, en una nueva reunión con el gobernador de la provincia, le expusimos la situación. El “comando” se disolvió y Aloé se fue furioso.

El hecho, sin importancia en sí mismo, denunciaba una situación que el Movimiento no percibía y que sus cuadros dirigentes no le informaban. Mostraba que el poder real ya no estaba exclusivamente en manos de Perón y de los órganos del Movimiento y del gobierno. Que otras fuerzas imponían sus propias decisiones y que Perón, como gobernante y Jefe del Movimiento, se sentía en la necesidad de subordinarse a ellas. Esas fuerzas, sin embargo, no estaban al margen de la estructura estatal o política, sino que formaban parte de ellas y parte ejecutiva. Lo que venía a confirmar de una manera expresa que el aislamiento de Perón y de los trabajadores organizados en la C.G.T. no sólo se iba cerrando más y más en relación con las demás clases y sectores sociales, sino con relación al Ejército, la Aeronáutica, la Gendarmería y la casi totalidad del aparato estatal de represión.

El proceso de disgregación del peronismo como expresión del frente nacional había madurado. Su pecado mortal —el de no haber substituído la vieja estructura basada en la actividad agro-importadora, que se fundamentaba en el trueque de carnes, trigo, maíz, cueros y lanas por combustibles, máquinas, materias primas y productos de la química pesada— ya no tenía contricción. Su conformismo con la estructura del enemigo implicaba su destrucción, como su inconformismo hubiera significado su permanencia y la refirmación, por la vía económica, de la legitimidad de sus títulos para seguir ejerciendo el poder. Apoyado sobre la vieja estructura, el peronismo ya no podía satisfacer a todos los grupos y sectores sociales que lo integraban. El bien de unos implicaba la disminución del bien de los demás. Lo que fuera su fuer-

za —la industrialización de los sectores del consumo y su política social— se transformaba ahora en los elementos que engendraban los más graves problemas.

Cuanto más activa mantuviera la industria, movilizada con combustibles y materias primas de importación, más saldos exportables debía enviar al exterior para equilibrar la balanza de pagos. Y cuanto más dignificaba los salarios, urgido por las exigencias de las masas, sin la contrapartida de una mayor producción, más aumentaba el consumo interno restando saldos para la exportación. El círculo vicioso a que lo conducía inexorablemente su política económica, fuertemente paternalista y débilmente transformadora, se había cerrado. Eso no significaba que en junio ni setiembre la suerte del peronismo estuviera sellada. Significaba que, siguiendo el camino que se había señalado y que venía practicando desde 1946, su final estaba escrito. Que, o se abocaba a la transformación estructural de la economía nacional o se vería obligado a anular, a corto plazo y en la práctica, toda expresión de justicia social. El dilema no dejaba escapatoria. Y tanto lo comprendió Perón que trató, ya en desesperación de causa, de iniciar con el petróleo el viraje vital. Pero la reacción aceleró el proceso para descargar, en setiembre, el golpe definitivo.

Perón, que es un expositor difícil de emular, se mostró, sin embargo, remiso a transferir sus experiencias al Movimiento, profundizando el análisis de los hechos de que fue protagonista principal y extrayendo de ellos leyes capaces de servir como guía para la acción política, económica o social. Nunca accedió a explicar los acontecimientos del 9 al 17 de octubre: me refiero a las fuerzas y a las tendencias que lo proscibieron el 9 de octubre de la escena nacional. Cuando lo hizo, generalizó de tal manera que las causas quedaron en la oscuridad. En los dos libros que escribió en el exilio, los documentos políticos y las cartas que dirigió no hacen referencia a las causas de su derrocamiento. Sin embargo, éstas aparecen tan a la vista en nuestros días que es difícil no identificarlas. Pero hace unos meses, en Madrid, a un grupo de trabajadores de la C.G.T. de La Plata que lo visitaba, les advirtió sobre los peligros del sectarismo y les

recomendó que estudiaran los acontecimientos de 1955 a la luz del aislamiento a que él, con los trabajadores organizados, había llegado. “No fue la fuerza de Lonardi quien nos derribó —les dijo—. Fue nuestra propia debilidad al dejarnos aislar”.

## *EL LLAMADO A LA PACIFICACION*

Hasta el 5 de julio Perón permaneció en la residencia de la Avenida Libertador; ese día concurrió a su despacho de la Casa de Gobierno, y a las 12.30, rodeado por sus ministros, dirigía un mensaje al país. En ese mensaje llamaba a la paz y a la convivencia a todos los argentinos.

No era la primera vez que lo hacía. En 1951, tras el frustrado golpe del general Menéndez, Perón llamó a la reflexión y a la concordia, sin imponer otra condición que la de respetar la voluntad del pueblo, que era mayoría absoluta y monolítica. A mediados de abril de 1953 reiteró ese llamado, y desde Santiago del Estero, el 28 de agosto del mismo año, lo formuló una vez más. Nuestros adversarios no respondieron, y sólo el Dr. Pinedo, que estaba preso, envió una carta en la que se hacía eco de la iniciativa.

Pero ese día, el 5 de julio, Perón fue más explícito que en oportunidades anteriores. “Exigido por los asuntos urgentes de mi función —decía al comenzar su mensaje— a fin de regularizar cuanto antes una parte de la vida de la Nación, perturbada por los hechos criminales del 16, no he podido, como de costumbre, tomar contacto directo con el pueblo. Por eso, instalado de nuevo en la Casa de Gobierno, restaurada en parte, deseo servirme de la radio para llegar a él con mi palabra”. Expresó su preocupación por las víctimas, “abatidas por la infamia y la fatalidad”, desmintió rumores alarmistas de los que fabrican “sediciones por teléfono”, y afirmó que los partidos políticos no habían participado en la sedición. “Las fuerzas políticas no han participado en su condición de tales, aunque algunos de sus hombres puedan haberlo hecho en carácter personal. En mis largos años de lucha he aprendido a juzgar ecuánimemente, aun a nuestros

enemigos, y deseo reconocer lealmente que considero que los partidos políticos populares no son capaces de aceptar que se tire criminalmente sobre el pueblo indefenso. Considero también que ellos, ahora, son más partidarios de la legalidad que de la violencia, y que cada día son menos los dirigentes políticos que anhelan la perturbación y no la paz".

Puntualizó que los hechos debían de servir de lección a todos por igual; que había escuchado, luego de diez años, algunas voces opositoras que reclamaban paz y entendimiento entre los argentinos, y que su concepción de la primacía de la Patria por sobre todos los sectores que la integraban le dictaba el deber de servirla conjuntamente con quienes no fueran peronistas. Y terminaba así: "Nuestra sinceridad se infiere de nuestras propias palabras en estos momentos en que, ni ofuscados por los hechos ni conturbados por las circunstancias, ofrecemos nuestra mano abierta con franco desinterés, deseando que nuestros adversarios atinen a asirla. Para demostrar nuestra buena voluntad conjunta y nuestra disciplina partidaria, pido a todos nuestros compañeros una tregua en la lucha política. En ella esperaremos el resultado de este llamado sincero, sin impresionarnos mayormente con los comentarios que seguramente surgirán en los ámbitos malintencionados".

El discurso de Perón ofreciendo la paz tuvo una enorme repercusión en las bases de todos los partidos. Peronistas y antiperonistas anhelaban paz, tranquilidad, coexistencia, sin la violenta tensión a que estaban sometidos. Y cuando, pocos días después, recibiendo a los legisladores peronistas les informó que "la etapa revolucionaria del Movimiento había terminado" y que la consecución de los objetivos de independencia, soberanía y justicia presuponían el esfuerzo mancomunado de todos los argentinos, fuesen peronistas o no peronistas, el peronismo parecía haber asimilado la lección de los hechos y estaba, una vez más, preparado para constituir el frente nacional que integró en 1946, ampliándolo y reforzándolo con los aportes de los demás partidos y un anhelo tan fuerte como contenido de total integración nacional.

Pero en las esferas dirigentes de la oposición la reacción trabajaba. La actitud de Perón tendiendo la mano en señal

de paz la ponía frenética. Ella necesitaba la represión, el abuso, la resurrección de la mazorca. Cualquier cosa menos una solución democrática profunda, porque inexorablemente ésta tendría que apoyarse en lo socialmente positivo del peronismo, dándole el basamento de un proceso económico ascendente. Porque, ¿de qué otra manera podría concebirse esa integración, realizada a la luz de los hechos sangrientos del 16 de junio, sino sobre la base de que la oposición complementara la política social peronista de masas con una política económica desarrollista capaz de darle permanencia? La reacción, que sabía lo que quería del derrocamiento de Perón —que no era libertad, democracia ni paz social, sino represión, proscripción y desmantelamiento de toda participación popular en el quehacer político-social y en la distribución de la renta—, pasó a la ofensiva. Apenas Perón terminó de leer su mensaje, la reacción advirtió el peligro. Dos años antes, a otros llamamientos a la conciliación habían respondido fuerzas del conservadorismo y había recibido el aplauso de Federico Pinedo, el más peligroso pero el más objetivo y capaz de todos ellos. Este nuevo llamamiento, ahora dirigido a la oposición democrática y popular, casi directamente a la Unión Cívica Radical, ponía al peronismo y al gobierno en los carriles de la no violencia, de la conciliación. Y ahí estaba el peligro. Entonces sacó del archivo de sus recursos más manidos la *bandera de la moralidad*, tan grata a la clase media y a su partido más representativo, la UCR; al “viejo y glorioso” Partido Socialista, que ya había hecho de ella ariete contra Yrigoyen en las dos presidencias. Cuando la vio, el nacionalismo aristocrático se sintió como doncella ante el viejo galán apolillado pero eternamente seductor.

¿La paz con Perón? ¡Jamás! Era una inmoralidad, como Perón y el peronismo eran dos inmoralidades. Negociado, totalitarismo, prostitución eran sinónimos de peronismo. Todo lo que se aproximaba a él se descomponía, olía a podredumbre. La etapa peronista no era una experiencia político-social; era la suma del peculado con el negociado, del discrecionalismo con la arbitrariedad, de la roña con la suficiencia. La paz con Perón era una traición a la decencia, la complicidad con los rateros, el maridaje con la falsedad. Y vimos en-

tonces cómo los radicales perdían la memoria de 1930. Cómo repetían, como papagayos, las acusaciones con que la reacción los cubrió de ignominia al derrocar a Yrigoyen. Cómo se sumaban a la jauría conservadora, socialista, comunista y liberal, para hacer imposible superar la antinomia peronismo-antiperonismo y proyectarla como una síntesis nacional, popular, progresista y, por consiguiente, enérgicamente liberadora.

Ya el 29 de junio, trece días después del bombardeo, la Mesa Directiva del Comité Nacional del Radicalismo —que presidía Frondizi— había dado una declaración en la que, para explicar la explosión de odio del 16 de junio, invocaba “la agresión permanente del régimen contra los fundamentos morales y democráticos de la República”. Muchas son las causas del 16 de junio —afirmaba esa declaración—, pero la fundamental es la supresión de las libertades. “La finalidad de tal supresión es impedir las reacciones populares ante la corrupción y la crisis económica originada por la política oficial, y contra el intento de sumar la entrega del patrimonio de la Nación”. Y seguía hablando de corrupción, peculado, espionaje (sobre este particular es bueno recordar la provocación del Dr. Oscar Alende, en la Cámara de Diputados, sobre los famosos alambrecitos grabados que demostraría que buques de guerra americanos hacían convoy a los nuestros, y que terminó en el silencio, aunque más tarde se filtró la información de que eran buques británicos de las Malvinas, entrenándose para cooperar en el golpe del 16 de setiembre). Insistía luego sobre la entrega espiritual y material del país, el peligro de que un pueblo “al que se le impide expresar su voluntad, tome el camino de la violencia”, y terminaba declarando: “1) Que la responsabilidad de los trágicos sucesos del 16 de junio es enteramente del gobierno; 2) Que el radicalismo reitera su solidaridad con cuantos sufren cárcel, persecución o destierro por defender las libertades argentinas; 3) Que la Unión Cívica Radical continuará su lucha por el restablecimiento de la moral y la democracia en la vida de la República”. La declaración estaba firmada por Arturo Frondizi, como Presidente del Comité Nacional y Federico Monjardín, como secretario.

¡Qué pronto habían olvidado los radicales la dura lección de 1930! El escenario era el mismo, y los actores de entonces regresaban con el mismo drama. No era un estreno; era una reposición, aunque la distribución de los papeles variara. El acusado de entonces asumía ahora el rol de acusador. En lugar del Dr. Matías Sánchez Sorondo, ausente por defunción, actuaba el Dr. Arturo Frondizi; en vez del general Uriburu, el coronel Toranzo Montero. Los dos únicos actores que conservaban sus papeles eran don Nicolás Repetto y Victorio Codovilla.

Pero la historia, que es implacable y cruel, castiga con el pecado. Siete años después, el entonces Presidente del Comité Nacional del radicalismo iba a oír las mismas palabras, pero dirigidas a él. "Sacar al Presidente, a patadas, de la Casa Rosada", fue la consigna de un candidato en 1962. Negociado, entrega, venalidad, corrupción administrativa, fueron, una vez más, palabras que la reacción puso en boca de sus lenguaraces. Y si entonces, allá por 1955, toda esa epidemia de moralización terminó en la inmoralidad gorila, ahora concluyó en algo peor: en un despeñadero económico-financiero y político-social que demanda una suma tal de desprendimiento generalizado que va a ser muy difícil acumular.

Tal era el cuadro el 5 de julio, cuando Perón, desde su despacho, ofreció la conciliación. Una serie de medidas se pusieron de inmediato en ejecución para fundamentar la oferta. Los presos políticos recobraron su libertad, la clase trabajadora cumplió la consigna "de casa al trabajo y del trabajo a casa". "La Prensa" —que era el órgano de la C.G.T.— del día 6, bajo el título "Saldo positivo de un error", refiriéndose a la oferta de paz, decía: "Está dicho todo y, por lo mismo, queda como solución lo que ya propusiéramos cuando aún no se había disipado el humo de la metralla: *borrón y cuenta nueva*. Dejemos para la historia la filiación de pormenores y sea nuestra tarea la de buscar lo constructivo de un error tan trágico". Y terminaba acotando: "Nada puede haber superior a los intereses de la comunidad. Y tales intereses no pueden desarrollarse si no reinan la paz y la tranquilidad." El peronismo ya no se consideraba *todo el país*. Ofreciendo a la oposición *borrón y cuenta nueva*,

el Presidente daba ejemplo de raro coraje civil, pues el borrón se echaba como mortaja sobre los suyos, caídos el 16.

En su carácter de Presidente del Comité Nacional de la Unión Cívica Radical, Frondizi respondió a Perón el 27 de julio por la cadena de Radio Belgrano. El país estaba pendiente de su palabra; pero pudo más en él el galimatías de la "Declaración de Avellaneda" que el análisis objetivo de la situación nacional. Si lo hubiera realizado entonces con el rigor con que supo hacerlo después y desde la Presidencia, es probable que hubiera ahorrado al país ocho años de *via crucis*. Perón ya no podía dar solución al problema nacional, aunque conservara toda la adhesión de la masa peronista. El fenómeno integracionista que gestó y presidió en 1946 se había revertido y ahora enfrentaba la disgregación. No se trataba ya de celebrar acuerdos o componendas políticas o electorales, sino de realizar transformaciones económicas que fundamentaran la paz social, el desarrollo y bienestar de toda la colectividad, y no de una parte de ella en menoscabo de las demás. Sin petróleo, acero, industria de máquinas, herramientas, química pesada y acceso fluido al mercado nacional, la salida no la podía dar Perón, sino una conjunción de fuerzas nuevas que sumaran a la política social peronista la política económica del desarrollo y la expansión ininterrumpida, que eran la única garantía de continuidad de esa política social.

En su discurso del 27 de julio Frondizi rechazó de plano el llamado a la pacificación. En lo que llamó "medidas concretas", comenzó por advertir que la "pacificación obliga a moralizar". "El peculado —dijo— y el soborno pueden servir para afianzar un poder político en forma inmediata, pero minan las bases de sustentación de la nacionalidad. Es, pues, indispensable y urgente restaurar los fundamentos éticos de nuestra convivencia y despejar la atmósfera de corrupción que envuelve a la vida del país. La Nación exige, con urgencia, austeridad republicana en sus hombres y en el funcionamiento de sus instituciones".

Y, en el mismo tono y contenido, prosiguió con los tópicos de la libertad, la justicia, la vida política, la democracia, la cultura, hasta llegar a la soberanía económica, que sinte-

tizó así: “La Unión Cívica Radical exige el rechazo del proyectado convenio con una empresa petrolera foránea, porque ese convenio enajena una llave de nuestra política energética, acepta un régimen de bases estratégicas extranjeras, y cruza la parte sur del territorio patrio con una ancha franja colonial, cuya sola presencia —si el convenio se sancionara— sería como la marca física del vasallaje. Sostenemos que Y.P.F. está en condiciones de satisfacer las exigencias del consumo si se le facilitan los equipos que necesita y que el país puede pagar. Esta política del petróleo, complementada con el aprovechamiento integral del potencial hidroeléctrico, nos permitirá alcanzar la autonomía energética y la preservación de los yacimientos de uranio argentinos, hoy amenazados, y abrirá insospechadas perspectivas a nuestro futuro industrial”.

La historia es cruel, pero en su crueldad está intacta la simiente de la experiencia. En su respuesta del 27 de julio Frondizi cerró de un portazo toda salida pacífica al problema nacional. No trató siquiera de obligar a Perón a producir hechos concretos que demostraran que su oferta de paz no era una maniobra diversionista, sino un giro en redondo para salir del sectarismo a que lo conducía, cada día con mayor gravitación, la falta de correspondencia entre la política social peronista y sus basamentos económicos. Arremetió contra la corrupción del peronismo —que las Comisiones Investigadoras del gobierno defacto no lograron probar—; aceptó *a priori* la venalidad de la justicia y su parcialidad política (el escándalo que vivieron los tribunales el 4 de julio de 1958, la renuncia del Dr. Orgaz, el 8, y su incorporación a la Corte Suprema, el 15, habrían de demostrarle que todo juez tiene su corazoncito); dio por sentado que sólo la oposición conocía la ética política, y, finalmente, confundió la perspectiva del autoabastecimiento petrolífero con la entrega de esa riqueza nacional. Exactamente todo lo que luego le achacarían a él.

La reacción había logrado su objetivo. Tras el discurso de Frondizi por Radio Belgrano, el peronismo no tenía salida. Entonces la oligarquía se sintió segura y sacó pecho. Frondizi había caído en la trampa y arrastraba con él y el radicalismo

ar toda la clase media del país. El tobogán por el que se iba a deslizar, en menos de 50 días, la unidad de sectores y clases que representó el peronismo, comienza con el rechazo de Frondizi y va a terminar el 13 de noviembre, no el 16 de setiembre, porque desde el mismo momento que pronunció su sentencia que no habría "vencedores ni vencidos", el general Lonardi se declaraba enemigo de la reacción. Ésta, para tener la noción de su triunfo, necesitaba pisotear a los vencidos. Y Aramburu y Rojas aceptarían, alborozados, ese papel.

Por ese plano inclinado que abre la Unión Cívica Radical —ese tobogán de incomprensión, izquierdismo de libre-ria, literatura de "Avellaneda" e impulso reaccionario— convergen hacia la reacción las Fuerzas Armadas, los partidos políticos, la clase media, los industriales, los ganaderos, la Iglesia y sectores no peronistas de los trabajadores. "Liquidar la dictadura peronista" fue la consigna que ocultó el objetivo real de impedir que mediante el reordenamiento del frente nacional se mantuviera el acceso del pueblo a la cosa pública, el país retomara el sendero de su independencia económica sobre bases concretas y se liberara definitivamente de las manees de los intereses agroimportadores. Por eso, cuando Frondizi, en representación del sector no peronista más numeroso del país, rechaza toda negociación y cae en la trampa reaccionaria, su tribuna es rodeada por toda la reacción. Ella estaba allí para comprobar cómo se iban derribando, uno a uno, todos los puntales de una nueva fuerza político-social capaz de sumar a la mística nacional y social que el peronismo había alcanzado, los conceptos de una economía de desarrollo y expansión que sólo podría realizarse en los cauces de la legalidad para todos y la paz social.

Esa actitud de la oposición, vehiculizada por Frondizi, que era la representación más cabal del no-peronismo progresista, hundió a Perón en la misma trampa. A la instrumentación reaccionaria del dirigente radical, Perón responde con el discurso del 30 de agosto, en el que el "5 por 1" no expresa otra cosa que su sectarismo social y su intento de refugiarse en él como tras un escudo. El aislamiento de Perón y los trabajadores que le son fieles es total. La clase media se alinea en la oposición. Las Fuerzas Armadas, sometidas

das a una guerra psicológica ininterrumpida y sin cuartel, pierden la perspectiva como la habían perdido en 1930. Desde las usinas de la reacción, el 16 de setiembre les es presentado como el fin de una pesadilla. Sin embargo, algunos de los "héroes" del 16 de setiembre habían sido leales a Perón el 16 de junio. Conversando tiempo después con el general Ferrazano, me relataba su conversación telefónica con el entonces capitán de navío Isaac Rojas, comandante de Río Santiago, en ocasión de los sucesos del 16 de junio. El general Ferrazano, que comandaba la II Región Militar, había marchado y ocupado a Punta del Indio, sede de la aviación naval sediciosa. Desde allí llamó al capitán de navío Rojas y le urgió una definición. "¿Está Ud. sublevado o acata al gobierno constitucional?", le inquirió. Y respondió Rojas: "Hay que estar con el hombre". Ferrazano: "¿Quién es el hombre?" Rojas: "El hombre, general. ¿Quién puede ser sino Él?"

Esta tarea demoledora, el extremismo verbal del "Programa de Avellaneda", el sectarismo de los grupos de menor ingreso y el aislamiento del peronismo cooperaron, cada cual aunque desde ángulos contrapuestos, al triunfo de la reacción. Es decir, al preludio de su triunfo. Porque éste sólo cayó en sus manos, como pera madura, el 13 de noviembre.

## CAPÍTULO II

### EL DERRUMBE

Los días que pasaron entre el 31 de agosto y el 16 de setiembre se parecían, como una gota de agua a otra, a aquellos que vivieron los franceses en 1939, cuando, declarada la guerra, los ejércitos alemanes se pasaban las semanas contemplando el frente de la línea Maginot y los ejércitos franceses el fondo de la misma. "Drôle de guerre" llamaron los franceses a esa calma, que no era más que el preludio de la avalancha alemana y el derrumbe francés. Nosotros, durante esos días, en la Secretaría de Prensa, vivíamos una impresión similar. León Bouché había substituído a Apold quien, súbitamente enfermo, dejó el país. Bouché, con un prestigio profesional sólido y una claridad meridiana respecto de la necesidad de que las direcciones de los diarios gozaran de una efectiva autodeterminación profesional, había ido forjando un nuevo tipo de relaciones entre la Secretaría y los diarios. Totalmente apolítico y sin compromisos preexistentes con ningún sector del peronismo, a los pocos días de asumir sus funciones sometió a la aprobación de Perón una serie de iniciativas que, al mismo tiempo que liberaban de una tutela ya tradicional a los diarios, no anulaban la acción encauzadora de la Secretaría en cosas esenciales.

Pero este salto atrás, dado desde el organismo de difusión oficial a partir de la propuesta de paz, era contrarrestado por

una ingerencia directa del Ministerio de Ejército en la información y la interpretación de los hechos que iban jalonando esos días de tensión. Prácticamente, el control de la prensa pasó a depender del teniente coronel Bolón Varela y de un grupo de colaboradores suyos, todos ellos militares. Y desde que el general Lonardi se pronunció en Córdoba el 16 de setiembre, ese control se hizo estricto. La Secretaría de Prensa recibió órdenes de no dar la menor información que no procediera de ese organismo militar.

El 31 de agosto por la mañana, cuando Perón envió su pedido de autorización al Movimiento para presentar su renuncia, Bouché lo visitó en la Casa Rosada a las 12.30. Perón estaba sentado a la mesa almorzando una milanesa con ensalada. En la Plaza de Mayo, un rumor como de mar, de muchedumbre, iba formando un telón de fondo para la dramática declaración de las 18.30. Interrogado por Perón sobre cuál debía ser su decisión y lo que habría de decir a esa masa que iba aumentando a cada instante, Bouché, que siempre le dijo al Presidente lo que realmente pensaba, no dudó:

—Creo, Presidente, que usted debe desistir de renunciar. Esa pueblada no va a aceptar otra decisión y va a permanecer ahí días y días.

Perón hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Usted —prosiguió Bouché— ha tenido el triunfo militar. Ese gentío le demuestra que también tiene en sus manos el triunfo político. ¿Qué mejor oportunidad que ésta para salir al balcón y reiterar una vez más su oferta de paz a nuestros adversarios?

Perón repitió el gesto de asentimiento. Bouché volvió eufórico a la Secretaría. Por la tarde, cuando, luego de las alocuciones de Di Pietro y la Parodi, Perón salió al balcón, fui al despacho de Bouché para ver por televisión el acto. Bouché estaba de pie junto a su escritorio. Y a medida que Perón iba pronunciando su discurso, iba perdiendo el color. Cuando terminó, se dejó caer pesadamente en la silla. Nunca la estupefacción produjo una expresión más acabada de sí misma que en aquel momento.

... Pese al entusiasmo formal con que el Movimiento recibió el discurso del 31 de agosto, declarando el estado de guerra entre él y los trabajadores, aislados, y el resto del país, el partido bajaba los brazos. Nada más utópico que la idea que se hacía Perón del estado orgánico del Movimiento. Con excepción de los trabajadores encuadrados en las organizaciones gremiales, tanto el Partido masculino como el femenino —las dos ramas políticas del Movimiento— eran la síntesis misma de la desorganización y del caos. Sin democracia interna, dependientes, desde la muerte de Evita, de Teisaire y su grupo, carentes de una tarea práctica efectiva y de una vida partidaria dinámica, los lazos que ligaban al Consejo Superior con la base sólo existían en el papel. Y el papel era propiedad privada de cada dirigente o de cada interventor. Cuando el Dr. Cooke fue designado interventor en la Capital, su antecesor se había llevado todo, hasta el padrón y los registros partidarios.

El peronismo era un ejército inmenso que, con excepción de la rama obrera, actuaba totalmente desarticulado y sólo respondía disciplinadamente al llamado de su Jefe cada vez que éste necesitaba demostrar que la mayoría del pueblo respondía a su llamado. No estaba unido por lazos orgánicos, aunque las unidades básicas constituyeran formalmente sus puntos de contacto con la masa. Entre la masa y Perón se había creado, por la modalidad que él dio al Movimiento, un contacto personal, fluido, continuo y excluyente de la gravitación que los dirigentes más altos o medios pudieran tener sobre la base. En ningún lugar del país, en cualquiera de los actos electorales que el peronismo presidió —y que fueron, pese a los reclamos de la oposición, actos de una limpieza ejemplar en toda la República—, los dirigentes no jugaron ningún papel. "Vote a Perón votando a sus candidatos" era el *slogan* que aseguraba la mayoría popular en las urnas de Mendoza o Jujuy, la Capital o Santiago del Estero. El pueblo votaba a Perón, no al Movimiento. En éste —y en ello estaba incluido el sector gremial— no existió ni un solo dirigente que contara, por sí mismo, más que con sus parientes. Y eso mismo era dudoso. El Movimiento Peronista,

desde el punto de vista de la acción política, era Perón. Y sigue siéndolo.

El pueblo, repito, votaba a Perón, no al Movimiento. Perón era, en la práctica, programa, doctrina, táctica y estrategia. El peronismo era cohesionado por su conductor, no por la doctrina. Y mantiene esa cohesión, a pesar de los años y las derrotas, por la misma razón. La experiencia neo-peronista ha sido agotada desde 1956 a la actualidad. Cuantos han caído, de buena o de mala fe, en la trampa del neo-peronismo, por más "doctrinarios" que fueran, pero ajenos a la persona de Perón, han ido a parar a la fosa común de las frustraciones. Aun en el cenit del poder, el peronismo fue algo así como un caos político-doctrinario.

¿Qué lo cohesionaba, entonces? La acción de Perón, su lenguaje, pero fundamentalmente su actividad práctica. La "mística peronista" tenía basamentos materiales que sólo los ciegos no han querido ver. Trabajo abundante a través de la industrialización, que arrancó a millones de argentinos de las garras de la semiocupación en las provincias y los transformó en obreros, capacitándolos al mismo tiempo para salarios compensatorios y la asimilación de la disciplina del trabajo. El "Estatuto del Peón" rescató de la tutela patriarcal estanciera —que tenía como fundamento, con algunas excepciones, la prestación de trabajo a cambio, prácticamente, de la alimentación y un pedazo de piso de tierra del rancho para dormir— a más de un millón y medio de trabajadores del campo. La congelación de los arrendamientos incorporó a un nivel de vida mejor a toda una población campesina, la afincó a la tierra y borró de sobre sus cabezas la maldición intermitente de los desalojos. La incorporación de los trabajadores a los organismos ejecutivos, legislativos del Estado, su participación, formal desde luego, en las relaciones internacionales a través de los "delegados obreros" y la política crediticia hicieron el resto. Todas esas realizaciones, que no fueron meras formalidades o enunciados, sino realidades palpables, constituyeron las bases materiales de la mística. ¿De qué manera? Ligando cada una de ellas a la persona de Perón, que era la manera de ligarlas a su política, porque él era

en la práctica, el programa, la doctrina, la táctica y la estrategia del Movimiento. Y lo que no era Perón, lo fue Evita, que más que *Evita*, a partir de 1947, fue *Eva Perón*.

Desde el 31 de agosto, el Movimiento había bajado los brazos. Sólo los sindicatos mantenían una suerte de vigilancia sobre las actividades subversivas, pero se abstendían totalmente de accionar contra ellas. Informaban a la central obrera, a la Secretaría y a los organismos de control de Estado. Las informaciones eran, en su casi totalidad, de carácter militar e iban a parar siempre al Ministerio de Ejército, pero de todas ellas tenía conocimiento Perón. Éste estaba más en la residencia que en su despacho y recibía allí a los dirigentes del Movimiento, insistiendo nuevamente en la necesidad de renunciar. Una mañana, en presencia de Teisaire, la Parodi, Di Pietro y un pequeño grupo de dirigentes del interior, les advertía que su voluntad de alejarse del cargo no estaba determinada por el cansancio, sino por una convicción íntima de que la nueva etapa que debía recorrer el Movimiento no correspondía a sus aptitudes naturales e innatas. “Yo soy de esas personas —les decía— que toman un reloj, lo desarmen y lo vuelven a armar indefinidamente, hasta que el reloj ya no sirve”. “Lo que necesita el Movimiento —proseguía— es una conducción que consolide lo realizado y no lo quiera modificar y reformar permanentemente, para que no pase con nuestras conquistas como con el reloj”. Pero ninguno de los presentes aceptaba las razones. Y, en realidad, intuían que no las podían aceptar. *Perón no tenía sustituto en el peronismo. No lo ha tenido aun hoy, luego de ocho años de ausencia.* El alejamiento de Perón, sin la recuperación por parte del peronismo de su condición de frente nacional, de crisol integrador de las clases y los grupos sociales, era el derrumbe. Y esa recuperación ya no podía realizarse, como en 1945, mediante el aglutinamiento en derredor de Perón y de los trabajadores organizados, de los desprendimientos de otras clases sociales y de los partidos políticos tradicionales, así como de las diversas disciplinas que constituían el mapa político-social de la República. El peronismo, en 1955, *había dejado de ser la fuerza nueva.* Era una fuerza más, gastada por diez años de gobierno paternalista, cuantitativa-

mente mayor que las otras, cualitativamente encaminada hacia el despenadero por su sectarización. La recuperación de su condición de frente nacional, como lo fue cabalmente en 1946, sólo era posible a través de su conjunción con otras fuerzas, aportando a esa unidad sus aciertos sociales y recibiendo de ella remedios para sus afanes económicos, que confundían la estructura con las relaciones sociales, y la superestructura, esas relaciones con los medios de producción. Esas utopías no han sido develadas. Aún hoy, en 1963, el Dr. Cafiero, uno de sus economistas más mecánicos e impermeables a la propia experiencia, sostiene que fue un acierto del peronismo destinar los enormes recursos de la acumulación forzosa durante la guerra a la industria de consumo, lo que significó, y él no puede ignorarlo, cultivar a plazo fijo un déficit tan inexorable como paralizador y multiplicador de la peor dependencia.

¿Sabía Perón que no tenía sustituto dentro del peronismo y que, por consiguiente, éste sería barrido si no lograba aliarse con otras fuerzas? ¿Lo sabía Frondizi cuando, como el diablo, dijo "no"? Días después del 16 de junio, a instancias de Grancelli Chá, había mantenido una breve conversación con el líder radical en su escritorio.

El acababa de salir de la cárcel. Luego de esas vaguedades impuestas por la rutina al trabar un conocimiento, me dijo que quería hacerme una pregunta, a la que yo contestaría si lo creía conveniente. La pregunta fue: ¿Está fuerte Perón?

Yo creía que sí, que estaba fuerte. Pero advertía que su fortaleza —luego de la experiencia del 16— no lo ponía a cubierto de un golpe militar. Que desde el punto de vista político, mantenía una fuerza efectiva. Pero que, si la estabilidad del gobierno dependiera del apoyo militar, la creía inestable. No volví a verlo desde entonces hasta los días de las elecciones para la Convención Constituyente.

El 16 de setiembre sorprendió a la base del Movimiento, pero no a la dirección. Desde el 13, los sindicatos de Córdoba, Mendoza, San Juan y Salta iban informando de la inminencia del golpe. El que aportaba los datos más concretos era SUPE, a través de su línea de teletipos. Pero el Movimiento seguía

con los brazos caídos y Perón se mantenía en silencio. El 15, la víspera del pronunciamiento del general Lonardi, llegó de las maniobras de Pampa de Olaen el general Lucero. Interrogado por los periodistas, desmintió categóricamente la posibilidad de un levantamiento. El 16 se producía. El coronel Bolón Varela —en la Secretaría no lo llamábamos precisamente “bolón”— comenzó a emitir partes. El golpe estaba circunscripto a la ciudad serrana, iba siendo aislado, luego copado, después derrotado. Comenzaba la operación de “limpieza” cuando se pronunció la Armada; amenazaba bombardear la destilería de La Plata, luego la Capital. Aloé corría de la gobernación a la residencia y de ésta a la gobernación. Finalmente, Perón mandó al Ejército su discutida renuncia no-renuncia, se presentó ante la embajada del Paraguay y, acompañado por el embajador, tomó asilo en la cañonera. Poco después de las 20,30 —era una noche fría, con una llovizna fina y penetrante— la gendarmería rodeó la Secretaría de Prensa donde permanecíamos menos de una docena de funcionarios y empleados: Bouché, Saravia, los hermanos Ruíz Díaz, López, los locutores Furno y Daiss, Belocchio y alguno más que no recuerdo. Un oficial, con un pañuelo blanco en la mano, se adelantó y fue conducido a presencia de Bouché. Informó que debíamos abandonar enseguida el edificio, que sería ocupado por sus hombres. Saravia quería hacer antes un inventario general, pero el oficial, que estaba más nervioso que nosotros, dijo que su comandante no nos concedía más de cinco minutos para salir, de lo contrario ordenaría el asalto. Era evidente que la especie de que en la Secretaría de Prensa había muchas armas y gente para defenderla había tenido éxito. Salimos con el oficial y desde la oscuridad —todas las luces de la Avenida de Mayo estaban apagadas— se nos ordenó levantar los brazos. Con los brazos en alto llegamos a la esquina de Chacabuco, donde un pelotón había emplazado una ametralladora y, luego de rebasarla, alcanzamos la Diagonal Norte, donde nos separamos.

El derrumbe había comenzado.

## UNA IMAGEN FUGAZ

A quinientos pasos del muelle, en la dársena norte, la cañonera "Paraguay" se constituyó en curiosidad pública. Allí estaba Perón, asilado en el barquito, mientras los cruceros de Rojas entraban al puerto.

En Córdoba, Lonardi, desoyendo la invitación del comandante de la Armada rebelde, que lo invitaba a bajar a la Capital Federal, había declarado a aquella ciudad Capital de la República y se había proclamado Jefe del gobierno nacional.

Los grupos que llegaban al muelle para mirar melancólicamente hacia el barquito en que estaba Perón asilado no eran numerosos. Rara vez pasaban de 100 personas. Era natural. A la declaración del Jefe revolucionario de Córdoba, que no habría "vencedores ni vencidos", el peronismo —el Consejo Superior que presidía el Dr. Leloir— respondió haciendo suya la consigna de "Caminar sin Andadores". Apresuró el nombramiento de nuevos interventores en las provincias, revisó todas las sanciones partidarias, pidió la ratificación de afiliaciones, plan de elecciones internas, retorno de los "hombres de la primera hora", proscriptos en virtud de la lucha por la dirección; designó una comisión de finanzas y hasta proyectó planes de vivienda propia. La esperanza de concordia y paz, pese a la caída de Perón, había penetrado profundamente en el Movimiento. De esta esperanza lo despojó la violencia gorila desatada el 13 de noviembre.

La llegada del general Lonardi al Aeroparque y luego a la Casa de Gobierno emuló las más nutridas concentraciones peronistas. En Plaza de Mayo estaba la oligarquía, era evidente, pero resultaba una gota de agua en aquel desbordado mar de pueblo, donde los obreros peronistas y no peronistas estaban unidos a la clase media, a los empresarios, a los profesionales, a los soldados, a los marinos bajados de los barcos surtos en el puerto.

Y esa era la imagen verídica, aunque fugaz, del proceso. Por pura espontaneidad de masas y de clases, todos los sectores sociales y las bases de todos los partidos cedían al impulso de integrarse, unirse, amalgamarse y confundirse en el gran anhelo de paz y concordia que primaba en todos los

sectores, menos en el de la reacción y el colonialismo. Allí estaban el Ejército, la Marina y la Aeronáutica, independiente de la opinión de sus mandos, unidos nuevamente a todo el pueblo y a sus clases representativas. Allí estaban todos los partidos, incluyendo al Peronista, buscando encender la pipa de la paz que la reacción apagó en julio y creyó archivada definitivamente el 31 de agosto. Allí estaba el pueblo, en su acepción más amplia, dispuesto a superar el aislamiento peronista y sus limitaciones económicas, sin dejarlo al margen del proceso y menos aún usarlo como pretexto para retrotraer el país a la "Década Infame".

¿Los fundamentos de esta afirmación? La presencia de Perón en la cañonera paraguaya no había paralizado la acción política del Movimiento: "Exhorto a mis conciudadanos —había dicho el general Lonardi— a expresar libremente sus opiniones y a actuar en política de acuerdo con sus ideas y sentimientos". Asambleas, declaraciones, comunicados, entrevistas, iban señalando posiciones y conductas para el quehacer político. El plan gubernativo había sido anunciado y puesto en ejecución por el nuevo Jefe del Estado. Amplia amnistía, junta asesora de notables, plazo mínimo posible para que el pueblo fuera llamado a elecciones. El Consejo Superior Peronista, presidido por Leloir, había enviado un telegrama al jefe revolucionario, cuando éste estaba aún en Córdoba, "haciéndome cargo de las responsabilidades que puedan serme atribuidas en tal carácter". El Mensaje de Leloir al general Lonardi finalizaba haciendo votos para que se mantuviera como realidad la consigna de que no habría vencedores ni vencidos.

Ya en la Casa Rosada, visitado por el Dr. Alberto M. Candiotti, titular de la Comisión de Propaganda del Comité Nacional del radicalismo, quien le fue a ofrecer el apoyo político de su partido, el general Lonardi declaró: "Muchas gracias. Ya conversaremos con Uds. y con los demás partidos. Deseo hacerlo con todos. No quiero que pueda pensarse que tengo preferencias por los radicales, los conservadores o los socialistas". El peronismo, a través de su Consejo Superior, había declarado: "El llano es el gran instrumento del propio reencuentro con la integridad de la doctrina que nos

movilizó para la lucha". La revolución abre una esperanza, decía en un manifiesto el Comité Central del radicalismo que encabezaba Arturo Frondizi. "Para que sea fecunda —subrayó— deben establecerse urgentemente condiciones democráticas". La revista "De Frente", que dirigía Cooke, interventor del Partido Peronista en la Capital, en su número 81, del 3 de octubre de 1955, decía: "La Unión Cívica Radical y el Partido Peronista se disponen, según se ha visto, a proseguir su marcha, condicionada a los hechos nuevos producidos. En la derecha, confían que los resultados definitivos permitan la reconciliación en la tolerancia y el trabajo. Rodolfo Corominas Segura, titular de la Junta Reorganizadora, confía que sea así. Los socialistas de Repetto piden el respeto de las libertades fundamentales de la democracia. En declaración que firma su Secretario General, Luciano F. Molina, el Partido Demócrata Progresista habla de respaldo sin impaciencias. Los diversos núcleos del movimiento político cristiano en gestación formulan planteos similares. Uno de ellos, el Partido Demócrata Cristiano, tras exponer los riesgos a que cree está sujeto el gobierno provisional —el comunismo, el nacionalismo, la mentalidad reaccionaria conservadora—, termina diciendo que los partidos constituidos y en formación "deben entrar al futuro gobierno por las puertas del comicio libre y no por los boquetes dejados por el cañón". Hasta aquí "De Frente". Los comunistas —cuándo no— abogaban por el Frente Democrático Nacional. Pero también hubo voces disonantes. El Comité Metropolitano del radicalismo, presidido por el Dr. Perkins, unionista, publicó un manifiesto castigando duramente al peronismo. Sin embargo la convención del distrito, de la misma filiación interna, habló de paz y concordia, de unidad nacional.

Pero la reacción velaba. Tenía ya sus candidatos y estaba dispuesta a todo para evitar que la caída de Perón se tradujera en pacificación, unidad, paz y concordia. La dictadura y la violencia eran una necesidad irrenunciable para ella, porque sólo a su amparo podría cumplir sus objetivos económicos de desmantelamiento y desarme nacional en las espirales del terrorismo político y social. Al deseo

del general Lonardi, de que todos los argentinos actuaran en política libremente y defendiendo sus ideas, sentimientos y preferencias, la oligarquía respondió con una campaña de reforzamiento del aislamiento peronista, de calumnias a sus dirigentes, con objeto de dividir al pueblo en "vencidos y triunfadores", siendo el vencido el pueblo y los triunfadores los intereses monopolistas y recolonizadores.

Para ello, comenzó orquestando al nacionalismo aristocrático que se adueñó de la secretaría de Prensa y Difusión mediante la designación del "Bebe" Goyeneche como Secretario. El departamento blindado de Aloé en Alea sirvió de pretexto. Una campaña de publicidad directa e indirecta concitó la atención pública sobre ese departamento, al que se daba proporciones de cueva de Alí Babá y lujo de "cotorro" del Aga Kan. Las fotos de las colas de curiosos, que salían desencantados, eran publicadas por todos los diarios de la reacción. Días después, en el telón del Trocadero, el contralmirante Teisaire responsabilizaba a Perón de todos los desmanes que se habían producido desde el diluvio. La voz aguardentosa que en el Luna Park incitara al peronismo a la lucha religiosa, se lavaba las manos y responsabilizaba a Perón por todo lo acontecido. La Secretaría organizó las exposiciones de las ropas y los zapatos de Evita, para mostrar los trajes típicos que le obsequiaron en España, como una prueba de concupiscencia. También el titular de la Secretaría, conmitón de Sánchez Sorondo, organizó las conferencias de prensa en las que afirmó que "Perón tenía en la residencia un cofre con 20 millones de dólares". Días después, el corresponsal del "New York Times" pidió que se le informara si esos 20 millones habían sido reintegrados al tesoro nacional. Y como nadie pudiera informarle al respecto, sacó la conclusión de que no habían existido nunca y, de existir, habían sido limpiamente robados por los moralizadores a cuya cabeza estaba el nacionalismo aristocrático.

La reacción velaba. Necesitaba ahora anular el intento conciliatorio del grupo lonardista; necesitaba mantener latente y activa la división entre peronistas y antiperonistas. Mientras utilizaba al nacionalismo aristocrático, movilizaba al reformismo socialista y a los comunistas para liquidar a

la C.G.T. y atomizar el movimiento obrero. Una serie infinita de declaraciones y reclamaciones, estas últimas con carácter retroactivo, producidas por organizaciones fantasmas e inexistentes, las que se atribuían la representación de distintos gremios, federaciones y agrupaciones, abogaban por la disolución de la C.G.T. y solicitaban, además, la derogación de la ley de Asociaciones Profesionales que legalizó la existencia de las organizaciones obreras y les confería los beneficios del reconocimiento jurídico.

Dividir al país en vencedores y vencidos, liquidar la C.G.T. y atomizar el movimiento obrero mediante la liquidación de la ley de Asociaciones Profesionales constituía la base de operaciones de la reacción para hacer valer sus intereses minoritarios contra las apetencias mayoritarias de la Nación. La ley de Asociaciones Profesionales no aseguraba la dirección sindical a los *peronistas*, sino a las *mayorías*. Al disponer que sólo un sindicato poseía la representación legal de la rama del trabajo a que pertenecía, actuaba como principio catalizador de las voluntades y de los esfuerzos que, de otra manera, serían pasto de la confusión y el divisionismo. La existencia de una sola central obrera era el reflejo natural de ese hecho. A nadie escapaba el significado profundo y decisivo que posee un organismo respaldado por más de cinco millones de trabajadores. Ese organismo, que había desplazado a la vieja dirección, estaba entonces en manos de Framini y Natalini y acataba las decisiones del Consejo Superior que, a falta de su titular, Dr. Leloir, encarcelado, decía por conducto de Ricardo San Millán, que lo sustituía: "Todas las ramas del Movimiento y los afiliados deben abstenerse de adoptar cualquier medida que tienda a crear confusiones o desviar la conducta ordenada por el Consejo Superior, para obtener a breve plazo la ansiada pacificación nacional". Ese organismo ya había expulsado a Teisaire por deslealtad y traición. Perón llegaba a Asunción en alas de un hidro militar que Stroessner envió en su busca.

El general Lonardi, entretanto, al recibir a un periodista norteamericano, le declaró que "en el panorama electoral del país, *intervendrían todos los partidos políticos, inclusive el Peronista*". El Presidente del Comité Nacional del

radicalismo —Frondizi— interrogado sobre el mismo tema, coincidió con Lonardi. Pero la reacción dio cuerda a sus marionetas y Jorge Walter Perkins, "capo" del Comité de la Capital del radicalismo, respondió a Lonardi y Frondizi con una exigencia tajante: la disolución lisa y llana del Partido Peronista. Al mismo tiempo, desde detrás de Lonardi, el gorilismo preparaba el zarpazo del 13 de noviembre.

La maniobra reaccionaria era evidente y estaba dispuesta a jugarse todas las cartas para evitar que la caída de Perón y su alejamiento del país se tradujera en una refirmación de paz, concordia y unidad, superando la antinomia peronismo-antiperonismo para desembocar en un nuevo proceso de conciliación, profundamente democrático. A la detención de Leloir siguió la de Cooke, acusado de "quemar iglesias y enriquecimiento ilícito". Desde "De Frente", nosotros habíamos denunciado la quema de las iglesias como la peor de las provocaciones. La enfermedad de Fernando Bonato, que ya no se recuperó más, me impuso tomar la dirección efectiva de la revista, en la que Jorge Cooke figuraba como director. Y el 7 de noviembre decía en el editorial: "Esta no es la hora del peronismo o antiperonismo. Es la hora de los intereses permanentes del pueblo y de la Nación. Nosotros estamos con los que sostienen la trascendencia de esos intereses y su infinita superioridad sobre todo concepto de bandería y toda visión miope que dicte el sectarismo de cualquier fracción. Lo primero asegura el libre y progresivo desenvolvimiento de la Patria en la multiformidad total de los valores que la integran. Lo segundo pone en peligro ese desenvolvimiento y la estabilidad social, que es uno de sus valores determinantes de más honda gravitación".

Pero la reacción velaba. Los diarios, el cine, la radio, la TV, encadenados otra vez, ahora por la reacción, y manejados por sus títeres de la Secretaría de Prensa y de las intervenciones a las empresas, unían la campaña por la liquidación de la C.G.T. y de la ley de Asociaciones Profesionales con la sórdida puesta en escena de las joyas de Perón y Evita. La residencia presidencial, que luego fue arrasada en busca de "tesoros", se transformó en escaparate de la "podredumbre del régimen". Y desde allí, con ventilador, se cubrió de

cieno al peronismo. Esa campaña no estaba dirigida a la "opinión pública". Esta sabía que el 90 % de las medallas, joyas y pieles que tenía Eva Perón las había recibido obsequiadas por los gremios, las organizaciones peronistas y uno que otro diplomático, que sinceramente admiraba su obra social o simplemente buscaba mejores relaciones públicas para su país o para él. Y que la colección de medallas, relojes y cadenas que tenía Perón eran obsequio de su pueblo. No; la campaña tenía un destinatario: los mandos de las Fuerzas Armadas. Y un objetivo: desplazar a Lonardi por falta de energía ante "la podredumbre peronista". Ghioldi, que merodeaba en derredor de Rojas como las hienas van en pos de la fiera agresiva; Codovilla, que anhelaba para los suyos una dirección sindical, aunque fuera por asalto; Perkins, que montado sobre un paquidermo nacido del acoplamiento de "los principios" con el resentimiento, esforzándose por reencarnar, si no el espíritu de Catilina, el de su perro guardián, cayeron sobre el peronismo como los caranchos sobre la carroña. Desde la Secretaría de Prensa, el nacionalismo aristocrático del "Bebe" Goyeneche tejía la cortina musical con un solo de trombón.

Y la imagen verídica aunque fugaz del proceso, que se había ido diluyendo, anestesiada por el candor de Lonardi, el izquierdismo del Comité Nacional del radicalismo, la sordera popular del nacionalismo aristocrático, el oportunismo de los comunistas y el hambre de dirección de la burocracia sindical no-peronista, se borró definitivamente. En su lugar surgió la "Libertadora", para forjar su imagen real y profunda destruyendo, persiguiendo, encarcelando y fusilando, sin dejar lugar a dudas en cuanto a su contenido real de brazo armado de la reacción interna e internacional. La luna de miel de los monopolios y sus capataces se había iniciado. El pueblo iba a pagar la cópula con una orgía de sangre, coagulada sobre un mar de violencias y desprecios.

## *LA IMAGEN PERMANENTE*

Derrocado Lonardi mediante el golpe palaciego del 13 de noviembre, la reacción se adueñó definitivamente del

poder del Estado a través del gobierno provisional encabezado por Aramburu y Rojas. El Movimiento no valoró la diferencia que iba de Lonardi a sus continuadores. Para él, el cambio de aquél por éstos no significaba más que el relevo de un gobierno antiperonista por otro gobierno antiperonista. Sólo la rama obrera percibió la diferencia. Supo o intuyó que se trataba de un cambio cualitativo en el que la voluntad de entendimiento y pacificación democrática eran sustituidas por el revanchismo más desenfrenado. Desplazados Di Pietro y compañía de la dirección de la C.G.T., y entregada ésta, por disposición de los gremios, a la custodia de Framini y Natalini, la Central obrera declaró el 14 la huelga general. Pero resultó un intento desesperado. Declarada por tiempo indeterminado, logró cierto éxito el 14, pero el 15 los trabajadores comenzaron a regresar a sus labores, sin que la C.G.T. diera directivas para ello. El fracaso de la huelga por tiempo indeterminado debió reconocer causas objetivamente incontrastables. Primero, careció de objetivos sindicales claros, capaces de llevar a la masa a la paralización real, considerada ésta como el mejor instrumento de lucha en la emergencia; segundo, tratándose de una huelga esencialmente política, no encontró en sus gestores la claridad y la habilidad de popularizar entre la masa obrera la profunda ligazón existente entre esa actitud política de la Central obrera y la suerte ulterior del movimiento obrero bajo un gobierno del que la reacción se había adueñado totalmente. Y sobre el fracaso de la huelga —fracaso desde el punto de vista de los objetivos procurados— se enancó la intervención de Patrón Laplacette, las barridas de las direcciones sindicales y la intervención a todos los gremios.

Pero no sólo Patrón Laplacette se enancó sobre el fracaso de la huelga general del 14 de noviembre. Los viejos dirigentes sindicales "libres", desplazados por la avalancha de obreros con sentido nacional venidos de todos los rincones del país, reaparecieron en escena, reivindicando, como el mejor de los títulos, no su fidelidad a la clase trabajadora y a su causa, sino su antiperonismo, militante en unos y puramente contemplativo y acomodaticio en la mayoría. Y al calor de las intervenciones, las minorías tomaron por asalto

las direcciones gremiales. La Unión Obrera de la Construcción, por ejemplo, cayó en manos de los militantes comunistas. Estos, en 1957, llamaron a elecciones y sacaron 400 votos en un gremio de millares de trabajadores organizados. Pero se mantuvieron en la dirección sindical por la abstención de los trabajadores peronistas, que no habían aprendido todavía que absteniéndose hacían el juego a sus enemigos.

Esa alianza tácita, y a veces explícita, entre la represión militar y policial y el reformismo y extremismo obrero, dio nacimiento a una mayoría de direcciones gremiales descaradamente minoritarias y fundamentalmente antiperonistas, las que a falta de títulos mejores exhibían los de su resistencia a la "dictadura". Desde esas direcciones no se pronunció una sola palabra que aclarara el error de haber transformado a la C.G.T. —y con ella a los trabajadores como clase— en el instrumento político preferencial del gobierno de Perón, aislándolo y aislándose paulatinamente del resto de los grupos y clases sociales nacionales. Y si los dirigentes sindicales peronistas habían comprometido la política independiente de los trabajadores atándola a la suerte de un gobierno en cuya conducción gravitaban y de la que participaban como ministros, gobernadores, diputados y senadores —representando desde luego más a Perón ante los trabajadores que a éstos ante Perón—, los viejos dirigentes sindicales antiperonistas perpetraron algo peor: aliarse a la más violenta represión militar y policial en la lucha por la dirección de los gremios. La violencia antipopular fue la ganzúa con que abrieron las puertas de las direcciones gremiales, representando en ellas, no a los afiliados ante el gobierno de la reacción, sino al gobierno de la reacción ante los afiliados, como instrumentos de aquella y azote de éstos.

Fueron, aquéllos, días de prueba, Fracasada la huelga general del 14 de noviembre, la reacción creó un nuevo deporte para jóvenes entusiastas: la "caza de cabecitas negras" en Avellaneda, Lanús, Gerli y San Martín. "De Frente" fue intervenido, desintervenido y finalmente clausurado. El "Bebe" Goyeneche me había declarado cesante de la Secretaría y un tal Campos, poeta ripioso, amargado y radical, que oficiaba de subdirector de "Democracia", me llamó una noche

para encomendarme un editorial contra la Iglesia. Me negué a escribirlo. "Pero Ud. no es católico", me dijo. "Efectivamente, no lo soy. Pero tampoco soy idiota". Y me fui. Me declararon despedido por abandono del trabajo.

Los acontecimientos, que se precipitaban, arrollaron a la dirección del Movimiento, que no atinaba a encauzar la voluntad de resistencia de las bases, conscientes ya, por su propia experiencia, de la diferencia cualitativa que iba de Lonardi al binomio Aramburu-Rojas. El coronel Gentilhuomo, por ejemplo, que era algo así como responsable de la divulgación en el Ejército de la "Doctrina Nacional", apenas caído Perón se apersonó al Ministerio del arma para entrevistar al general Aramburu, con quien lo unía una amistad personal, y exponerle sus problemas. Él consideraba que la caída de Perón no lo había liberado de esa responsabilidad de la que, por otro lado, estaba naturalmente orgulloso y satisfecho. Aramburu lo recibió, lo escuchó y, según afirma el coronel Gentilhuomo, le dijo: "Si tuviera diez años menos envidiaría su misión. Déjeme pensar qué haremos. Visíteme nuevamente el 13 de noviembre". Fue seguramente pura coincidencia —pues esa entrevista se realizó en los primeros días de octubre— pero la verdad es que el coronel, disciplinadamente, se presentó el 13 en el Ministerio, donde le informaron que el general estaba en Olivos. Días después fue a la Casa de Gobierno, a solicitar la decisión de su superior y amigo con respecto a su misión. De allí salió para la cárcel militar de Magdalena y la sucesión de prisiones que conoció después.

Preso Leloir, prácticamente disuelto el Consejo Superior, conocida por la base una carta de Perón en la que pedía "no darle salida política a la usurpación, recurriendo a la organización de la resistencia civil", la espontaneidad de masas fue creando lo que se llamó y se llama aún "la resistencia". Eran grupos pequeños, compuestos en su casi totalidad por gente nueva, tan entusiasta como inexperta y tan fundamentalmente inorgánica como progresivamente suficiente. La tradición peronista, que no otorgaba ningún papel a los cuadros dirigentes —y menos aún a los cuadros medios— se fortaleció en esos grupos, cuya estricta ilegalidad contribuía a incrementar ese complejo de suficiencia que conducía al ais-

lamiento de cada uno de ellos entre sí. Y a la imposibilidad práctica de someterlos a un mismo plan de acción y a un comando único, aunque no fuera más que en cada barrio de cada ciudad del país.

Juan Vigo, que había venido de Santa Fe y que además de una capacidad de trabajo realmente conmovedora disponía de un buen bagaje de experiencia organizativa, se dio a la tarea de crear nuevos grupos, ligarlos entre sí y elaborar con todos ellos un plan orgánico que impusiera tareas concretas a cada uno y los unificara en la acción común. La síntesis de ese plan estaba dada por las circunstancias y el proceso que objetivamente vivía el Movimiento peronista, carente de dirección. El objetivo era mantenerlo *políticamente activo* en las tres ramas que lo constituían, *políticamente unificado* y *políticamente capacitado para encabezar la resistencia civil que todos los sectores populares de la población* tendrían inexorablemente que integrar ante la ocupación del Estado por la reacción y la imposición de una política económico-social de corte tan agresivamente antipopular y pro-oligárquico como de contenido tan desembozadamente antinacional como pro-monopolista.

En la "resistencia" afloraban ya dos concepciones. La que sosteníamos quienes concebíamos los diferentes "comandos" como elementos de conducción política para una eventual salida, también política, del caos y el desenfreno "libertador", y la que propiciaba, inconscientemente, la mayoría de esos mismos "comandos", fiando la suerte del movimiento a una salida insurreccional. Para nosotros, el camino de la violencia conducía a la derrota. Por ese camino se derrocó a Perón, se lo obligó a salir del país y más tarde a dejar el Paraguay. Con él en el gobierno y el aparato estatal bajo su dirección, no habíamos podido resistir a la embestida de nuestros enemigos, porque en la *relación de fuerzas para la violencia*, debido a nuestro aislamiento por las razones antes señaladas, ellos habían demostrado tener superioridad material sobre nosotros. El golpe del 13 de noviembre había entregado la totalidad del poder de represión al sector más agresivo de la "Revolución Libertadora", para el que "peronismo" era sinónimo de "negrada" y antiperonismo sinónimo de clase

privilegiada, históricamente encargada de cabalgar sobre él y manejarlo a palos. La violencia era su campo de acción, el ámbito de su superioridad, el instrumento de su poder. Responder a la violencia con la violencia era caminar hacia una trampa mortal.

Planteadas así las posiciones en las organizaciones de la "resistencia" de la Capital y el Gran Buenos Aires, la tendencia que preconizaba una salida política era mayoritaria. Lo había de probar el hecho que sólo un puñado de "co- vieja guardia"— media docena de dirigentes gremiales de la reprimido con una saña brutal y una ferocidad desconocida en la historia de nuestros pronunciamientos militares. Y eso que muchos grupos de la "resistencia" tomaron contacto con los delegados del general Valle y sus coordinadores civiles. Pero antes de fines de mayo ya habían resuelto, en conjunto, abstenerse de actuar por un sinnúmero de razones, unas de carácter sectario y otras de carácter netamente consciente de lo descabellado de la operación y de la validez de la preparación para la acción política ulterior. Eustacio Tolosa, que participó de nuestra reunión en una vinería de la Avenida La Plata, en la que se decidió desentenderse de una acción militar que no tenía la menor posibilidad de éxito —e iba a constituir el pretexto válido para que el terrorismo gorila se ejerciera sin manéas en todo el país—, reconsideró el proyecto. Él y un grupo de sus hombres operaron en el puerto, cumpliendo la misión que les encomendó el general Valle. Cayó en manos de la represión y fue salvajemente torturado. Cuando lo encontré en la cárcel de Caseros, a mediados de setiembre, no se había recuperado aún de las torturas .

A fines de abril, uno de los grupos que capitaneaba Zapata y que atornillado a la salida insurreccional accionaba entre suboficiales dados de baja por la revolución, cayó en manos de la policía. Entre sus papeles encontraron cartas dirigidas a "De Frente" que yo le había facilitado meses antes para que enviara panfletos a los corresponsales voluntarios del interior, instruyendo sobre la resistencia civil. Hubo decenas de detenciones en la Capital, Gran Buenos Aires y el sur de la provincia. Fui a dar al Departamento y, después

de 10 días de incomunicación, a la cárcel de Caseros desde la que recobré la libertad a mediados de mayo. Estaba allí cuando leí el discurso de Frondizi del 1º de ese mes, en el que estaban todos los elementos de ratificación de la salida política, debido a la quiebra, al fin de cuentas, de la unidad del frente antiperonista.

El 9 de marzo se había constituido el nuevo Comité Nacional del radicalismo y Frondizi había sido reelegido presidente del mismo. La declaración del organismo conductor del radicalismo, concretada en 9 puntos básicos, establecía: 1) Ratificar su apoyo al "programa de reconstrucción democrática" de setiembre de 1955; 2) Estimar que el gobierno provisional procuraba hacerlo efectivo y en ese empeño brindarle cooperación; 3) Propiciar la estabilidad de ese gobierno para que pudiera cumplir su cometido; 4) Considerar que el gobierno provisional no debía tomar medidas de fondo, dejándoselas a los poderes constitucionales ulteriores; 5) Exigir que el gobierno dé a conocer su plan político y fije la fecha de los comicios correspondientes; 6) Anticipar que no participará en acuerdos o coaliciones políticas, fiando a su programa la salida de un largo período de odios; 7) Declarar que porque no aspira a realizar un gobierno partidista, pedirá la colaboración de todos, "aunque no militen en sus filas"; 8) Refirmar el programa en defensa de la nacionalidad, los intereses del pueblo y de la vida democrática; 9) Hacer profesión de fe en la solidaridad continental. En síntesis, exigía: elecciones, limitación del "derecho revolucionario" a presidirlas, y anticipaba, no con demasiada claridad, pero al menos entre líneas, que en esas elecciones, que para ser democráticas tendrían que contar con la presencia de todos los partidos, el peronismo no podría ser excluido. Y lo que es más importante, abría la perspectiva de una coalición popular al declarar, a priori, que no haría un gobierno partidista.

Pero el discurso que pronunció Frondizi el 1º de mayo por Radio Splendid iba más allá de la declaración. Y aunque se dirigía a los trabajadores exponiendo todo un programa social, constituía, en síntesis, la programación del desarrollo económico, la convivencia política en términos ci-

vilizados y los basamentos de la paz social. Ese discurso de- mostraba no sólo que el radicalismo —mejor dicho un sector de él— había dejado de tomar en serio la charlatanería dema- gógica de la "Declaración de Avellaneda", respuesta pura- mente formal de su extremismo infantil a las realizaciones concretas con que el peronismo suplía su falta de "progra- ma", sino que en él surgía un pensamiento coherente, articu- lando la legalidad y la democracia política con la expansión económica y con la distribución equitativa del producto so- cial. Y esto, en formulación concreta, era nuevo en el radica- lismo, cuyo contenido profundo de clase media, esencialmente declamatorio, habría de persistir en Balbín.

Ese discurso abrió una nueva perspectiva y constituyó la primera manifestación de que la falsa antinomia peronis- mo-antiperonismo, formulación prefabricada por la reacción para justificar la anulación de todos los derechos populares, tenía una brecha y que por ella podía irrumpir la corriente popular. Advirtiendo que la inquietud e inseguridad que predominaban en el seno del pueblo trabajador podrían en- gendrar actos de violencia estéril y que el confusionismo sólo beneficiaba a las "fuerzas reaccionarias que no quieren libertad ni progreso", exigía la supresión de las causas para evitar males mayores.

"Las detenciones y confinamientos de dirigentes gremia- les —decía—; las inhabilitaciones sin discriminación; los des- pidos; la falta de auténtica representación sindical; la demora en abonar los aumentos de salarios; el retardo en la discusión de los convenios; la supresión de las normas que obligan a retener los aportes sindicales y otras medidas análogas han creado y mantienen la zozobra entre los obreros y empleados".

En el párrafo siguiente fijaba las responsabilidades obre- ras. Advertía contra el sabotaje, la conspiración y la prepa- ración de golpes de fuerza, ya que cualesquiera fueran sus re- sultados no favorecerían a los trabajadores ni al país en su conjunto. "No predicamos la resignación frente a la injus- ticia —declaraba— sino la serenidad frente a los peligros que acechan a la causa nacional y popular, sin que esa serenidad excluya la combatividad en defensa de sus derechos. Creemos que los obreros y empleados deben luchar por abrir todas

las posibilidades democráticas para que, dentro de un régimen de libertad, hagan valer sus derechos y sus legítimos intereses". Para esa política, Frondizi prometía el apoyo de los demás sectores sociales. Y fijaba en 15 puntos concretos el pensamiento de la mayoría nacional, que es imprescindible transcribir totalmente porque en ellos están las bases del 23 de febrero y los embriones del insustituible Frente Nacional para enfrentar, victoriosamente, la gravedad de los problemas que actualmente atenazan al país y que no se resolverán sin la acción solidaria de todos los argentinos que no dependan ni sirvan a los monopolios y a la reacción.

"1º *Reconocimiento de que los trabajadores constituyen uno de los factores fundamentales del desarrollo histórico.*

"La experiencia mundial y nacional demuestra de manera incontrastable que el progreso de la humanidad depende esencialmente del impulso que le impriman los obreros, los empleados, los trabajadores intelectuales y los técnicos. Esa experiencia revela también que no habrá realización política, social o económica perdurable sin la participación de esas fuerzas.

"2º *Una sola Central Obrera y un solo Sindicato para cada rama de la producción.*

"La unidad sindical, al impedir la atomización del poder obrero, defiende mejor sus intereses; y al asegurar la estabilidad social, permite encarar vastos planes de desarrollo económico. Esa unidad sindical tiene que basarse en la legislación, pero especialmente en la conciencia y la voluntad de los trabajadores, que deben luchar contra quienes quieren dividirlos.

"3º *Libertad sindical.*

"Los obreros y empleados deben tener libertad dentro y fuera de sus propios sindicatos para defender sus posiciones. Por eso, sin perjuicio de la existencia del órgano representativo de los intereses gremiales, los trabajadores tendrán el derecho de asociarse libremente.

"4º *Autonomía sindical.*

"Las organizaciones gremiales deben desenvolverse con

completa autonomía frente al Estado, a los empleadores y a los partidos políticos.

*“5º Garantías institucionales.*

“El poder público debe garantizar los derechos de expresión y de reunión a todas las organizaciones de obreros y empleados. Los dirigentes sindicales, como representantes de los intereses de su gremio, deben gozar de las inmunidades que la Constitución acuerda a los representantes legislativos.

*“6º Bases económicas.*

“Los sindicatos y la Central Obrera deben tener una sólida base económico-financiera, para poder cumplir la integridad de sus objetivos inmediatos y mediatos. Además de los edificios, de las bibliotecas, de los servicios asistenciales y sociales, es preciso asegurar que los sindicatos tengan sus órganos de expresión. Es indispensable que la Central Obrera tenga un gran diario, que exprese el pensamiento de las mujeres y hombres que trabajan, a cuyo efecto el Estado debe prestar todo el apoyo financiero necesario para asegurar su aparición.

*“7º Democracia interna.*

“Es indispensable asegurar la participación de todos los trabajadores en la dirección de sus respectivas organizaciones mediante un régimen de asambleas y comicios. Todos los obreros deben votar y ser elegidos, salvo quienes hayan cometido delitos.

“Nadie debe ser excluido por su ideología política o social, ni debe haber discriminaciones raciales o religiosas.

*“8º Derecho a la huelga.*

“Hay que asegurar el ejercicio de este instrumento histórico de lucha de los trabajadores, que les permite defender sus derechos frente al poder político y al poder económico.

*“9º Mejores condiciones de trabajo.*

“Las organizaciones sindicales deben velar por mejores condiciones de labor, por el cumplimiento de una jornada de trabajo humana y por el respeto del descanso semanal.

Deben luchar por aumentos legítimos de salarios, por el reconocimiento de que a igual trabajo corresponde igual salario y por la implantación del salario mínimo, vital y móvil, del salario garantizado, del salario familiar y demás resguardos sociales a que los trabajadores tienen derecho.

“10º *Mejores condiciones de vida.*

“Las organizaciones sindicales deben luchar para mejorar las condiciones de vida del pueblo: vivienda digna; asistencia social y sanitaria; acceso a la cultura; acceso al mejoramiento y a la capacitación técnica; uso adecuado del tiempo libre y de las vacaciones, para mejorar la salud del cuerpo y la del espíritu; consolidación de los vínculos sociales.

“11º *Desarrollo y transformación económica.*

“Los trabajadores deben interesarse en el rápido desarrollo de la producción, abarcando desde los aspectos agrarios hasta las más altas formas de la técnica industrial, tales como la fabricación de acero y productos químicos. Para que ese desarrollo aproveche al pueblo en su conjunto y no a grupos de privilegiados, deberán luchar por una auténtica democratización de la economía.

“12º *Solidaridad obrera.*

“Los trabajadores organizados no pueden desentenderse de los problemas de las otras ramas del trabajo. El espíritu fraternal que inspiró las primeras organizaciones obreras debe prevalecer.

“A su vez, la solidaridad obrera tiene que extenderse a otros aspectos no vinculados directamente con sus intereses específicos. Los trabajadores deben hacer suyas las causas democráticas, uniendo sus esfuerzos a los de estudiantes, intelectuales y técnicos, vasto sector llamado a jugar un papel decisivo en el futuro argentino. Deben hacer suya la lucha contra el imperialismo, comprendiendo que sin esa lucha han de ser transitorios e incompletos los resultados de su acción.

“Deben también preocuparse por la situación de los trabajadores de los pueblos hermanos de América Latina, que sufren miseria, ignorancia y dictaduras. Mientras nuestros

pueblos sigan aislados no podrán alcanzar un rápido mejoramiento ni una transformación de fondo.

*"13º Elevación del trabajador rural.*

"Las organizaciones gremiales propias, y solidariamente todo el movimiento obrero, deben luchar por el mejoramiento de las condiciones de vida del trabajador rural argentino, rémora del pasado y fundamento de un régimen injusto y expoliador, tratando de constituir un frente unido con aquél a través de organismos especiales creados con esa finalidad.

"Ningún obrero o empleado argentino podrá sentirse satisfecho de sus conquistas sociales mientras haya en cualquier rincón del país seres humanos trasladados como mercancías, desprovistos de todas las garantías y apartados de la cultura y del progreso, como son actualmente peones, peladores o braceros de algunas zonas del interior del país. El Radicalismo sostiene que las mejoras de vida del obrero rural sólo podrán obtenerse a través de una profunda transformación agraria.

*"14º Ejercicio de la ciudadanía.*

"Los trabajadores deben defender no sólo sus conquistas sociales, sino, como ciudadanos, sus conquistas políticas, sus derechos, garantías y libertades democráticas. La historia prueba que cuando un país pierde esas conquistas sus trabajadores concluyen por sufrir en su condición humana, inevitablemente precipitados en la guerra, la desocupación o la crisis.

*"15º Participación en la vida nacional.*

"El adelanto del país debe preocupar a los trabajadores, porque representa su propio adelanto. La reforma agraria, la industrialización, el avance de la cultura y el progreso técnico de la Nación conducirán al mejoramiento de las condiciones sociales, y son los únicos caminos para una elevación real del nivel de vida del pueblo.

"A su vez, el hecho de que los sindicatos deban actuar libres del Estado y de los partidos no significa despreocuparse de la vida de la Nación. Al contrario, su libertad de decisión debe llevarlos a gravitar en la solución de los pro-

blemas culturales, económicos, sociales, políticos e internacionales del país."

Y el documento terminaba con una exhortación a la unidad, la paz, el desarrollo económico dentro de una vida democrática plena. Legalidad, desarrollo económico, paz social eran su síntesis. La misma que el 23 de febrero de 1958 concitó la voluntad de más de cuatro millones de argentinos. Es que al radicalismo, ya profundamente dividido frente a la objetividad del proceso, se le había sumado un pensamiento nuevo que, rebasando su partidarismo, pero enriqueciéndolo con una concepción teórica y práctica de cuño universal y de fundamentaciones nacionales y populares prácticas, no sólo superaba la falsa antinomia peronismo-antiperonismo, sino que ubicaba en la Nación, como continente de todas las clases y sectores sociales que la integran, el objetivo común superior, el receptáculo integral y el delimitador natural y armónico de todas las aspiraciones y los intereses encontrados, aunque legítimos. Ese pensamiento se llamó después —desde 1958 hasta el derrocamiento de Frondizi, en marzo de 1962— "gobierno paralelo". No nos detendremos en él ahora, porque será objeto de otro capítulo.

## *EL BAÑO DE SANGRE*

César Marcos y Raúl Lagomarsino, que habían roto con los emisarios del general Valle en los últimos días de mayo, fueron detenidos el 3 ó 4 de junio. Llevaban una gruesa carpeta en la que figuraban los nombres de cuantos tenían contacto con ellos, a los que se agregaba la caracterización que les merecía cada cual (dirigente medio, mentalidad revolucionaria, concepción reformista, aptitud, etc.). Todos fueron a parar al Departamento, donde se caratuló el hecho bajo el rótulo de "Operación Elefante", seguramente por su magnitud. El 5 de junio ya habían sido detenidos centenas de cuadros medios sindicales, la dirección íntegra del Frigorífico Municipal, con Sebastián Borro a la cabeza, dirigentes del Vidrio, de Avellaneda, etc., etc. La tarde del 9 de junio, el cartógrafo que había proyectado cada uno de los objetivos

que el Comando del general Valle encargó a los grupos civiles que cooperaban en la acción, al cruzar en el automóvil de Sarrabeyruse el puente de Avellaneda, fue detenido, llevado al Congreso, interrogado a fondo y amenazado de ejecución. "Cantó" durante horas y, al atardecer, el gobierno conocía en detalle, con nombres y apellidos, cuántos y quiénes estaban en el movimiento y las misiones que les habían sido asignadas.

Y allí los esperó, imponiéndoles un baño de sangre fría-mente planeado y ejecutado. Barridos por las armas automáticas, como en la comisaría de Lanús y el Automóvil Club; fusilados sin ninguna formalidad de proceso, como los hermanos Ross, que nada sabían del golpe proyectado y se limitaron a conducir al hermano del Tte. Coronel Yrigoyen a su cita con la muerte, en Lanús; pasados por las armas aunque estuvieran heridos, como el mayor Cogorno, en La Plata; aprisionados y ejecutados sin remisión, como el teniente coronel Cortines, en Campo de Mayo, y masacrados como gangsters en los basurales de José León Suárez, como ese puñado de trabajadores que, sin estar complicados en el golpe, tenían por pecado mortal el ser peronistas y activistas sindicales, el terrorismo estatal, ostensivo y descarado, descargó todo su rigor. La división de los argentinos en réprobos y elegidos encontró en la represión del 10 al 12 de junio su mejor instrumento de convalidación. El "dictak" de la reacción no reconocería ya obstáculos.

El baño de sangre impuesto por la reacción acrecentó en la "resistencia" la mentalidad insurreccional. La experiencia del general Valle, lejos de constituirse en la demostración palpable y trágica de la falsedad de ese camino, pareció señalarlo como el único que permitían la saña y el odio demostrado por el gobierno en aquella oportunidad. El peronismo carecía de dirección y deambulaba, caóticamente, en el confusionismo más nebuloso. Nuestros esfuerzos por poner claridad, demostrar que el camino político era el más largo, pero el único que ofrecía una perspectiva, aunque lejana, de solución, tenía aparentemente éxito, pero en cuanto cualquiera abría una perspectiva, siempre falsa, de acción revolucionaria formal, se dejaba seducir. Fueron esos meses en que

nos "vendían" una revolución cada fin de semana. Y cada una de esas "revoluciones", prefabricadas por los mismos aparatos de represión, iba llenando las cárceles de nuevos añorantes de la "dictadura".

Cooke, trasladado a Ushuaia, había sido designado sucesor suyo por Perón, ya en Panamá. Desde el sur, nos pidió que le enviáramos un informe sobre la organización y composición de la "resistencia". Nos negamos a hacerlo dada la posibilidad de que el emisario, que era su abogado y tío, el Dr. Federico Cooke, fuera requisado en el viaje. Pero él, desde la prisión, no tomó las mismas precauciones. Antes de que viajara de regreso luego de visitarlo, entregó a su tío un puñado de cartas en las que comentaba las informaciones verbales que le habíamos transmitido por su intermedio. La Marina se las secuestró y una madrugada de setiembre allanaban mi departamento, lo revisaban de arriba abajo en busca de "armas" y me trasladaban, incomunicado, al Departamento de Policía. Unos días después, al abrirse la puerta de la celda para recibir la "tumba", vi en el cubículo situado frente al mío a un detenido con una "robe de chambre" elegantísima. Era el Dr. Federico Cooke, infortunado pero entusiasta mensajero. Pocos días después, traído de Ushuaia, Cooke era instalado en una celda contigua. Esa noche nos comunicamos por la ventana. Una semana después nos colocaron juntos. Durante 25 días compartimos la misma celda. Luego, a raíz de una requisita que le encontró a él una colección de cartas entradas ilegalmente a la prisión, nos trasladaron a Caseros. Pocos días después me enviaban, esposado, a Esquel, y él salía para Río Gallegos. Cooke se había transformado en una especie de Madame Staël, furiosamente epistolar.

## *SOLILOQUIOS Y CONVERSACIONES*

Diez meses en la cárcel de Esquel —una jaula, como las del zoológico, dentro de un galpón— convidaban a la auto-crítica y la meditación. Los sangrientos sucesos de junio habían cubierto, como con una cortina de humo, el discurso de

Fronidzi del 1º de mayo. La imagen veraz y violenta de la "Libertadora" ocupaba todo el ámbito de la escena desplazando, como en una "gata parida" gesticulante, todo intento o perspectiva de pacificación y de concordia. La reacción había aprovechado hasta sus últimas consecuencias el fallido intento del general Valle, transformándolo en una gigantesca provocación. Caseros estaba lleno de peronistas de primera, segunda y tercera filas. Vuletich, dando todas las tardes la "vuelta del perro" por los corredores del primer piso, leía concienzudamente un misal mientras aguardaba que se abriera la capilla donde permanecía hasta que la cerraban al atardecer. Mendé competía con él en fervor religioso. Gamboas se quejaba. Constantino Barros cerraba la boca, Solveira Casares juraba como un condenado y Leloir, en celda privada del piso bajo, soñaba con una coincidencia con los conservadores, que nosotros, en contadas horas, le malogramos demostrándole que, para lograr la coincidencia con una minoría diametralmente opuesta a nuestros principios, él comprometía la independencia y la perspectiva de una mayoría nacional y popular. El nombramiento de Cooke como sucesor de Perón había abierto, hasta en la cárcel, la lucha por la dirección.

En Esquel había una treintena de detenidos. Allí estaba Roqueta Ortiz, a quien había visto la primera vez que estuve en Caseros, en mayo. Marchioni, de la sección cómputos del Ministerio de Obras Públicas, detenido a raíz de los sucesos de la noche del 9 de junio, transformado en experto en "salto en rana" por el oficial que mandaba la custodia de los concentrados en el Hipódromo de San Isidro; Barguenet, un camionero torturado hasta la desesperación en Corrientes para que denunciara a un coronel "lonardista" que había transportado, y un joven especialista en transmisiones, que luego marchó a Perú. Toda gente de base, procedente de todas las provincias y todos detenidos sin proceso. Para matar el tiempo organizamos con ellos cursos de principios de economía política y de francés. Verlaine les interesaba menos que las charlas sobre independencia económica, soberanía y justicia social.

Había recibido una carta de Cooke, desde Río Gallegos, y respondía haciendo un balance de la relación de fuerzas que objetivamente veía. Si aceptábamos como válida para

nuestros análisis la división del país en peronistas y antiperonistas, nuestro aislamiento era evidente. Frente a nosotros estaban todos los gobiernos sudamericanos, todos los partidos políticos liberales del continente, todos los órganos de opinión, el imperialismo británico, y el pueblo, el gobierno, los monopolios y el Pentágono yanquis. En el orden interno, la relación de fuerzas era también catastrófica. Contábamos con la mayoría de la clase obrera, un sector mayoritario de trabajadores rurales, un jirón de la clase media y uno que otro empresario. Las ramas masculina y femenina del Movimiento seguían en retirada, como un ejército derrotado y disperso al que era necesario volver a concentrar, encuadrar, organizar y poner en marcha. Ese era nuestro capital constante y recuperable. Pero frente a él la reacción alineaba una concentración tremenda de poder. La Iglesia, como institución, no se había recuperado aun del agravio de la quema de los templos. En las Fuerzas Armadas la depuración antiperonista había ido a fondo, desde los generales hasta los suboficiales. La clase media, embriagada de palabrerío sin contenido real, tenía los ojos fijos en los enunciados de libertad y democracia y los ojos ciegos hacia la actividad práctica del gorilismo, que concebía la libertad a la manera de Ghioldi y la democracia como monopolio de los demócratas de las minorías. El gorilismo era un Goliat plantado firmemente ante un David que no tenía honda.

Pero ese Goliat tenía los pies de barro. El discurso de Frondizi del 1º de mayo, aunque nublado por la cortina de humo que tendió sobre él la violencia de los sucesos de junio, constituía una brecha abierta en la conjunción antiperonista. Cooke, como sustituto de Perón en la conducción del Movimiento, tenía que estudiar el proceso con vistas a que cooperáramos en la quiebra del frente anti-pueblo, soldado en derredor del gobierno provisional. En esas tratativas epistolares estábamos cuando fugó con otros de Río Gallegos buscando refugio en Punta Arenas. Desde allí los trasladaron a Santiago de Chile. El pedido de extradición los llevó a la cárcel, con excepción de Jorge Antonio que se internó en una clínica. El levantamiento del estado de sitio para las elecciones

nes constituyentes me puso en libertad. Regresé a Buenos Aires y desde allí, llamado por Cooke, marché a Chile.

### EL "COMANDO ADELANTADO"

En la cárcel de Santiago se había organizado el "Comando Adelantado" peronista. Lo constituían inicialmente Cooke, Espejo y Gomís —todos huídos de Río Gallegos— y aunque Cámpora estaba con ellos y mantenían las mejores relaciones de amistad, "no activaba porque había prometido a la virgencita de Luján no regresar a la acción política". Esa por lo menos fue la razón que me dio cuando le pedí una carta de presentación para amigos suyos de San Andrés de Giles. Me sumé a ese organismo, donde conocí al Dr. Saúl Hecker, que acababa de llegar de Buenos Aires.

Antes de salir había tenido yo una entrevista con el Dr. Frondizi por intermedio de Grancelli Chá. Se habló de las elecciones constituyentes y se barajó la posibilidad de un apoyo peronista a la UCRI. Nosotros estábamos con el voto en blanco, siguiendo directivas de Perón y expresiones inequívocas de los grupos de la resistencia, que eran, con excepción de los gremios, los elementos vivos y actuantes del peronismo. En Chile expuse mi conversación con Frondizi, y la perspectiva de un apoyo a la UCRI fue descartada por la opinión de todos los presentes. El voto en blanco era nuestro objetivo y nuestra decisión.

Los resultados de esas elecciones pusieron mayor claridad en el panorama político nacional. Los votos en blanco eran la mayoría; les seguían los radicales del Pueblo e inmediatamente después la UCRI, que sin aparato y en su primera presentación alcanzó 1.800.000 sufragios. El frente antiperonista se había partido por la mitad al quebrantarse la unidad formal del radicalismo y definirse sus fracciones por actitudes antagónicas e irreconciliables. Balbín, con el aparato del partido y el "unionismo", se aferró como a tabla de salvación de la vaina de los sables continuistas. Frondizi, con la UCRI recién nacida, dejó la compañía de la reacción e inició su marcha hacia la conjunción de fuerzas populares, por encima de

banderías partidarias, para librar la batalla contra el conti-  
nuismo —que era la institucionalización de la violencia liber-  
tadora— y contra las manifestaciones iniciales del “quedan-  
tismo”, que levantaba su cabezota gorila empujado por el tan-  
súbito como agresivo antiperonismo del contralmirante Rojas.

Otra vez en Buenos Aires, visité a Frondizi, que me pre-  
sentó a Frigerio. Era ya evidente la existencia de dos corrien-  
tes en el radicalismo, una de las cuales iba a nutrirse en la  
tradición yrigoyenista y la otra en el alvearismo. Frigerio  
exponía sus esquemas en la revista “Qué”. En ella el discurso  
del 1º de mayo era ampliado, sistematizado, enriquecido con  
los hechos concretos que día a día iban demostrando que la  
lucha a muerte contra el peronismo era la manera de ser de  
la reacción en su lucha histórica contra todo el pueblo y sus  
derechos fundamentales. Jauretche y Scalabrini Ortíz se ha-  
bían incorporado a la redacción y desde las páginas de “Qué”  
descargaban mazazo tras mazazo sobre el gorilismo. La inde-  
pendencia económica de nuestros postulados, la soberanía po-  
lítica que reivindicaron desde su juventud y la justicia social,  
que sirvieron con abnegación y apasionamiento, se entremez-  
claba en las páginas de “Qué” con las premisas desarrollistas,  
las exigencias de cooperación popular para la legalidad y la  
igualdad de todos y la valoración exacta de los beneficios de  
la paz social. En “Qué” el peronismo se enriquecía técnica-  
mente con una concepción económica transformadora de la  
estructura nacional y la UCRI adquiría un contenido popular  
que sólo podía transferirle el peronismo. El frente del 23 de  
febrero hizo allí sus primeras armas.

Al regresar a Santiago me encontré con que ya había  
llegado allí el Dr. Ricardo Rojo y había iniciado conversaciones  
con Cooke, retenido aún en la cárcel. Yo le había pedido al  
Dr. Frondizi el envío de un representante para analizar  
con el “Comando Adelantado” la perspectiva político-social  
ulterior. Habíamos quedado en que viajara Frigerio a ese  
efecto, pero el Dr. Rojo, por su cuenta, se le adelantó. Cuando  
los encontré, hablaban de listas mixtas, porcentaje de can-  
didatos y co-participación gubernamental. Pero el problema  
era otro. Había que profundizar en el análisis de la situación,  
viviseccionar su objetividad, valorar todos los imponderables

que habría que resolver de una manera orgánica antes de que dos fuerzas como el peronismo y la UCRI encontraran los puntos de coincidencia que las unificarán en la acción. Rojo regresó a Buenos Aires con las primeras impresiones que, por supuesto, nada tenían que ver con las negociaciones, y Frigerio llegó a Santiago. El problema fue analizado a fondo y Cooke se decidió, en principio pero enérgicamente, por la salida electoral. Producto de esa decisión fue el primer documento del "Comando Adelantado" firmado por él en el que, valorando toda la decisión, determinación y heroísmo anónimo de la "resistencia", se sostenía la necesidad urgente de preparar al Movimiento para las batallas de las urnas. Ese documento, que la base recibió con aquiescencia indudable, irritó a los grupos "tremendistas". El original fue enviado a Perón, que entonces residía en Caracas. Frigerio regresó a Buenos Aires y como Cooke permanecía sujeto al proceso de extradición se decidió que me trasladara a Caracas a informar. En vísperas del viaje, volvimos a reunirnos. Espejo, Gomís y yo sosteníamos la tesis de la salida política. Sólo Saúl Hecker se manifestó contrario a ella. Cooke, que presidía la reunión, aprobó nuestra tesis. Al día siguiente volé a Panamá y de allí a Caracas.

Llevaba un informe político y una serie de cartas que los dirigentes políticos y gremiales hacían llegar al Comando Adelantado para que éste las remitiera a Perón. Al hacer aduana en Maracaibo, el puñado de cartas que llevaba, todas dirigidas al general, llamó la atención de la policía venezolana. En el país se había impuesto una censura rigurosa. Al llegar a Maqueitía fui detenido y llevado a la Central de Policía de Caracas. Como era ya casi media noche, dormí allí y, al promediar la mañana, llegó el mayor Vicente para recibir la correspondencia y gestionar mi libertad. A las once de la mañana entré en el escritorio de Perón.

Hacía casi dos años que no lo veía y él no había cambiado nada. Conservaba intacto ese tremendo don de agradar, esa consciente humildad que le presta la seguridad en sí mismo. Hablamos de todo. Él escuchaba atentamente, interrumpiendo sólo para inquirir sobre hechos y cosas concretas. Expuse escuetamente nuestra apreciación de la situación, sin

ninguna clase de insinuación de soluciones apriorísticas. Mi planteo era estricto, como acordamos en la reunión del Comando Adelantado.

—El proceso electoral camina. El resultado de los comicios para constituyentes ha demostrado: 1) Que el peronismo sigue siendo mayoría; 2) Que la creación de la UCRI rompe definitivamente el frente general antiperonista; 3) Que lo queramos o no, participaremos en las elecciones generales, porque la repetición del voto en blanco será una manera de estar presente en la campaña y la culminación electoral; 4) Que si nos abstenemos o votamos en blanco, contribuiremos a institucionalizar a la fracción más violenta y reaccionaria de la "libertadora"; 5) Que si votamos al neo-peronismo —Bramuglia, por un lado, y el "Partido Blanco", por el otro, ya habían levantado la bandera del peronismo sin Perón, con un total fracaso de masas—, como el neo-peronismo sólo se puede alimentar del peronismo, contribuiremos a acelerar nuestra propia disgregación. Además, frente a un triunfo neo-peronista, la "libertadora" sólo le entregaría el poder si aquél se transformaba en instrumento del antiperonismo.

Perón quiso conocer cuál era la opinión de los sectores gremiales. Estos reflejaban, en sus problemas específicos, las mismas tendencias que los grupos políticos y de la "resistencia" en los suyos. Los viejos dirigentes, desplazados por las intervenciones, constituían la C.G.T. "Auténtica", la C.G.T. "Negra" y alguno que otro nucleamiento de menor trascendencia, pero todos ellos unificados por un denominador común: su falta total de gravitación en las organizaciones sindicales que habían manejado discrecionalmente, su actividad exclusivamente política, su total falta de contacto con la base y, por ende, su empecinamiento en transferir al orden gremial el abstencionismo que Perón había aconsejado en el orden político. Traducían la consigna de "no darle salida política a la usurpación" por "abstención electoral en la renovación de autoridades gremiales", luego de los asaltos a esas organizaciones perpetrados por los extremismos, el reformismo sindical y la derecha nacionalista. La experiencia vivida en el gremio de la Construcción no les enseñó nada. Que cuatrocientos votos comunistas otorgaran la dirección a los

activistas de ese partido por la abstención de millares y millares de peronistas, había caído en el vacío.

Pero una nueva camada de dirigentes, surgidos al calor de la lucha contra la usurpación de la dirección gremial y contra las maniobras de la "Libertadora" y su interventor en la C.G.T., daba señales de vida, y de vida activa, combativa y reordenadora. Ellos sostenían —y las bases los seguían por eso— que era necesario plantear la lucha contra la usurpación gremial en todos los terrenos, y el terreno electoral era el mejor para batirla. Además, las intervenciones enviadas a los gremios actuaban en sus finanzas como la langosta en campo sembrado. En SUPA, el interventor había nombrado un delegado en cada uno de los 52 puertos y este delegado, en cada uno de ellos, se había asignado una remuneración de ministro, además de salarios de jefes de gabinete a la multitud de ganapanes que los circundaban. Saquear a los gremios fue una industria que no decayó hasta que éstos quedaron agotados. SUPA, para volver al mismo ejemplo, al ser intervenida tenía una cuenta bancaria acreedora de 38 millones de pesos. Al año debía 60 millones. Y cuando la recuperaron los compañeros de Tolosa —y éste mismo— la deuda había alcanzado a los 120 millones de pesos.

Para luchar en el orden gremial, lo primero era quebrantar el abstencionismo de los viejos dirigentes y actuar de manera que la recuperación de las direcciones por la mayoría los salvara de la quiebra y de la liquidación de la totalidad de los servicios sociales que prestaban a sus afiliados. Estos nuevos dirigentes, combativos y capacitados para mirar hacia adelante y no dejarse anestesiar por las añoranzas, ya habían expuesto ante el Comando Adelantado su posición y la habían justificado hasta el exceso. Esa era la oportunidad para que Perón dirimiera la controversia y así se lo expresé. Él transfirió al Comando Adelantado la decisión, pero advirtió que consideraba imprescindible que las bases concurrieran al proceso electoral gremial y combatieran al gorilismo en todos los terrenos en que lo pudieran batir. Cuando esta política se llevó a la práctica, el peronismo recuperó la mayoría de los gremios, nació la "Intersindical" para desmontar la maniobra

de Patrón Laplacette en el Congreso de la C.G.T. y luego las "62 Organizaciones" vieron la luz.

Cuando me retiré, Perón no había hecho el menor comentario al informe que le rindiera. Se encontraba en una sala de un piso de la Avenida Urdaneta, donde Américo Barrios, que había llegado de Asunción, estaba organizando una empresa de publicidad. Con él salí a conocer Caracas. Al despedirme, el general me detuvo un momento y me dijo:

—Ud. se va a quedar unos días. Yo voy a pensar. Mañana o pasado lo voy a hacer llamar para que conversemos otra vez. Vaya a conocer la ciudad, que es muy linda.

Pero a la mañana siguiente, cuando dormía aun, el mayor Vicente me despertó. El general me esperaba a desayunar en su casa. Allá fuimos de inmediato. Charlamos largamente. Me relató su estada en Panamá, las locuras de Pascali, el cariño que el pueblo panameño le demostró. Criticó duramente a Pérez Giménez por la ausencia de una política social que diera sentido popular a las grandes obras públicas que emprendía y en persona vigilaba. Luego fue derecho al grano:

—He estado pensando en el informe que me dio. He leído esta noche la correspondencia que me trajo. Pero a mi vez quiero que ustedes conozcan los informes de carácter militar que he recibido. Según ellos, hay unidades militares donde oficiales y suboficiales peronistas estarían dispuestos a luchar para derrocar a la dictadura. ¿Qué sabe el Comando Adelantado sobre esto?

Le dije que no sabíamos nada. Pero que era evidente que esos informes no correspondían a la realidad. La "Libertadora"—le dije— se ha equivocado en casi todo. Pero hay dos cosas en las que no se equivocó. La primera, en depurar a las Fuerzas Armadas no sólo de peronistas sino de cuantos no asumieran una actividad práctica, no sólo declamatoria, tajantemente antiperonista. La segunda, en desarmar económicamente al país. Las unidades militares dispuestas a la restauración eran meramente imaginativas.

Dos semanas después, cuando estaba nuevamente en Santiago preparándome para regresar a Buenos Aires, el mayor Vicente llegó allí procedente de Asunción. Venía, enviado por Perón, a ratificar o rectificar la información aludida. Él re

presentaba a esa colección de imaginativos y mentirosos que le vendían a Perón, como a todos nosotros aquí, una revolución imaginaria cada quince días. Desde Santiago fue a Montevideo, y, desde allí, a Buenos Aires, donde mantuvo reuniones con grupos de la "resistencia" intransigentemente insurreccionales. Pero ésa, como las demás "revoluciones" preparadas por los Servicios y la provocación, quedaron en la nada.

Perón vivía en una casa pequeña, sumamente modesta. Una negrita joven hacía de sirvienta, mucama y cocinera. Seguimos conversando sobre la situación general, el movimiento obrero, las ramas masculina y femenina del Movimiento. Él recibía mucha correspondencia y la respondía toda personalmente. El mayor Vicente era su edecán militar y Gilabert su chofer.

—¿Cuándo piensa volver a Santiago?, preguntó.

—En cuanto Ud. lo disponga.

Se quedó mirándome unos segundos y en seguida me dijo: "He pensado sobre el informe. Lo creo objetivo y veraz. Para ustedes la salida está en empujar a Frondizi a que profundice la quiebra de la unidad antiperonista y, en última instancia, darle apoyo electoral para que liquide el continuismo. Pero esa maniobra requiere una conversación a fondo con alguien que lo represente, porque presupone compromisos mutuos que, aunque deban permanecer en reserva para evitar la contra-maniobra gorila, yo no voy asumir sin debatirlos con ese emisario.

Le dije que el emisario no esperaba más que su autorización para volar a Caracas. Y como me preguntara si tenía idea de quién podría ser, le respondí que tenía muchos motivos para creer que sería Rogelio Frigerio, el director de "Qué". El general lo ubicó de inmediato. Su libro "La Fuerza, el Derecho de las Bestias" transcribía textualmente páginas enteras de la revista que dirigía Frigerio y que iba construyendo el andamiaje teórico de lo que se expresó después a través del frente del 23 de febrero, desarmando al "quedantismo", derrotando al "continuismo" y abriendo un capítulo nuevo en la historia, zigzagueante, discontinua, pero inexorablemente llamada a completarse, de la autodeterminación nacional.

### CAPÍTULO III

## EL FRENTE ANTIPERONISTA

A PARTIR del 13 de noviembre de 1955 el frente antiperonista tuvo tres instancias claramente definidas. El gobierno de Aramburu y Rojas, la Junta Consultiva y la dirección de los partidos políticos que habían constituido la oposición al gobierno de Perón. En el primero predominaba la agresividad del contralmirante que el 16 de junio "estaba con el hombre" y noventa días después —plazo en que vence un pagaré— estaba dispuesto a hacer polvo la destilería de La Plata y a bombardear Buenos Aires. En la Junta Consultiva, en lo que era esencial para el plan de la reacción interna e internacional, Américo Ghioldi llevaba la voz cantante, secundado por el "unionismo" y los demócratas progresistas, rápidamente olvidados de sus planteos iniciales al general Lonardi. En la dirección de los partidos políticos, las perspectivas y esperanzas de participar del poder sobre las ruinas del peronismo y la liquidación de su gravitación en el quehacer político superaba todo, incluyendo sus pujos de mistificación y demagogia obrerista.

El gobierno de Aramburu y Rojas expresaba de una manera directa y descarnada la hegemonía de la oligarquía y la reacción, con todas sus consecuencias. Nacido de la defenestración de Lonardi, se apresuró a liquidar todo resabio

"lonardista" en su seno y a demostrarle a la Iglesia que si había aprovechado el problema religioso para apresurar el derrocamiento de Perón, no estaba dispuesto a tolerar la presencia del pueblo, como valor determinante, en ninguna especie de solución ulterior. Al nacionalismo aristocrático, luego de usarlo, lo tiró de un puntapié al estercolero. El "Bebe" Goyeneche fue transferido de su despacho de la Avenida de Mayo 760 a una celda de la penitenciaría de Las Heras. El masonazo Rodolfo Fitte lo sustituyó para iniciar las correspondientes investigaciones.

El terrorismo político y social constituyó el fondo mismo de la política de ese gobierno. Más de seis millones de ciudadanos, que habían encontrado en el frente nacional que fue el peronismo, hasta su aislamiento, el camino de su realización política y social, pasaron de súbito a la condición de delinquentes comunes para los asaltantes del aparato estatal. No importó que las investigaciones —entre ellas la de la Secretaría de Prensa y Difusión, presentada como una cueva de cacos— demostrara al fin de cuentas que no sólo no había la menor malversación, sino que sus funcionarios trabajaban por sueldos tan ínfimos que dejaron estupefactos a los investigadores. Para el gobierno de Aramburu y Rojas, empujado por la agresividad de "convertido reciente" de este último, el antiperonismo llevado a la histeria era la necesaria cortina de humo con que cubrir su contenido antinacional y, por eso mismo, antipopular. Para desarmar económicamente al país, para postrarlo una vez más ante los monopolios y los intereses expoliadores de la oligarquía, era necesario excluir al pueblo de todo aparato de conducción, quebrantar por la violencia toda posibilidad de acceso de ese pueblo a la cosa pública y excluirlo de las deliberaciones. El frenético antiperonismo de que hizo gala, apenas la huelga general de la C.G.T. le dio pie, y el odio de clases que exhibió apenas el frustrado intento del general Valle le permitió abrir las compuertas de su barbarie teñida de "democracia" y "liberación", lo definen en su síntesis más estricta.

La Junta Consultiva fue la simulación de un aparato deliberativo cuyas conclusiones iban a parar al cesto de los papeles de la Casa Rosada si no servían claramente a los

fines reaccionarios de la política del gobierno provisional. Concebida por Lonardi como "Junta de Notables", se reveló como "senado del odio" y el instrumento reaccionario de la conjunción de barones del antipueblo que servían a la oligarquía y a los monopolios internacionales, agarrados, como garlápagos, al intercambio económico presidido por el subdesarrollo. Su creación y el bombo que se le otorgó para satisfacer la vanidad de sus componentes tenían objetivos concretos y fácilmente identificables en la medida que sus "sesiones" trascendían. Estos eran: 1) Mantener la división del país en peronistas y antiperonistas a los fines de impedir la unificación popular para el enfrentamiento con la política económico-social de la reacción; 2) Servir de usina al descrédito permanente del "régimen depuesto", ocultando tras sus errores la masa de sus aciertos y consecuencias con el bienestar popular; 3) Elaborar la teoría que justificara la práctica de todo el plan concebido contra la totalidad de los intereses permanentes del pueblo y del país. Y aunque en ella todos legislaban solemne y campanudamente, Américo Ghioldi, que era el portavoz más autorizado del gorilismo, actuaba en la práctica de "lord mayor". Su diario de sesiones constituye la prueba más terminante de cómo y de qué manera, con formulaciones abstractas sobre la democracia y la libertad, se puede prostituir a la primera y fusilar, sin proceso, a la segunda.

Los partidos políticos, en ese momento, estaban en vías de recuperar parte de los sectores que habían perdido por la acción unificadora del peronismo. El aislamiento de Perón y la clase obrera organizada facilitó ese redespazamiento de clases y sectores que, a partir de 1943, habían dejado sus nucleamientos de origen para encontrar en el movimiento popular el común denominador de sus reivindicaciones y esperanzas. La clase trabajadora, que hasta la revolución del 43 revistaba mayoritariamente en los partidos llamados obreros: el Partido Socialista, el Partido Comunista y las organizaciones anarco-sindicalistas de la FORA y que, en parte, por su fracción menos combativa, seguía a la Unión Cívica Radical y aun al Partido Conservador a través de los peones de estancias, se había desplazado hacia el peronismo. El análisis a que Gino Germani somete las elecciones realizadas desde

1946 a 1948 lo demuestra hasta la saciedad. En los partidos tradicionales —el Socialista, el Comunista y el Radical—, desde el punto de vista de la clase obrera, en 1955 quedaban apenas algunos núcleos de trabajadores. En el Partido Socialista predominaban los obreros “acomodados”; en el Comunista los de mayor politización clasista y agresividad social, y en el Radical los más acomodaticios. En el conservadorismo ya no quedaba nadie que no fuera conservador. Y la masa de los sectores obreros industriales, a la que se habían incorporado centenas de millares de trabajadores del interior del país, pasó al peronismo.

La base popular de todos esos partidos —Socialista, Comunista, Radical— se fue reduciendo ininterrumpidamente desde 1945 a 1953. Las conquistas sociales justicialistas, la legislación que creó y sancionó los convenios colectivos, los servicios sociales y la ayuda social, los fueron empujando, cediendo a sus intereses más legítimos, hacia el Movimiento. Esa base popular no se componía, exclusivamente, de obreros. El sector de empleados de la clase media expresó, en idénticas circunstancias, las mismas tendencias. Pero la clase media, como clase —pequeños industriales, comerciantes, altos empleados, profesionales, intelectuales y estudiantes— se mantuvo en los marcos de los partidos tradicionales —Socialista, Radical, Demócrata Progresista—. Lo que el peronismo atrajo de la clase media, segregándolo de sus preferencias políticas de origen, fueron núcleos, algunos representativos. En él se integró un sector de empleados de comercio, bancarios, profesionales, intelectuales y sectores del comercio, la industria y el campo. De ese sector industrial, representativo esencialmente del interior del país, nació la Confederación General Económica.

La composición de los partidos, en 1955, estaba conformada así: 1) La Unión Cívica Radical, aun no escindida, era el partido de la clase media y rural en cuyas filas se incluían, en mayoría, los profesionales, los industriales, los comerciantes, los ganaderos, los chacareros, etc., etc., contando con un fuerte apoyo de la intelectualidad y del estudiantado; 2) El Partido Socialista reunía a un grupo de obreros “acomodados”, próximos a la senectud y al sueño de la casa propia, como

suprema reivindicación, y a sectores intelectuales, especialmente maestros y profesores; 3) El Partido Demócrata Progresista estaba reducido al marco provincial, perdida su base eminentemente popular agraria, la que se había corrido en parte al peronismo y en parte al radicalismo; 4) El Partido Conservador, hablando genéricamente, estaba reducido a su esqueleto de partido de la oligarquía y a sus representantes profesionales e intelectuales. Había perdido su base popular, que fue considerable en la provincia de Buenos Aires.

El aislamiento y la sectarización del peronismo habían facilitado el regreso de esos núcleos a sus partidos de origen. Pero regresaban a ellos vacunados por la justicia social, de que gozaron durante nueve años, por la fraternidad con los trabajadores, por la idea, aunque nebulosa, de la esencialidad de la industrialización en la lucha por la autodeterminación nacional y el bienestar popular, del que habían gozado bajo la "dictadura" y del que querían seguir gozando. El aislamiento del peronismo y su sectarización devolvió a sus partidos de origen a núcleos de la clase media y de los trabajadores, pero, repetimos, los devolvió vacunados. Y como el frente antiperonista fundaba su unidad —desde el punto de vista popular— en la supuesta capacidad de superar al peronismo, sumando a su política social reivindicadora y nacionalizadora de la conducción proletaria la política económica desarrollista de que éste carecía, y la política del Gobierno Provisional era, esencialmente, el polo opuesto a esa perspectiva, la unidad del frente antiperonista saltaría hecha pedazos apenas en la dirección de los partidos que integraban ese frente surgiera una voz que señalara la contradicción existente entre la formalidad *libertadora* y la realidad *entregadora* de su política.

El discurso de Frondizi del 1º de mayo de 1956 fue esa voz inicial, rompiendo la unidad del antiperonismo en el nivel de los dirigentes y transformándola en una utopía en el nivel popular. De ahí a la Convención de Tucumán sólo mediaba el tiempo estrictamente necesario para que la diferenciación en los sectores dirigentes del radicalismo, al profundizarse al calor de los hechos diarios que señalaban a unos, los capitaneados por Frondizi, solidarios con los anhelos

populares y a otros, los dirigidos por Balbín, solidarios con la reacción, dejara a la antinomia peronismo-antiperonismo, como la noche, atrás. Quebrantada la unidad antiperonista, la división del país en lo profundo comenzó a proyectarse hacia la superficie. El no-peronismo —que se desgajaba del antiperonismo para integrar un nuevo factor cuyo desarrollo sólo podría procesarse a expensas del antiperonismo amañado por la reacción— surgió como “tercera fuerza”, cuya equidistancia de las otras dos tenía inexorablemente que ir desapareciendo a medida que el antiperonismo gori-la se desnudaba como agente director de la reacción y el peronismo refirmaba su contenido nacional y esencialmente popular por la fidelidad de los trabajadores a sus postulados y su política de independencia, soberanía y justicia.

El nacimiento de la UCRI, en Tucumán, selló esa división del frente antinacional disimulado tras el frente antiperonista. Y este acontecimiento, como sus consecuencias ulteriores, tuvo en la revista “Qué” que dirigía Frigerio su motor decisivo. Recorrer sus páginas desde el 1º de mayo de 1956 al 23 de febrero de 1958 es ir remontando los escalones de la coincidencia nacional y popular para el bien común y el enfrentamiento con los enemigos del pueblo y del país. Desde ellas se desenmascaró la política económica de la oligarquía y se señaló la complicidad de Prebisch con los intereses recolonizadores de Gran Bretaña, sin olvidarse de la agresividad y los apetitos de los monopolios norteamericanos. “Qué” se transformó en el portavoz de los intereses nacionales y populares y en la cámara de resonancia de los activistas que los popularizaban y defendían en la actividad práctica diaria, alimentando doctrinaria e ideológicamente el proceso de transformación del radicalismo de sector puramente declamatorio de la clase media a expresión económica, política y social de los más legítimos e irrenunciables intereses de la colectividad en su conjunto, poniendo las primeras luces, después del derrocamiento de Perón, sobre la problemática nacional sin mezquindades ni conos oscuros partidistas. Y mientras Prebisch, Blanco, Verrier, Krieger Vasena y Alsogaray (este último era ya el inventor de la influencia de las estaciones sobre la economía popular y hacía sus primeras armas en los ámbitos del anti-

peronismo) dedicaban sus veladas a desarmar la industria, paralizar San Nicolás y Río Turbio, dejar que la maleza invadiera las grandes represas iniciadas durante el Plan Quinquenal y a transferir a los sectores agropecuarios la totalidad de la renta nacional, proyectando además, como de paso, la reforma bancaria que devolvería a la reacción y al imperalismo el control de nuestra economía, "Qué" ponía el ojo y la bala en los puntos claves de la maniobra y disparaba por todas sus páginas andanadas de claridad, objetividad, análisis concretos y previsiones demoledoras. Para el nuevo radicalismo nacido de la Convención de Tucumán y para sus perspectivas de entroncamiento con las más profundas raíces del sentir popular, "Qué" fue guía e inspiración, nexo y vaso comunicante, continente y contenido. Y, esencialmente, reverso de la medalla de la utopía de Avellaneda, especie de carta de navegación capaz de aprovechar todos los vientos y conducir a todos los puertos, menos al que se abría hacia la independencia de la Nación.

El "programa de Avellaneda" fue aprobado por el primer congreso nacional del Movimiento de Intransigencia y Renovación del radicalismo reunido el 9 y 10 de agosto de 1947 en el Comité de Avellaneda. Se denominó "Bases de Acción Política" y fue redactado por una comisión que integraron Moisés Lebensohn, Arturo Frondizi y Gabriel del Mazo. Era la época en que el peronismo ponía en ejecución su primer Plan Quinquenal, concebido en 1944 en el seno de la Comisión o Consejo de la Postguerra y expuesto ante las Cámaras el 23 de octubre de 1946 por el mismo Perón y su Secretario de Asuntos Técnicos, el Dr. José Figuerola.

Las "Bases de Acción Política" del radicalismo constituían una suerte de sublimación de la demagogia y el oportunismo. Por un lado, demostraban la voluntad de la clase media radical de volver al pensamiento reformista nacional del yrigoyenismo, abandonado durante el período de la dirección de Alvear y pisoteado por el partido durante su luna de miel con la reacción en la Unión Democrática. Pero por otro lado demostraba la desesperación por "ganarle" al peronismo, "superarlo" en sus postulados nacionalistas y sociales,

responder a su ubicación en la izquierda nacional con un rotundo "más izquierdista soy yo".

La primera *base*, refirmaba el federalismo de la organización constitucional argentina en todos sus aspectos institucionales, educativos, culturales, económicos y rentísticos; exigía la provincialización de los territorios para incorporar su población al régimen representativo federal. El peronismo ya había provincializado dos territorios —Provincia Perón y Eva Perón— y se aprestaba a provincializar todos los demás. La *base* segunda, referida a la reforma política, contenía dos puntos concretos: a) El sufragio femenino —que Evita exigía como parte de los derechos de la mujer y que se sancionó al año siguiente—; b) La organización de los partidos políticos, que, en la práctica, era proponer un Estatuto de los partidos. La tercera *base* prometía reavivar la Reforma Universitaria y la restitución de la ley 1420. La cuarta era una bomba: proponía el *control de la economía por órganos representativos de la voluntad popular*. ¡Cáspita! ¡Esto sí que ubicaba al radicalismo a un año luz a la izquierda del peronismo! E inclusive del programa del Partido Comunista. El *control de la economía*, lo mismo sea por los representantes de la clase obrera que por los que invisten la representación popular, es una *medida socialista*, que sólo se plantea en una determinada etapa de la revolución de ese signo. El Partido Comunista no lo había planteado jamás en ninguno de sus programas tácticos o estratégicos. Ni lo planteó en estos últimos meses, cuando, buscando empujar al peronismo hacia la "apertura a la izquierda", agotó todo su léxico incorporador. Más aún: fustigó esa manifestación de infantilismo revolucionario, cuando, en su último informe, Codovilla, criticando la formulación de la Unión Obrera Metalúrgica, que incluyó en su plan de lucha el *control obrero de la producción*, advertía que "esa es una consigna indiscutiblemente muy avanzada, que puede considerarse como prolegómeno de la lucha por el poder", refiriéndose a la toma del poder por la clase obrera.

En la *base quinta*, referida a la competencia en materia de nacionalizaciones, el radicalismo dejaba atrás todo lo ima-

ginable. Servicios públicos, energía, transportes, combustibles, cárteles y monopolios debían ser transferidos al patrimonio nacional y administrados por entes autárquicos nacionales, provinciales, comunales o cooperativos. La *sexta* postulaba la participación de técnicos, empleados y obreros en las utilidades de las empresas. La *séptima* fundamentaba la reforma agraria, “profunda e inmediata”, la utilización comunitaria de las máquinas como en un “kolkhos”. Y luego seguía la reforma social —trabajo, salario, vivienda, seguros, salud, cultura, etc., etc.— encarando luego la reforma financiera, para descargar los impuestos sobre las grandes rentas. La cooperación económica mundial y la defensa de la soberanía política, económica y cultural del país, seguía a la medida anterior. Pero la resolución sobre el problema agrario necesita un párrafo especial. Su apartado 4º decía textualmente: *“Fomentar la explotación colectiva de la tierra para lograr una producción económica y una realidad agraria con sentido de cooperación democrática”*.

Lanzada la U.C.R. por el tobogán izquierdista, para colocarse más allá de la ubicación que se había impuesto el peronismo, podía incluso reclamar la explotación colectiva de la tierra sin ruborizarse, cosa que no reivindicaba ni reivindicaba el Partido Comunista, que habla de entregar la tierra en propiedad a quienes la trabajan. De esta manera expresaba su “más izquierdista soy yo” ante la formulación peronista en materia agraria, que no sólo no iba a la explotación colectiva de la tierra, sino que rechazaba la idea de la reforma agraria tramposa, basada esencialmente en el cambio del régimen jurídico de la propiedad y no en la incorporación de elementos productivos a la explotación agraria, concibiendo la reforma dentro del proceso general de desarrollo armónico de la economía nacional y no como separada de él. ¡Y pensar que aún hay dirigentes peronistas tan olvidadizos que quieren acondicionar su coincidencia con la UCRI a que ésta regrese a esa sublimación de oportunismo y demagogia que fue el “programa de Avellaneda”!

## EL CONTRA-PROGRAMA

En su edición N<sup>o</sup> 112, del 8 de enero de 1957, "Qué" sometía a Frondizi a un largo interrogatorio en el que el entrevistado iba dibujando el contra-programa de Avellaneda. Luego de afirmar que el país estaba maduro para la convocatoria electoral de autoridades nacionales y provinciales, de oponerse a la llamada a elecciones de constituyentes, de fustigar las inhabilitaciones por razones políticas y gremiales, de exigir la libertad de los presos políticos y sociales y de reafirmar que "el radicalismo no aspira a realizar un gobierno partidista, apelando a la voluntad de todos los argentinos y solicitando la cooperación de todos aunque no militen en sus filas", criticaba duramente al Gobierno Provisional en su política económica y exigía del Estado una acción concreta y terminante en materia energética e industrial: "Es necesario —decía— que el Estado vuelque todos sus recursos para alcanzar la autosuficiencia en materia energética y la rápida puesta en marcha de la planta siderúrgica de San Nicolás. Los obstáculos materiales y los hombres que obstruyen esta acción deben ser drásticamente eliminados en nombre de los intereses de la Nación." Y proseguía: "Es necesario que no se dispersen esfuerzos en campos que corresponden a la empresa privada, tal como la corriente elaboración de bienes. En cambio, por razones de soberanía, no debe renunciar a su dominio sobre los servicios públicos y la explotación de las fuentes de energía".

Interrogado sobre los aportes del capital extranjero, respondía: "La Argentina se puede desenvolver en base a sus propios recursos, pero ello importaría renunciar a un ritmo de crecimiento más acelerado. Lo importante es distinguir claramente dos tipos bien contrapuestos de inversión extranjera. Por un lado, aquella que aporta una nueva fuente de riqueza, crea trabajo, contribuye a elevar el nivel de vida popular, promueve el desarrollo integral y armónico de nuestra economía y hace a ésta menos dependiente de los factores externos. Por el otro, el tipo tradicional de inversión que suelen realizar los países metropolitanos en sus colonias o en aquellos países subdesarrollados que intentan incorporar vir-

tualmente a sus dominios. Se aplican generalmente a la producción y exportación de materias primas y combustibles, no aportando riqueza sino extrayéndola, obstruyen sistemáticamente toda posibilidad de desarrollo industrial, tienden a crear desocupación y deprimir los salarios con el fin de abaratar el producto de exportación e intentan estructurar —mediante el dominio de los servicios públicos, de los bancos, de los monopolios de exportación, etc.— una administración económica colonial bajo la aparente forma política de gobierno propio. Son cosas muy distintas y nadie puede juzgar con el mismo criterio a quien entra en nuestra casa a colaborar, que a aquel que no persigue sino móviles de despojo o dominación”. El programa de Avellaneda se iba descuajeringando. En su lugar un pensamiento coherente moldeaba una programática nueva, carente de grandes frases sonoras y vacías, pero rica en realidades y objetividades concretas. Se denunciaba, por ejemplo, que “cuando el aumento de los precios se origina en la devaluación monetaria y en medidas que benefician a sectores de altos ingresos, se dice que se está *combatiendo* la inflación. Pero que cuando los aumentos obedecen a un reajuste de salarios, destinado a posibilitar la subsistencia de los sectores del trabajo, entonces se afirma que se está *desencadenando* la inflación”. Pero se iba más adelante: “No hay economía próspera si no se apoya en una masa de población bien remunerada. Cuando los ingresos de la mayoría disminuyen, es que han sido transferidos a otros sectores, cuando no al extranjero”.

En esa entrevista, el pueblo —peronista y no peronista— encontró respuesta a la totalidad práctica de sus interrogantes. La intervención a la C.G.T. y los gremios fue desenmascarada, fue reivindicado el derecho de los trabajadores a darse, en elecciones limpias y transparentes, la dirección que correspondiera a la mayoría de ellos. Se sostuvo que los sindicatos son organismos homogéneos, integrados por personas aunadas por la identidad de sus intereses y necesidades sociales y que, por lo tanto, también las direcciones debían ser homogéneas, ya que si en ellos sólo se discuten los intereses de los trabajadores, las minorías no pueden jugar en la dirección otro papel que el que les dicte la demagogia en la lucha por la

dirección. "Querer hacer de cada comisión directiva sindical un parlamento de bolsillo, es introducir en los sindicatos los gérmenes de disputas y divisiones lesivas para todo el gremio". La unidad sindical fue sostenida y la pluralidad fustigada como recurso de los agentes de la reacción. La independencia de la política de la clase obrera como tal, no su apoliticismo tramposo, constituyó las últimas líneas de la entrevista.

El contra-programa de Avellaneda tenía un sabor profundo e indisfrazablemente "paralelo".

### *NUESTRA RESPUESTA*

En aquellos días de enero de 1957 el Movimiento se expresaba a través de los viejos dirigentes sindicales, los nuevos dirigentes que afloraban al amparo de las primeras luchas por arrastrar a las bases a la concurrencia en las elecciones sindicales y los sectores de la "resistencia". El sectarismo, en tales condiciones, era un muro compacto y cerrado para toda concepción que no representara una protesta airada y violenta frente al gobierno y la totalidad de los partidos no peronistas. La algazara de los sectores de Balbín, del "unionismo", los demócratas-progresistas, el socialismo y el comunismo —todos orquestados en la histeria antiperonista— nos envolvía, nos confundía y nos impulsaba a cerrar los ojos ante las diferencias entre el antiperonismo y el no-peronismo, y a no percibir que éstos estaban enfrentados a aquéllos por defender y tratar de preservar los derechos del pueblo, de la clase obrera y del país, lo que no era más que defender nuestras propias posiciones en idéntica materia. Nuestro sectarismo nos conducía al confusionismo y éste a no diferenciar nuestros enemigos de nuestros aliados potenciales. El Movimiento, ni por su dirección fraccionada en mil "comandos de la resistencia", ni por los grupos gremiales que prevalecían en él, se apercibió o tomó conciencia de la quiebra del frente antiperonista ni de la posibilidad de profundizarlo en bien del pueblo y de nuestra acción. El sectarismo es una venda opaca e impenetrable, compacta y enloquecedora. Nosotros tenemos hoy una terrible pero rica experiencia de ese pecado

mortal, sin purgatorio ni remisión. Porque nuestros errores caían sobre la base —esa base que seguía ofreciendo “la vida por Perón” con una lealtad conmovedora e inmune al tiempo y la distancia— en un desafío apasionante a los sesudos “dialécticos” del mecanicismo intelectualoide.

Y mientras nos regocijábamos en la trampa del sectarismo más alegre e inconsciente —bajo la bandera de la lealtad al pueblo y al peronismo— le cerrábamos a los dos todas las salidas practicables en el laberinto de las circunstancias y de nuestro aislamiento, y manteníamos los ojos cerrados ante el hecho de mayor trascendencia política desde la caída de Perón: el rompimiento de la nebulosa del frente antiperonista, las fisuras que se ofrecían allí a nuestra actividad práctica y la esencialidad de la diferenciación que encarnaba ese hecho. Meses después, en el documento que volcó al peronismo en las urnas del 23 de febrero para barrer con una escoba de cuatro millones de voluntades nacionales el fantasma del continuismo, Perón daba la clase del teorema: comprender y valorar la diferencia que va del “adversario” al “enemigo”, es decir, de lo que es circunstancial y *mutable* a lo que es permanente e *inmutable*.

Pero todo contribuía a mantener el velo del sectarismo sobre las particularidades del proceso. Los grupos de la “resistencia” encontraban en el aislamiento y el sectarismo su mejor escudo protector. Su intransigencia en aceptar otro pensamiento que el de sus propias decisiones, les creaba la ilusión de estar preservados contra las infiltraciones, provocaciones y acechanzas de un enemigo que los había “calibrado” y que explotaba su apasionado enamoramiento de la salida insurreccional ofreciéndosela, si no cada día, cada semana, a través de grupos provocadores directamente ligados al gorilismo. Así iban cayendo y anulándose en las cárceles y los confinamientos. Y si no caían, ante la caída de los demás se encerraban bajo siete llaves en el círculo vicioso del aislamiento y el espejismo de la “revolución restauradora”. La violencia dictatorial, el terrorismo organizado como política oficial, imprimía a las relaciones políticas y sociales con los “totalitarios” justicialistas tintas tan espesas y sombrías que los semitonos, los que expresan las luces y las sombras, las

diferenciaciones profundas y esclarecedoras, pasaban desapercibidos. En la trágica perspectiva de un pueblo atrapado por un grupo de ocupación antinacional, el pensamiento político como guía para la acción tenía que sortear tantas agresiones del medio como un conejo en la temporada de caza, en que Capuletos y Montescos tienen el dedo en el gatillo. Nadie entendía ni quería entender que al rompimiento de la unidad antiperonista debía corresponder una actitud nuestra de tono diferente al que teníamos con el gorilismo. La sola referencia a negociar con los adversarios era sinónimo de traición.

La prensa peronista —el padre Benítez, Alejandro Olmos— no diferenciaba su tono del de los grupos de la “resistencia”. Su contenido era puramente agitativo y la única diferencia que se podía apreciar entre sus periódicos y los panfletos que producían los grupos aislados, para solaz de ellos mismos —y de los presos que los recibíamos— residía en la extensión. En ninguna oportunidad y en ninguna de sus ediciones hubo un análisis de la situación ni un plan, por embrionario que fuera, para volcarla o transformarla. La idea fija de que “todo tiempo pasado fue mejor” los llevaba a desinteresarse totalmente del porvenir. Denunciaban los atropellos, las violencias, las arbitrariedades de la dictadura, pero no hacían el menor esfuerzo para buscar el camino que nos llevara a superarlos.

Y algo peor. Al rompimiento del frente antiperonista respondía con sarcasmo, cuando no con ataques a fondo. Para nuestra prensa, el hecho antes señalado de la diferenciación del radicalismo en Tucumán carecía de toda validez. La política de la suficiencia y del aislamiento, que llevó al peronismo a la derrota, tenía en el padre Benítez a su más empecinado y miope exégeta. No comprendió jamás que a cada etapa del proceso correspondía una formulación. No penetró jamás en el problema de la relación de fuerzas. No percibió nunca los cambios cualitativos que la mecánica misma del proceso iba introduciendo en esa relación de fuerzas. Ante la reacción de sectores comprometidos inicialmente con la dictadura y paulatinamente alejados de ella en razón de su política económica y su política social, no vio otra cosa que la discontinuidad del frente enemigo, su parcialización, pero no su quebrantamiento. Y, como es natural, no asimiló esos des-

gajamientos y su enfrentamiento con el gorilismo como el paso inicial de una coincidencia que inexorablemente se tendría que dar en la lucha contra el enemigo común. En nuestra prensa no hubo pensamiento político por una razón que se me ocurre básica: porque carecía de pensamiento económico.

En este hecho, que ha gravitado de una manera tan decisivamente negativa en nuestro gremialismo desde el derrocamiento del justicialismo en 1955, reside la fuente de nuestros principales errores. Tras toda política hay una política económica, que la fundamenta materialmente y en la que se expresan, de una manera terminante, las coincidencias y las discrepancias de las diversas clases y sectores sociales. Política antinacional no es aquella que cambia de bandera y borra el himno de los labios escolares, ni es política nacional la que impone el uso de la escarapela y entona con entusiasmo el Himno Nacional. Política antinacional es la que hace prevalecer una política económica que beneficia a las minorías y los grupos ajenos, a costa de las mayorías y de la Nación en su conjunto. Y política nacional es la que preserva e impone los intereses de las mayorías y de la Nación en su conjunto sobre los intereses minoritarios y ajenos. Pensar en una política sin profundas motivaciones económicas es saltar en la oscuridad o entregarse al enemigo, renunciando a moldear los basamentos de la Nación. Porque en la economía frente a los intereses permanentes del pueblo y la Nación se dan las coincidencias permanentes, de la misma manera que en la política se dan las discrepancias ocasionales.

En 1930, el derrocamiento de Yrigoyen y la toma del poder por la oligarquía fueron actos *políticamente necesarios* para imponer una política económica que asegurara los privilegios de la reacción y los intereses del colonialismo. La "Década Infame", en su esencia, no fue el fraude ni la anulación de las elecciones; fue desempleo, salarios de hambre, olla popular, "crotos" y "linyeras", desalojos y la entrega del patrimonio y del trabajo argentino a través de su más cínica expresión: el pacto Roca-Runciman y el problema de las carnes, que analizó con un valor y una audacia inimitables don

Lisandro de la Torre. Y el de los ferrocarriles, que inmortaliza a Scalabrini Ortiz.

En 1955 la oligarquía y el imperialismo no se satisfacen con el derrocamiento y la expatriación de Perón. Su saña y su violencia, ejercidas contra todo el pueblo y, fundamentalmente, contra los obreros organizados, tienen objetivos claramente económicos. Desarma las fábricas de tractores, anula los pactos bilaterales, transforma las deudas *comerciales*, sin interés y pagaderas en mercaderías, en deuda *financiera*, con interés y consolidada en el Club de París. Reajusta el valor de la moneda, lo que aumenta el valor de las importaciones y disminuye el de las exportaciones, amén de reducir catastróficamente el valor adquisitivo de los salarios. Liquida el stock vacuno, amenazando de muerte la más sólida fuente de divisas del país. Abre bajo el paralelo 42 una trampa mortal para la industria nacional de consumo y canaliza por ella las divisas que eran necesarias para transformar la estructura económica, completándola con energía, acero, carbón y productos químicos. En síntesis: el derrocamiento del justicialismo se tradujo en exportar a precios más bajos y en importar a precios más altos; en anular los convenios comerciales bilaterales, que nos aseguraban máquinas y materias primas a cambio de nuestra producción, y en transferir al Club de París nuestras necesidades y posibilidades, para que el "pool" las regulara y fijara a su placer. Y, especialmente, en ponerle un "parate" al proceso industrial profundo.

Pero nuestra prensa no lo vio, como no lo vimos nosotros. Y como el Movimiento en su conjunto no lo asimiló después. Así, en 1962 el golpe militar que liquida al gobierno de Frondizi quiebra el orden constitucional, que con todas sus limitaciones, vacilaciones, dudas y debilidades ante la reacción, constituía el camino, y lo hace porque necesita del poder político, del aparato del Estado para sacar al país de sus carriles desarrollistas e imponer la política económica de la reacción, para la que la vieja estructura es la única tabla segura de salvación y preservación de sus intereses de intermediarios y asalariados del comercio agroimportador. ¿Cómo se expresó ese golpe inmediatamente después de conquistar el poder? En pocos días, el Dr. Pinedo impuso un viraje de

180 grados al rumbo de la economía nacional. Para eso no necesitó, como en 1955, ametrallar al pueblo, poblar todas las cárceles, movilizar a los "comandos civiles" ni requerir los servicios de aquel pintoresco y sórdido "Capitán Ghandi" que puso en jaque el sentido común y la seriedad de todo el país. Le bastó con producir siete decretos. Y como un Aladino al revés, todo se invirtió. Del desarrollo pasamos a la contracción, de la plena ocupación al desempleo masivo, de niveles bajos pero soportables de vida a la miseria generalizada, de las empresas activas a las empresas clausuradas, del mercado oxigenado al mercado asfixiado. De la perspectiva de comenzar una etapa decisiva del proceso nacional al regreso a las primeras páginas de la maldita "Década Infame". Sólo los acontecimientos militares de setiembre, desmontando del lomo del pueblo al gorilismo vociferante, introduce un tenue hálito reivindicatorio en el caos amasado concienzuda y obstinadamente por Pinedo y Alsogaray. La consigna de "derrotar al gobierno" facilitó a la reacción aprovechar los esfuerzos del pueblo y encaminarlos hacia sus objetivos golpistas. Que no eran derrotar al gobierno, sino al pueblo y al país. Y lo ha conseguido, aunque temporariamente.

La reacción contra el aislamiento y el sectarismo se inició en el movimiento obrero a través de los cuadros nuevos surgidos de la lucha contra el gorilismo en el seno de los gremios. Al documento del Comando Adelantado de Chile, esos cuadros nuevos respondieron con la creación de la "Intersindical" y la conquista de la mayoría en el congreso de la C.G.T. programado por el capitán Patrón Laplacette. Una nueva promoción de dirigentes, íntimamente conectados con las bases y dispuestos a movilizarlas gremialmente, inclusive atemperando sus preferencias políticas, pasaba por encima de la C.G.T. "Negra" y la C.G.T. "Auténtica" para buscar alianzas, coincidencias y objetivos comunes con quienes, habiendo asaltado las direcciones gremiales al amparo de las ametralladoras de los "comandos civiles", buscaban desesperadamente "entrevetarse" en el movimiento de masas, que era esencialmente antilibertador y antigorila.

"Abstención" y "concurrencismo" definían las posiciones entre los nuevos y los viejos dirigentes. Éstos eran abstencio-

nistas; aquéllos concurrencistas. Vandor en los metalúrgicos, Carulias en los tranviarios, Cardoso en la Carne, Martínez en los plásticos, Olmos en Sanidad —Panni y otros en los organismos que los unificaban— mantenían a las bases en permanente actividad, frustrando el plan de Patrón Laplacette. Éste tuvo que clausurar el congreso apenas en la Comisión de Poderes la mayoría antiintervencionista demostró que la clase obrera revalidaba su condición de vanguardia de todo el pueblo y que ya no confundía con tanta facilidad a sus adversarios con sus enemigos. De la "Intersindical" a las "62 Organizaciones" no hubo distancia apreciable. El triunfo del concurrencismo en los gremios dio a las "62" la dirección de los fundamentales. Y en noviembre de 1957, el general Aramburu se arrepintió amargamente de haberles concedido audiencia. Contra lo que esperaba, los dirigentes obreros, por la voz de Carulias, no sólo le arrancaban la máscara a la política económico-social de la dictadura, sino que polemizaban con ella y sus asesores, señalaban el contenido antinacional y antipopular que entrañaba y se plantaban ante el grupo de ocupación reivindicando su puesto de vanguardia en las luchas por la independencia del movimiento obrero y su política de solidaridad y redención social en los cuadros de la democracia representativa.

### *SE PROFUNDIZA LA QUIEBRA DEL FRENTE*

La Convención Constituyente estaba reunida en Santa Fe. Todos los bombos y platillos de la prensa encadenada a la reacción y al continuismo naciente estaban lanzados a vuelo. Desde los grupos agroimportadores se exigía que se diera "mucho aire" a la Convención Constituyente, porque ésta debía jugar un papel importante en el plan reaccionario de prolongar la transferencia del poder.

En mayo del 57, Frigerio, desde "Qué", había denunciado la maniobra y transcripto la opinión del "The Economist Intelligence Unit", de Londres, al respecto: "Para asegurar la continuidad de la política económica, el gobierno argentino debe prolongar su permanencia hasta fines de 1958." Y para

que esa prolongación resultara más eficaz a la consecución de los objetivos de mantener la vieja estructura que nos hacía granja inglesa mientras Inglaterra era nuestro taller —nosotros éramos su granja de verdad y el taller británico era tan *nuestro* como el planeta Venus—, el citado periódico londinense expresaba la esperanza de que reformando el sistema electoral, era de esperar, luego, la elección de un *presidente moderado*. La Constituyente, pues, tenía dos papeles en la tragicomedia que no había escrito Shakespeare, pero sí había sido escrita en inglés: a) Postergar el llamado a elecciones generales, manteniendo en manos del Gobierno Provisional la totalidad del poder a los fines de descargarlo sobre la balanza de las decisiones; b) Facilitar el continuismo mediante un nuevo sistema electoral que garantizara la exaltación de un *presidente moderado*; moderado en defensa de los intereses nacionales y exigente en defensa de los británicos.

Para nosotros, la Convención carecía de interés real. La Constitución del 49 había sido anulada por Aramburu. El llamado a elecciones para elegir convencionales nos había permitido demostrar, una vez más, que constituíamos la mayor minoría del país y que luego de casi dos años de persecuciones, confinamientos, torturas y calamidades sin cuento —y del descreimiento que cundía en todo el país ante el incumplimiento de los pactos solemnes firmados por Rojas a bordo del crucero “17 de Octubre” el día de la caída de Perón— el Movimiento mantenía su condición mayoritaria y su honda raíz popular. Ni la Convención nos interesaba ni los debates que en ella se plantearon despertaban nuestra curiosidad. Esta indiferencia nos privó de conocer el vuelo constitucionalista del señor Rodolfo Ghioldi, por ejemplo, y de las abundantes razones que debió exponer para justificar la presencia del comunismo en una asamblea en la que estaba ausente el justicialismo, el sector numérica y cualitativamente más ponderable del pueblo y más efectivamente entroncado con él, y de la que se retiró la UCRI, que le seguía en importancia.

La retirada de los representantes de la UCRI de la Convención de Santa Fe nos pareció positiva porque profundizaba la quiebra del frente antiperonista y empujaba hacia los sectores populares a una masa de más de 1.800.000 ciudadanos,

librándolos del pecado de cohonestar otra vez con sus exigencias partidarias la violencia gorila. Pero si tácticamente esa actitud estaba justificada —los hechos ulteriores lo confirman así—, políticamente entrañaba un riesgo. Un riesgo en el que se jugaba la suerte de la salida electoral a factores que la UCRI no controlaba. Ella carecía de reservas, no tenía de qué echar mano si el quedantismo, que tenía la cabeza levantada y estaba asesorado por las fuerzas más negatorias y empecinadas en no dar salida legal al drama del país, ante el desafío de la retirada de los convencionales, se hubiera decidido a actuar audaz y drásticamente.

Esa actitud fue un salto en la oscuridad. Una de esas volteretas que el público aplaude cuando el atleta ha salido del trance. Pero que encarnan un peligro mortal, no sólo para el que salta, sino para la muchedumbre que desde abajo sigue la parábola inconsciente que puede caer sobre ella. Pero es evidente que el abandono de la Constituyente por la UCRI constituyó una victoria táctica popular. Significaba que el peronismo ya no estaba solo, que su aislamiento había cesado, que a sus más de dos millones de votos en blanco se unía el millón ochocientos mil votos de la UCRI, ya que unos y otros expresaban lo mismo por caminos diferentes. Nosotros, llenando las urnas con nuestra negativa a legalizar los actos en que éramos excluidos como sector de pueblo y ciudadanía; ellos, borrando con el abandono de la Convención la legalización del fraude a la voluntad popular.

En ese momento, cada cual por su lado y sin una toma de conciencia inmediata de la magnitud de la coincidencia, habíamos iniciado desde ángulos distintos y mediante métodos contrapuestos la marcha que nos habría de llevar a unir nuestros esfuerzos para dar salida al pueblo y al país el 23 de febrero del año siguiente. Yo no supe nunca, no lo sé hoy, cómo se procesó el abandono de la Constituyente por el sector de la UCRI. En una novela picaresca en que se habla de "la crisis y lo que está detrás de ella", se afirma que el abandono de la Constituyente resultó de un movimiento espontáneo de los convencionales ucristas, encabezados por el doctor Alende, contra la opinión y la expresa voluntad de Fron-

dizi. Si esa afirmación tiene la misma veracidad que otras muchas del mismo libro, que conozco hasta sus pliegues más íntimos, tendré que resignarme a no conocer jamás cómo se operó ese hecho táctico.

## CAPÍTULO IV

### HACIA EL 23 DE FEBRERO

LA VISITA a Caracas insumió tres días. Después de la segunda entrevista con el general, ya no volví a verlo hasta el momento de despedirme de él. Insistió en esa oportunidad, casi machaconamente, sobre el absoluto hermetismo que debíamos mantener en relación al viaje de Frigerio, incluyendo al Comando Adelantado en su conjunto. Sólo Cooke debía ser informado de su decisión. Perón, personalmente, fijaría fecha y lugar de la entrevista. A ese efecto, quedó establecido que enviaría un cable a Chile, a mi domicilio particular. El cable llegó a última hora de la tarde del 30 de diciembre.

Cooke estaba en libertad cuando llegué a Santiago. Nos comunicamos con Frigerio y éste voló a Chile cuatro o cinco días antes que regresara yo a Buenos Aires a cumplir tareas que el Comando Adelantado consideraba urgentes. Frigerio nos informó sobre la situación política general y las tendencias que iban aflorando en el gobierno a raíz de la retirada de los representantes ucristas de la Convención de Santa Fe.

Con la quiebra definitiva del frente antiperonista, surgían en el gobierno de Aramburu y Rojas dos tendencias contrapuestas, aunque paralelas y sostenidas por la misma maraña de intereses contrarios a los del pueblo y del país. El "que-

dantismo", quintaesencia del desparpajo, la agresividad y la carencia total de principios del gorilismo, y el "continuismo", una suerte de gorilismo respetuoso de las formas sin perder su contenido. Porque sólo las formas los diferenciaban. El "quedantismo" significaba la subordinación lisa y llana del país a los intereses monopolistas y agroimportadores.

El "continuismo" tenía el mismo contenido, aunque variara en la formalidad. Su programa económico no se diferenciaba esencialmente del de los "quedantistas", porque estaba inspirado por las mismas fuerzas extra y anti-nacionales. Era el mismo perro aunque tuviera el collar adornado con las cintas multicolores de la consulta electoral. La diferencia era importante: el "quedantismo" apelaba a la violencia para permanecer; el "continuismo" —respetuoso de las formas— confiaba la permanencia a la confirmación electoral. ¿Por qué esa confianza? Porque después del "recuento globular" para Santa Fe, el "continuismo" había comenzado a mover sus titeres para que en las cintas multicolores que adornarían el collar que institucionalizara a la "libertadora" predominara el color blanco.

Para nosotros —que entonces no habíamos buceado aún en profundidad en el contenido económico catastrófico de las dos tendencias coexistentes en el Gobierno Provisional— el camino popular estaba dado por la insistente reiteración de Perón de "no darle salida política a la usurpación". En el documento con que el Comando Adelantado abrió la primera perspectiva hacia una salida política y electoral no estaba omitido el problema económico, pero se lo abordaba de una manera superficial y meramente reiterativa de las bondades de la política económica justicialista en cotejo con la política económica del gobierno provisional. Aquélla hizo la felicidad del pueblo; ésta lo iba hambreado. Aquélla defendía el valor del trabajo argentino en el mercado internacional; ésta lo malversaba y envilecía. Aquélla ponía la economía al servicio del pueblo; ésta al servicio de los monopolios y la voracidad de los pulpos internacionales.

Con tales limitaciones desde el punto de vista económico, nuestra coincidencia con otras fuerzas estaba limitada, a su vez, al plano político propiamente dicho. Para nosotros, en-

tonces, "no darle salida política a la usurpación" constituía todo nuestro programa y todo nuestro objetivo. Y eso nos restaba la posibilidad de comprender el proceso en toda su multiformidad esencial y nos incapacitaba para *superar sus contradicciones ulteriores superándonos*, uniendo a nuestra concepción político-social, real, profunda e insobornablemente democrática, un basamento económico que la proyectara, en permanente afianzamiento, hacia el porvenir. No es que no tuviéramos metida hasta los tuétanos la convicción de que sin independencia económica la soberanía política era una mistificación cuando no una dádiva de las metrópolis capitalistas. Es que la teníamos metida en bloque, sin someterla a un análisis crítico que la valorara en su intimidad y que nos permitiera extraer de su enunciado genérico las "prioridades" hacia las cuales encaminar los esfuerzos esenciales y trascendentes. La experiencia nos enseñó luego que, sin prioridades, la transformación de la estructura económica del país también resultaba una mistificación.

Otra vez en Buenos Aires, tomaba contacto con los grupos de "resistencia" y el movimiento gremial a través de la representación del Comando Adelantado que investían Jorge Cooke y Adolfo Cavalli. En la mayoría de los primeros, el documento de Santiago había caído bien; una minoría de ellos lo rechazaba terminantemente. César Marcos y Raúl Lagomarsino, que luego de una larga detención habían vuelto a concentrar tras el sello de "Comando Nacional" a un puñado de activistas tan sectarios como combativos y carentes de contacto con la base, produjeron un contradocumento en que vapuleaban al Comando Adelantado. El sectarismo y la ceguera tenía en ese documento su expresión más terminante. La virtud esencial del peronismo, para ellos, estaba constituida por su aislamiento, su impermeabilidad en asimilar la lección de setiembre y de junio —el derrumbe y el baño de sangre— y su empecinamiento en no divisar otro camino que el insurreccional. Toda salida que marginara la violencia constituía una traición; toda iniciativa que tendiera a superar el sectarismo insurreccional, teórico e imposible, una forma vergonzante de reformismo peronista; y todo intento de devolverle a éste su condición de frente nacional,

una trampa en la que ellos no iban a caer, con o contra lo que en última instancia resolviera Perón. Eran un puñado, pero se movían como liendres. Habían vuelto a reconstruir sus listas y calificaciones y ahogaban con comunicados, panfletos y consignas a los grupos que activaban en Rosario, la provincia y todo el norte del país. Ese riego concienzudo y permanente de los gérmenes sectarios latentes en el Movimiento contribuyó, en parte, a que el 23 de febrero 800.000 votos en blanco demostraran que la maniobra de la reacción y el "continuismo" había fructificado y que, sin la consigna expresa de Perón, la UCRI hubiera sido barrida como lo fue Balbín. Pese a lo que afirmó Jauretche y a lo que sostienen la suficiencia postelectoral de la burocracia ucrídea y los cronicones de primeros actores imaginarios en la gestación y materialización del frente del 23 de febrero, sin el apoyo directo de Perón el triunfo era difícil, si no imposible.

En el sector gremial se avanzaba. La lucha abierta por la concurrencia electoral en los sindicatos, enfrentando a las minorías, iba superando las primeras murallas del sectarismo y el aislacionismo justicialista. Los antiguos dirigentes, separados de sus organizaciones por la inhabilitación y la interdicción, hablaban solos, mientras los nuevos cuadros que surgían iban colocándose a la cabeza de la masa. La actividad diaria de ésta, acuciada por los dirigentes jóvenes marchaba decididamente hacia la ampliación de sus alianzas en los sectores propiamente dichos de su clase, donde ya obreros peronistas y no peronistas constituían los núcleos que atraerían, poco después, a los activistas comunistas y radicales a la acción común para enfrentar a Patrón Laplacette en el Congreso de la C.G.T. La "Intersindical" representaba más cada semana. No sólo los intereses de los trabajadores como clase, sino los anhelos del pueblo en su conjunto, que además de económicos, eran políticos y sociales.

La actividad gremial, más que en el local del gremio —transformado en "comité" antiperonista por el gorilismo y el socialismo en especial— se había desplazado a la fábrica, a la empresa, al taller. Con un objetivo combativamente sentido por la inmensa mayoría de los trabajadores —reconquistar las organizaciones, que era reconquistar las ventajas

sociales que ellas acordaban a los afiliados y defender el patrimonio que las posibilitaban— la movilización estaba asentada sobre los nuevos dirigentes, que se apoyó decisivamente sobre los nuevos dirigentes, trató por todos los medios de incorporar al trabajo de masas a los dirigentes viejos, promoviendo reuniones conjuntas con las mesas de la "Auténtica" y de las "62". La C.G.T. "Negra" había pasado a mejor vida. Pero el antagonismo entre viejos y nuevos diluía esa perspectiva de unificar a todos ellos a través de una misma concepción que llevara a la unidad de acción. Los resquemores de los primeros y la suspicacia de los segundos en la capacidad de maniobra de aquéllos, resultaban obstáculos que superábamos en las reuniones, pero que se reconstruían cuando terminaban. La lucha por la dirección, allí también, y con tanta pasión como en el sector político, prevalecía sobre todo lo demás. Con excepción de la voluntad expresa de hacerle la vida imposible al gorilismo.

En las bases, sin embargo, las condiciones eran diferentes. Éstas comprobaban a diario los valores de la unidad, de la negociación y el entendimiento con los demás núcleos sobre la base de la identidad de sus intereses profesionales. Su antagonismo político-partidario, en tratándose de enfrentar a la reacción y preservar sus derechos como trabajadores, daba un paso atrás, cediendo lugar a la conciencia de clase. El proceso era lento, avanzaba y retrocedía sin cesar, pero iba forjando los puntos en que se apoyaría después, en la voluntad generalizada, pese a esos 800.000 recalcitrantes antes referidos, la conjunción de nuestras fuerzas con las que seguían a Frondizi, quien, por su parte, había dado un giro en redondo en su concepción del momento nacional y en su prédica política.

Cuando a principios de noviembre se proyectó su candidatura a la Presidencia de la Nación, la "declaración de Avellaneda y las bases de acción política" quedaban atrás, soterradas definitivamente por la claridad objetiva del proceso que se iba reflejando, semana a semana, en la revista "Qué". En ella se unía —a la reclamación de libertad para los presos, a la exigencia permanente del levantamiento de

las interdicciones y las inhabilitaciones, al reclamo continuado para que la justicia diluyera de una vez por todas la nebulosa de las acusaciones irresponsables y genéricas y, castigando a los ladrones públicos, reivindicara la decencia y la dignidad de millones de hombres y mujeres a los que se les había colgado del cuello, por obra y gracia del odio de clases, un cartel infamante que decía "ladrón", "coimero", "traidor a la Patria", "totalitario" —en ella se unía, repito, el análisis del trasfondo económico de la "libertadora", su inspiración netamente antinacional y antipopular y se caracterizaba al "anti-peronismo" como la máscara, el disfraz y la cortina de humo con que se cultivaba, de contrabando, en el seno de las Fuerzas Armadas y los partidos políticos tradicionalmente opositores al peronismo, el odio al pueblo y la simiente maldita del enfrentamiento entre hermanos, como si la mitad de la ciudadanía sólo pudiera vivir aniquilando a la otra mitad.

"Qué" fue, entonces, un curso de economía política y un aliciente para la acción política social, que valió de la misma manera para peronistas y no-peronistas, superando sus contradicciones formales y abriéndoles un camino común en el que Jauretche ponía la pimienta y la sal de su peronismo polémico, Scalabrini Ortiz la hondura de su pensamiento nacional-libertador y Frigerio los esquemas en que se ligaban, como partes de un todo indisoluble, la economía con la política y ambas con la justicia social. En "Qué" había de todo, sintetizado en sus páginas por un equipo tan activo como estudioso. Lo que no se podía encontrar en ellas eran reminiscencias de la "declaración de Avellaneda" y de las "bases para la acción política". Como tampoco se las encontraba en ninguno de los discursos que pronunció Frondizi durante su campaña electoral ni en ninguna de las entrevistas que concedió a cualquier publicación nacional o extranjera a partir de su mensaje a los trabajadores del 1º de mayo de 1956. Y no sólo no hay referencias, sino que nadie se lo enrostraba o se lo recordaba. En la crítica a sus discursos y declaraciones, tanto las provenientes del sector de la extrema izquierda como del de la extrema derecha —y el centro ambidextro del radicalismo que seguía a Balbín con la bendición del continuismo—, el olvido de "Avellaneda" era total. En ello todos

los sectores del antiperonismo y del no-peronismo coincidían. La "declaración" y las "bases para la acción política" que la provocación ha vuelto a resucitar ahora para encaminar la combatividad popular hacia callejones sin salida —o con puerta abierta hacia el limbo— estaban archivadas en el desván de los floripondios. La UCRI y su candidato transitaban por la tierra, siguiendo un camino que "Qué" iluminaba y encendía. Y es que por el cielo, en materia político-social, sólo transitan los tontos, además de los ángeles que se desentienden de ellos y de ella.

En el desprendimiento de la UCRI del viejo tronco radical, llevándose con ella la tradición yrigoyenista y, de paso, un sector de su burocracia acomodaticia y mezquina, "Qué" fue uno de los factores determinantes y, doctrinariamente, el fundamental. Desde él se le inyectó a la UCRI una política económica que el partido no sólo ignoraba en proporción mayor que la ignoró el peronismo —porque éste, en la realización estatal, con los grandes diques, la multiplicación de los centros termoeléctricos, San Nicolás y Río Turbio y el frustrado contrato con la California, estaba en vías de descubrirla por sí mismo— sino que siguiendo la línea de sus "bases" no iba a descubrirla jamás. El "más izquierdista soy yo" que prevaleció en Avellaneda constituía una venda teórica que no estaba jaqueada por la actividad práctica, como nos pasaba a nosotros. Esto desde el punto de vista económico. Desde el político-partidario ahí están las declaraciones radicales ante el bombardeo del 16 de junio, los acontecimientos de setiembre y el baño de sangre del 10 al 12 de junio. Amén de las intervenciones del Dr. Alende en la Junta Consultiva. El radicalismo, como unidad pre-UCRI, formó en el frente gorila para aplastar y asfixiar al peronismo. Y fue abandonando paulatinamente esa posición —desplazamiento que inicia Frondizi con sus mensajes a los trabajadores el 19 de mayo de 1956— y enfrentando paulatinamente al gorilismo en la medida en que "Qué" proyectó su prédica al plano político y posteriormente a la campaña electoral sintetizada en los reclamos de legalidad para todos, desarrollo y expansión económica y paz social, degradando las grandes consignas señaladas al nivel de la sensibilidad y de la espe-

ranza popular al combatir la proscripción de la mayoría, las inhabilitaciones infundadas y en masa, las proscripciones como castigo social y la detención y el confinamiento de decenas de miles de hombres y mujeres por el delito de pensar políticamente y defender ese pensamiento.

La gestación y el desarrollo de las diferencias cualitativas que separaron a los sectores del radicalismo y dieron nacimiento a la UCRI tuvieron en Frigerio y en "Qué" la fuente teórica y el instrumento de su divulgación. El salto que lleva a la UCRI, agarrada a Frondizi, del frente gorila al frente nacional, tiene un resorte que se llama Frigerio o —si resulta menos personalista— se llama "Qué". Ni en el peronismo ni en la UCRI la madurez de los cuadros dirigentes tenía un ritmo consonante con los acontecimientos y las exigencias políticas. Turano, Guido, Blejer, Gómez, Wainfeld —no digamos ya Babini, cuyo antiperonismo furioso y recalcitrante no cedió jamás ni buscó amenizarse como adhesión al pueblo— sólo entendieron el proceso unitario como recurso electoral. Recurso vergonzante del que abominaban al día siguiente del triunfo por el camino fácil de sostener que sin la consigna de Perón, Frondizi hubiera triunfado de la misma manera, aunque más ajustadamente. En esto concordaban con Jaurétche que, amargado, luego de haber contribuido enérgicamente a cerrarle el paso al continuismo, acusaba a Frigerio de haber cometido el error "de resucitar políticamente a Perón, que ya estaba muerto". Dos años después, roto el frente del 23 de febrero por razones que veremos después y en las que todos, absolutamente todos, tuvimos responsabilidad, los hechos iban a desmentir esas apreciaciones apresuradas. La UCRI, sin el apoyo peronista, fue aplastada en los comicios de 1960.

### *EL "PLENARIO" DE JORGE ANTONIO*

Cooke, a quien retenía en Santiago la apelación de Alessandri, fugó y llegó a Caracas. La víspera de su salida de Chile mantuvimos —conjuntamente con Gomís y Espejo— una larga reunión. En ella volvimos a analizar el problema

político y las variantes de su salida para llegar a la misma conclusión: que el voto en blanco institucionalizaba a la "libertadora", legalizando sus atropellos; que el voto al neoperonismo era o perderlo o transformarlo en instrumento de nuestros enemigos, mientras que el voto a la UCRI daba la posibilidad de ofrecer una salida política y constitucional válida para todos los argentinos. Ese planteo, en nombre del Comando Adelantado del que era titular, Cooke se lo llevaría a Perón.

Para ese entonces —iban transcurriendo los primeros días de diciembre— Jorge Antonio estaba en Caracas y preparaba un "plenario peronista en el exilio" que era, en síntesis, un auto-plenario de sus incondicionales. Entre él y Cooke la tirantez de relaciones había llegado al cenit. Este, que no le reconocía el menor atisbo de pensamiento político ni la demostración más insignificante de solidaridad, lo ignoraba en absoluto; aquél lo detestaba sin ninguna clase de eufemismos. Jamás me expliqué cómo y por qué en la fuga de Río Gallegos pudieron huir juntos Jorge Antonio y Cooke.

El "plenario de Jorge Antonio" tenía por objeto refirmar en el ánimo y la decisión de Perón la repetición del voto en blanco. No podría afirmar, por expreso y directo conocimiento, que en su estadía en la clínica de Santiago —mientras los demás lo pasaban en la cárcel— Jorge Antonio hubiera tenido contacto con emisarios del Gobierno Provisional. Pero sí puedo afirmar terminantemente que los tuvo, después, a través del Dr. Madariaga, Serú García y otro cuyo nombre olvidé, constituidos en sus representantes, desde los últimos días de diciembre, en el Hotel Ermitage, de Montevideo, donde el escribano Balbín, hermano del candidato continuista, encontró medios e instrumentos para luchar contra el voto positivo. Los dos nombrados y el tercero olvidado, amén de algunos empleados de Comercio, y tres o cuatro más, llegaron a Caracas casi simultáneamente con Cooke. Y comenzó el plenario de marras. En él, con excepción de Cooke, todos se manifestaron contrarios al voto positivo.

Se trazó ante el general, que presidió el plenario pero que no emitió juicio alguno al respecto, un nuevo mapa, esta vez más florido y amañado, de las perspectivas insurreccionales.

Se le exhibieron informes de la "resistencia" y de dirigentes gremiales "tremendistas" jurando que la revolución restauradora estallaría antes del 23 de febrero, que tenía un fuerte apoyo militar y que el peronismo se descalificaría para capitalizar la victoria segura si adoptaba posturas electoralistas y aceptaba, a priori, salidas políticas. Las reuniones duraron dos días, con largos cuartos intermedios, sin que Perón hiciera otra cosa que escuchar. Cuando terminaron, la tesis del concurrencismo parecía triturada e inapta para otra cosa que para avergonzarnos de nuestro oportunismo. El mismo Cooke, que había mantenido la posición del Comando Adelantado sin dejarse arrollar por aquella avalancha "blanca", vacilaba y no se atrevía a insistir con la tesis frente al general. En una carta que llegó a Santiago a mediados de diciembre, me anticipaba que consideraba sumamente difícil que Frigerio realizara el proyectado viaje.

Ese plenario tuvo apéndices tragicómicos. Luego que terminó, Jorge Antonio, a solas con Perón, le urgió que tomara una decisión, no a los efectos de la política en sí, que le tenía sin cuidado, sino al de preservar y precaver sus intereses comerciales. Perón —esto lo supe después, al visitarlo en Trujillo antes de las elecciones— le guiñó un ojo y luego de exigirle la mayor reserva, pronunció una sola palabra: "blanco". A la mañana siguiente el jefe de policía de Caracas, Estrada, que mantenía con el general una amistad bastante fluida, le enviaba la copia de cuatro cablegramas remitidos por Jorge Antonio al exterior. Uno estaba dirigido al Hotel Hermitage, en Montevideo; otro a Emilio Borlenghi, en Buenos Aires, y los otros dos a un cuñado suyo y a alguien más que no recuerdo. En todos se decía lo mismo: "Anticípole la decisión de la gerencia de comprometer todos sus medios en las ropas blancas". Lo firmaba Jorge. ¡Pobre de él! No había comprendido el guiño de Perón ni recordaba que en Caracas la censura era rigurosa.

Pocos días después, el escribano Balbín se hospedaba en el Ermitage, súbitamente enamorado de la playa de Pocitos. Ese amor le duró hasta los primeros días de febrero. Pero la tarde del 30 de diciembre llegó el telegrama que esperábamos en Santiago. Decía que, a partir del 2 de enero, Perón

aguardaba la visita del emisario de Frondizi, en Caracas. Las cartas estaban dadas. La última mano se iba a jugar entre Frigerio y Perón.

## EL PACTO

Para venir de Santiago a Buenos Aires tenía que volar a Asunción, de ahí a Montevideo y luego entrar de alguna manera en el país. Necesitaba tres días, por lo menos, y el tiempo disponible no los ofrecía. Llamé esa misma noche por teléfono a Grancelli Chá para pedirle que esperara a Margarita en el avión de Aerolíneas del 31. Cuando ella llegó a Ezeiza, a eso de las 23, no había nadie esperándola allí. Pero desde el hotel llamó por teléfono al olvidadizo y esa madrugada transmitía a Frigerio el mensaje, que era tan corto como sencillo. Que volara de inmediato a Santiago para seguir urgentemente a Caracas. El paso por Santiago era necesario porque, para lograr la visa venezolana, en tiempos de Pérez Jiménez, era necesario cumplir una serie de trámites largos y engorrosos. Y días antes del estallido revolucionario que derribó a Pérez Jiménez estaba en Caracas.

Sólo Cooke participó de las conversaciones entre Perón y Frigerio, que se iniciaron inmediatamente después del arribo de éste a la capital de Venezuela y que culminaron, bruscamente, al son de las primeras andanadas de la revolución de enero de 1958. Es, por consiguiente, falso que Perón no quisiera recibirlo, puesto que lo llamó; que lo mantuviera en la "congeladora" durante dos días, a menos que en Venezuela cada día corresponda a tres, cosa poco verosímil aunque así lo ordenara Pérez Jiménez, ya en el ocaso de su poder. Entre la llegada de Frigerio y el estallido de la revolución solo mediaron tres días y medio. El tiempo tiene una medida que, aunque convencional, es una de las pocas cosas inmunes al resentimiento o a la adulación.

Pero el planteo que llevaba Frigerio a Perón, *que no podía ser otro que el que había estado desmenuzando durante un año entero en la revista "Qué"*, era anticipadamente conocido y valorado por el general, que tanto leía y seguía

el reflejo de la realidad nacional y su desarrollo a través de esa revista, que había tomado de ella el 80 % del material que nutría las páginas de su libro "La Fuerza, el derecho de las bestias", publicado en Caracas *meses antes* que lo entrevistara yo, que llegara Cooke y que lo visitara Frigerio. En ese libro, transcriptos entre comillas, como *testimonio que se hace propio* y no como creación personal, estaban los editoriales de Frigerio, los brulotes de Jauretche, los análisis de Scalabrini Ortíz, los estudios de Rivera, las notas de Merchensky y la información reunida y sintetizada por el equipo de redacción.

Nadie —ni el Comando Adelantado, ni Cooke, ni ninguno de nosotros— *convenció* a Perón de la necesidad de oponerse al continuismo aconsejando el voto positivo en favor de Frondizi. Y tampoco lo improvisó Frigerio en Caracas. Nuestra participación en esa decisión no fue más allá de facilitarle al general un cuadro objetivo y veraz de la situación y de los actores que jugaban en ella, despojados de todo prejuicio, puesto que él ya se había formado opinión en lo fundamental a través de la lectura sistemática de "Qué". Nuestro mérito, y especialmente el de Cooke, que era el responsable, fue arrancarnos de la cabeza la caperuza extremista y "tremendista" sin dejarnos confundir o arrastrar por el formalismo de los sectores dirigentes alejados de la masa. Y el mérito de Frigerio, y su gravitación en la decisión de Perón, no surge de la conversación de Caracas, sino de la labor persistente y sistemática desarrollada en "Qué", encendido como un fanal sobre las grandes coincidencias populares, oscurecidas por la pasión político-partidaria de peronistas y no-peronistas. En Caracas, mirándose a los ojos, hubo acuerdo personal y vivo sobre una objetividad imperativa y terminante.

¿Qué fue el pacto? El reconocimiento de Frondizi y de Perón de la objetividad de las coincidencias esenciales de los movimientos que dirigían. El pacto no fue un pedazo de papel con tres o cuatro firmas colocadas o dejadas de colocar bajo las notas que Cooke iba tomando de las conversaciones que Perón y Frigerio mantuvieron en Caracas. El pacto era el reencuentro de masas populares que, sin apoyarse las unas en las otras, no podrían reconquistar ni los derechos políticos

de unas, ni los derechos sociales de ambas, ni los derechos económicos de todo el pueblo. El pacto era la respuesta pacífica e incruenta de la mayoría a la violencia y la arbitrariedad de la minoría. El pacto era un compromiso de paz frente a condiciones progresivamente gestoras de la guerra civil y la reproducción indefinida de jornadas de sangre como la que culminó con el fusilamiento del general Valle. El pacto fue un salto hacia adelante, que, al rebasar "quedantismos" y "continuismos", cerró los caminos de regreso a la vergüenza de la "Década Infame". El pacto restituyó a la ciudadanía el derecho inalienable a actuar de juez en las controversias políticas nacionales. Y fue el pacto el pedestal sobre el que campeó, para dignidad de la República, la imagen proscripta de la democracia representativa.

¿Alguien puede avergonzarse de él?

## LA AVALANCHA

A instancias de Cooke, Perón dejó su casa de Caracas y se refugió en la embajada de la República Dominicana. En la capital venezolana reinaba el caos más absoluto. Los caranchos que están a la espera de toda explosión popular, para inyectarle la dosis de canallería de la que, históricamente, ninguna ha podido liberarse, bajaban de los morros y transformaban la caída de Pérez Jiménez —un fantástico constructor, encastado en una mala bestia— en un mar de sangre, depredaciones y crueldad brutal. Un repentino rebrotar del más sucio chauvinismo encaminó el odio de las masas contra todos los extranjeros. Dos días después de estar en la embajada de Santo Domingo, y luego de salvar la vida gracias al coraje y la decisión del embajador, Perón salía acompañado por él, en un avión especial, rumbo a Ciudad Trujillo. Hacia allí marchó Cooke pocos días después. Dejé Santiago y regresé a Buenos Aires para participar en el proceso electoral.

En el Movimiento nada había cambiado. Nuestra prensa agitaba furiosamente la consigna del voto en blanco y la "delegación de Jorge Antonio", desde el Ermitage de Montevideo, refrendaba esa consigna en nombre de Perón. A con-

secuencia de las huelgas del mes de setiembre, en las que los nuevos dirigentes, dueños ya de la dirección de Tranviarios, Metalúrgicos, Carne, Textiles, Sanidad y Bancarios, imprimieron cariz netamente político al acto, esas federaciones habían sido nuevamente intervenidas. Pero sus dirigentes conservaban en sus manos la dirección real de las bases, aunque la formal hubiera pasado a manos de los interventores. La "resistencia", enervada y progresivamente refugiada en el aislamiento y la lucha de sectores y fracciones, seguía esperando, unos días, la salida política; otros días, la salida insurreccional. El "Comando Táctico" se había constituido y en él tenían representación todos los grupos, desde las "62" a la Auténtica, desde los "comandos de la resistencia", de tendencia pacificadora, hasta los empecinadamente partidarios de la salida violenta y tajantemente restauradora. Pero todos decididamente resueltos a subordinarse a la decisión que recomendara Perón.

Las reuniones del Comando Táctico eran tan frecuentes como prolongadas y monocordes. El tema era voto en blanco o voto positivo. Nuestro objetivo era ir preparando el ánimo de los componentes del Comando, que representaban, unos más y otros menos, a todos los grupos y sectores del Movimiento, para la decisión que había tomado ya el general en Caracas y que sólo haría pública cuando él lo considerara oportuno, sin darle tiempo al gorilismo para la contramano respectiva. Así transcurrió todo el mes de enero y a fines de él Adolfo Cavalli, que había integrado la representación del Comando Adelantado con Jorge Cooke e integraba el Táctico, pasó a Montevideo y desde allí marchó a Ciudad Trujillo llamado por el Comando Superior. Él iba a ser portador de las instrucciones escritas de Perón, cuyas copias, autenticadas, traería Framini que ya estaba allí.

Pero la lucha por la dirección del Movimiento, en los sectores dirigentes y de candidatos a dirigentes, no se había aminorado. Más aún: ante la inminencia de pronunciamientos que darían rumbos nuevos al Movimiento, esa lucha se aceleraba. Leloir, último presidente del Consejo Superior, reivindicaba su título, que, pese a las discrepancias que tuvo con nosotros en la prisión, había revalidado en ella. Cooke,

sin duda el más combativo y enérgico de los dirigentes jóvenes, reincorporados por Perón a la conducción en los momentos del derrumbe, se negaba a reconocérselo. Y ambos, viéndose a sí mismos como árboles aislados en la inmensidad de un bosque de millones, quebrantaban en la cúpula la unidad de la base, que era totalmente ajena a sus disputas. Porque en la base, como desde 1945, Perón mantenía en toda su monolítica firmeza su condición de programa y objetivo, táctica y estrategia.

El voto positivo y el voto en blanco se trasformaron entonces en los pretextos para ahondar esa división. Y no es que Leloir arrastrara tras sí algo más que a un grupo de antiguos dirigentes partidarios, con tanto contacto con la base como podría tenerlo una mariposa con un bicho canasto, sino que su coincidencia con la maniobra básica del continuismo resultaba peligrosa, dada la representación que invocaba. No era necesario ser entonces un lince para darse cuenta de que la dificultad esencial que íbamos a encontrar para transformar las elecciones del 23 en una avalancha que sepultara al continuismo, no era otra que la de llevar a la convicción de la masa que la consigna procedía, efectivamente, de Perón. En ese aspecto, el Comando Táctico estaba preparado. La mayoría de los más de ciento veinte de sus integrantes constituyeron "comisiones volantes" listas para recorrer el país, de sur a norte y de este a oeste, llevando la orden escrita por Perón y certificando la autenticidad de su firma.

Esta actitud de Leloir —y la información que teníamos de la labor de Marcos y Lagomarsino en Rosario, donde los grupos de "resistencia" estaban frenéticamente entregados a la campaña por el voto en blanco, usando a Leloir como prueba de que esa actitud correspondía a instrucciones expresas de Perón—, impuso un nuevo viaje, esta vez a Santo Domingo. El 2 ó 3 de febrero llegué con Frigerio a Montevideo, donde éste encargó a Perina la obtención de mi visa en Río de Janeiro, ya que de lo contrario tenía que telegrafiar a Cooke en Ciudad Trujillo y éste movilizar a Perón para que la pidiera al Ministro de Relaciones Exteriores. La tarde del 4, desde Ciudad Trujillo, el general convo-

caba a una conferencia de prensa de los representantes de las agencias internacionales y hacía pública la decisión de recomendar al Movimiento el apoyo electoral al candidato de la UCRI. Al mismo tiempo le cerraba el paso al neo-peronismo, exigiéndole que retirara sus candidatos en toda la extensión del país.

Sólo pasé dos días en Trujillo y regresé con una carta para Leloir en la que Perón le instaba a mantenerse dentro de la línea del Movimiento, además de instrucciones precisas para el Comando Táctico sobre cómo concitar la confianza de las bases en la legitimidad de la decisión adoptada. Visité a mi regreso al ex presidente del Consejo Superior —así como a un caudillo de Avellaneda cuyo nombre se me escapa ahora—, quien giró en redondo y acató la orden. No así Leloir, quien se mantuvo durante días de evasiva en evasiva. En la última entrevista, a la que no acudió sino que mandó a uno de sus asesores, le informé a través de éste que tenía instrucciones precisas de Perón de comunicarle por cable antes del 18 de la decisión que hubiera tomado. Al día siguiente me envió un mensaje, escrito a lápiz, que era, según el emisario, copia de las instrucciones enviadas por Leloir a Rosario a los efectos de que allí se acataran las instrucciones. Pero si realmente las envió, en Rosario no le prestaron la menor atención. El voto en blanco, allí, el 23 de febrero, fue masivo y tuvo para el Movimiento consecuencias ulteriores de suma gravedad. Esa actitud dual de Leloir fue causa de su expulsión del Movimiento.

Cavalli llegó a Buenos Aires el 10, con cinco o seis originales de la "orden" firmados por Perón. De ella hicimos un centenar de copias fotográficas y las comisiones salieron hacia todos los rumbos. Framini tardó cinco o seis días más, pues regresó por una vía rara, que lo llevó a Asunción. Pero desde allí, por tierra, recorrió Corrientes, Entre Ríos y Chaco promoviendo reuniones de dirigentes políticos y gremiales en las que la decisión adoptada no se discutió. El Dr. René Orsi, que encabezaba con Eleuterio Cardoso la comisión que tenía a su cargo Santa Fe, fue detenido e impedido de proseguir con su cometido. En todo el país las comisiones no disponían más que de horas para

realizar la tarea que se les había encomendado. El continuismo vigilaba y, mientras impedía por un lado que la base comprobara, a través de dirigentes en que confiaba, la legitimidad de la consigna, por el otro imprimía millones de ejemplares de otra supuesta orden de Perón recomendando el voto en blanco, los que eran enviados a todos los rincones del país mediante aviones militares.

El 20, la mayoría de las comisiones había regresado. Los viejos y nuevos dirigentes gremiales cumplieron en esa campaña la labor fundamental. Sus organizaciones del interior del país estaban movilizadas y, aunque en Rosario los resultados nos iban a sorprender, teníamos ya conciencia de que el 23 se produciría una avalancha que superaría todo lo anteriormente conocido en materia electoral. Y así fue. Recordando las "colas" de la sección 18, que era la mía, veía cómo los "grasas", sin palabras y con un raro sistema Morse tan elocuente como primitivo, se transmitían la consigna de votar por el candidato de la UCRI. A uno que unía los dedos, con la palma de la mano hacia arriba, en un gesto napolitano que corresponde a una interrogación, otro respondía, aunque suspirando, llevándose el índice al nacimiento de la nariz para aumentarla a la medida de la de Cyrano.

Los primeros cómputos que dio el ministro Alconada Aramburú por la radio, aferrándose a una ilusión sin atenuantes, fueron desmentidos de inmediato por los que le seguían. A las ocho de la noche la avalancha soterraba al continuismo bajo un aluvión de sufragios. A esa hora pasó Frigerio por la esquina de Santa Fe y Coronel Díaz, donde nos habíamos citado. Él conocía, por los informes que desde cada provincia enviaba la UCRI al Comité Nacional, la magnitud del triunfo. Se fue en seguida y marché hacia el bodegón napolitano de la calle Las Heras, dispuesto a cenar. No había un alma en él. Poco después entró el Dr. Sammartino y se sentó en una mesa que daba frente a la que yo ocupaba. La radio iba dejando caer cifras cada vez mayores para Frondizi y cada vez menores para Balbín. Los mozos se miraban entre sí y sonreían. Desde el Gran Buenos Aires y desde todo el país, el "aluvión zoológico" se iba transformando en un aluvión de sufragios que aplastaba contra el plato la suprema de pollo que Sammartino apenas probó.

## CAPÍTULO V

### DE LAS ELECCIONES AL 1º DE MAYO DE 1958

Los boletines radiales de la mañana del 24 de febrero daban cuenta de la magnitud de la victoria de la UCRI y de lo aplastante de la derrota continuista. La conferencia de prensa prometida al promediar la tarde del 23 por el Ministro del Interior, Alconada Aramburú —para anunciar personalmente el triunfo oficialista— no se realizó. El radicalismo, en toda su historia, no había conocido un triunfo igual ni una derrota semejante. La primera a través de la UCRI, la segunda a través de los del "Pueblo". Y era el peronismo el que había determinado ambos extremos, dando el triunfo a Frondizi e imposibilitándose a Balbín.

Esos resultados, sin embargo, tuvieron de inmediato consecuencias negativas y amenazadoras. La avalancha de votos llevó a empujones a "quedantistas" y "continuistas" a una nueva unidad, mediante la cual la reacción interna e internacional que ambos representaban y servían iba a poner en ejecución su segundo y tercer plan para frustrar la entrega del poder a los triunfadores del 23 de febrero y, en caso de no ser posible, dejar el terreno minado al nuevo gobierno, manteniendo en manos de sus enemigos el control de los fulminantes que harían explotar las bombas de tiempo cuando mejor contribuyeran al quebrantamiento del frente del

23 de febrero y al enfrentamiento de los sectores que lo habían integrado.

Fronzizi y Frigerio percibieron de inmediato cuál era la trama de esos planes y cuáles eran las fuerzas que, previsiblemente, iban a ser llevadas a participar en ellos, aún contra la voluntad de los que las componían. En el plan inicial, previsto por la reacción para ser puesto en ejecución de inmediato, en caso de derrota electoral del "continuismo", el pueblo justicialista tenía un papel fundamental. Se trataba de provocarlo, obligarlo a dar a la victoria común un tono exclusivamente peronista y empujarlo a "ganar la calle" para que los grupos de la provocación repitieran la maniobra que llevó a la quema de los templos y de la Curia. De esa manera, el "quedantismo" tendría un argumento inobjetable para entrar en acción y repetir, con la experiencia acumulada por todas las violencias practicadas desde el 13 de noviembre de 1955 al 23 de febrero de 1958, el nuevo asalto al poder y la anulación de los comicios. Comicios que sólo podían parangonarse a los de 1948.

Ese plan inicial, sin embargo, estaba destinado a fracasar por la actitud que asumió el peronismo hasta el 1º de mayo y por la decisión de la mayoría de las Fuerzas Armadas, que sin ningún género de vacilaciones exigieron el cumplimiento de la palabra empeñada de entregar el poder a quien resultara electo en los comicios que ellas custodiaron y cuya normalidad aseguraron. Pero a fines de febrero, la actitud del peronismo era una incógnita. Los 800.000 votos en blanco constituían un pretexto demasiado atrayente para los sectores que no habían aceptado la salida política y pacífica y era previsible que no lo dejarían pasar sin tentar capitalizarlos. Para anular esa posibilidad, los primeros días de marzo volé con Frigerio desde Río de Janeiro a Ciudad Trujillo.

Perón vivía en el Hotel Jaragua, donde el Generalísimo le había reservado su "suite" personal desde la llegada. Nosotros nos dirigimos al Hotel Paz, en el que habitaba Cooke y que era un hotel para turistas de clase media, al que se mudó Perón días después de nuestro regreso. Frigerio fue a conferenciar con él mientras yo informaba a Cooke de la situación y sus consecuencias previstas. Aquella noche,

con Cooke y Frigerio cambiamos ideas sobre los problemas post-electorales. Perón encargó su mensaje al Movimiento en que advertía a éste de los peligros del futuro inmediato, para terminar afirmando, categóricamente, que el peronismo "no tenía que reclamar ningún botín de la victoria". Ésta, para Perón, tenía el valor fundamental de abrir perspectivas de reconstruir el frente nacional y popular que, con apoyo masivo de la clase obrera, había forjado en el período 1945-46. Nadie mejor que él podía valorar teóricamente el momento, que se parecía al que vivió doce años antes como una gota de agua se parece a otra gota de agua. Ni nadie como él podía dar a esa teoría el apoyo de su experiencia excepcional. Al día siguiente, tras corregirlo en lo que creyó oportuno, Perón hacía suyo el documento y veinticuatro horas después salíamos de Ciudad Trujillo para regresar a Montevideo. Desde allí, en un yacht del Sr. Arias, llegamos a Buenos Aires.

El documento se dio a publicidad de inmediato y su eficacia fue total. El Movimiento pasó por alto los amagos de provocación y desesperó al gorilismo yendo "de casa al trabajo y del trabajo a casa". Los gremios encarpitaron sus reivindicaciones inmediatas y parecieron sumergirse en el nirvana de la paz social. El mensaje de Perón cayó sobre los grupos descontentos como una capa de aceite sobre un mar encrespado. Hasta el Dr. Babini, rabiosamente antiperonista, resultó tocado por él. Al conocerlo se emocionó tanto que hasta se le escapó una frase de cuño entrañablemente radical por lo que revelaba de apetencia estatutaria: "A este hombre hay que hacerle un monumento en vida".

## *LAS NEGOCIACIONES*

Con un movimiento popular alertado y consciente de la gravedad de la situación, de sus peligros y acechanzas y con la prueba inequívoca de la decisión de la mayoría de las Fuerzas Armadas de cumplir la palabra empeñada, la reacción se vio obligada a abandonar su plan inicial, basado en la creación de condiciones para no entregar el poder el 1º de

mayo. Pero accionó vigorosamente para afirmar las bases del plan ulterior, que consistía en que el gobierno de Aramburu dejara minado a lo largo y a lo ancho el proceso político-social, mediante una negativa terminante a encauzar los problemas económicos pendientes al mismo tiempo que agravaba hasta la inconsciencia los de carácter financiero. Por esas vías tendría aseguradas luego, en sus manos, las claves de las tensiones sociales y el desasosiego político necesario para sacudir, a cada instante, el orden y la estabilidad constitucional. Y lo hizo durante cuatro años con la fuerza y la saña de un paquidermo que sacude el árbol para que caigan los frutos maduros.

En un departamento de la Avenida Quintana, adonde había llevado las carpetas y los estudios, muchos de ellos iniciados por el peronismo en el gobierno, sobre los problemas de Dinie, Ansec, Cade y otros, Frigerio y su equipo planeaban la superación del aislamiento económico del país del mercado de capitales. Al ser derrocado, el gobierno peronista había dejado en las arcas públicas más de 700 millones de dólares. Pero el gobierno provisional había consumido esa reserva y se había endeudado en términos incompatibles con las posibilidades inmediatas de la Nación.

Con una situación económica hundida hasta la verija en el pantano de la cesación de pagos, con una clase obrera jaqueada por la inflación y la pérdida progresiva del valor adquisitivo de sus salarios, con una industria de consumo cuya movilización a un ritmo adecuado exigía masas enormes de combustibles y materias primas y tras un muro espeso que nos aislaba de los centros inversionistas, el país carecía de toda perspectiva de superar las dificultades naturales que le creaban una estructura económica renga y una situación financiera catastrófica, producto del despilfarro libertador. Abrir una brecha en ese aislamiento, permitiendo que entraran por ella capitales y radicaciones industriales, era esencial. Y a ello estaba entregado Frigerio con su equipo.

Del análisis objetivo de la situación se llegaba a conclusiones alarmantes: 1) El crédito exterior estaba totalmente agotado. El mercado de inversiones había trazado una cruz sobre la República Argentina en virtud de que los problemas

de Ansec, Cade, Dinie y Bemberg carecían de solución de acuerdo a las leyes y a los convenios internacionales quebrantados. Nuestra deuda al exterior, que al 1º de mayo iba a alcanzar la suma de 1.000 millones de dólares, rebasaba el volumen del crédito aceptable; 2) El mantenimiento de la actividad de las empresas y los servicios requería un volumen de combustibles —especialmente petróleo— por un valor del orden de los 270 millones de dólares anuales y la balanza de pagos acusaba un déficit progresivo, también por dos razones fundamentales: a) Porque los saldos exportables eran cada día menores, en virtud del aumento del consumo interno por la mayor población, etc.; b) Porque los precios de nuestros productos en el mercado mundial habían ido decayendo, año tras año a partir de 1951, mientras los precios de nuestras importaciones aumentaban también año tras año.

Eso en lo económico, sin contar con que el material ferroviario estaba vencido, los automotores tenían un promedio de 10 años de uso, la proyectada acería de San Nicolás estaba en veremos y que para mover la industria era necesario, además de petróleo, importar gran parte de las materias primas.

En lo político-social el cuadro era similar. Pese al multitudinario triunfo de Frondizi, logrado por más de 2 millones de votos, ahí estaban los 800.000 votos en blanco y la marcada tendencia de todos los demás grupos y sectores a aunarse en la acción opositora al futuro gobierno constitucional. La clase obrera, que había votado masivamente a Frondizi a instancias de Perón, no podía aceptar por mucho tiempo limitar su presencia al plano electoral. El triunfo de la conjunción de sus fuerzas con las de la UCRI le abrió de inmediato la perspectiva de aplicarlo en la obtención de mejoras económicas profundamente sentidas por las bases. Y aunque el peronismo no tenía que reclamar nada a la victoria, los gremios veían en ella el punto de partida para sus reivindicaciones inmediatas. Durante el período que fue del 23 de febrero al 1º de mayo de 1958, al mismo tiempo que negociaban con el “quedantismo” y el “continuismo” reunificados y en uso y abuso del poder, Frondizi y Frigerio negociaban con los gremios, que exigían fundamentar económicamente

la victoria electoral a la que habían contribuido tan masiva como decisivamente.

Las elecciones le habían dado a Frondizi *derechos inobjetable*s para asumir el gobierno y ejercer el poder, pero el poder estaba en manos de sus adversarios y éstos no estaban dispuestos a entregárselo más que negociando su participación en él, una participación que, en lo posible y concreto, hiciera del poder del gobierno constitucional una *formalidad*, y que su efectividad quedara en manos de los incondicionales de la reacción. Ésta ponía, así, en práctica, el segundo de sus planes post-electorales: compartir, *como fuerza*, el poder que la Constitución *otorgaba al derecho*. Para ello la línea a seguir era obvia: postergar la solución de los problemas económicos pendientes, especialmente aquellos que abrieran brechas en el aislamiento de la República de los mercados de capitales, imprescindibles para enfrentar la situación de emergencia. Sin bases económicas de solución, el gobierno que iniciaría su período el 1º de mayo tendría inexorablemente que enfrentar las más graves tensiones sociales y políticas.

El triunfo electoral del pueblo daba a éste —a través de sus representantes— todos los *derechos*, pero el derecho tenía que negociar con la *fuerza* su reconocimiento, la subordinación de ésta a aquél. “Fue necesario —dijo Frigerio más tarde— negociar el poder con quienes lo detentaban o imponer al pueblo y al país —so pretexto de una pureza formal que negaba la realidad objetiva— los horrores y las tragedias de la guerra civil. Del 24 de febrero al 1º de mayo se libró una ruda batalla por salvar la legalidad constitucional aun *nonata* de las exigencias “quedantistas” y “continuistas” que la jaqueaban. Fue necesario claridad, comprensión, objetividad, obstinación en la superación de todo sectarismo partidista y decisiva voluntad de no dejarse arrastrar a los terrenos de la violencia por motivos personales y políticos —y equidistancia de la incomprensión objetiva “libertadora” y popular— para que no resultaran, en ese período, invalidados la consulta electoral y el triunfo del pueblo. Así llegamos al 1º de mayo: con un dispositivo político-social y de poder que involucraba, necesariamente, el *derecho* y la *fuerza*, represen-

tados por la fórmula triunfante el 23 de febrero y los instrumentos de poder que detentaban sus adversarios."

Mientras Frigerio y su grupo planificaban en la Avenida Quintana y Frondizi negociaba en Olivos con los gremios, la unidad quedantista-continuista iba sumando a la indigencia económica la preparación del desquicio financiero ulterior. Decenas de millones de dólares "futuros" eran negociados por el gobierno al precio convencional oficial, agregándose así al déficit de la balanza de pagos un nuevo rubro de catastrófica gravitación. Ni en las más enconadas y decisivas batallas de la última guerra mundial un Estado Mayor, antes de retirarse, dejó tan cuidadosa y científicamente minado el terreno que iban a ocupar sus adversarios. Ni se sentó a contemplar con tanta impunidad los resultados de la maniobra.

### LOS ARREGLOS CON LAS EMPRESAS

Las carpetas con los estudios del gobierno peronista sobre Ansec, Cade, Dinie, etc., eran cuidadosamente analizadas en la Avenida Quintana. El proyectado contrato con la California era estudiado a fondo. Las conclusiones a que se llegó allí eran de que, con pequeñas variantes dictadas por las circunstancias y que *no hacían al fondo de la cuestión ni siquiera a las formalidades básicas de la misma*, debían ponerse en ejecución de inmediato. La situación no admitía paliativos. Exigía decisiones a fondo, consonantes con la profundidad de los problemas enfrentados y una ejecución rápida, inmediata, acorde con la urgencia de las salidas exigidas, so pena de transformar en mera literatura pre-electoral lo que determinó la unidad peronismo-no peronismo el 23 de febrero de 1955: desarrollo económico, legalidad para todos, paz social. Esperar al 1º de mayo para lanzar las bases concretas del cumplimiento del programa del 23 de febrero era esperar que el infectado —que era el país— entrara en agonía, no para comenzar la medicación, sino para llamar al médico que la recomendara.

El arreglo con las empresas, estudiado por el peronismo

y perfeccionado en la Avenida Quintana, era el paso inicial. Sin él era imposible lograr la quiebra del aislamiento de los centros inversores. Frondizi y Frigerio entrevistaban a los ministros del general Aramburu y a sus asesores económicos, los doctores Cueto Rúa, Krieger Vasena, Alemann, etc., exponiendo las bases de los acuerdos, urgiendo una decisión, demostrando las consecuencias inapelables de llegar a la cesación de pagos, a la paralización industrial, al cese progresivo de los servicios por incapacidad total de proceder a la importación de los combustibles necesarios y las materias primas imprescindibles. Pero todo fue en vano. A la política de soluciones que ellos proponían, se oponía la política de obstrucción que dictaba la reacción. Y en esa puja, la reacción triunfó. Fue inútil que Frondizi ofreciera asumir la corresponsabilidad de los arreglos con las empresas extranjeras y que arguyera hasta el agotamiento sobre la necesidad imperiosa de resolver el problema de los combustibles mediante la intensificación de nuestra propia producción de petróleo, interesando a empresas y capitales extranjeros en el autoabastecimiento. Fue inútil que Frigerio demostrara, estadística en mano, que, dado el déficit permanente de nuestra balanza de pagos, la radicación de técnica y capitales ajenos en el área del petróleo era una solución infinitamente más "nacionalista" que su importación mediante préstamos del exterior, porque el autoabastecimiento conducía a la liberación progresiva de la economía nacional de todo interés mediatizador y la multiplicación de la deuda exterior para satisfacer nuestras necesidades de consumo no aflojaba, sino que reforzaba, los lazos de dependencia. Entre usar el capital extranjero para *comprar petróleo* y usarlo para *extraer el propio*, la reacción, por boca del Gobierno Provisional, optó por lo primero. ¿Podía ser, dados los intereses que representaba, de otra manera? Es evidente que no. Para los intereses agroimportadores, mantener el "statu quo" imperante era lo esencial; no permitir ningún cambio estructural en la economía, el objetivo; cultivar el subdesarrollo, la necesidad vital. Porque en ello iban no sólo los intereses económicos específicos de la recolonización disfrazada tras la soberanía política sin basamentos materiales efectivamente

nacionales, sino el usufructo del poder político y el monopolio del poder social. A una estructura económica nueva corresponderían relaciones sociales nuevas y una polarización política entre lo auténticamente nacional y, por eso mismo, popular y mayoritario y lo auténticamente antinacional, y por eso mismo, minoritario y oligárquico. La democracia representativa que no tiene bases materiales en que apoyarse, entra periódicamente en crisis y es sistemática e intermitentemente negada por la reacción. La unidad nacional y popular para el bien común, como expresión político-social, no es más que el reflejo de esa misma unidad en los planos de la estructura económica que la posibilita. La muerte y resurrección de la democracia representativa en nuestra América —Lázaro reincidente y empecinado que cada vez que muere vive anhelante de resurrección y cada vez que resucita muere embargado por el terror de volver a morir— tiene su calvario en la carencia de bases materiales en que sostenerse. De ahí que caiga y se levante en ese trágico "ritornello" de fugaces resplandores y largos períodos de total oscuridad que jalonan nuestra historia.

Ni los problemas de Dinie, Cade, Ansec y Bemberg tuvieron solución en el período que va del triunfo electoral a la asunción del mando por Frondizi, ni los pasos iniciales para el autoabastecimiento de petróleo y la radicación de industrias que substituyeran importaciones concitaron la mínima atención de parte del Gobierno Provisional. El "quedantismo", revigorizado por el fracaso del "continuismo", y éste, atemorizado por su derrota y la gravitación del peronismo en ella, se unieron estrechamente en la práctica de la política de tierra arrasada con que iban a maniatar al gobierno constitucional. Las Fuerzas Armadas, conjuradas para el cumplimiento de la entrega del poder, eran objeto de una guerra psicológica despiadada y sin cuartel. El peligro del retorno peronista resultaba, para ellas, lo que el paño rojo agitado por el hombre frente a la acometividad del toro. Detrás de ese paño, el gorilismo iba creando las condiciones para que las tensiones sociales y la agitación política colocaran al gobierno constitucional en la disyuntiva de optar entre el caos y la represión, el estupefaciente de la demago-

gia o el remedio heroico, aunque impopular, de la austeridad impuesta desde arriba hacia abajo, con plena conciencia de sus riesgos pero también de su inexorabilidad.

## *EL COMANDO EN MONTEVIDEO*

Volví a Trujillo a principios de abril para informar al general sobre la situación y sus problemas básicos y establecer con Cooke un intercambio más fluido de informaciones e instrucciones. No en vano Perón había hecho una prolija experiencia de lo que era la lucha por el poder real. No se mostró alarmado ni suspicaz ante el cuadro que le tracé de las marchas y contramarchas de Frondizi y Frigerio en sus tratativas con la "libertadora", por un lado, y con los gremios peronistas por el otro. Le preocupaba, sí, la masa de votos en blanco que habían arrojado los resultados electorales y planeaba en aquellos días las medidas que adoptaría para reconducirlos al cauce común.

Por lo pronto había resuelto, de acuerdo con Cooke, dar por finalizada la acción del Comando Táctico —creado al solo efecto del proceso electoral y sus exigencias— sustituyéndolo por un organismo de conducción local más ágil, menos numeroso y más ejecutivo. Se trataba de reorganizar el Movimiento en sus tres ramas para usarlo, alternativamente, como instrumento de presión sobre el gobierno en su conjunto, a los fines de que diera satisfacción a las demandas populares impostergables y como plataforma de su enfrentamiento con los resabios gorilas que integrarían el equipo estatal en razón a la existencia ulterior de un poder negociado. Y como Santo Domingo estaba muy lejos y resultaba sumamente costoso y dilatado el contacto entre el Comando Superior y la Delegación Nacional que substituiría al Comando Táctico, dispuso que Cooke regresara al país. Pero éste se radicó en Montevideo, constituyéndose en nexo entre el organismo superior de conducción y su delegación en el país a través de un nuevo Comando Adelantado.

En realidad, ese organismo no tenía razón de ser desde que él, Cooke, había sido incorporado por el general al Co-

mando Superior desde su llegada a Caracas, y al decidirse dar por finalizadas las actividades del Comando Táctico y sustituirlo por la Delegación, Perón confiaba a Cooke la jefatura de esta última. Todo esto era mera formalidad, pero iba a tener consecuencias graves porque en la lucha por la dirección, Cooke iba a transformarse en el mejor instrumento de la reacción y el gorilismo.

Sus relaciones con el general a raíz de los esfuerzos, al grupo de dirección, se habían ido deteriorando. Ella estaba nada disimulados por cierto, de incorporar a Alicia Eguren consumida por la impaciencia de dirigir, discrecionalmente, la rama femenina, y Cooke hacía todos los esfuerzos para complacerla. Instalados en Montevideo, resucitaron el Comando Adelantado, superponiéndolo a la Delegación Nacional, de la que Cooke era integrante y responsable. Desde allí maniobraron para controlar la reorganización del Movimiento y usar a éste para gravitar sobre el Comando Superior. Perón percibió de inmediato la maniobra. Cuando a mediados de agosto volví a Ciudad Trujillo con el Dr. René Orsi, Vandor y Framini —en representación de la rama política y los grupos gremiales que integraban la Delegación Nacional, y María Granata, que dirigía “Línea Dura”—, Perón lo había citado. Y en su presencia nos propuso lisa y llanamente su defenestración. Sólo ante la defensa que hicimos de él, accedió a mantenerlo en la Delegación como uno más de nosotros. Por esa vía, empujado a diario por la frustración de Alicia, Cooke fue resbalando insensible y progresivamente por el plano inclinado de la provocación hasta asumir, el 19 de enero del año siguiente, el papel principal en la más cínica y estúpida de todas ellas: la huelga general “revolucionaria” que, de un solo empujón y en una sola jornada, llevó al peronismo a actuar de fuerza de choque de sus más mortales enemigos y despojó a la clase obrera de todas las conquistas que había logrado en siete meses de marchas y contramarchas hacia la legalidad.

Desde Montevideo, donde se radicó a fines de mayo, no entendió jamás que los 800.000 votos en blanco sólo resultaban recuperables creando condiciones de estabilidad institucional, basadas en estructuras económicas capaces de sa-

tisfacer reivindicaciones justas que redujeran las aspiraciones golpistas y revanchistas a las minorías aventureras de la antinomia peronismo-antiperonismo. Como tampoco entendió que el no-peronismo, que suplía las limitaciones del peronismo en materia económica conceptual, carecería de posibilidades prácticas de aportar su caudal mediante una actividad realizadora concreta si no contaba con el punto de apoyo social de la masa peronista. Y eso, que no entendió Montevideo, lo conocía de cabo a rabo la reacción. Para ella, quebrar el frente del 23 de febrero no sólo era retroceder a la bandera excluyente de la bandera nacional del gorilismo delirante y el quedantismo y como visión, aunque de reojo, por el continuismo. Era algo más y más decisivo: arrojar al terreno de la violencia a peronistas y no peronistas, llevando a ambos a ese ámbito negativo que había superado la alianza, unciéndolos a los dos, mediante antagonismos cuidadosamente cultivados por la vía económica, a posiciones irreconciliables en materia política y social.

Y mientras Cooke en Montevideo, rompiendo lanzas con sus rivales en la lucha por la dirección, canalizaba todos sus esfuerzos hacia el objetivo de controlar y digitar la reorganización del Movimiento para recuperar ante Perón el derecho a su jefatura, si no en el país, en las proximidades de él, el quedantismo consolidaba sus posiciones y el continuismo recuperaba la iniciativa. Ésta se manifestaba en la negativa a que aludimos antes, de cooperar en dar principio al proceso de recuperación económica y financiera mediante la solución de los problemas encarnados por Ansec, Dinie, Cade, Bemberg y otros más. La diferencia —repetimos— entre quedantismo y continuismo era meramente de forma. El primero quería impedir que Frondizi llegara al gobierno el 1º de mayo. El segundo estaba empeñado en que llegara, pero de tal manera exhausto, impotente y comprometido política, económica y socialmente, que la perspectiva de desarrollo, legalidad y paz social se fuera diluyendo a través de un ritmo tan mortalmente lento de realizaciones que el enfrentamiento entre peronismo y no peronismo resultara inevitable. En ese mismo momento, quedantismo y continuismo asumirían otra vez la totalidad del poder. Y obrarían en consecuencia. Esos mismos

arreglos, proyecto de contratos y radicaciones de capitales y empresas, que conoció el continuismo hasta en sus detalles menores —porque fueron debatidos en tratativas tan reiteradas y extensas como inútiles y desanimadoras— sirvieron después de puntos de partida para que la provocación al servicio de la reacción justificara el derrocamiento de Frondizi y la campaña contra Frigerio. Allí estaban los negociados, las coimas, las fuentes de los capitales del “paralelismo”, la participación de Frigerio en esa multitud de empresas y organizaciones que con una impunidad que pone los pelos de punta y una capacidad de afirmar como no hay similar, han sido volcados en lo que se llama “el libro rojo y el libro negro” del frigerismo. Impreso, cómo no, en una imprenta oficial.

### *EL PLAN ANTI-REACCION*

En la avenida Quintana se trabajaba *full time* para oponer al plan de la reacción el contra-plan del pueblo y de la Nación en su conjunto. Frondizi y Frigerio acudían a las reuniones en las oficinas y domicilio del Dr. Krieger Vasena, donde, con los Drs. Alemann, Ferrer, Solá y otros muchos desmenuzaban ante los agentes continuistas cada una de las iniciativas que serían puestas en práctica al asumir el gobierno. Desde luego que sólo las iniciativas económicas. Las políticas —reiteración por parte de Frondizi de hacer un gobierno no partidista, abriéndolo a la colaboración de cuantos coincidieran con los grandes postulados de desarrollo económico, legalidad para todos y paz social— se habían hecho nuevamente públicas apenas se conocieron los resultados de la elección. Y Frondizi había ido más adelante en ese terreno, tomando una iniciativa que nos pareció inconducente para afirmar la legalidad y que, al contrario, tenía la virtud de exasperar a la base peronista: como Presidente electo, visitó en su domicilio al Dr. Alfredo Palacios cuyos méritos, periódicamente jaqueados por su monomanía de solicitar renuncias presidenciales dirigidas a Yrigoyen y Perón, no tenían siquiera la virtud de habérsela solicitado a

Justo, y cuya notoriedad en el espíritu público, amén de la que le dieron sus andanzas juveniles tiempos ha, proveían del usufructo de la embajada "libertadora" en el Uruguay, verdad que reivindicando la gloria del poncho y del sombrero volador, pero silenciando y tolerando los secuestros de Rumbo y de alguien más.

La estrategia de Frondizi-Frigerio, cuidadosamente elaborada, proyectaba al plano de la actividad gubernamental futura los trazos fundamentales de los objetivos que "Qué" expuso, durante más de un año y en forma orgánica y reiterativa, a la receptividad de la conciencia popular. Consistía en resolver, jurídica y legalmente, los pleitos con las empresas cuyo congelamiento en trámites puramente burocráticos nos mantenía aislados de los mercados de capital, necesarios para emprender, sin vacilaciones, el proceso de desarrollo que exigía a gritos la situación del país. Conjuntamente con ello, lanzar audaz y enérgicamente el plan económico y financiero destinado a sentar las bases de una efectiva autodeterminación nacional mediante la transformación de la estructura económica, sumando a las industrias de consumo que forjó en el país el plan peronista de industrialización, los basamentos definitivos del petróleo, la siderurgia, la electricidad, la petroquímica, la química pesada, la producción de celulosa, y ubicando esa masa de valores productivos en las zonas y regiones más favorables para cada uno de ellos, a lo largo y a lo ancho del país. El coto vedado de los trescientos kilómetros en derredor del puerto de la Capital Federal, donde los intereses deformantes del subdesarrollo habían concentrado la proporción mayor de energía, medios financieros, comunicaciones y mano de obra calificada, en menoscabo de la integración geográfica, económica y social del país, caería hecho trizas. No por su aplastamiento, sino por su reproducción en las veinte provincias de la República.

El objetivo de ese plan era transformar la industria de consumo, que alimentada con combustibles y materias primas de importación constituía una de las fuentes inexorables del déficit crónico de la balanza de pagos, en una industria alimentada por la energía y la materia prima nacionales, es

decir, hacerla una fuente progresiva de creación de valores para el mercado interno sin que su expansión correspondiera a la disminución de nuestra capacidad de compra en el exterior y al endeudamiento permanente y progresivo del país.

Però el plan antirreaccionario contenía, además del señalado, otros objetivos. La explotación de las riquezas nacionales aseguraría nuevas fuentes de trabajo, plena ocupación, salarios remunerativos, técnica y ciencia de actualidad aplicadas al proceso económico nacional. Y como su tendencia estaba total y abiertamente encaminada a importar máquinas en lugar de chapa, altos hornos en lugar de acero, fábricas de cemento en lugar de cemento, torres de bombeo en lugar de petróleo, turbinas en vez de carbón, fábricas enteras en lugar de productos químicos, iría forjando, al mismo tiempo que una nueva estructura económica diversificada y autosuficiente, los verdaderos fundamentos de la justicia social. Porque la estructura económica válida para la existencia en condiciones humanas de diez millones de argentinos, se mostraba gravemente compresora para quince y terminantemente incapaz de contener los veinte millones de 1958. Como esos zapatos rígidos que los viejos mandarines de la China imperial imponían a sus futuras esposas en la niñez, la estructura económica representativa del subdesarrollo iba deformando gravemente todo el cuerpo social de la Nación, anticipando los trazos de su íntima y progresiva monstruosidad.

El plan económico tenía, en lo social, una válvula de seguridad proyectada sobre los moldes de los factores determinantes de las más graves tensiones sociales verificadas desde el 20 de setiembre de 1955 hasta ese preciso momento del proceso de revaloración de la voluntad popular como fuente exclusiva de poder legítimo y democrático. El gorilismo había descargado sobre todo el pueblo un manojó de decretos represivos y la maldición de las inhabilitaciones, las proscripciones, las intervenciones a los sindicatos y a la C.G.T. con la apropiación de sus fondos. Para descomprimir las tensiones determinadas por esa agresión sistemática y dosificada a los derechos ciudadanos y sociales de la mayoría, se había estudiado una amplia y generosa ley de amnistía, la anulación del

cuerpo de leyes que en años y años acumuló la reacción bajo todos los regímenes y todos los gobiernos, el levantamiento de las proscripciones e inhabilitaciones y la devolución de los gremios a sus legítimas autoridades.

Este cuadro se completaba con la decisión de enviar al Congreso un nuevo proyecto de ley de Asociaciones Profesionales, sin intuir siquiera, en aquel entonces, la grave explosión que iba a suscitar en las Fuerzas Armadas y en la Iglesia, ni la histeria con que la oposición la iba a combatir, obligando a Frondizi, apenas iniciado el período constitucional, a jugar la suerte y la existencia del gobierno en la defensa irreductible de esa ley que, por otra parte, no entregaba los gremios al peronismo, como adujeron socialistas, comunistas, radicales del Pueblo y adocenados iracundos de la UCRI, sino a las mayorías. Pero la reacción y el gorilismo habían deformado tanto los conceptos de libertad y democracia que los habían despojado de todo contenido realmente libertador y concretamente mayoritario. La democracia sin pueblo había sido moneda corriente desde 1955 al instante aquél. Y como última medida, para paliar las consecuencias inevitables inmediatas de la conversión monetaria proyectada e imprescindible —cuyas consecuencias ulteriores el desarrollo económico absorbería—, en Avenida Quintana se había proyectado un decreto de aumento salarial del 60 %, como medida de emergencia.

Debo advertir que el conocimiento minucioso de todas esas medidas, así en bloque, no estaba a mi alcance en aquellos días. En mis entrevistas con Frigerio, antes y después de las elecciones, y en los desplazamientos que realizábamos juntos, los grandes objetivos estratégicos del plan de gobierno me eran familiares. No los había debatido con Frondizi, a quien no creo haber visto más de cuatro veces desde junio del 57 al día de la asunción del mando por él. La primera vez cuando me presentó a Frigerio, luego el viernes anterior al domingo 23 de febrero, la mañana del 24 y a mi regreso de Trujillo en los primeros días de marzo. No porque no hubiera deseado verlo con más frecuencia, sino porque era yo una especie de "bicho canasto" no apto para frecuentar

a quien, como Frondizi, tenía que negociar con los que así me catalogaban.

Pero como en lo esencial el plan de gobierno y sus etapas progresivas habían sido anticipados por Frigerio en "Qué" —digo Frigerio para sintetizar en la persona esencialmente conceptiva la labor que por su multiformidad presupone la tarea de todo un equipo— no me cabían dudas sobre el rumbo que se había impuesto el Presidente electo y mucho menos aún sobre su determinación de seguirlo, cualesquiera fueran las consecuencias que le trajeran aparejado. Veía a Frondizi como a un reformador, en la expresión integral del vocablo. Un reformador no es jamás un egocéntrico, aunque pueda ser, como lo es Perón, un centralizador de los resortes para la acción. Un reformador difícilmente crea, pero aún y ensambla las concepciones universales sobre los problemas que enfrenta y es permeable a todas ellas. Su trascendencia está ajustada a la capacidad de selección que demuestra de ellas.

No había un solo cono de sombra en los objetivos estratégicos de Frondizi y Frigerio ni en la concepción de las medidas que ellos exigían para su materialización. Además, estaban expuestas de una manera terminante, reiterada, analítica y prácticamente gráfica en la campaña de "Qué" y en los discursos pre-electorales del candidato. Nadie que no habitara el caracú mismo del limbo o que transitara por la acción política como viaja una maleta por el mundo, podía llamarse a engaño. El programa del 23 de febrero era de desarrollo económico, legalidad y paz social. Presuponía, a menos que se lo considerara mera carnada electoral para el pique de votos desprevenidos, la movilización de la riqueza potencial de la Nación en las condiciones disponibles en tales circunstancias; la superación de la antinomia peronismo-antiperonismo, por la falsedad objetiva que ella expresaba y su condición de máscara y disfraz de lo que dividía realmente al país, no en dos mitades, sino en dos fracciones: la apegada y consecuentemente ligada al subdesarrollo y la que sólo en las contingencias del desarrollo pleno y armónico podría encontrarse, reconocerse y fraternizar profunda y definitivamente, cualesquiera fueran sus discrepancias y contradiccio-

nes partidarias. Y la refirmación de la solidaridad y la firmeza social desarrolladas por el peronismo en los nueve años de su monopolio del poder. Imaginar la concreción de ese programa de otra manera —o contrariando estos objetivos— era dar un salto de treinta años hacia atrás, para caer de cola en la mistificación y la demagogia más cínica y burladora de la expectativa popular. Sin embargo, apenas asumió el poder, el antiperonismo —que no era sólo gorila, sino continuista, conservador, colonialista, nacionalista con pujos de doble apellido inmutable como los que Neruda inmovilizó en la noble empresa de abrirle la bragueta al rey con la punta de la lanza— chillaron como ocas pudibundas o gansos del Capitolio ante la presencia de los bárbaros. “Demagogia, maquiavelismo, paralelismo, traición”, clamaban las aves de rapiña de todos los extremismos. Y ese grito histérico, que el radicalismo del Pueblo, el comunismo, el socialismo de todas las tendencias, el trotskismo pecoso y sin pecas repitieron tantas veces que clavaron como una cuña disgregadora en el seno mismo del peronismo, conformó el telón de fondo de todo el proceso constitucional. Y penetró igualmente en la UCRI, como se vio apenas la reacción descabalgó a Frondizi y la puso ante la necesidad de optar entre la lealtad y la consecuencia hacia quien la diferenció de una burocracia “galerita” pituca e incapaz de nada que no fuera ciencia de comité, o la pitanza.

Pero el 1º de mayo llegó y Frondizi asumió el poder. Un poder tan acondicionado a la fuerza que detentaban los derrotados el 23 de febrero que Frigerio, que debía ocupar el Ministerio de Economía, resultó titular de la flamante Secretaría de Asuntos Económicos y Sociales. El paralelismo iniciaba así su trayectoria estatal.

## CAPÍTULO VI

### SEIS MESES QUE VALEN AÑOS

EL mensaje de Frondizi el 19 de mayo de 1958, al asumir la fracción de poder que había logrado restarle a la reacción en el curso de las negociaciones iniciadas el 24 de febrero, era un grito de alerta, un balance descarnado y un llamado a la esperanza. Con esa seca objetividad que lo caracteriza y esa inmutable inexpresividad con que habla, trazó un cuadro del estado de la Nación que hubiera hecho las delicias de un contable especializado en viviseccionar bancarrotas. No acusó a nadie, pero no era necesario que lo hiciera para que el Gobierno Provisional se viera reflejado en el estado del país como Quasimodo en un espejo. El crédito estaba agotado, las reservas consumidas, la beligerancia y los antagonismos políticos exacerbados y las presiones sociales elevadas a la graduación superior que precede a la explosión. La fuerza no era el antídoto. Este residía en la reconstrucción de la Nación, para lo que reclamaba el esfuerzo de todos, la subordinación del poder militar al poder civil y la liquidación de las divisiones postizas en aras del bien común.

Al día siguiente, el 2 de mayo, el Secretario de Aeronáutica advertía que "trataría de no innovar y de hermanar el arma como una familia." En la Marina, todo era silencio.

Pero el 5, el general Solanas Pacheco, Secretario de Ejército, abrió una perspectiva positiva como respuesta al mensaje presidencial que pedía a los militares el regreso a los cuarteles: "Servir en forma irrevocable, obstinada e inexorablemente al poder civil, es misión del Ejército". Ese mismo día, en la mesa de entradas del Senado era depositado por el Poder Ejecutivo el proyecto de ley de amnistía, "amplia y general", y al día siguiente, en la Cámara de Diputados, el de homenaje del gobierno al pueblo y a las Fuerzas Armadas.

La política de equilibrio había comenzado. Y la pregunta que había que hacerse es si era posible otra. El gobierno, en la realidad objetiva, era como un juez que carece de fuerza pública para hacer respetar sus decisiones, porque la fuerza la tienen los litigantes. El antiperonismo, que metió como los avestruces la cabeza en la arena para huir de la seducción patriótica, unificadora, resolutiva y profundamente democrática del "pacto" de Caracas, usaba a éste como pretexto para mantener al gobierno cercado por una muralla de espadas, señalando cualquier medida conducente a descomprimir las presiones políticas y sociales como prueba evidente de la preparación del retorno peronista. La fuerza pacificadora, profunda, del "pacto" lo enfurecía tanto que, no teniendo a qué aferrarse, salvo a la manifestación más cavernícola de la democracia sin pueblo y de la libertad de las cárceles y las proscripciones, había encontrado el salvavidas en la lógica del absurdo. Todo lo que pacificara era pro-peronista; todo lo que unificara era "depuestista", y todo lo que abriera ante la República una etapa de construcción, unidad nacional, cooperación para el bien común, fraternidad de clases y sectores, una traición a sus tradiciones. Pero a las tradiciones de sus minorías serviles ante la expoliación interna e internacional y soberbias ante los derechos populares.

Se dijo entonces —y se ha repetido hasta el cansancio en estos cuatro años tan llenos de episodios contradictorios por positivos y negativos para el reencuentro nacional— que a Frondizi le faltó energía y valor para enfrentar abiertamente a la reacción y al gorilismo apenas asumió el poder. Que hubiera encontrado en el pueblo todo el apoyo necesario para

librar esa batalla. Esta idea no puede haberse generado en la cabeza de nadie, sino en el *deseo* de muchos. Pero el deseo genera impulsos y no ideas. Peca en lo esencial: Frondizi no asumió el poder el 1º de mayo, lo fue conquistando pulgada a pulgada, día a día, en una política de transacciones sobre transacciones dictadas por la lógica de hierro de la relación de fuerzas contrapuestas en la que el pueblo, junto con él, enfrentando al gorilismo en la violencia, hubiera sido aplastado con él en una batalla en que el monopolio de la fuerza por un sector sólo necesitaba del ámbito de la violencia para liquidar el derecho, monopolizado por el otro sector en pugna. Alguien allegado al general Señorans, hablando de este tema allá por el 61, me decía que él mismo consideraba las vacilaciones de Frondizi como razón esencial del avance del gorilismo. Yo no sé si efectivamente el general pensaba así. Pero de ser cierto, pudo después verificar que la relación de fuerzas es lo determinante y que la decisión personal juega en los resultados escaso papel. Las nueve horas que ejerció la Secretaría de Ejército encierran la más clara demostración.

La falta de poder de Frondizi en el gobierno era tan notoria que no escapaba a la observación internacional. Desde once mil kilómetros de distancia el "Wall Street Journal" la veía con más claridad que nosotros aquí. El 7 de mayo, cuando el gobierno constitucional apenas si se había sacado el frac de las ceremonias y arremangado la camisa para iniciar su labor, decía en un editorial titulado "¿Cuánto durará Frondizi?": "Pocos diplomáticos y políticos esperan que llegue a cumplir los seis años de su mandato. Es más, muchos están convencidos que su régimen se desmoronará antes que transcurran muchos meses". Y no es que el "Wall Street Journal" tuviera a mano, para estos casos, una bola de cristal. Es que las embajadas de los países inversores en las áreas del subdesarrollo no sólo cuentan con una información al día, tomada en los centros mismos sobre los que actúan, sino que generalmente pueden anticipar los hechos futuros porque participan en su preparación.

En este mes inicial las posiciones se definían y las tendencias señalaban sus rumbos respectivos. En la Cámara de Diputados el Sr. Rabanal lanzó, el 10, el primer ataque a fondo

al gobierno. El 12, la Unión Cívica Radical del Pueblo, en un extenso manifiesto, se sumaba a la ofensiva. El 13, en un mensaje al país, Frondizi anunciaba el aumento general de sueldos y salarios en un 60 % y al día siguiente enviaba al Congreso el proyecto de ley ascendiendo a Aramburu y Rojas. La política del equilibrio mantenía su vigencia mientras el juez, sin fuerza pública a que recurrir, iba produciendo sentencia tras sentencia mientras analizaba las reacciones de los litigantes, que todo lo podían, hasta transformar su juzgado en un campo de Agramante. El 21, el general Solanas Pacheco desmentía rumores de nerviosidad castrense: "En el Ejército no existe inquietud alguna". Al día siguiente —y durante dos más— el Presidente Frondizi invitaba públicamente a todos los partidos políticos sin excepción a analizar en mesa redonda los problemas que agobiaban al país y a buscar soluciones a los mismos, sin que ninguno de ellos abdicara de principios ni programas. El recuerdo de aquel 27 de julio de 1955, aunque a la inversa, iba a "volver a vivir" en el despacho presidencial de la Casa Rosada.

Un submarino, que en esos días apareció y desapareció como por arte de magia, dejando en el "plastrón" de la pampa marina un sospechoso tufo soviético para gloria del "Bebe" Bullrich y el macartismo lactante, puso la nota pintoresca y sensacionalista en ese final de mayo. Pero la que estaba engatillada en la Avenida Quintana y pronta a disparar desde la Secretaría de Asuntos Económicos y Sociales explotó el día 27. Por decreto, se levantaba la intervención a seis federaciones sindicales. La Unión Tranviarios Automotor, la Federación del Personal de la Industria de la Carne y Afines, la Asociación Obrera Textil, la Unión Obrera Metalúrgica y la Federación Bancaria volvían a tener la dirección que sus bases se habían dado. La política social de normalización de la vida gremial tenía, así, principio de aplicación. No era, pues, un tema agitativo en las páginas de "Qué", ni un recurso electoral en las formulaciones del candidato. Era una parte insustituible de la política de pacificación para el desarrollo y la legalidad como bien común, a la que no renunciarían en ningún momento ni su gestor oficial, el Presidente Frondizi, ni su gestor "paralelo", Rogelio Frigerio.

## LAS PRIMERAS ESCARAMUZAS

Instalado en Montevideo como "Comando Adelantado", Cooke inició las primeras escaramuzas para digitar la reorganización partidaria, con el objetivo de presionar sobre Perón y recuperar la conducción táctica del Movimiento. Olvidó de inmediato que en las urnas había casi dos millones y medio de votos peronistas que dieron a Frondizi la victoria electoral. Y que allí estaba el Movimiento. Pero ese Movimiento seguía a su conductor y sólo reconocía autoridad dirigente a aquellos a quienes Perón transfería parte de la suya.

Desde que había cesado como diputado nacional hasta que financió la publicación de "De Frente", Cooke no había tenido ninguna participación en la vida política partidaria. De esa suerte de ostracismo, que era voluntario, regresó a la actividad a través del semanario nombrado, sosteniendo una política de conciliación con todos los grupos y sectores sociales, lo que molestaba a Teisaire y despertó un largo mal humor en Apold, que no lograba controlarlo. Su designación como interventor en la Capital después del 16 de junio era, evidentemente, una demostración más de Perón de recurrir a elementos moderados a los efectos de sentar bases de conciliación con la oposición recalcitrante. Durante su larga estadía en Ushuaia, Las Heras, Caseros y Río Gallegos —de donde fugó con un puñado de presos gremiales y Jorge Antonio— había mantenido la misma actitud. Físicamente decidido y valiente, enfrentaba a los agentes del gorilismo sin ninguna concesión y estaba permanentemente abierto a todas las posibilidades de aunar esfuerzos y fuerzas para derrocarlo. Fue el primero en aceptar la idea de la salida política, como había sido el primero en ponerse al servicio de la posibilidad insurreccional.

Pero para él, desde Montevideo, el enemigo ya no era el gorilismo, sino Leloir, Albrieu, San Millán y cuantos dirigentes o activistas políticos y gremiales no concibieran al peronismo como el ámbito de una definición entre "peronistas cukistas" y "peronistas anticukistas". Delia Parodi era su obsesión, dado que la consideraba el impedimento básico entre Alicia y la dirección de la rama femenina. Leloir era

otro de los fantasmas que poblaban sus desvelos y captar a Albrieu —las formas y las formalidades superaban día a día en él a los contenidos— una de sus más caras ambiciones. Los cascarones vacíos lo atraían con una fuerza más poderosa que la nuez.

Imaginativo e individualista hasta la médula, nacionalista con respaldos marxistas, ambos de préstamo más que de convicción, creyó fácil capitalizar las controversias en los sectores dirigentes gremiales que luchaban por la dirección de las organizaciones, usándolos en beneficio propio, y exacerbar las diferencias en la “resistencia” al mismo fin, pero fue usado por ellos, que tenían más experiencia y menos escrúpulos “burgueses” que él. A la postre, él resultó el instrumento político de la provocación, convencido de que jugaba el papel principal en los acontecimientos de enero en que el extremismo y el trotskismo lo usaron como martillo para moldear, sobre el yunque de la más torpe provocación, los grillos de otra ilegalidad para el peronismo y el movimiento obrero.

En los días que permaneció en Asunción antes de trasladarse a Montevideo fui a visitarlo y a informarle en detalle de la situación. Frondizi estaba en la Casa Rosada, pero el poder permanecía en manos de los sectores militares más auténticamente comprometidos con el gorilismo. Además, el gobierno propiamente dicho no era una unidad sino una dualidad. Un sector de él, encabezado por Frondizi y el Secretario de Asuntos Económicos y Sociales, interpretaba el frente del 23 de febrero no como un “frente electoral”, sino como el paso inicial de la unidad de fuerzas nacionales y populares coincidentes en un programa común de acción económica, política y social capaz de crear las bases —y las relaciones sociales correspondientes— que invalidaran para siempre los puntos de apoyo del poder de la oligarquía y el imperialismo. Otro sector no veía en el acto electoral más que el principio y el fin de un hecho eleccionario circunstancial, en el que el peronismo ponía los votos y ellos la “potabilidad”, potabilidad que crecería en proporción directa a la energía y la desvergüenza con que repudiaran al pueblo repudiando al peronismo.

Para nosotros, por consiguiente, diferenciar en el seno del gobierno —*que era producto de la negociación entre el derecho y la fuerza*— a los aliados de los adversarios era esencial, como lo era no *apoyarlo* incondicionalmente en bloque ni combatirlo sistemáticamente y en *bloque*, bifurcando nuestros esfuerzos en dos direcciones paralelas. Unos encaminados a fortalecer al sector aliado en la lucha que mantenía en el seno del gobierno para cumplir el programa del 23 de febrero; otros dirigidos a fortalecer al gobierno como tal, como unidad, ante la campaña disgregadora movida por la reacción para enfrentarlo con el pueblo, como unidad. Nos pusimos de acuerdo, pero ese acuerdo duró días en la práctica. Alicia le había atornillado en la cabeza la idea del "co-gobierno", para usar sus ventajas en la lucha por la dirección del Movimiento facilitando la solución de los problemas a los grupos *amigos* e imposibilitándosela a los de los *enemigos*. Los amigos eran los "cukistas"; los enemigos los "anticukistas". Del problema nacional bajaba al partidario y del partidario a la facción.

La idea del co-gobierno lo llevó a exigir los mayores absurdos, como el nombramiento de un Ministro de Trabajo peronista, el de embajador en el Paraguay de un ex oficial de marina que le resultó simpático a Alicia, y en participar en la designación del delegado ante las Naciones Unidas. Pero lo que era esencial y nuestros aliados en el seno del gobierno estaban decididos a apoyar y jugarse el todo por el todo en ello, como la proyectada ley de Asociaciones Profesionales, le tenía sin cuidado. Cuando se presentó el proyecto, que había sido previamente estudiado por un grupo de dirigentes gremiales peronistas y no peronistas, le restó toda trascendencia al hecho. Él estaba obligado, en la lucha por la dirección, a anularse en la menudencia, la intriga y la maniobra permanente. La existencia de 800.000 votos en blanco y de algunos sectores de la "resistencia" en el empecinamiento insurreccional se le figuró el gran capital que se le ofrecía masivamente para tirar en la balanza del "cukismo". De la consigna esclarecedora "Braden o Perón", que galvanizó a la masa en 1946, se fue hundiendo, hundiendo hasta inmovilizarse, satisfecho, en su degradación neolítica "Cooke o Leloir", que le importaba tanto a la masa como si lloviera

o dejara de llover. Pero que el extremismo aprovechó hasta sus últimas consecuencias.

Leloir significaba la resignación ante el gorilismo, sin pactar con él pero sin buscar las alianzas que le permitieran enfrentarlo. Cooke significaba la intransigencia y, al mismo tiempo, la suficiencia y el aislamiento otra vez. En su afán por captar a ese sector del peronismo que, al igual que los gorilas, se negaba a superar la antinomia falsa, postiza y disgregadora de toda perspectiva popular, se transformó en el instrumento y el portavoz de otra suerte de gorilismo tan cerril, tan alejado de la masa y tan enamorado de la violencia y el enfrentamiento —para los cuales carecía totalmente de posibilidades prácticas— como los otros. Y se dedicó, desde la otra punta del eje de la torpeza, a marchar hacia el mismo objetivo, con los mismos métodos que los gorilas: imposibilitar la estabilidad constitucional, enfrentar al gobierno con el pueblo y, en especial, con la clase obrera, y hacer de la pacificación política y social el blanco de todas sus baterías. Es decir, consolidar la antinomia que preparaba el triunfo seguro de la reacción y la segura derrota del pueblo. Del pueblo peronista y no peronista.

### LA RELACION ESCLARECEDORA

Desde el 5 de mayo la provocación merodeaba por las calles céntricas. El problema DINIE le servía de pretexto. Derechas e izquierdas, azuzadas por la reacción, levantaban banderas que se unían en la creación del clima propicio para facilitar las presiones gorilas callejeras, impulsando a los sectores más agresivos del peronismo a sumar a esa presión la suya propia. El 6 de junio, grupos de la "resistencia" producen manifestaciones en el centro. Sumaban dos centenares, como máximo; pero el Dr. Alfredo Palacios, mostachos en alto frente al Centro Naval, pronuncia para la historia su "macana de oro": "He venido porque me enteré que hay unas manifestaciones de gente a la que no le gusta la libertad. Los invito a que me acompañen para *terminar con ellos*".

"Terminar con ellos". El Dr. Palacios, que una vez más

se equivocaba con respecto a quiénes y para qué quieren la libertad, había dado en la tecla madre de la táctica que asumiría la reacción y del objetivo fundamental de su acción a partir del 6 de junio: *terminar con ellos*. ¿Quiénes eran ellos? ¿Los dos millones y medio de ciudadanos y ciudadanas que habían impuesto en las urnas el triunfo de la *conciliación sobre el revanchismo* desembozado? ¿O una minoría, tan minoría como lo puede ser el 1 por 10.000, constituida en manifestación de repudio y protesta por su incompreensión de la indigencia de poder del sector conciliador del gobierno? A la reacción, los grupos "tremendistas" y provocadores le tenían sin cuidado. Es más, los investía, aunque ellos ni siquiera lo percibieran, del grado de impunidad necesaria para usarlos como *causas* y desarrollar, como *efectos*, toda la gama de su violencia cada vez que le pareció propicia la situación para derrotar, dentro del gobierno, al grupo conciliador y facilitar la transferencia de las migajas del poder que se iba ganando, en la negociación permanente en que Frondizi y Frigerio insumían cada jornada, al sector de la "potabilidad progresiva", en base a la progresiva coincidencia con los objetivos de la reacción, que eran impedir el desarrollo y la paz social. *Terminar con ellos* significaba terminar con la mayoría, con la unidad de la base social del 23 de febrero, diluyendo en sucesivas provocaciones y represiones sus profundas coincidencias políticas inmediatas de peronismo y no peronismo, para enfrentar al pueblo con el gobierno por la vía de las reivindicaciones económicas multiplicadas por las discrepancias partidarias y las presiones sociales.

Esa táctica se apoyaba en un trípode. La primera de cuyas patas estaba constituida por la hegemonía "quedantista" en la conducción del aparato represivo estatal, del que dependía en última instancia la estabilidad del gobierno y la gravitación en él del sector que, batiéndose en los planos de una política de equilibrio entre formalismos peronistas y antiperonistas, iba creando los basamentos de una política nacional irreversible, destinada a fundir, en un bloque superador de la antinomia maldita, los legítimos intereses populares con los de todas las clases y sectores de la población, industrias nuevas, capitales aplicados a nuevas formas de pro-

ducción liberadoras de importaciones, petróleo, gas; en síntesis, transformando la estructura económica nacional. La segunda la constituía la coincidencia política que, en su expresión electoral, tuvo en el 23 de febrero su confirmación más elocuente. La tercera se apoyaba en la normalización sindical, iniciada con el levantamiento de las intervenciones a las seis federaciones masivamente peronistas, el 27 de mayo de 1958.

Pero cada una de esas patas del tripode dependía de las otras. Y la reacción, directamente en una e indirectamente en las demás, intervenía en las tres. La hegemonía "quedantista" era su pivote, el martillo siempre en posición de caer sobre cualquiera de los dos yunques ofrecidos al golpe revalorizador de la antinomia. A cada respuesta del peronismo a la provocación gorila, caía sobre él; a cada respuesta social a la misma provocación, caía sobre los gremios. Y, como accionaba en representación del gobierno en su conjunto, éste iba siendo presentado ante el pueblo con todos los aditamentos del gorilismo. En tales condiciones, el enfrentamiento era inevitable. La reacción tenía plena conciencia de ello y no dejaba pasar ninguna oportunidad para refirmarlo.

La Unión Tranviaria Automotor fue el ámbito en que accionó con mayor eficacia en el plano social. El monopolio de la dirección de la Mutualidad por parte de dos provocadores irreductibles, Jaime y Silvino, le abrió el camino. Veinte días antes, Frondizi había levantado por decreto la intervención al gremio. El Ministerio de Salud Pública, confiado a la dirección del Dr. Noblía, estaba empeñado en revisar las medidas arbitrarias con que la Revolución Libertadora había sancionado la condición peronista de una infinidad de médicos municipales, propiciando su reincorporación a los servicios correspondientes. La batalla librada en el ámbito nacional para la revisión de esas medidas iba a encontrar su Waterloo en la provocación tranviaria. La Mutual, apenas se hicieron cargo de ella los dirigentes designados por la última asamblea, en virtud del decreto que levantaba la intervención, declaró cesante al jefe de los servicios médicos, el Dr. Carlos A. Dios. El 15, los médicos de la Mutual se declaraban en huelga contra el gremio, solidarios con el Dr. Dios. Y ese mismo día, la Asociación de Médicos Municipales y la de Mé-

dicos y Profesionales y Afines del Hospital Rawson enfrentaban al Ministro de Salud Pública, oponiéndose a las medidas reivindicatorias de los médicos peronistas proscritos. La reacción tenía una carta de triunfo en la mano en el problema médico. Este era desplazado de su síntesis real —la reconsideración de una arbitrariedad sin considerar la condición política de los perjudicados— al plano de las luchas entre peronistas y antiperonistas, en la persona del Jefe de servicios médicos de la Mutual de U.T.A., el Dr. Díos.

Éste, y los provocadores, pasaron de inmediato a segunda línea. La reacción ya no necesitaba de ellos para transformar el minúsculo pleito de la Mutual en una guerra a muerte entre peronistas y antiperonistas, iniciada en el plano de la actividad médica y ampliada en seguida al cuadro general. En Vicente López se libraban las primeras batallas. Éstas se prolongaban a San Luis y La Pampa. El 25 de junio, la Federación Médica anuncia que recurrirá a la huelga general en todo el país para impedir la reincorporación de los médicos sancionados por la "libertadora" por su militancia peronista. El 29, la Federación Médica Gremial de la Capital declara, para el 1º de julio, un paro general de 24 horas. El buscapié encendido por los provocadores de la Mutual de U.T.A. se transformaba en una cadena de explosiones incontrolables en todo el ámbito de la República.

Pero el enfrentamiento peronismo-antiperonismo en el ámbito médico, cooperando el peronismo a su aislamiento una vez más, no era suficiente. Había que agregarle un ingrediente más para transformarlo en un enfrentamiento masivo entre los tres poderes, provocando la crisis institucional. La solicitud del Ejecutivo al Legislativo para designar jueces, advirtiendo que el 80 % de los magistrados actuantes conservarían sus cargos, dio el segundo motivo a la reacción para ampliar su frente de lucha. El Colegio de Abogados, otro reducto incondicional del gorilismo que, en nombre de la fuerza, como gigoló del derecho, había prostituido en los burdeles del discrecionalismo y de los "fines revolucionarios" todos los principios legales, protestó de inmediato. Diez días después, renunciaban 7 camaristas, 2 fiscales, 1 secretario de Cámara y 3 jueces a raíz del nombramiento de nuevos magistrados.

Del 3 al 5 de julio, los Tribunales fueron escenario de la puesta en escena de la comedia judicial más grotesca del siglo. Jueces, fiscales, abogados y empleados "democráticos" de la justicia se declararon en carnaval. El presidente de la Corte Suprema, Dr. Arturo Orgaz, reclamó el papel de Rey Momo. Lo asumió el 8 de julio, al renunciar, y lo abandonó el 15 del mismo mes al reasumir sus funciones en el más alto tribunal de la República. La maniobra que Roosevelt desbarató en 1940 superó la capacidad de maniobra de Frondizi. En el ámbito judicial el gorilismo mantenía todos sus puntales.

Ese mes de julio de 1958 fue pródigo en negaciones y afirmaciones. Mientras médicos y mutualistas, jueces y abogados, obreros y empresarios, olvidados todos de la necesidad común de la legalidad y el predominio de la ley, servían consciente e inconscientemente a la reacción y obligaban a Frondizi a insumir sus días y sus noches en un esfuerzo mediador saboteado desde todos los ángulos del sectarismo y la provocación, desde la Secretaría de Asuntos Económicos y Sociales se iban construyendo los mojones de la transformación estructural de la economía nacional. Los contratos petroleros, que habrían de incidir decisivamente en el milagro de autoabastecimiento de petróleo en 30 meses, se iban concretando. El Dr. Alejandro Gómez, que los entendía tanto como pudo entender el Dr. Elpidio González de capar monos, en 1916, los defendía a muerte el 2 de julio. Se habían firmado las bases del contrato con CIAVE, lo que implicaba colaboración técnica y 42 millones de dólares de crédito. Se habían rematado ya tres de las empresas DINIE y la Cámara de Diputados había derogado el decreto 4161 de proscripción del peronismo, el mismo que los secretarios militares acaban de reimponer, en pleno 1963. En un mensaje dirigido al país, Frondizi anunciaba, el 24, las fases iniciales de la Batalla del Petróleo, y el Vice Gómez, emérito camaleón de Beraveibú, expresaba, entre estupefacto y "avivado": "Yo, que no conocía pormenores, al enterarme de los detalles estoy entusiasmado". Poco después iba a demostrar más entusiasmo aun, pero contra ellos.

Julio fue un mes preñado de contradicciones, revelador de la lucha a muerte en que estaban trabados, en el seno del

gobierno, los factores de poder. El día 7, Frondizi era obligado a suspender el banquete tradicional de camaradería de las Fuerzas Armadas, al tomar conocimiento del discurso que pronunciaría en el acto el contralmirante Rial, el que no le dejaría otra opción que destituirlo y detenerlo, para lo que no tenía fuerza, o renunciar, lo que sería traicionar, so pretexto de gallardía personal, las esperanzas y los derechos de los cuatro millones de ciudadanos que lo votaron. Sobre el telón de fondo de la huelga médica, de las carnestolendas judiciales, del paro de Correos, de la campaña de prensa orquestada y llevada al lenguaje más soez y despectivo, oficiales de las tres armas se reunían en el Centro Naval. Pero el 25, en la Cámara de Diputados, la ley de Asociaciones Profesionales era aprobada.

Perspectivas de autodeterminación energética y normalización y democratización de la vida sindical, por un lado. Reforzamiento de la antinomia disgregadora por el otro. Todo bella cosecha; lo primero para el pueblo, cualquiera fuera el matiz político que prefiriera. Lo segundo para la reacción, empeñada en formar con todos ellos la rabadilla de un arco iris enunciador de tempestad, no de bonanza.

### *GOLPISMO, INCOMPRESION Y TRABAJO*

El 8 de agosto, el Dr. Horacio Sueldo denunciaba en el "Meridiano" de Córdoba la preparación de un golpe de estado. Y su inminencia. Tenía como base ejecutiva a militares "que-  
dantistas" de las tres armas y toda la oposición estaba metida de cabeza en él. El peronismo, tanto gremial como político, ni participaba en la conspiración ni la desanimaba. Pero no era casual que el día anterior a la denuncia pública del Dr. Sueldo, la Mesa de las "62", entre gallos y medianoche, produjera un violento documento contra el gobierno, sin diferenciar en él lo positivo de lo negativo. En esos días, la Delegación Nacional había estado reunida permanentemente y la integraban representantes de las "62" —Cardoso, Carulias, Vandor, Olmos —y de la "Auténtica"— Framini y otros—. En esas reuniones se debatían todos los problemas y se

elaboraba una línea de acción que, sin comprometer al Movimiento en las medidas antipopulares que la política de equilibrio le obligaba a tomar a Frondizi —ascenso de Aramburu y Rojas a los grados de Teniente General y Almirante, respectivamente, por ejemplo—, creara conciencia en él sobre el cumplimiento de los compromisos del programa del 23 de febrero por parte del no peronismo gobernante: la ley de amnistía, el levantamiento de las intervenciones, la anulación de las proscripciones y, especialmente, la inminencia de la sanción de la ley de Asociaciones Profesionales. Sólo de esa manera se podía ir vacunándolo contra la provocación y el extremismo, que habían abierto brechas profundas en el “Comando Adelantando” de Montevideo.

Precisamente en aquellos días esperábamos la sanción de la ley en el Senado. Toda la Delegación, y especialmente los que en ella representaban al movimiento obrero, conocían no sólo su trascendencia —sin ella la normalización sindical y la paz social eran puras mistificaciones—, sino que estaban al tanto del costo que le exigía a Frondizi y Frigerio. Porque el día que el Poder Ejecutivo envió el proyecto de esa ley al Congreso, los tres secretarios militares entrevistaron al Presidente para anunciarle sin ambages que a partir de ese momento, de no reconsiderar la iniciativa, no se hacían responsables de la reacción de sus respectivas armas, a las que, pese a su voluntad de subordinarse al poder civil, no podrían controlar. Y más aún: la Iglesia, encabezada por el cardenal Caggiano, adoptó la misma posición. El humo que envolvió los templos calcinados la noche del 16 de junio oscurecía aún su visión político-social.

Pero ni Frondizi ni Frigerio aceptaron reconsiderar el proyecto o siquiera su oportunidad. Sin una clase obrera organizada e integrada en una Central única capaz de hacer gravitar sus intereses de clase —inexorablemente coincidentes con los de la Nación en su conjunto y con el de todas las demás clases y sectores sociales en ella integrados—, la política de desarrollo y expansión económica, sobre la base de inversiones extranjeras en los sectores básicos y radicaciones en los demás, sólo contribuiría a aumentar el poder de la reacción y el imperialismo. En esas inversiones, lo esencial no era la

cantidad, ya que no representaba más del 9 % del total de los capitales necesarios para el plan de desarrollo, sino la calidad, fijada ésta por estar ese 9 % concentrado en las industrias básicas, motores de la proyectada reestructuración. El desarrollo económico y la expansión eran fundamentos y fuentes del proceso de pacificación política y social, pero a condición que la justicia distributiva de los beneficios diera participación a todo el pueblo en ellos. Y esto sólo se reaseguraba con una C.G.T. única y representativa, inalcanzable sin la ley de Asociaciones Profesionales.

Pero volvamos a los hechos. El 6 de agosto el Poder Ejecutivo envió al Congreso el proyecto de ley transformando el Frigorífico Municipal en entidad autárquica. El 7 Frondizi produjo el dictamen que creaba un organismo al cual se incorporarían todos los médicos en conflicto, en un intento más, fallido, para poner fin a la huelga médica en todo el país. Ese día las "62" se pronunciaban contra el gobierno y al día siguiente, 8 de agosto, el Dr. Horacio Sueldo daba a conocer su denuncia sensacional: "A las reuniones secretas —decía en ella— asistían dirigentes radicales, conservadores, socialistas, nacionalistas y, por supuesto, oficiales de las tres armas. Incluso es un hecho cierto que en el Comité Nacional de uno de esos partidos se discutió y hasta se votó la posición ante el golpe inminente". El día 15, la Convención Nacional del Partido Demócrata Cristiano respaldaba la denuncia y la conducta de su dirigente. Ese mismo día el Senado sancionaba la ley de Asociaciones Profesionales que habían vetado el equipo militar y la Iglesia, y el 25 el Poder Ejecutivo agredido la promulgaba. El golpismo, la incomprensión y el trabajo marchaban en líneas paralelas y a idéntico ritmo.

### *LE LLEGA EL TURNO AL PETROLEO*

La perspectiva que abrían los contratos petroleros de disminuir las importaciones, aumentar la producción nacional y prescindir a corto plazo de los abastecimientos procedentes del "pool", obligó a la reacción a lanzar sobre la batalla del autoabastecimiento todas sus reservas. Izquierdas, derechas y

centro embistieron desde sus respectivos sectores contra los contratos. El día 1º de agosto, el capitán Manrique, director del Liceo Naval, pronunciaba su discurso-renuncia de emulación golpista. Esa misma tarde, el Dr. Balbín producía un extenso alegato contra los contratos, tratando de demostrar que era mucho más ortodoxamente nacionalista conseguir créditos en el exterior para comprar petróleo extranjero que conseguir esos mismos créditos para extraerlo en el país. Cuatro días después, el 5, en la Facultad de Derecho, Silenzi de Stagni se desgañitaba para demostrar que el autoabastecimiento era un error, un grosero error de Frondizi y Frigerio. Que ahí estaba el ejemplo de Estados Unidos, gran productor y al mismo tiempo gran importador de petróleo; pero olvidaba dos pequeños detalles: 1) Que Estados Unidos, además de gran productor de combustibles líquidos y sólidos, es un gran *productor de dólares* mediante sus exportaciones y una balanza de pagos habitualmente favorable; 2) Que el autoabastecimiento es retórico mientras no satisface toda la demanda potencial del consumo. Y que si ésta no es cubierta por la producción nacional, la importación no es un pecado sino una virtud. Pero sólo en tales circunstancias.

A la mesa redonda promovida por el "pool" en la Facultad de Derecho a través de Silenzi de Stagni, amenizada por el repiqueteo de castañuelas de los intereses agroimportadores, los suspiros del nacionalismo aristocrático y las aburridas peroratas del "codovillismo" pro-británico, siguió la declaración de la organización de los Técnicos de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. La burocracia del "talón de pedidos" se oponía a los contratos y tenía razón. Cerrar los conductos de la importación de petróleo significaba sacarlos de las sinecuras de las oficinas ministeriales para transferirlos al trabajo en los yacimientos o las refinerías. Esa burocracia sabotó cuanto pudo el autoabastecimiento, propició movimientos de fuerza para imposibilitarlo o al menos postergarlo y, cuando los trabajadores de Y.P.F. —peronistas en su totalidad— se opusieron en las asambleas gremiales a la declaración de huelga y recorrieron el país para informar a las bases de la maniobra reaccionaria, patronal, contra los intereses más legítimos de la colectividad, dejó cesantes a los que levanta-

ban la huelga y ascendió a los que la propiciaban. Claro que todo en "defensa de Y.P.F. y de la soberanía nacional".

El 13 de agosto, cuatro días después de la declaración de los Técnicos de Y.P.F., el Dr. Mauricio Yadarola reinició la ofensiva. En el Centro Argentino de Ingenieros pronunció un extenso alegato que, aunque no agregaba nada a lo ya expuesto por Balbín y Silenzi de Stagni, ofrecía a la prensa encadenada y sin cadena elementos frescos de escándalo y agitación. El 18 le tocó el turno a la FUA, y el 30 la Asociación de Profesionales Universitarios de Y.P.F. dio a publicidad su extensa declaración contra los contratos. El 4 de setiembre, la Federación de Trabajadores de Luz y Fuerza, el Sindicato Unico Petroleros del Estado y la Federación Argentina de Sindicatos Petroleros publicaron solicitadas adhiriendo a la campaña contra los contratos, aunque en SUPE los dirigentes peronistas enfrentaban y anulaban los proyectos de huelga.

¿Qué argumentaba la reacción por boca de sus lenguaraces permanentes y ocasionales? A través de la izquierda argumentó que el imperialismo jamás vendría a cooperar a la autosuficiencia energética nacional, por la sencilla razón que resultaría absurdo que cooperara a la quiebra de los lazos de sujeción que usufructuaba. El argumento sería correcto si *todo capital extranjero* fuera expoliador y su condición de extranjero definiera, por sí sola, su contenido antinacional. Pero, en ese caso, que viniera Dios y nos explicara el desarrollo norteamericano, con capitales ingleses, y el de Inglaterra, con capitales de Holanda. A través de la derecha y del nacionalismo aristocrático, la reacción puso en circulación la vieja cantinela de la gallarda prestancia y superioridad de una soberanía dependiente de abastecimientos exteriores sobre la soberanía apoyada en la autosuficiencia, aunque para alcanzarla hubiera que dar participación al capital extranjero en su concreción, con empresas sujetas a nuestras leyes y a nuestros jueces. El centro, que extrae de la Facultad a sus papagayos doctorales, llenaba páginas y páginas para descubrir si una coma más o menos, agregada a los textos, podría transformar un contrato de locación en una concesión de tipo afroasiático y si se habían firmado los

mismos con todos los timbres de la juridicidad. Hoy, todavía están en lo mismo. No discuten que el autoabastecimiento, gracias a esos contratos y a los esfuerzos de Y.P.F., es una realidad y si ello significa o no habernos independizado del exterior en materia petrolera. Discuten si la liberación nacional en ese rubro ha sido lograda de acuerdo con las formas jurídicas como las entiende la burocracia. Si el Libertador hubiese topado a esta recua en el camino de los Andes, la hubiera corrido a patadas hasta el litoral.

Durante los días que restaban del mes de setiembre la reacción dejó a un lado la bandera de la defensa del petróleo y levantó la de la enseñanza laica. El proyecto de ley de enseñanza libre —libre y no laica o religiosa— le permitía abrir una brecha más en el frente nacional —que se mantenía, aunque ya gravemente deteriorado— y una brecha más profunda porque alcanzaba a la UCRI como partido de gobierno. Pero el 1º de octubre, en un mitin organizado por el Movimiento de Defensa del Petróleo Argentino en Plaza Once, el Dr. Palacios exigió la renuncia del Presidente Frondizi y el 30 comenzaba en Mendoza la huelga general “contra el gobierno por no haber anulado los convenios petroleros”. El 10 de noviembre se firmaba en el Ministerio de Trabajo y Previsión Social el acta mediante la cual se ponía fin al movimiento de fuerza. Al rechazarla el Poder Ejecutivo —y declarar el estado de sitio en todo el país en lugar de poner en ejecución el acta— Frigerio renunció a la Secretaría de Asuntos Económicos y Sociales. La reacción no pudo impedir el autoabastecimiento, pero lograba desplazar del gobierno a su gestor principal.

## *LA MUSICA DE FONDO*

Para quebrar el frente del 23 de febrero la reacción había asfaltado dos caminos. El del desquicio económico-financiero, que impedía satisfacer las justas reivindicaciones salariales de los trabajadores en la medida que éstos las exigían ante el elevado costo de la vida, y el de los enfrentamientos políticos y sociales alimentados desde el quedantismo y el continuismo,

monopolistas prácticos del poder del Estado. Para los que sosteníamos, empecinada y tozudamente, la necesidad de mantener ese frente, cediendo todas las formalidades y concentrando nuestra presión en el ámbito de la normalización sindical, la ley de Asociaciones Profesionales y la creación de las bases económicas sobre las que apoyar nuevas relaciones sociales entre trabajadores y empresarios, gobierno y oposición, civiles y militares, dando nacimiento así a una nueva concepción de coexistencia democrática en todo el ámbito nacional, el problema residía en poner claridad en los sectores responsables del Movimiento y, fundamentalmente, en los trabajadores.

En la visita que la Delegación hizo a Ciudad Trujillo, discutimos larga y minuciosamente con el general nuestros puntos de vista. Y él produjo un documento que tituló "La Fuerza, el Poder y el Número", en el que destacaba la importancia de no contribuir a la quiebra de la legalidad constitucional, sin dejar de presionar sobre Frondizi para que cumpliera el programa del 23 de febrero. En la misma oportunidad —estaban presentes el Dr. Orsi, Vandor y Framini— hablamos extensamente sobre el problema del petróleo, los proyectados contratos y la campaña de agitación desarrollada por los agentes del "pool" y sus adláteres, requiriendo su opinión al respecto. "Nosotros —dijo el general— tenemos que partir de la certeza que el país necesita extraer su petróleo. Pero el petróleo es material explosivo y está metido dentro de un paquete cuyo contenido no conocemos nosotros aún. Esperemos que ellos abran el paquete para fijar posición después". En lo que respecta a la necesidad del desarrollo económico era terminante: había que industrializar el país a cualquier costo. Pero asegurando a la clase obrera —y en esto concordaba totalmente con los objetivos de la política social de Frondizi-Frigerio— una participación sustancial en los beneficios. "No se trata de socializar el capital —repetía hasta el cansancio— sino de capitalizar el trabajo". Él entendía que el 23 de febrero no era más que el comienzo de un proceso, con todas las marchas y contramarchas de todo proceso. Pero el "Comando Adelantado" en Montevideo quería sustituir el proceso por un acto, entendiendo la acción política como un

programa radial de preguntas y respuestas en la que se juega a todo o nada. Y en la dirección gremial la tesis tenía adeptos.

Nosotros sosteníamos en el seno de la Delegación Nacional y ante la Mesa de las "62" que el 23 de febrero, que era un acto, un hecho y un acontecimiento, perdía toda su significación si lo aislábamos del proceso a que daba origen. Y que ese proceso era el de la formación y consolidación de un nuevo frente nacional que recibiera del peronismo su contenido nacionalista popular y su cohesión social y del frondizismo la concepción de la economía expansiva. Que el frente nacional no comenzaba ni terminaba el 23 de febrero, porque toda lucha política por el poder tiene un presupuesto que está encerrado en una interrogación: "¿Quién tiene el poder?" Para responder a ese interrogante había que regresar al 13 de noviembre de 1955.

Ese día fue desalojado del gobierno de la "libertadora" el grupo conciliador y de tendencia nacionalista pacificadora y se impuso y dominó la escena el grupo revanchista. Las dos corrientes en que luego se dividió, quedantistas y continuistas, obedecían a una misma finalidad esencial: mantener al peronismo fuera de la escena política *legal-constitucional*, porque de esa manera mantenía al pueblo en su conjunto al margen del quehacer nacional. Esa era su esencia, su fuerza aglutinante y la misión que se impuso y se propuso cumplir. La voz reaccionaria que soplabá a sus orejas las medidas tácticas no evitaba las divisiones en el campo libertador revanchista, pero llevaba a todos los grupos a superarlas y anularlas ante la misión esencial antes expresada.

La razón era evidente. Con el peronismo en la ilegalidad se podían ensayar todas las soluciones, incluso la solución electoral. Uriburu lo hizo en 1931 cuando la abstención radical facilitó el triunfo de Justo y Roca contra De La Torre y Repetto. Con el peronismo votando en blanco o sumido en la abstención, *cualquiera que triunfara daría el triunfo a la Revolución Libertadora*. Por consiguiente, la solución electoral —que partía del supuesto cierto del votoblanquismo peronista— había sido precedida de una doble preparación. La preparación de la fuerza militar; la preparación de la fuerza política apta para heredar el poder. Por lo tanto,

el período que comenzó el 14 de noviembre del 55 fue en su esencia el del aniquilamiento de los sectores militares sospechados de peronistas, nacionalistas pacificadores y conciliadores. El poder militar del revanchismo "libertador" se fortaleció decisivamente. De esa manera y por esa razón, si triunfaba en las elecciones el candidato continuista, tendría la fuerza militar que lo capacitara para mantener la continuidad de la política del revanchismo. Y si, eventualmente, triunfaba el candidato opositor, éste estaría prisionero de esa fuerza militar y, en última instancia, tendría que contar con ella.

En el momento en que el general Aramburu convocó a elecciones para el 23 de febrero, las condiciones para el triunfo del continuismo eran óptimas. El peronismo se había refugiado en el voto en blanco, dejando el campo libre a las candidaturas libertadoras; el fracasado levantamiento del general Valle confirmaba que carecía de fuerza militar. El movimiento obrero, exprimido en la pinza de las intervenciones, estaba a la defensiva. La UCRI no había establecido aún lazos con el peronismo y, como *fuerza opositora*, había sido derrotada en las elecciones de julio de 1957. Con el peronismo votando en blanco, desentendiéndose del proceso electoral, la continuidad revanchista estaba asegurada. Tenía los votos necesarios y la fuerza militar capaz de apoyarla en el poder. De ahí la saña, la violencia y el despecho con que se atacó, desde todos los ángulos del continuismo y el quedantismo, el pacto de Caracas.

El 24 de febrero, el revanchismo libertador, derrotado en las urnas como quedantismo y continuismo, mantenía en sus manos plenamente el poder militar, el poder económico y el poder político. Sí, el político porque los radicales del Pueblo, los partidos conservadores, la democracia cristiana, la democracia progresista, los partidos socialistas, las organizaciones empresarias que querían conservar "la libre empresa", y un gran sector del estudiantado constituían la fuerza política puesta al servicio de la continuidad libertadora por la vía de la oposición al gobierno surgido del proceso electoral. Este, desde el punto de vista del poder estricto, el que nace objetivamente de la relación de fuerzas, estaba más pobre

que Job. La única fuerza con que contaba era la del frente nacional, la de la cohesión y decisión de ese frente y de su capacidad de ampliarse permanentemente. Era mucho y era poco; poco como fuerza militar, mucho como fuerza de masas y de derecho, a condición de que no se disgregara.

Imposibilitado de asumir el poder al que tenía *derecho*, por la *fuerza*, no restaba otro camino que el de la negociación. Si el frente se mantenía unido y se ampliaba, se negociaría con mayor éxito; si éste se quebraba, la negociación resultaría negativa para la coalición. En el proceso de las negociaciones el éxito o el fracaso dependía de la cohesión y extensión del frente. Por eso nos equivocábamos cuando mirábamos despectivamente a Frondizi visitando a Palacios y en tratativas con otros dirigentes de la oposición e, inclusive, del continuismo, como lo vieron también los jóvenes "tremendistas" de la UCRI que, con la fuerza de un coatí, querían enfrentar a un rinoceronte. Para ampliar ese frente y consolidarlo se promovieron las leyes de amnistía, anulación del decreto 4161, derogación de la ley 4144 y sanción de la de Asociaciones Profesionales. La mayoría de esas leyes tenían un sentido democrático y social que beneficiaba a los trabajadores en particular y al Movimiento en general. Rodear activamente al gobierno y respaldarlo en su lucha por ampliar y cohesionar el frente era contrarrestar en gran parte el poder militar que no se había desarmado. De febrero a mayo de 1958 lo habíamos conseguido; de mayo a setiembre lo mantuvimos a medias. Pero a partir de noviembre, para culminar en enero, la conducción se nos escapó de las manos. El frente del 23 de febrero saltó hecho pedazos. El camino hacia la hegemonía desembizada del gorilismo se había vuelto a abrir.

### DE LA HUELGA PROVOCATIVA A LA INSURRECCIONAL.

La huelga médica, que comenzó en la Mutual de UTA el 15 de junio y terminó el 11 de setiembre cuando las "62", luego de 70 días de tira y afloja, reincorporó a los cesantes, fue el primer sacudón que estremeció al frente. La arbitrarie-

dad de dos provocadores, Jaime y Silvino, de la Mutual tranviaria, había llevado a los trabajadores a un callejón sin salida.

Durante esos 70 días, en que la negociación buscaba consolidar el basamento de las fuerzas populares para restarle a la reacción fracciones de poder, la huelga médica era como ácido corrosivo derramado sobre una superficie metálica: todo lo carcomía.

Al paro decretado por los médicos de la Mutual de UTA en solidaridad con el Dr. Dios, se sumó el de todos los médicos del país, que hasta clausuraron los consultorios particulares. Al proyecto del Dr. Noblía de reincorporar a los médicos de los hospitales municipales y nacionales cesanteados por razones meramente políticas, la reacción respondió, al amparo de la huelga médica, transfiriendo esa iniciativa al ámbito caldeado de la medida de fuerza. Peronismo y antiperonismo excluían todo otro valor en el ámbito de la liza. La antinomia que dividía falsamente a los argentinos, para que de ellos se sirviera impunemente la reacción, recobró de inmediato toda su validez negativa. Y como ella era el antifrente, el frente resultaba batido en ese terreno específico y facilitada su derrota en todos los demás. Los escándalos en los tribunales, la solidaridad del Presidente de la Corte Suprema con los escandalosos, el confusionismo interesado que reinó durante todo ese período en los sectores dirigentes gremiales de inspiración peronista se vieron impulsados y exacerbados por la huelga médica. Esta, repetimos, fue el movimiento de provocación más extenso, eficaz y hábilmente explotado por la oligarquía y la reacción.

La huelga de los médicos daba la medida exacta de la impotencia del gobierno y su falta de poder. Y de la fragilidad de los basamentos del frente nacional del 23 de febrero. Había sido provocada —y era sostenida— por los mismos que recuperaron, por obra del gobierno constitucional, la dirección y el control de sus organizaciones mediante el decreto que el 27 de mayo levantó las intervenciones a las seis federaciones que, desde octubre de 1957, habían sido intervenidas. Y la demostración de esa impotencia y esa falta de poder actuó de elemento emulativo para que todas las aventuras parecieran

factibles a los aventureros. La huelga de Correos se enancó en la de médicos y el paro ferroviario de 24 horas decretado el 15 de agosto lo imitó. Jaqueado desde todos los frentes, el gobierno constitucional daba la impresión de un barco a la deriva. Y el mismo día que enviaba al Congreso el proyecto de ley sobre nacionalización de las fuentes energéticas —que restaba todo argumento a los mistificadores de la defensa de las riquezas nacionales—, el Jefe de Policía, que asistía a una reunión de oficiales de esa institución en la sede de la Policía Montada, era abucheado por sus subordinados, al mismo tiempo que el personal de la policía de Córdoba realizaba un paro en toda la provincia, imitado por sus colegas de Salta.

El anuncio del proyecto del Poder Ejecutivo de implantar la libertad de enseñanza, proyecto audaz y casi suicida en aquel ambiente de enfrentamientos, caos, disolución y control de la mayoría de los centros nerviosos por parte de la reacción y el gorilismo, fue como encender una fogata junto a un gran barril de pólvora. El 2 y el 3 de setiembre comenzaban las manifestaciones callejeras al mismo tiempo que la Federación de la Industria de la Carne declaraba la huelga general a raíz de despidos dispuestos en "La Blanca". El 4 el estudiantado gana la calle, choca con la policía y sigue al Dr. Risieri Frondizi, que encabezaba las manifestaciones, hasta el patio de la Facultad de Ciencias Exactas, donde el rector izquierdista, llevado al rectorado por la "libertadora", pronuncia un discurso incendiario. Al día siguiente los estudiantes apedreaban el Congreso y los establecimientos religiosos y el 8, en la Universidad de La Plata, se proclama el estado de huelga, declarándose en la misma fecha el Consejo Superior de la Universidad contrario a la reglamentación del artículo 28. El 10 había una concentración general para sostener la enseñanza laica en la plaza del Congreso. Allí estaban todos los extremismos reunidos en derredor de la provocación, repitiendo el acto el 16 para culminarlo con una marcha hacia la casa de gobierno y reiterarla el 19. El 23 la FUA resuelve ocupar las universidades y las ocupa el 24, amén de las facultades e institutos secundarios, que los alumnos asaltan, encerrándose en ellos. El 26 hay choques entre estudiantes y policías con un saldo de 30 heridos. Finalmente los guardacárceles, para no quedar

detrás del estudiantado, lo imitan. Se sublevan y ocupan la cárcel de Villa Devoto.

Durante esos mismos días, del 1 al 30 de setiembre, otros hechos completan el panorama. Se produce una crisis en Aeronáutica a raíz de una resolución que reincorporaba al servicio activo al comodoro Krause, renunciando el comodoro Huerta, Secretario del Arma. El general Aramburu pronuncia un discurso en el que exige al gobierno "*definiciones en materia económica, política y social, con hombres de clara militancia republicana y democrática*". Es decir, pide la renuncia de Frigerio. Una huelga general de Correos paraliza una serie de actividades económicas. El Senado sanciona la ley del 82 y el 75 % en jubilaciones y pensiones, respectivamente. Y el Concejo Deliberante, súbitamente transformado en fuerza guerrillera de la provocación, resuelve tomar la CADE. El 11, el Intendente, acompañado por los concejales de la oposición, intenta cumplir la resolución. La guerra sicológica, la agitación llevada al paroxismo, la antinomia revitalizada en todas sus partes, nos llevaba a todos a la locura. Hasta que el 14 de enero se pasó de las huelgas provocativas a la insurreccional, revolucionaria, que, el 19, provocó el rompimiento definitivo del frente del 23 de febrero y, a consecuencia de ello, la más grave derrota de los trabajadores desde 1955 y la ilegalización progresiva del peronismo.

Y en ese ambiente —huelgas, manifestaciones callejeras, barricadas en el centro, choques y subversión por doquier—, la Secretaría de Asuntos Económicos y Sociales maniobraba para romper, mediante los primeros contratos, el frente monolítico del "pool" petrolero internacional y negociaba con el Fondo Monetario. Para lo primero, dado que los centros financieros internacionales negaban obstinadamente fondos para ese fin, recurrió al capital y a la iniciativa privados, manteniendo a través de Y.P.F. el control efectivo sobre la explotación y la comercialización del producto. Y lo hizo en las condiciones más adversas, en las circunstancias más dramáticas, corriendo contra el reloj una carrera obstaculizada por la crítica más despiadada, la agitación más perturbadora

y la intransigencia política y social más cerril y obstinada de todos los tiempos.

Para lo segundo, para obtener del Fondo Monetario Internacional los recursos necesarios e imprescindibles para que el país estuviera abastecido durante los meses siguientes de los combustibles y las materias primas de importación suficientes para no verse paralizado, hubo de librar batallas más violentas aún. Y a medida que el frente se iba desarticulando por la incomprensión y el sectarismo de nuestra dirección política y gremial, el sector más consecuentemente nacional y popular en el seno del gobierno iba cediendo terreno ante el sector reaccionario. Los burócratas nuestros, con los burócratas del Fondo, tomaron la dirección de las negociaciones. El 10 de noviembre Frigerio renunciaba, Frondizi pronunciaba un extemporáneo discurso agorilado y se abría una ancha brecha en el gobierno. Por ella iba a penetrar, con su alegre irresponsabilidad, el ingeniero Alsogaray.

Frondizi y Frigerio habían ido sentando las bases de la transformación económica del país en medio de una "gata parida" indescriptible. Golpeados desde un lado por la ola de las presiones militares; azotados desde el otro por la avalancha de las reivindicaciones obreras. La reacción y la incomprensión convergían hacia el mismo fin; aquella colocando la bomba; ésta haciéndola explotar. La Unión Tranviaria expulsaba al Dr. Dios y la oligarquía, súbitamente sensibilizada a los derechos sociales, promovía la huelga médica. A ésta se unían los jueces, luego los ferroviarios, después las "62" y los amarillos. El izquierdismo, que tenía los ojos puestos en Moscú pero los oídos sintonizados en Londres, ganaba la calle con la bandera de la "defensa del petróleo", del laicismo en la enseñanza, del "antiimperialismo" como motor de la lucha generalizada contra la Cade, Ansec, Bemberg. La prensa exhibía y alentaba el caos, y silenciaba y ocultaba las realizaciones. Esos meses fueron de una formalidad desastrosa y de las más trascendentes e irreversibles realizaciones. Sólo en "La Nación", un domingo, Joseph Newmann descorrió la punta del velo. Tras el caos prefabricado estaban los monopolios, el "pool", los intereses

agroimportadores, la embajada de Su Majestad, la reacción interna e internacional confabuladas, unidas, determinadas a todos los extremos para impedir la marcha del proceso de liberación nacional.

Habían transcurrido seis meses y 10 días desde el 1º de Mayo. Como tiempo era poco, pero valía por años.

## CAPÍTULO VII

### LA DERROTA DE LA DELEGACION

**E**L 1º de octubre el Senado había aprobado la ley de la Enseñanza Libre. Pero los extremismos, manejados por la reacción para introducir un nuevo factor de enfrentamiento y división en el seno del pueblo, no habían agotado su empuje en las batallas libradas hasta entonces. Movilizadas en el frente del petróleo, rompiéndose los dientes contra los contratos, derechas e izquierdas se reagrupaban lanzándose agresivamente contra el proyecto de ley que quebrantaba el monopolio estatal en materia de enseñanza, ampliaba la perspectiva educacional y revalidaba, en la práctica, la disposición constitucional que facultaba a todos los ciudadanos a enseñar y aprender. La libertad de enseñanza, que es una conquista democrática como cualquier otra de ellas, había sido transformada por el sectarismo de unos y la técnica divisionista de la reacción en una suerte de opción entre dos monopolios. El monopolio laico y el monopolio confesional. No importaba que la ley proyectada fuera de "libertad de enseñanza", es decir, que laicos y no laicos tuvieran sus respectivas universidades y que acudieran a la de su preferencia donde, por otra parte, ni la tabla de logaritmos ni las reglas del cálculo infinitesimal, las nociones de derecho o las prácticas de laboratorio se iban a diferenciar. Se trataba

en síntesis de facultar a las organizaciones privadas, como están facultadas en todo el mundo, a crear universidades, multiplicando los centros de enseñanza. Los extremismos, siempre dispuestos a caer en la trampa antinacional, cuando no a armarla directamente, se encargaron de crear el apasionamiento necesario para excluir a la razón del problema. El clima del 11 y 12 de junio de 1955 recobró en aquellos días toda su vigencia. El 2 de octubre, en Tucumán, chocó la policía con los estudiantes, arrojando un saldo de 11 heridos. El 6, mientras en Rosario los disturbios causaban 12 heridos graves, en Buenos Aires estallaba una bomba en el Colegio del Salvador.

Pero hasta entonces, en materia de petróleo y de enseñanza, los extremismos no habían logrado comprometer al Movimiento. Si un sector de SUPE se había manifestado contra los contratos, los dirigentes peronistas del gremio, con Gomís a la cabeza, los habían defendido en el acto realizado en la sede de los Vitivinícolas, a mediados de setiembre. El sector mayoritario popular se mantenía a la expectativa. En materia de petróleo, esperábamos que "se abriera el paquete"; en materia educacional coincidíamos, en masa, con el proyecto estatal, no sólo porque habíamos analizado el proyecto, sino porque encabezaban la lucha contra él los capitostes universitarios que habían llegado a la dirección de los centros de enseñanza por la misma vía y los mismos métodos que los dirigentes gremiales amarillos y extremistas: el asalto. Ninguno de ellos había protestado cuando los profesores peronistas —entre los que sin duda hubo chantapufis, pero en los que prevaleció una mayoría de profesionales dignos, que honraban las universidades— fueron despojados de las cátedras que ganaron por concurso, como si fueran marmitones. Si el peronismo cometió estropicios en materia educacional, la "libertadora" los reivindicó con los suyos.

En los primeros días de octubre, promovimos una reunión de la Delegación Nacional al solo efecto de debatir a fondo el proyecto de ley de Enseñanza Libre. Nos urgía producir una definición en la materia porque sabíamos que los trotskistas, que gravitaban sobre los representantes de los gremios menores en la Mesa de las "62", se habían movi-

lizado para lanzar al peronismo a la calle y comprometerlo en las manifestaciones extremistas. Esa representación de gremios menores estaba capitaneada por Olmos, que integraba la Delegación y que, como esperábamos, sostuvo en la reunión la tesis de que el peronismo participara en los movimientos de masas proyectados para el 10 y el 11 de octubre mediante la declaración de una huelga general para esa fecha por parte del sector gremial.

Nosotros nos opusimos, analizamos el problema en todas sus facetas y el debate se prolongó, a veces agrio, a veces comprensivo, durante varias horas. Ellos insistían. A la postre no hubo más salida que someterlo a votación, y nuestra tesis de apoyar el proyecto de reforma y oponernos a los laicos triunfó por un voto. Eramos once y hubo seis votos a favor y cinco en contra. Quien desempató fue la señorita Macri, que representaba al sector femenino. Pero Olmos tenía aún la instancia de la Mesa de las "62" y allí fuimos derrotados. Días después de haberse dado a publicidad el comunicado de la Delegación, comprometiendo el apoyo del Movimiento a la enseñanza libre, la Mesa de las "62" reunía el plenario a pretexto de recordar el 17 de Octubre con una huelga general de 24 horas y, de contrabando, le arrancaba la autorización para declarar otra huelga general el día 10 en "protesta por la desidia del gobierno ante los reclamos obreros".

En conocimiento de la maniobra, acudimos a la sede de la Unión Obrera Metalúrgica, donde se realizaba el plenario. El objetivo era participar en él y denunciar la maniobra confusionista que nos llevaba a remolque del trotskismo, la FUA, el socialismo, los amarillos y cuantos servían consciente e inconscientemente a la reacción y al divisionismo. Pero la Mesa, que nos recibió, alegó que el plenario ya había tomado decisiones y que no se podía volver sobre las mismas porque se había retirado la mayoría de los asistentes. Esa misma noche, y allí mismo, percibimos que la maniobra iba más allá de lo previsto por nosotros. El plenario había sido "empaquetado" porque lo que se votó, según el acta, era la huelga general del día 10, dejándose la del 17 sujeta a un nuevo plenario que se reuniría el 14.

El trotskismo, a través de Olmos, había impuesto su programa. Que era el de llevar al Movimiento a la huelga del 10, poniéndolo a remolque del izquierdismo y, al mismo tiempo, invalidarlo para la huelga del 17, en la que ellos serían llevados porque sólo la fecha le daba contenido caracterizadamente nuestro. Al conocer los detalles, volvimos a discutir con la Mesa. Le advertimos que la huelga del 10 era "una huelga contra todas nuestras reivindicaciones, incluyéndose la ley de Asociaciones Profesionales, dirigida por los sectores de la oposición que mantenían esa actitud porque el gobierno no era todo lo antiperonista que ellos deseaban". Que transferir el movimiento de fuerza al día 17 era darle un contenido indudable y específicamente peronista. Que estando el paro de esa fecha sujeto a un nuevo plenario, era evidente que no se realizaría. Pero todo fue en vano. La trenza había consumado el hecho. Me parece verlo todavía a Picione llorando a moco tendido para refrendar con sus lágrimas el juramento de que el 17 no se movería un alfiler en todo el país. Pero la huelga del 17, como lo habíamos previsto, no se realizó. La Mesa la transfirió para mejor fecha. Había agotado, al servicio del extremismo, que servía a la reacción, toda su combatividad.

Me detengo en este episodio, en sí mismo sin importancia, puesto que la base no respondió al llamado de los dirigentes y la medida de fuerza hubiera pasado desapercibida si los extremismos confabulados no le hubieran dado dramáticas características en el sector que limitan las calles Azcuénaga y Callao, por un lado, y Rivadavia y Córdoba, por el otro, porque demostró la debilidad de la Delegación como organismo conductor y dio principio al nacimiento del Consejo Coordinador y Supervisor, creado inicialmente por Perón para que se hiciera cargo de la reorganización de las tres ramas del Movimiento, liberando a la Delegación de esa tarea, más espinosa que bosque de captus, a los efectos de eximirla de otra función que la de conducir políticamente.

El 9 recibí un cable llamándome, y el 12 estaba en Ciudad Trujillo. Perón se mostró preocupado por la situación y sumamente pesimista respecto a las posibilidades que tenía

Fronzizi de capear el temporal que se avecinaba. El Comando Adelantado le había informado minuciosamente de los graves disturbios del día 10 en la zona antes referida. Entre Azcuénaga, Callao, Rivadavia y Córdoba el extremismo campeó por sus fueros todo el día, levantó barricadas, volcó omnibus y colectivos y transformó ese bloque de 80 manzanas en una especie de república anárquica y descontrolada. Pero no le advertía que en esa república caótica dominaban la FUA, el socialismo, el trotskismo, los comunistas, y que la masa peronista ni pinchaba ni cortaba en ella. Por el contrario, la daba como protagonista de los hechos, asignándole a éstos la condición de "preparatorios para las grandes manifestaciones del 17".

Aclaré la falsedad; era facilísimo hacerlo. Los millares de panfletos distribuidos en la zona de los disturbios no dejaban lugar a dudas sobre los verdaderos objetivos de los actores y dirigentes de la provocación. En ellos, en todos sin excepción, se unían las consignas de lucha contra los contratos petroleros y contra la ley de enseñanza libre a la lucha contra la ley de Asociaciones Profesionales, denunciándola como "ley fascista". Este hecho, característico y definitorio del "empaquetamiento" de la Mesa de las "62" por la izquierda y de su servidumbre a la maniobra antiobrera disfrazada tras la maniobra antigubernamental, se repitió una vez más cuando la huelga del petróleo. Entonces también la burocracia de Y.P.F. y el extremismo unieron la lucha "por la defensa del petróleo" a la campaña por la *anulación de la ley de Asociaciones Profesionales*, que no es una una ley pro-peronista sino en la medida que el peronismo sea mayoría en los gremios, porque ella posibilita el restablecimiento de la democracia sindical con el pleno imperio de las mayorías, ejercido a través de elecciones. Esa ley no impone la democracia, ni la coarta, sino que la garantiza. Ni afecta la independencia sindical, puesto que la independencia del movimiento obrero se conquista y se consagra a través de la acción práctica diaria del mismo movimiento. La independencia del movimiento obrero y la democracia interna que debe primar en él, dependen exclusivamente de la fuerza y de la orientación política del movimiento sindical. No depende de leyes.

No. La huelga del 10 de octubre dispuesta por las "62" no había sido determinada por las reivindicaciones peronistas, ni controlada por sus dirigentes gremiales, ni dirigida a apoyar postulados de reivindicación social mayoritaria. Había sido concebida y ejecutada por los asaltantes de las direcciones sindicales, por los "demócratas" de las minorías en el movimiento obrero, por los pillastres a quienes la normalización sindical barrería de las direcciones gremiales. Éstos, al unir la anulación de la ley que garantizaba la democracia sindical a la anulación de los contratos petroleros, que garantizarían el autoabastecimiento en materia energética, y a la ofensiva contra la ley de enseñanza libre que la Constitución reconocía, se desenmascaraban como instrumentos de la reacción y el imperialismo, unciéndose a sus objetivos económicos, sociales y culturales. Con un nudo de compromisos inconfesables, el trotskismo había atado la Mesa de las "62" a ese conglomerado de negaciones. Y la huelga del 17, que el general esperaba como una demostración de la vitalidad del Movimiento, no se iba a realizar.

Él no lo creyó así. Confiaba en la capacidad de reacción positiva de la dirección gremial. Me dijo que le parecía que yo carecía de confianza en la pasión peronista de los trabajadores. Que estaba "demasiado politizado" y que el 17 iba a enmendar mi error. Yo sostenía que no era un problema de convicción personal ni caprichosa, sino que la experiencia mostraba que dos huelgas generales, separadas por seis días la una de la otra, y máxime estando la segunda sujeta a un plenario, eran impracticables. Que el antiperonismo aprovecharía hasta sus últimas consecuencias la primera y que cuanto más lograra aprovecharla, más difícil se tornarían las condiciones generales para realizar la segunda. El 15 por la mañana llegó un cable anunciando que el plenario de las "62" había resuelto postergar la huelga del 17. Picione había derramado al cohete un torrente de lágrimas.

Cuando me llamó a media mañana, el general estaba visiblemente irritado. Por vía aérea había recibido un ejemplar de "El Soberano" —un periódico que editaba Campos, que luego fue su correo—, en el que Gobelo ponía la sal y la pimienta de sus aguafuertes, parecidos a aquel retrato de Do-

rian Gray con el que Wilde mostró la deformación de la realidad mientras la formalidad permanecía inmutable. En la primera página del periódico había una fotografía de Perón y una exhortación al Movimiento, de puño y letra de él, incitándolo a ganar la calle. El Comando Adelantado, Olmos y los trotskistas lo habían usado para, en su nombre, marchar a remolque de la huelga organizada por la reacción para anular la conquista más trascendente del gremialismo peronista y no peronista.

### *EL CONSEJO COORDINADOR Y SUPERVISOR*

La tarde del 18 salía de Ciudad Trujillo. Esa mañana mantuvimos una larga conversación con respecto a la creación del Consejo Coordinador y Supervisor que el general estaba decidido a llevar a la práctica, de acuerdo a la táctica que invariablemente practicó de no confiar autoridad a un solo organismo sino a dos. Pero "in pecto", aleccionado por el fracaso de la huelga del 17 y la evidencia de la mistificación de los informes producidos por el Comando Adelantado, otorgaba al Consejo la condición inicial de sustituto de ese Comando. Exigió que Cooke regresara al país y se integrara a la Delegación y que ésta transfiriera al Coordinador —cuya integración él dispondría a la brevedad— todas las tareas de reorganización.

La experiencia había demostrado a la Delegación que el partido peronista Masculino y Femenino resultaban inorgani-zables. Las bases de los dos permanecían incommoviblemente leales al general, pero rechazaban todo principio de autoridad y disciplina que no emanara directamente de él. En la resistencia, la autosuficiencia de los grupos era inmutable. Los unos excluían a los otros como si se tratara de sus peores enemigos. Cada sector exhibía una carta de Perón y fundaba en ella su derecho a dirigir a los demás o, por lo menos, a no ser dirigido por otros. Traverssi, un muchacho de la juventud que tenía un grupo de ocho a diez activistas, en el que pontificaba un hermano suyo apodado "el Alemán", esmirriado y áspero como una pasa de uva andante, exhibía una carta del general tan

deshilachada a fuerza de sacarla y volverla a meter en el bolsillo que resultaba ininteligible. Pero él la exhibía como pudo exhibir Cabeza de Vaca su carta de Adelantado. Poner de acuerdo a los sectores de cada rama era encerrarse en un manicomio y terminar tan absolutamente loco como los internados en él. En las condiciones del Movimiento en aquella época, la única vía organizativa pasaba por la digitación.

Cuando Perón designó los miembros del Consejo ardió Troya. Las "62" se negaban a participar en él con los viejos burócratas resucitados; la "resistencia" los boicoteó violentamente; el puñado de mujeres que seguía a la Eguren y que negaban toda representación a la Parodi se movilizaron en una campaña tan estridente como agresiva. Una tarde de noviembre en que el Consejo Coordinador y Supervisor acudió en corporación al local de la Delegación, en la calle Azcuénaga, para delimitar funciones y evitar rozamientos, cundió la noticia y una hora después toda la planta baja estaba ocupada por hombres y mujeres vociferantes, reunidos para agredir a Constantino Barros, ahorcar a la Parodi y descalabrar a Aloé. Las mujeres, que habían ocupado la escalera y resistían a todos nuestros pedidos de que abandonaran el local y dejaran salir a los componentes del Consejo, eran las más exaltadas. Logramos, a costa de mil esfuerzos, hacer salir a Delia Parodi por los fondos y a algunos más. Pero cuando ya al atardecer Barros y Aloé bajaban la escalera, fueron agredidos a cartera por varias de ellas.

### *FIN DE AÑO AGITADO*

Noviembre y diciembre fueron meses de pronunciada agitación social. La Mesa de las "62" había caído prácticamente bajo la dirección de los grupos influenciados por el trotskismo. Cooke había regresado al país instalándose en el sexto piso de la calle Santa Fe, casi destruido por la bomba que hirió gravemente al Dr. Figuerola. Desde allí, para disputar al Consejo la dirección del Movimiento, se transformó en el instrumento incondicional de todos los sectarismos. La Delegación agonizaba. Los esfuerzos organizativos del Consejo caían

en el vacío. La lucha de grupos y sectores se hacía progresivamente áspera. El antiperonismo, a través de los grupos de provocación consciente e inconsciente, no sólo iba fraccionando el frente del 23 de febrero que a mediados de enero se quebraría definitivamente, sino que lograba alcanzar con su acción disgregadora al peronismo en sí mismo. La huelga petrolera iniciada en Mendoza, cuya solución equitativa los grupos de presión obligaron a Frondizi a rechazar, provocando la renuncia de Frigerio, terminó apenas esos grupos alcanzaron el objetivo de separar del gobierno al Secretario de Asuntos Económicos y Sociales. Pero antes se decretó el estado de sitio, las "62" anunciaban un paro general de 48 horas, las detenciones se sucedían y el vicepresidente Gómez planteaba al ministro Vítolo la necesidad de llegar a constituir un gobierno de coalición nacional. La reacción jugaba su carta mayor en el intento de liquidar, junto con Frigerio, a todo el sector del gobierno que se mantenía fiel y firmemente consecuente con el plan de desarrollo económico y expansión. El proyectado gobierno de coalición, del que Alejandro Gómez se hacía portavoz, era el instrumento de la contracción y del prevalecimiento de los intereses agroimportadores sobre el desarrollo. Pero Frondizi no cedió. El 15 las "62" suspendieron el paro decretado para el 20, el 16 la Junta Directiva de SUPE levantó la huelga, el 17, en Mendoza, los petroleros volvieron al trabajo, se reanudó el servicio de transportes locales y el 18 Gómez, colgado de un hilo de la araña reaccionaria, renunciaba después de haber sido expulsado del seno de la UCRI.

Pero al fallarle el as de espadas, la reacción jugó el as de bastos en el truco cabrero de la política social. Scipione, que se había quedado con la dirección del gremio ferroviario pese a que la mayoría de la XXX Asamblea lo repudió y le ganó la dirección, lanzó al gremio a la huelga el 24. El 27 el Poder Ejecutivo movilizaba a los ferroviarios y el 1º de diciembre los tribunales militares comenzaban a juzgar a los trabajadores del riel. El enfrentamiento entre la clase obrera y el gobierno daba otro paso adelante. La medida de fuerza decretada por una dirección que no representaba ni representa a los trabajadores había dado los resultados que se esperaban de ella.

La Comisión Directiva de la Unión Ferroviaria levantó el paro el día 3. Pero las "62", el día 4, resuelven realizar un paro general el 11 y 12 de diciembre, con la oposición de Gastronómicos, Vitivinícolas, la Construcción y UTA, para levantarlo cinco días después, lograda la agitación que se proponían. A la agitación gremial se suma la patronal. ACIEL declaró el 19 el estado de alerta de las organizaciones empresarias en todo el país como advertencia por los procedimientos de la comisión del agio dirigida por López Serrot. Sobre el panorama nacional, progresiva y ostensivamente deteriorado, se iban dibujando, como islotes que emergían entre brumas amenazadoras, las iniciativas "paralelas". El 28 de noviembre se firmaba el convenio con las empresas del grupo Ansec, el 4 de diciembre el Senado aprobaba la ley de radicación de capitales extranjeros, el 11 se llegaba a un acuerdo con el grupo Bemberg y el 29 Frondizi se dirigía al país para exponerle los delineamientos del plan de estabilización y desarrollo.

La intentona de tomar la guardia del Regimiento 6 de Caballería, de Concordia, por un puñado de "duros" del peronismo, pasó desapercibida. La ofensiva terrorista a partir de enero, en la que cooperaron y rivalizaron los gorilas del antiperonismo y los del peronismo, iría in crescendo hasta la intervención a Córdoba y la implantación del Conintes con todas sus consecuencias. A través de ella el frente del 23 de febrero, ya quebrantado en aquel enero, se disgregaría definitivamente.

### *ALSOGARAY, AUTOCANDIDATO A INTEGRAR EL "EQUIPO PARALELO"*

La renuncia de Frigerio no había disminuído la presión de los sectores golpistas, "tremendistas", reaccionarios, extremistas y terroristas. Su presencia en Olivos, como "asesor presidencial", exasperaba más a la reacción que su permanencia en la Secretaría de Asuntos Económicos y Sociales. La ofensiva general de todos los instrumentos de las fuerzas empeñadas en mantener el "statu quo" del subdesarrollo, embistiendo contra la reestructuración de la economía, la creación de condiciones

mínimas de legalidad como bien común y paz, adoptó la forma del “antifrigerismo”. En él se comprometió a los sectores ejecutivos del peronismo gremial y político, en tácita complicidad con sus enemigos irreconciliables del gorilismo militante, el golpismo desembozado, el socialismo que repudiaba la leche de clemencia y el trotskismo enquistado en la Mesa de las “62”. Los comunistas centraron sobre el “frigerismo” todos los fuegos fatuos de sus teóricos. Los radicales del Pueblo, desde las bancas del Congreso, se constituían en los altavoces de ese turbio mosaico de frustraciones. Grupos aislados de la UCRI y un sector de su burocracia, incapaces de reconocerse como representación gubernamental de fuerzas políticas y sociales que rebasaban en mucho su contenido apenas partidario, se unieron al coro. Un puñado de “furibundos” de la juventud ucrista —una juventud que se iba quedando calva en el izquierdismo literario y se iba tornando adiposa en los escalones de la burocracia estatal—, sumaba su intermitente vociferación a la algazara de esa torre de Babel. La lucha contra el “frigerismo” fue su común denominador.

¿Qué era el “frigerismo”? Si lo analizábamos considerando su actividad práctica pre y post-electoral y la energía con que defendía los intereses del pueblo y del país elaborando la doctrina de la autodeterminación nacional y fundándola sobre premisas objetivas, ciertas y comprobables, comprendíamos el odio que le demostraba la reacción, el temor de los servidores de la oligarquía y la indisfrazada suspicacia de las centrales ejecutivas del imperialismo. Significaba superar la falsedad de la antinomia que dividía a la comunidad en peronistas y antiperonistas, atribuyendo todos los pecados a los primeros y todas las virtudes a los segundos. En esa materia, era el específico, el antídoto contra el veneno gorila que concebía la pacificación nacional como culminación de un proceso en el que el 50 % de la población aniquilara físicamente al otro 50 %. Era la fuente que alimentó la diferenciación en el seno del radicalismo, armando a la UCRI con la teoría y la práctica que la capacitó para transformarse, de partido que sólo expresaba un matiz de la esperanzada angustia ciudadana, en eje y pivote de la resurrección nacional y de la polarización de las fuerzas políticas y sociales capaces de impulsarla. Era

el abanderado de una concepción económica que, sumada a la sensibilidad social del peronismo, sustentando la justicia distributiva sobre basamentos científicos en vez de hacerlo sobre concepciones paternalistas, abría a esa justicia social caminos de perennidad y perfectibilidad ascendente. Era el pacto, que aventaba el fantasma de la guerra civil; el reencuentro de todos los grupos y sectores sociales que integraban la Nación para vivir en paz, labrar su propio bienestar y forjar todos juntos su grandeza. Era el desarrollo de las riquezas potenciales para que sus bienes se derramaran sobre todos los argentinos, fortaleciendo su libertad y perfeccionando su democracia. Era la teoría y la práctica de la autodeterminación nacional, la unidad interna basada en el respeto a la voluntad de sus mayorías, la cooperación con todos los pueblos en el ámbito de la no ingerencia y el respeto mutuo. La soberanía irrestricta en un mundo progresivamente interdependiente que o proscribía para siempre la guerra y la violencia o se calcinaría hasta los tuétanos en ella. Era la instancia en que los intereses generales prevalecen sobre los particulares, el derecho sobre el privilegio y el pueblo sobre las minorías que lo explotan. De ahí que la reacción interna e internacional identificara en el "frigerismo" al enemigo por excelencia. Y lo combatiera con la saña y con la voluntad de aniquilamiento de las acciones decisivas. A la bomba arrojada contra la casa de Frigerio de la Avenida de los Incas, el 21 de enero, se iban a sumar la injuria, la calumnia, la diatriba más soez, las acusaciones más irresponsables y reiteradas y, una vez derrocado Frondizi, la imposición de optar entre la permanencia en el país al alcance de todos los vejámenes, la cárcel o la expatriación.

Entre los más asiduos visitantes de la casa de la Avenida de los Incas, desde antes del estallido de la bomba y después de ella hasta mediados de junio, cuando se hizo cargo de los Ministerios de Economía y de Trabajo y Seguridad Social, estaba el ingeniero Alvaro Alsogaray. Iba generalmente por la mañana, antes que Frigerio se trasladara a Olivos a trabajar con Frondizi desde que renunció a la Secretaría de Asuntos Económicos y Sociales. Y cuando Frigerio, que recibía otras visitas, tardaba en atenderlo, se entretenía con Alejandro, un cebollita de cuatro años que, al verlo tan seguido y pa-

cientemente en la salita, le preguntaba curioso: “¿Y vos, quién sos?” “Yo soy Alsogaray, ¿y vos cómo te llamas?” “Alejandrino”. Era el tiempo en que Alsogaray “juntaba orines” para ingresar al equipo paralelo.

En esas entrevistas se discutía, invariablemente, el plan de desarrollo puesto en marcha. Y jamás Alsogaray mostró la menor discrepancia con él. La perspectiva del autoabastecimiento de petróleo, las radicaciones de empresa o capitales para la petroquímica, la química pesada y la construcción de caminos, despertaban en él un entusiasmo contagioso y constructivo. Todo ello estaba planeado en detalle y la única aspiración del Ing. Alsogaray al margen de ese plan era la de incluir en él el de la vivienda, pero en el rubro de las prioridades. En este aspecto de la cuestión no había acuerdo. Las prioridades eran rígidas, so pena de invertir esfuerzos y medios en sectores no reproductivos, aunque necesarios y profundamente apetecidos por la mayoría. Plan de viviendas, sí; pero sin prioridad. Alsogaray terminaba por concordar, considerando que la prioridad, para él, era llegar al Ministerio a través del “paralelismo”. Frondizi se resistía tozudamente a incorporarlo al gobierno; pero en materia de tozudez su asesor no se quedaba a la zaga. Finalmente, el 24 de junio Frondizi ofreció el Ministerio de Economía y el interinato en el de Trabajo al Ing. Alsogaray.

Frigerio consideraba que, con el nombramiento de Alsogaray, Frondizi contribuiría a amenguar las graves tensiones militares y políticas que insumían los días y las noches del Presidente de la Nación y su asesor. La ofensiva reaccionaria, en aquellos días, operaba sobre las Fuerzas Armadas con todos los elementos de la guerra psicológica. Nada más ilustrativo que releer los diarios de la fecha para hacerse un cuadro de la maniobra envolvente con que se amenazaba la estabilidad institucional. Tomemos, por ejemplo, junio. El día primero de ese mes estalló un petardo en Radio El Mundo; el 3 el Ministro del Interior denunció la existencia de un plan para alterar el orden, acusando a peronistas y comunistas de prepararse para ejecutarlo. El mismo día fueron detenidos los dirigentes de la Asociación Bancaria que habían declarado una huelga por tiempo indeterminado y la ciudad era patrullada

por fuerzas del Ejército, la Marina y la Policía para impedir un mitin en la Plaza del Congreso anunciado por el MUCS con antelación. El 5 se daba por resuelta la situación bancaria, pero estallaban bombas en Lanús, Avellaneda y La Plata. El 9 "Correo de la Tarde" pone su granito de arena para enervar más las tensiones militares y navales: denuncia que intentaron sobornar a su director, ofreciéndole 20 millones para que silenciara la campaña que llevaba contra Y.C.F. por el problema de las casas. Ese mismo día, en las elecciones de Catamarca triunfaba la UCRI y los del Pueblo —al día siguiente, en la Cámara— hacían prosperar la moción de que una comisión de legisladores investigara el intento de sobornar al capitán Manrique. Américo Ghioldi, asesor del gorilismo náutico, proponía una nueva "Unión Democrática" para salir de la situación.

El 12 radio Rivadavia da el campanazo: lee el texto del pacto de Caracas como si los fundamentos para la unidad de peronistas y no peronistas, que sacaba al país de la trampa mortal de la guerra civil o la dictadura, fuera un acto vergonzoso o pornográfico. De inmediato, en todos los sectores, se abrió un gigantesco debate alrededor del pacto, que obligó al general Solanas Pacheco a refirmar la posición legalista del Ejército. La diputada Baigorria se declara disidente y echa más leña a la hoguera. Entre el pacto y la denuncia de soborno por parte de "Correo de la Tarde" la prensa se suma a la agitación y la creación del clima golpista que la reacción perseguía. El 16 se anuncian relevos y designaciones en el Ejército y estalla una bomba en el Panteón Naval. El 17, jefes del Ejército piden la renuncia del Secretario del arma, general Solanas Pacheco, y la del subsecretario, coronel Raimúndez, y Villa Real es sacudida por el estallido de dos bombas que causan daños. El 18 es aceptada la renuncia del coronel Raimúndez, impuesta por los planteos de los jefes militares, y las calles están llenas del rumor de la detención de otros muchos oficiales. Las guarniciones son acuarteladas y es nombrado subsecretario el general Fraga; la guarnición de Córdoba define su posición. El 19 se afirma que la renuncia del coronel Raimúndez ha resuelto la crisis militar, pero esa noche el Ministro del Interior informa a la ciudadanía que se está tentando derrocar

al gobierno. Son detenidos jefes y oficiales y los empleados de Comercio se declaran en huelga por 24 horas.

El 21 Frondizi habla al pueblo sobre la crisis militar y el diario "Acción", de Montevideo, difunde una proclama del general Ossorio Arana. El rumor de que Frondizi ha renunciado pone gotas de miel en los labios del Dr. Palacios, pero no es más que un rumor. El 22 la efervescencia castrense aumenta: hay reunión de mandos y se disponen relevos y arrestos en la Armada. Ese mismo día el canciller habla al país, pero las versiones de renunciaciones, intervenciones y arrestos destiñen sus palabras. El 23 esas versiones se confirman: renuncian Ministros, Secretarios de Estado, secretarios de la Presidencia y los presidentes de los bancos oficiales. La crisis está en la cresta de la ola. El gobierno consulta a los partidos políticos y convoca a las fuerzas vivas, pero ni éstas ni aquéllos aceptan cooperar. El 24 la crisis seguía su curso ascendente; en el ministerio de Marina los almirantes deliberaban y en el de Aeronáutica los altos mandos los imitaban. El almirante Rojas, ese mismo día, hace declaraciones que la prensa recoge con alborozo, insistiendo en su tesis de siempre: hay que *liberar* fusilando y *democratizar* persiguiendo. Todo lo demás es literatura peronista o comunista.

Frondizi ofreció los dos ministerios a Alsogaray y el ministro del Interior parlamentó con los representantes de partidos políticos. Y como la crisis abarcaba a todo el país, el gobernador de Córdoba y el Comandante de la IV División vuelan hacia Buenos Aires. Zanichelli a conferenciar con Frondizi y el Comandante de la División a participar en el planteo que provocará la renuncia del general Solanas Pacheco y del subsecretario, general Rosendo Fraga. El 25 el gabinete es integrado. Alsogaray, casi omnipotente, tiene en sus manos la Economía y el Trabajo, dos palancas capaces de mover el mundo, pero él las va a usar para algo más sencillo que eso: para imprimir un ritmo de tortuga al proceso del desarrollo económico y poner todo el énfasis en la estabilización monetaria, obligando a Frigerio a desenmascararlo, denunciando la falacia de la estabilización sin desarrollo. El ritmo era el problema y Alsogaray lo sabía hasta la saciedad. Uno de aquellos días en que hacía antesala en la Avenida de los Incas, cam-

biando ideas con Alejandrino, Frigerio fue obligado a salir sin poder atenderlo. Lo esperaba en la puerta, en su automóvil, el Sr. José Gelbard, con quien tenía una cita pendiente. Salió con el Ing. Alsogaray y cuando iba ya a subir al auto, el ingeniero lo contuvo del brazo. "Usted me va a tener que tirar del saco para impedir que vaya tan rápidamente en el desarrollo", dijo Alsogaray. Y como no tartamudeó al afirmarlo, Frigerio se lo creyó. El 28 el Comité Nacional de la UCRI expresa su apoyo al gobierno y al día siguiente, desde Córdoba, se anuncia una febril actividad en la guarnición. Ésta auspicia el nombre del general Fraga para ocupar la Secretaría de Guerra. El general Solanas Pacheco desmiente la versión de su renuncia y dirige una carta al general Ossorio Arana, con fecha 30 de junio. Pero el 1º de julio renuncia efectivamente, con el general Fraga. El general Elbio Anaya deja la dulzura del retiro para asumir el cargo que dejó el general Solanas Pacheco.

Tal era el cuadro de la situación. Parecía pintado por un Miguel Ángel del caos y del desconcierto, con todos los colores de la disgregación más corrosiva. Pero allí estaba Alsogaray, pajarón de una economía que no volaba en invierno. El 28 de junio se asomó a la televisión y dio a luz su primera charla, esta vez con un contenido positivo: anunció el levantamiento de la movilización ferroviaria. Concitado días después a que diera su opinión sobre Frigerio, al que la presión había obligado a dejar también la asesoría presidencial, se manifestó identificado con él. Fue cuando recurrió a la imagen de la carrera de postas, en la que cada atleta recibe el bastón de quien lo precede en la lucha y prosigue disputando la misma carrera. Todavía no había integrado su equipo y no estaba dispuesto a arriesgarlo. Cuando lo consiguió se entregó en cuerpo y alma a la tarea de paralizar el proceso del desarrollo económico del país. Y consiguió su propósito: le resultó más fácil aumentar el lapso de sacrificios impuesto al pueblo que realizar su plan de viviendas. Cuando los "azules" lo defenestraron tres años después, ese plan aún estaba en veremos.

## CAPÍTULO VIII

### NUESTRAS SIETE PLAGAS

COMO el antiguo Egipto de la leyenda, el gobierno surgido del 23 de febrero, y el pueblo que representaba, soportó siete plagas, convergentes al mismo fin de impedir el desarrollo económico, imposibilitar la sujeción general a la ley y cerrar todos los caminos que conducen a la paz social: La indisciplina y la insubordinación de los altos mandos militares, la agitación política y la beligerancia social gestadas por el gorilismo "libertador" y su hermano siamés el gorilismo peronista "antilibertador", el golpismo como actividad práctica de un elenco estable escudado en la impunidad, el terrorismo y el Ing. Alsogaray. Esas cinco plagas, que fueron una constante desde enero de 1959, condujeron al 29 de marzo de 1962 y éste al Dr. Federico Pinedo, un Atila moderno bajo las ruedas de cuyo automóvil se secaron las fuentes de trabajo, creció la desocupación, y la crisis, con todas sus consecuencias, alcanzó un nivel desconocido en todo lo que va del siglo.

#### *LAS PRESIONES MILITARES*

Hacer la historia de la insubordinación de los altos mandos militares, que comenzó antes del 1º de mayo de 1958 y

que culminó el 29 de marzo de 1962, sería componer, como Ravel en su "Bolero", una serie infinita de variaciones sobre una sola frase, no precisamente musical. Jauretche, en uno de sus periódicos desahogos, decía que el pecado mortal del pacto de Caracas, amén de haber "resucitado a Perón, que estaba enterrado", consistía en que conducía inexorablemente al pacto Frondizi-Aramburu. La idea es exacta en lo que se refiere a esto último. El primer pacto, que *daba el derecho*, conducía al segundo, que *exigía la fuerza*. Resultaban, así, dos los pactos. Pero la diferencia entre ellos era esencial. El primero era el *basamento insustituible del frente nacional* capacitado para superar "quedantismo" y "continuismo". El segundo era la *obligada negociación* con los factores de poder. Porque el poder militar estaba allí para asegurar la continuidad de la "Revolución Libertadora" y no para ceder buena mente el acceso de la legalidad constitucional al gobierno. *Ese poder no era el respaldo armado de la coalición triunfante, sino su enemigo*. Sin comprender tan sencilla realidad, tan violentamente demostrada en los cuatro años del gobierno de Frondizi, la historia de ese período resulta ininteligible. Que es lo que ahora quiere la reacción, porque sólo de esa manera puede seguir alimentando la teoría de que el gobierno constitucional fracasó porque traicionó el programa del 23 de febrero y no vio en él otra cosa que un recurso electoral para alcanzar el poder y ejercerlo contra quienes se lo habían posibilitado.

Pero sin caer en el "ritornello" de Ravel, fijemos en pocas fechas las más graves crisis provocadas por la insubordinación de los mandos militares. A la salida del tedéum, el 1º de mayo, el general Labayrú desairaba en público al Presidente. Sesenta y ocho días después, el 7 de julio, Frondizi se ve en la necesidad de suspender la cena de camaradería de las Fuerzas Armadas porque en el discurso que iba a pronunciar el contraalmirante Rial el desacato era tan evidente como insultante. Desde ese momento, el Centro Naval se transforma en un desafío constante a la autoridad civil. El discurso-renuncia que pronunció Manrique en el Liceo Naval es parte de ese desafío. La Aeronáutica se suma a la gestación de la crisis militar. La resolución de incorporar al comodoro Krause al

servicio activo, el 4 de setiembre, actúa de fulminante, y la renuncia del comodoro Huerta a la Secretaría del arma no amengua la tensión. El 11 del mismo mes Aramburu exige en un discurso rodeado de la mayor publicidad que Frondizi cambie el ministerio por "hombres de clara militancia democrática y republicana". El 10 de octubre, el general Labayrú pide ser relevado de la dirección del Colegio Militar, y con la movilización de los trabajadores ferroviarios, el 27 de noviembre, los perturbadores multiplican su radio de acción. Desde el 23 de abril, con la reunión presidida por el general Solanas Pacheco en el Colegio Militar, comienzan los tira y afloja que sólo se apaciguarían con su renuncia. En ese lapso hay detención de militares, pide licencia el comandante de la IV División, general Cordes, los jefes y oficiales paracaidistas son detenidos y el almirante Rojas y el contralmirante Rial, el 21 de mayo, pronuncian violentas requisitorias incitando a la rebelión.

La difusión del pacto de Caracas promueve una serie interminable de planteos, deliberaciones y manifestaciones de los sectores armados. Los generales, días después, exigen la renuncia del coronel Raimúndez, las guarniciones se acuartelan, los jefes del acantonamiento de Córdoba toman posición, es nombrado el general Fraga subsecretario; en la Armada hay inquietud, relevos y arrestos y la crisis militar envuelve de tal manera a todo el país que el Presidente se ve en la necesidad de dirigirse al pueblo para explicarla y amainarla. Ese mismo día, en Montevideo, se publicaba una proclama del general Ossorio Arana que dio origen al rumor de la renuncia de Frondizi.

El rumor no se confirmó. Pero renunciaron bajo presión militar ministros, secretarios de Estado, de la Presidencia y los directores de los bancos oficiales. La ofensiva contra la estabilidad tomaba la forma de "depuración del gobierno de elementos integracionistas". Pero esas renunciaciones no rebajan la presión de la crisis. Almirantes, generales y brigadieres deliberan en sus respectivos ministerios y plantean a los secretarios sus exigencias. El 30 de mayo el general Solanas Pacheco informa que "no renunció", pero renuncia al día siguiente, siendo nombrado el general Anaya como sucesor. Frondizi, el

día 3 de junio, exhorta públicamente a las Fuerzas Armadas a subordinarse al poder civil y pacificarse dentro de la disciplina y la subordinación a sus mandos naturales. Pero el 12 son detenidos oficiales de la Armada por solicitar la renuncia del Ministro de Marina. El 14 el Presidente ratifica su confianza al almirante Estévez y declara que no será relevado. Pero los almirantes deliberan y cuando reciben una carta de Frondizi exhortándolos a la disciplina, responden solicitando su retiro. Hay agitación en Puerto Belgrano, hacia donde parte el Ministro el 23 de julio y, al no recibir apoyo de las bases, renuncia el 25. El 27 el contraalmirante Gaston Clement asumió el cargo. El nuevo Secretario de Marina traía en su portafolio todo el plan a desarrollar para que la antinomia se fortaleciera, la pacificación política resultara imposible y la paz social una mistificación diariamente reiterada. Y lo cumplió. Como esos médicos que no dejan la cabecera del paciente hasta el momento del entierro, estaba en Olivos aquella mañana del 29 de marzo en que Frondizi salía, preso, hacia Martín García. Estaba sereno, casi conmovido. Sobre el plan que llevó al Ministerio, casi tres años antes, un gran sello oscuro había estampado: "Misión cumplida".

El 16 de agosto el Presidente expone ante 80 jefes militares la situación del país. Dos días después, el Secretario de Ejército, general Anaya, se dirige a los mandos y exige disciplina para "oponerse al comunismo y peronismo". El brigadier Abrahin es acusado por subordinados y recibe una carta de Frondizi ratificándole su confianza. Y el 3 de setiembre, a raíz de la designación del general Castiñeiras como Comandante en Jefe del Ejército, comienza el bochornoso episodio protagonizado por el teniente general Toranzo Montero: La guarnición de Córdoba se pronuncia, son arrestados 14 generales por dirigirse antirreglamentariamente al Secretario del arma. Éste explica en Campo de Mayo el relevo de Toranzo Montero y el arresto de los generales; Toranzo Montero reasume el mando en la Escuela de Mecánica, las guarniciones del interior censuran al Secretario y apoyan a Toranzo. Una columna de tanques al mando del teniente general Alzaga parte de Campo de Mayo para reprimir a Toranzo Montero y el fantasma de la guerra civil toma cuerpo, pero a mediodía

renuncia el general Anaya, asume el general Larcher y una nueva "depuración" plantea nuevos focos de descontento en el arma.

La aplicación del Conintes, a raíz del atentado terrorista contra el domicilio del mayor Cabrera, llena de tensión las relaciones entre la justicia militar y la civil. Es en Córdoba donde hacen crisis esas relaciones. La Corte Suprema resuelve que la justicia militar devuelva a la civil los detenidos que sacó de la cárcel. El proceso asume día a día mayor gravedad. El 12 de octubre —Día de la Raza— Toranzo Montero cree llegado el momento de aprovechar la indisciplina y la insubordinación de los altos mandos de las Fuerzas Armadas para imponer al poder civil un "dictak" que recibió de prestado, de las usinas del colonialismo durante su visita a Panamá. Allí el Pentágono —que no es Estados Unidos, sino el gestor de algunos de sus problemas básicos— dictó cátedra sobre el deber que las circunstancias imponían a los mandos militares de asumir el poder si los gobiernos civiles se negaban a aceptar el papel de cómplices y fuerzas cipayas en los planes de la agresión y violencia recolonizadora. Pero pálido en la comprensión de que la guerra es la política ejercida con otros métodos, fue "planchado" por Frondizi esa misma noche. Su defenestración, sin embargo, no paralizó la progresiva hegemonía reaccionaria y gorila en los altos mandos militares. Ésta, derrotada en el enfrentamiento directo, recurrió al envolvimento. Uruguayana y Punta del Este le abrieron el ámbito de la política internacional como campo de maniobras. La defensa intransigente del principio de no ingerencia y no intervención en problemas internos de pueblos ajenos, sostenidos serena pero enérgicamente por el gobierno constitucional, unificó la acción de las fuerzas internas e internacionales agresivas contra la legalidad y la constitucionalidad. El golpe de estado del 29 de marzo, luego de un corto período de estabilidad, dio salida aparente al proceso de indisciplina e insubordinación en las Fuerzas Armadas iniciado antes de entregar el poder el 1º de mayo. La reacción de la mayoría de los jefes y oficiales en setiembre de 1962 abrió un camino, angosto, y lleno de bajadas y repechos, áspero, pero transitable para la decisión nacional y su capacidad de asimilarse a todas las

formas que la conduzcan a la convivencia pacífica y al regreso al imperio de la ley.

## LA AGITACION POLITICA Y LA BELIGERANCIA SOCIAL

Desde el mismo día que el candidato popular derrotó al continuismo el 23 de febrero, todos los partidos políticos, con excepción del peronismo y los comunistas —éstos se sumaron a la coalición opositora pocas horas después del mediodía del 1º de mayo, y aquéllos lo hicieron a partir del 20 de octubre— dedicaron toda su actividad práctica a impedir y socavar la estabilidad constitucional. La derrota del continuismo los exacerbó; tiraron por la borda como lastre incómodo todos sus principios y programas y concentraron todos sus esfuerzos en crear las condiciones requeridas para el éxito de una aventura militar que se postergó, de fracaso en fracaso, hasta el 29 de marzo de 1962. Y que, cuando triunfó, los dejó desarbolados y a la deriva. Todavía no se han repuesto del golpe.

La acción legislativa de esa oposición se redujo a obstruir. Combatió con saña y perfidia todas las iniciativas por dar a la economía nacional basamentos incommovibles, rescandándola de la presión de los intereses extra o antinacionales. Saboteó todas las premisas de pacificación y elevó a la condición de principio moral básico su servidumbre al golpismo. Movilizó al peronismo en la consolidación y la permanencia de la antinomia que lo excluía del quehacer nacional. Creó y sostuvo la teoría de una democracia sin pueblo, una libertad encadenada, una soberanía manejada desde metrópolis e intereses distantes y una fraternidad emanante de la quijada de burro con que Cain afirmó sus derechos aplastándole la cabeza a su hermano. No contribuyó en nada a superar los problemas económicos, que eran de todos; aserró sistemáticamente los basamentos de todo principio de legalidad; manióbró para enfrentar a las clases sociales y transformar los anhelos de paz en batallas interminables trabadas entre organizaciones obreras entre sí, empresarios y trabajadores, pueblo y gobierno. Invocando la moral chapuceó en la inmoralidad

de todas las "chirinadas"; reiterando su horror a la dictadura participó en todos los intentos por instaurarla y jugó el papel de Celestina en el que triunfó. Recitando viejas monsergas de justicia social, armó teórica y materialmente el brazo de la represión. No hay un solo hecho en cuatro años que quiebre la continuidad de su línea disgregadora y antinacional.

La beligerancia social iniciada ostensivamente en agosto de 1958, recrudecida en enero de 1959 y ejercida sin atenuantes desde entonces hasta que el golpe derrocó a Frondizi, encontró en la magnitud de su derrota la magnitud de su pecado de incomprensión y aventurerismo. Ella contribuyó como nadie a definir, en favor de la reacción, la lucha de concepciones y sectores en el seno del gobierno. Vio su dualidad vital en el seno del aparato estatal —sabiendo que un sector de él veía en el 23 de febrero el punto de partida para la reintegración de todo el pueblo y sus vanguardias obreras en la conducción del quehacer político social, y que el otro consideraba a los trabajadores como idiotas históricamente destinados a agotarse en su servicio— y cooperó con éstos contra aquéllos. Hizo huelgas contra la creación de nuevas fuentes de trabajo, se definió contra la explotación de las riquezas colectivas y el objetivo de transformarlas en bienes alcanzables para todos, conspiró contra la legalidad que lo legalizaba y cuando alcanzó sus objetivos —que no eran suyos, sino de sus enemigos— fue dejada a un lado, postergada y envilecida como hace siempre la reacción con sus lacayos cuando llega la hora de repartirse el botín. Violencia, desocupación, miseria, negación de derechos es toda su cosecha.

## *EL GOLPISMO*

El reacoplamiento de "quedantismo" y "continuismo", a raíz de la derrota de este último en las elecciones del 23 de febrero, produjo un hijo putativo que, como acontece en ciertos mestizajes, capitaliza lo específicamente negativo de ambos troncos. El golpismo fue ese híbrido antinacional. Concitó un "elenco estable" mitad trágico, como los personajes de Eurí-

pides, y mitad cómico, como los de César Bruto o Muñoz Seca. Incursionó por las radios, sorprendiendo a pacíficos animadores para leer las proclamas encendidas que consumían todo el fuego del nacionalismo aristocrático y agotaban su capacidad creadora. Montó la comedia de San Luis que terminó en la carcajada con que el país celebró la simulación de suicidio por Sánchez Zinni. Su última representación, como comparsa del comando "rojo" en setiembre, lo ubicó definitivamente entre los peores cómicos de la legua. Concederle más espacio aquí sería magnificar lo ridículo.

Ellos, como elenco, ni significaban ni representaban nada. Meros instrumentos de una voluntad superior al ámbito de sus piruetas y a la sonoridad de sus parlamentos, su misión era similar a la de esos pececillos que señalan a los tiburones la proximidad de la presa y se alimentan de sus despojos. Tienen sobre los escualos la ventaja de localizar con antelación la pitanza, pero no participan en la caza si ella presupone lucha. Esperan, como los caranchos, que la pieza haya perdido toda su capacidad de resistencia para arrancarle los ojos.

Desde setiembre a la fecha se han llamado a sosiego. La firmeza "azul" no les ha dejado otro campo que el de la guerra psicológica. En ella crean slogans, mezclan pinturas y embadurnan paletas para demostrar que el azul mezclado progresivamente con rojo produce un tono sumamente grato a la concepción pictórica de la oligarquía y el imperialismo que, a la postre, son los críticos de arte de mayor notoriedad. Pero el tiempo pasa y el gompismo desespera. La comedia de San Luis, grotesca como fue, constituye el punto alto de su "curriculum vitae". Desde entonces aquí han ido barranca abajo.

## CAPÍTULO IX

### EL TERRORISMO

EL terrorismo, resabio de la etapa anarco-sindicalista superada por el movimiento obrero nacional, reverdeció en los años de 1959/60. El conflicto en el Frigorífico Nacional "Lisandro de la Torre", donde el frente del 23 de febrero fue definitivamente quebrantado por la provocación, dio origen a su expresión masiva. La huelga de la Unión Obrera Metalúrgica, en agosto, complicó a algunos de sus dirigentes con la acción del terrorismo y culminó en Córdoba con los atentados a la planta petrolera de la Shell, causando seis muertos y numerosos heridos. La intervención a esa provincia encontró en la complicidad de funcionarios del gobierno provincial con el terrorismo su razón determinante más ostensible.

Los episodios del Frigorífico Municipal "Lisandro de la Torre" se iniciaron a raíz de la ocupación del establecimiento por los obreros del sindicato, el mismo día que Frondizi emprendía viaje a Estados Unidos. El 13 de enero, el Poder Ejecutivo envió al Congreso un proyecto de venta del Frigorífico. Éste, que en 1943, con menos de 650 obreros y 50 empleados producía más de 90.000 kilos de carne por año y por obrero, en 1951 producía menos de 50.000 kilos con más de 1.500 obreros y casi 300 empleados y en 1958 batía el record de improductividad: con 6.000 obreros y más de 1.500

empleados había rebajado la producción "per cápita" y por año a menos de 32.000 kilos de carne. El sindicato respondió al proyecto de venta por parte del Ejecutivo con el estado de alerta y la ocupación del establecimiento dos días después.

Durante esa noche y hasta la madrugada, Frigerio discutió con la representación del movimiento obrero peronista las condiciones para el levantamiento de la medida de fuerza. Y como habían llegado a un acuerdo sobre 9 de los 10 puntos planteados, la delegación volvió al establecimiento para informar a la asamblea del éxito de su gestión. Pero la provocación invalidó el esfuerzo y el extremismo de un puñado de dirigentes se impuso. Ellos no buscaban solución al problema de los trabajadores; soñaban con iniciar en el Frigorífico las primeras acciones de una huelga insurreccional que abarcara a todo el país.

Cooke, si no padre, esperanzado capitalizador ante Perón de ese sueño, jugó en la decisión provocadora un papel de primera magnitud. Cuando las fuerzas de Gendarmería y Policía, con apoyo militar, desalojaron y ocuparon el establecimiento, derribando los portones con el ariete de sus tanques, Cooke se presentó a la asamblea y agitando frente a ella un pañuelo manchado con sangre de bovino clamaba dramáticamente sobre la "masacre de veinte trabajadores, por orden del gobierno, en el Frigorífico Municipal". Y exigió que las "62" declararan la huelga general revolucionaria. Eso era el 18. El 21 las bombas explotaban por doquier. Una en el domicilio de Frigerio, otra en el Comité de la UCRI de la calle Estrada al 111, una más en la Plaza José Martín, dos en el ferrocarril Belgrano, una en las vías y otra en un puente y muchas más en Caseros al 730, en un puente del ferrocarril Mitre, en el Servicio de Informaciones de la embajada yanqui, en las vías del ferrocarril Sarmiento y varias en la ciudad de La Plata.

La provocación manejada desde las usinas de la reacción ponía tantas bombas "peronistas" como tantas bombas "anti-peronistas". El terrorismo, como antesala del caos y expresión del reinado de la violencia, interesaba y favorecía tanto los objetivos antipopulares como la agitación política. Todo contribuía a la inestabilidad y la inestabilidad era garantía no

sólo de la paralización de la política del desarrollo económico, sino de la liquidación de la legalidad como bien común y de la paz social. Gorilas antiperonistas y gorilas peronistas servían, con el terrorismo, a la misma causa.

El 22 llegaban tropas de la Agrupación Mesopotamia para reforzar los efectivos que custodiaban las zonas de seguridad y desde ese día, hasta el 25, las explosiones se sucedieron en ritmo creciente. El Consejo de Guerra comenzó a pronunciar sanciones, pero el terrorismo no se detenía. El 3 de febrero, en la dirección de Electrotécnica Naval, la Secretaría de Ejecución y el diario "La Prensa" estallaban más bombas. El 5, la burocracia ucrista aprovecha el terrorismo para desplazar al Ministro de Trabajo, Sr. Allende, que propugnó la ley de Asociaciones Profesionales; visitaron a Frondizi pidiéndole el "cambio de funcionarios que alentaron la huelga general". Al día siguiente Allende renunciaba y el 11 Blejer juraba el cargo. Las "62", conscientes finalmente de la diferencia, habían proclamado el "estado de alerta", pero esa proclamación iba a caer en el vacío. Días antes el Poder Ejecutivo había dispuesto la intervención de los gremios metalúrgico, textil, carne, construcción, madera y químicos. La provocación comenzada en el Frigorífico Municipal iba dando los frutos esperados.

A fines de abril las "62" dispusieron una tregua por 30 días que, en realidad, se prolongó a 90 días. El 21 de julio estallaba una nueva tanda de bombas en Siam Di Tella, R.C.A. Víctor, la Fábrica de Cierres Automáticos, la Roveda Textil S.A. y en una empresa de la calle Galicia al 1400. El 27 el Ministerio de Obras Públicas, el Banco de la Nación (central) y un Comité de la UCRI eran sacudidos por las explosiones. Dos días después, éstas se registraban en la calle Canning, frente al Congreso y en la calle Bouchard. El 2 de agosto le tocó el turno al diputado Boffi, frente a cuyo domicilio una bomba abrió un boquete, y el 8, en Tucumán, el gobernador era agredido y lesionado, registrándose un muerto en los disturbios.

El 24 de agosto comenzó la huelga metalúrgica y el terrorismo recrudeció. Numerosas bombas estallaron el mismo día sin causar víctimas. Pero el 28, cuando iba a depositar

en Siam Di Tella una bomba de alto poder, Benito Moya y su secretaria la abandonan en un café, provocando la muerte de una persona y varios heridos graves. Moya era dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica y la bestialidad de su acto comprometió a toda la dirección. Ésta lo repudió, pero el repudio profundo, indignado y real se había gestado en la base del Movimiento, que rechazaba la infamia de la acción terrorista. Hubo una tregua en la acción provocadora, debida, en parte, a la presión de todo el Movimiento sobre los dirigentes sospechados de connivencia con el terrorismo y, en parte, por la gravedad de la situación militar. El general Anaya había relevado a Toranzo Montero de la Comandancia en Jefe del Ejército, pero éste reasumió el cargo en la Escuela de Mecánica y con el apoyo de las unidades del interior exigió la renuncia de Anaya. Los tanques, que habían partido de Campo de Mayo para imponer disciplina, regresan a sus bases sin alcanzar el objetivo. La situación era caótica, tensa. Pero el 25 de setiembre el terrorismo volvía a levantar cabeza. En Villa Real, en la estación Flores del Sarmiento, en Florida al 240, en un colectivo de la línea 286, un trolebús de la línea 314, una estación terminal de ómnibus, en Sanabria al 2300, en un puente del ferrocarril San Martín, en la esquina de general Paz e Ibarrola, en la plaza Miserere y en Chilavert al 6500, fueron colocados y explotaron nuevos artefactos. Y en Rosario, Córdoba, Mendoza, Resistencia y Posadas actuaron los terroristas. En noviembre, una bomba causó grandes daños en el Ministerio de Economía, y el 25 de diciembre la comisaría de Frías era asaltada por guerrilleros de Uturunco.

El año 60 comenzaba con grandes huelgas ferroviarias, de Correos, mercantiles y de empleados del Estado en el Ministerio de Salud Pública. A ellas se sumaron las del puerto, Aerolíneas, la Construcción. El 25 de febrero se produjo el acto terrorista en la planta de la Shell, en Córdoba, y el conflicto entre Zanichelli y las Fuerzas Armadas tomó mayor cuerpo. El general Larcher, Secretario de Guerra, acusó en Córdoba a "ciertos gobiernos" de provincias de lenidad y tolerancia con terroristas y bandas armadas. Zanichelli y Gelsi se sintieron aludidos y protestaron. Llegaba al país el Presidente de Estados Unidos, general Eisenhower, y su llegada era saludada

por los terroristas con decenas de bombas en todas las ciudades importantes. Hasta que el 13 de marzo, a raíz del atentado contra el domicilio del mayor Cabrera, en el que murió una criatura hija de él y hubo cinco heridos, el Plan Conintes fue puesto en ejecución. Pero el terrorismo no cejó. En Avellaneda, La Plata, Aristóbulo del Valle y Olivos —Agua y Energía— el terrorismo destruye bienes y propicia la represión. El Conintes funciona con todo rigor y la situación en Córdoba se complica día a día. El 27 de mayo estallaron dos poderosas bombas en el domicilio del general Lagalaye, Jefe del SIDE. El 30 el Poder Ejecutivo enviaba al Congreso el proyecto de ley de represión del terrorismo y, poco después, Frigerio, desde el semanario "Argentina en Marcha" que dirigía el Dr. Florit, en un artículo en que señalaba al terrorismo como el cáncer que iba carcomiendo la vitalidad de la República e invalidando las justas reivindicaciones populares, pedía la intervención a Córdoba. El cáncer exigía una cirugía de urgencia, por dolorosa que fuera. El "paralelismo" jugaba así la carta de la ley sobre una mesa revuelta en la que todos los naipes estaban marcados. La reacción había inspirado los proyectos más drásticos y violentos para hacer de la represión al terrorismo el punto de partida para la represión masiva contra todo el pueblo y contra los planes de desarrollo, paz y coordinación del esfuerzo colectivo para el bien de la colectividad. La opción era terminante: o se legislabo contra la minoría terrorista, aislándola del pueblo en su conjunto —que la repudiaba—, o la reacción aprovecharía el resentimiento de esa minoría para lanzarse, violentamente, contra la mayoría. Y a los proyectos de "ley marcial" y discrecionalismo represivo, respondió con el proyecto de ley enviado al Congreso, el que tenía un doble objetivo y finalidad: a) Reprimir la provocación de una minoría de inadaptados; b) Colocar a la represión en el marco de la ley, con lo que impedía sus excesos.

Durante todo ese período el terrorismo, las huelgas políticas, los planteos militares, la lucha de grupos por la hegemonía en el Ejército y la Marina, la progresiva agresividad del sector partidista y anti-integracionista del gobierno, constituyeron las notas más estridentes y negativas. Pero en el

todo, pese a ellos y a la política que iba desarrollando Alsogaray, se daban pasos positivos y definitivos. El 5 de febrero, Y.P.F. llamaba a licitación para perforar 4.557 pozos en el flanco sur de Comodoro Rivadavia, se reglamentó el artículo 28, fue creada CAFADE y, en Mendoza, el 2 de marzo, comenzó a producir petróleo el primer pozo de la Banca Loeb. El 22 de abril Y.P.F. adjudicó 1.500 pozos en el flanco sur, las elecciones en Mendoza transcurrieron tranquilas, dando el triunfo a los conservadores, el frente nacional se mantenía en Catamarca, dando el triunfo a la UCRI, en Jujuy se verificó el mismo fenómeno, la batalla del petróleo seguía ganando escaramuzas, se solucionaba el paro ferroviario, se firmó el convenio entre el gobierno de Santa Cruz y la Texas Butadiene para la instalación de fábricas de negro de humo y caucho sintético.

En La Pampa el frente se mantiene y derrota en elecciones a la oposición, hay acuerdo entre el gobierno y los gremios ferroviarios para que los trabajadores integren la administración de las empresas, Frondizi inauguró el oleoducto entre Campo Durán y San Lorenzo, el Ministro de Trabajo declara que es obligatoria la retención de las cuotas sindicales por los patronos, en el plenario de las "62" Cardoso expone la línea política de la pacificación, el reencuentro y la solución de los conflictos mediante negociaciones, propiciando la disolución de los grupos, la defensa de la legalidad y la unidad del movimiento obrero, siendo aprobada su moción por unanimidad, y el 2 de junio el repudio al terrorismo es general. El frente del 23 de febrero, desquiciado en enero por la provocación, se batía en retirada, pero se seguía batiendo siempre.

### *EL INGENIERO ALSOGARAY*

El Dr. Arnaldo Musich, en el prólogo del volumen en que se recopiló una síntesis de los ensayos y conferencias producidas por Frigerio sobre temas económicos y sociales, divide el plan de desarrollo económico en cuatro fases de ejecución. Y define esas fases de la siguiente manera: 1ª) Establecimiento de las condiciones fundamentales para el des-

arrollo económico y el saneamiento financiero, que abarca desde el 1º de mayo de 1958 a junio de 1959; 2ª) Expansión subordinada a la política de estabilización monetaria, que va desde junio de 1959 a abril de 1961; 3ª) Reanudación del desarrollo y batallas del presupuesto y del transporte, que toman el lapso que va desde mayo a diciembre de 1961; 4ª) Contracción versus continuidad de la expansión, inmediatamente después. Lo recuerdo aquí porque es importante para ubicar correctamente al ingeniero Alsogaray, como plaga, en la historia de estos dramáticos cuatro últimos años.

Desde junio de 1959 a abril de 1961 —es decir, durante 22 meses— manejó discrecionalmente la economía y las finanzas. Tuvo acceso a ellas a través del compromiso más solemne de impulsar energicamente el plan de desarrollo y de expansión económica sin quebrantar la unidad vital con que había sido concebido el paralelismo entre *desarrollo* y *estabilización*. El déficit provenía fundamentalmente de las cargas de las empresas del Estado, en especial los transportes, y de la frondosidad de la burocracia. Para obturar ese déficit era necesario disminuir un 30 % de los agentes ferroviarios y transferir a la actividad productiva a 500.000 agentes del Estado, de los que ya 250.000 habían sido transferidos. El desarrollo económico —nuevas industrias, mayor afluencia de bienes al mercado, menores importaciones de productos que se podían extraer, elaborar y producir en el país— permitían realizar esa transferencia de brazos de un sector a otro de la actividad, sin recargar los costos de la transición sobre las espaldas del pueblo. Pero Alsogaray, una vez afirmado en el Ministerio de Economía y el de Trabajo, se dedicó a hacer exactamente lo contrario. Contuvo los planes de desarrollo, archivó el proyecto de reestructuración de los transportes y privatización de las organizaciones paralelas que no hacían al transporte de carga y pasajeros propiamente dicho; y, en lugar de podar la burocracia, la regó masiva y generosamente. La reducción del déficit fue planeada por él sobre la reducción del consumo en vez de, como había sido inicialmente planeada, sobre el aumento de la producción. Abolió las prioridades, desviando el ahorro nacional de los objetivos básicos reproductivos. Y se dedicó afanosamente a sostener el valor

del peso en el mercado de cambio apoyándolo, para que no se viniera abajo de buenas a primera, sobre la progresiva miseria general, en vez de apoyarlo decisivamente sobre la multiplicación de los bienes económicos. Este fue, en síntesis, el plan de Alsogaray.

Frigerio lo desenmascaró en una serie de estudios en que demostraba la falacia de la estabilización sin desarrollo. Pero la plaga Alsogaray, apoyada en otras plagas, resistió a todos los embates. Enancado en el Ministerio de Economía, la reacción cabalgaba sobre él como sobre un fiel Rocinante sensible a sus riendas y sus espuelas. Contener el desarrollo y atar por la pata al dólar eran todos sus afanes. ¿Que ello multiplicaba inútilmente el lapso de los sacrificios populares? Le tenía sin cuidado. ¿Que aumentaba las tensiones sociales? La represión se encargaría de ellas. ¿Que esas tensiones y sus consecuencias se reflejaban directamente sobre el proceso desarrollista e incidían gravemente en él? Mejor que mejor. Desde el Ministerio de Economía favoreció inexorablemente a quienes propiciaban la intransigencia patronal. Ahí está el caso de los vitivinícolas; a los bodegueros e industriales que llegaban a acuerdos con sus obreros se les cerraban las fuentes del crédito. A los que los enfrentaban y provocaban se les autorizaba a girar en descubierto. Economía y Trabajo fueron los dos brazos de unas pinzas que trituraron entre sus dientes derechos sociales, cooperación laboriosa, convenios. Y los dirigentes gremiales, tan enérgicos y resolutivos antes, tan intransigentes en sus posiciones de clase, tan impermeables a percibir que la felicidad de la clase obrera sólo puede venir del bienestar de la Nación en su conjunto, claudicaron ante Alsogaray. Éste pudo ofrecer a la reacción un período de calma relativa que se deterioró menos por la objetividad del proceso descendente impuesto al país que por su alegre irresponsabilidad en prometer soluciones "para después del invierno".

Porque Alsogaray era una plaga con recursos de "video-tape". No destruía: obstruía; no chocaba: carcomía; no rompía: debilitaba. Le bastaba frenar el ritmo del desarrollo para alcanzar los objetivos que le habían impuesto los intereses agroimportadores. El técnico parlanchín que confundiría eco-

nomía con finanzas no era el creador de la política que realimentacional unificado para impedir o retardar al menos el proceso de autodeterminación reiniciado el 1º de mayo. Los hilos que mueven a los títeres los manejan los titiriteros. El sueño dorado de Alsogaray —el plan de viviendas— sufrió el mismo colapso que el del desarrollo.

## EL 29 DE MARZO

El 29 de marzo, luego de cuatro años de intrigar, calumniar, socavar, sabotear, la reacción desbarranca al país por una pendiente trágica y oscura. No fueron los tres comandantes en jefe los que derrocaron a Frondizi. El orden constitucional fue abatido por la acción conjunta de la reacción interna e internacional. Ésta, frenética por la firmeza de los principios sostenidos por la República en Punta del Este y reiterados en el discurso del Presidente en Paraná, que al reiterar el principio de no intervención y no ingerencia, vivificaba las mejores tradiciones argentinas y levantaba la bandera de la hermandad continental. Aquella, histérica ante la objetividad amenazadora para los intereses agroimportadores del autoabastecimiento de petróleo.

Ese día culminó la indisciplina y la insubordinación de los altos mandos militares; hizo crisis la agitación política y la beligerancia social gestadas por las dos modalidades del gorilismo; las maniobras del golpismo y su elenco estable hallaron, por fin, un puñado de ejecutivos, y el terrorismo y Alsogaray pudieron ver cómo, en horas, los comandantes en jefe de las tres armas perpetraban lo que ellos venían haciendo en años. El 29 de marzo es el desprendimiento de todas las plagas, de una sola vez, sobre el gobierno constitucional, desplazando a Frondizi y aplastando al país. De ese aplastamiento nadie se liberó; ni los militares ni los civiles, los empresarios o los obreros, los comerciantes o los políticos. La Nación es un barco que cuando se hunde arrastra a todo lo que convive en ella; sólo se salvan los que no se realizan, viven, sufren y sueñan dentro de ella, sino al margen de ella. Nada que tuvie-

ra el menor contenido nacional dejó de flotar, como náufrago inerme, sobre la vorágine que el 29 de marzo arrasó el orden constitucional: precario, angosto, restringido, pero única valla opuesta al caos y al aniquilamiento de la dignidad ciudadana.

Porque detrás del 29 de marzo estaba Pinedo, un Atila moderno bajo las ruedas de cuyo automóvil se cerraron las fábricas, creció la desocupación y fluyen las fuentes de todas las violencias y la disgregación nacional.

Un pantallazo azul, peligrosamente amenazado de extinguirse, mantiene a flote en la expectativa popular la idea que todo no está perdido aún. Que en estos cuatro años no hemos arado y sembrado en el mar.

## CAPÍTULO X

### EL "GOBIERNO PARALELO"

DESDE el 10 de noviembre de 1958, cuando Frigerio renuncia a la Secretaría de Asuntos Económicos y Sociales, aparecen en el mercado de la politiquería dos palabras que concitan toda su agresividad: "gobierno paralelo". Radicales del Pueblo, socialistas, comunistas, conservadores, nacionalistas aristocráticos y despistados le dedican desde entonces todas sus diatribas. El "gobierno paralelo" se transformó en la única cuerda del violín de todos los instrumentos consecuentes e inconsecuentes de la reacción. La sonata es monótona pero irritante. El gorilismo la ejecutó sin cesar a los oídos de las Fuerzas Armadas; los partidos políticos derrotados con el continuismo el 23 de febrero hacen de ella su melodía esencial; y los que en aquella ocasión fueron arrastrados por la fuerza de la unidad peronista y no peronista, y la repudiaron después porque en esa conjunción no cabían sectarismos excluyentes, se aferraron a esas dos palabras creadas por el anti-pueblo para disfrazar a su enemigo de enemigo del país.

El pueblo puede confundir a sus aliados con sus enemigos cuando sus dirigentes lo inducen a confusión por miopía o sectarismo; pero la reacción no los confunde jamás. Porque la reacción siempre sabe lo que quiere e identifica de inmediato a quien se opone a sus exigencias y deseos. El "gobierno

paralelo" era el enemigo y sobre él, desde entonces a la fecha, se descargó todo el peso de una campaña que abarcó los diarios, los periódicos, la radio, la TV alimentada por los "servicios", las embajadas, los monopolios, para culminar en publicaciones impresas en reparticiones oficiales a partir del 29 de marzo de 1962. Ni siquiera contra Perón, después de su caída, se gestó una campaña tan persistente, tenaz, agresiva y demoledora como contra el "gobierno paralelo" desde 1959 a la actualidad. E influyó de tal manera sobre la opinión, que la UCRI resultó permeable a sus provocaciones. Derrocado Frondizi, Oscar Alende se transformó en portavoz de la misma en la cúpula de la organización partidaria; y desde la Junta repitió como loro amaestrado contra el "gobierno paralelo" lo que la reacción señaló durante los últimos cuatro años como su pecado fundamental: haber promovido al desarrollo económico de la Nación más allá de lo tolerable por la oligarquía y los monopolios recolonizadores.

Esa campaña, a los efectos político-sociales, tuvo siempre objetivos indisfranzables: 1) Descargar sobre el "gobierno paralelo" todo el peso de la frustración gestada por la lentitud del desarrollo económico impuesta por Alsogaray; 2) Encaminar hacia él todo el descontento popular por la progresiva hegemonía gorila en la esfera gubernamental y toda la indignación de los trabajadores por el avasallamiento de sus derechos y los de sus organizaciones, dispuesto por la provocación instalada en el aparato gubernativo (el capitán Angelini, de Coordinación Federal, le decía a Framini, cuando estuvo detenido, que Frigerio había ordenado su detención y Alsogaray su libertad, caso que se repitió con Eustacio Tolosa); 3) Señalarlo como fuente de toda "inmoralidad", todos los "negociados", todos los cohechos políticos y sociales basados en la pretendida venalidad de los dirigentes gremiales peronistas que se mantenían fieles al programa del 23 de febrero, porque en él y solamente en él quedaban perspectivas de legalidad para sus preferencias políticas y las reivindicaciones sociales de sus compañeros. "Gobierno paralelo", Frigerio y "frigerismo" fueron presentados *como una sola y única cosa*, excluyente de todo otro contenido. Pero en la realidad objetiva no era así. El "gobierno paralelo" lo integraban Frondizi y Frigerio; y

no comenzó a fines de 1958 sino a mediados de 1956, cuando, el 1º de mayo de ese año, Frondizi pronunció el discurso que dio principio al proceso de diferenciación en el seno del viejo radicalismo, para culminar en Tucumán con el nacimiento de la UCRI y la quiebra de la antinomia sobre la que se basaba el poder político del gorilismo, el discrecionalismo "libertador" y la total hegemonía de los intereses reaccionarios en el aparato estatal de la dictadura.

Fue el "paralelismo" el que generó ese discurso definitorio, que *nada tenía de común* con la posición adoptada hasta entonces —y después, hasta Tucumán— por la Unión Cívica Radical, porque la enfrentaba, la contrariaba y la llevó a definiciones que separaron los embriones progresivos de lo definitivamente comprometido con la reacción. Fue el "paralelismo", personalmente Frondizi y Frigerio, quien concibió el contra-programa que sacó a la UCRI de la utopía y la demagogia barata de Avellaneda para entregarle las banderas del desarrollo económico, la legalidad como bien común y la paz social, que impulsaron al pueblo a la polarización del 23 de febrero; fue el "paralelismo" quien armó a la UCRI de una teoría y un método para la acción que la proyectó a la vanguardia de las reivindicaciones nacionales y populares de la comunidad, rescatándola de la fosa común de los comités, los "puntos" y los "punteros", sustituyendo las grandes frases vacías, típicas del "antipersonalismo" aristocratizante, por el gran planteo, la visión panorámica de las profundas debilidades nacionales que invalidaban las más justas reivindicaciones populares. Fue el "paralelismo" quien engendró en el radicalismo la fuerza que lo llevaba a sustituir su pasión partidaria por la pasión nacional y sus *imitaciones* de representación de la clase media por la *ilimitada* perspectiva que otorga sentirse representante de toda la comunidad.

En este aspecto, el referido a la clase media, el peronismo había cometido su más grosero error político. Captada en gran parte en 1946 por las grandes banderas de la independencia, la soberanía y la justicia social, fue luego menospreciada y abandonada a la captación del enemigo a medida que Perón y la clase obrera se iban aislando del resto de la comunidad nacional. Afectada en sus intereses, postergada en el banquete

en que sólo cabían los obreros, los empresarios y la burocracia estatal, la clase media veía elevarse a los de abajo hasta desplazarla de lo que ella estimaba que era su lugar en la vida social.

El peronismo no recapacitó sobre lo que representa en nuestro país esa clase media porteña, que se reproduce en escala menor en todas las ciudades del interior del país. De ella salen gran parte del estudiantado, los profesores, maestros, los empleados de la banca y de la bolsa, los profesionales y la oficialidad de las Fuerzas Armadas. Numéricamente es mayoría, políticamente es democrática, socialmente está comprimida entre la clase obrera y los sectores de la burguesía. Aspira a integrarse con ésta aunque el proceso económico-social la empuje hacia el sector asalariado. A fines del 46, al amparo de la elevación del nivel de vida de los obreros, se sentía económicamente satisfecha; ganaba dinero en el comercio menudo y medio, recibía salarios compensatorios, pagaba alquileres congelados a 1943, es decir, prácticamente nada. Pero el gobierno la agredía con sus precios máximos, las inspecciones, las multas por agio, los impuestos a las transacciones. No se quejó de lo que ganaba; se quejaba de lo que dejaba de ganar. Clamaba contra los controles estatales, contra el aguinaldo, contra las vacaciones, contra los cierres obligatorios, contra la soberbia de su, a veces, único dependiente.

Perseguidos sus hijos en las universidades, por reformistas; en las instituciones, por antiperonistas; en la enseñanza, por su laicismo, el cuadro se repetía en el hogar del profesional, del pequeño y medio comerciante, del militar, del socio de la SADE, del integrante de ASCUA y del Colegio de Abogados. Universidades, escuelas, hospitales y tribunales eran otros tantos centros de oposición al peronismo. En el sector de los servidores del Estado, pese a la afiliación obligatoria, o por eso mismo, el antiperonismo tenía en 1952 una masiva representación.

Quiriendo ser y no siendo —los “quiero y no puedo” del mote criollo— se alejó cada día más de la clase obrera, porque veía en ella la encarnación del régimen y de los males del régimen. La vio levantar cabeza, desafiante, inundando los cines del centro, los restaurantes, los lugares de recreo. Vio a

los trabajadores en Mar del Plata, en la Sierra, en Puente del Inca, en Bariloche, llevados allí por las colonias de vacaciones de los sindicatos y por la organización del turismo social. Y se desahogaba: "Ya no se puede ir a ninguna parte; está todo lleno de negros". Y luego, la "moral". La reacción iba tiñendo a cada hombre, a cada institución, a cada sector del régimen con tintes de corrupción, coima, negociado, peculado. Exactamente igual que había hecho en 1930 con los radicales y repetiría, en 1962, con los "paralelos". Hasta que, como en la época de Yrigoyen, la inmoralidad ya no se refería a lo puramente económico; la acusación señaló el hogar, las organizaciones juveniles, las costumbres, todo inundado por la "ola corruptora" del régimen.

La clase media reclamaba ante todo libertad; libertad para comprar y vender sin controles ni "precios políticos"; libertad para hablar; libertad de enseñanza (esta demanda, hasta el 16 de setiembre, no era monopolio de los católicos y de los demócratas cristianos, sino de todo el movimiento estudiantil no peronista). Quería, además, libre cambio. Pero la clase media no fue vanguardia de esta batalla por la libertad, porque para ser vanguardia es preciso *ser*. Los argumentos, los rumores, los panfletos impresos o escritos a máquina que expresaban sus apetencias —y los chistes con que se ridiculizaban a los exponentes del régimen— se elaboraban en otra parte. La clase media no fue la usina de la guerra psicológica contra el peronismo; fue sus ocho millones de portavoces diseminados por todo el país.

El radicalismo representaba a esa clase, que no era vanguardia aunque alimentara a todos los partidos políticos sin excepción, incluyendo al comunista. Y fue el "paralelismo" quien lo rescató de esa evidente limitación.

### *LAS TRES ETAPAS DEL "PARALELISMO"*

El "paralelismo" debe reconocer tres etapas consecutivas. La primera se inicia en 1956 y termina en 1959, cuando Frigerio, por segunda vez, debe renunciar formalmente a cooperar con Frondizi y alejarse del país, despojado de su condición

de "asesor del Presidente". La segunda comienza a su regreso, poco más de un mes después, y termina en el momento en que Frondizi deja la residencia de Olivos para ser trasladado, preso, a Martín García. La tercera está engranada con la segunda, y las perspectivas de que finalice están directamente ligadas a la formación y consolidación del Frente Nacional en que debe integrarse. Porque desde que el "paralelismo" nació hasta que se diluya en la unidad de todos los sectores nacionales y populares, compenetrándolos de la primacía de la Nación sobre cuanto la compone e integra, su único objetivo ha sido la creación del Frente Nacional, que no excluye a nadie, absolutamente a nadie, y que concita a todos, absolutamente a todos, a unirse en la lucha por la felicidad del pueblo y la grandeza nacional. Porque para el "paralelismo", pueblo y nación son valores interdependientes e indisolublemente unidos, sin que el pueblo, en su acepción unilateralmente laboriosa, pueda realizarse a expensas de la nación, ni ésta, en su acepción también unilateral de "clase dirigente", tenga posibilidad de realizarse a expensas del pueblo. Pueblo y Nación se realizan juntos o juntos se frustran.

Esas tres etapas que debe reconocer el "paralelismo" corresponden a la lucha por un mismo objetivo en circunstancias y condiciones diversas. Durante la primera etapa, el "paralelismo" puso todo el énfasis en la creación del instrumento teórico que sirviera, luego, de línea conductora para su actividad práctica unificadora. Desbrozó el panorama nacional de brumas y malezas acumuladas por los intereses antinacionales para disimular la objetividad de sus problemas estructurales y de superestructura y analizarlos a la luz de la historia y la experiencia de las grandes victorias y las grandes derrotas nacionales, desentrañando los factores determinantes de unas y otras. La concepción ajena al medio y al hombre argentino, expresión superada del medio y el hombre sudamericano, sólo le sirvió para cotejar sus propias definiciones con la universalidad del proceso económico-social de la época. El falso espejismo en que cayó Sarmiento, confundiendo lo postizo con la civilización y lo autóctono, embrionario pero superable, con la barbarie, no se repitió. La concepción integracionista, como doctrina, tomaba de las corrientes del pensamiento

universal los factores que elevaban lo propio a la altura de lo ajeno, sin menoscabar lo que le era peculiar ni menospreciar la propia experiencia, que era lo esencial.

De esa etapa inicial de autoesclarecimiento y de esclarecimiento popular, dan fe las páginas de "Qué" y los discursos, entrevistas y artículos de las páginas de Frondizi que hemos estudiado en la primera parte de esta contribución a que la experiencia no se pierda. Desde el 1º de mayo de 1956 a la actualidad, esa labor de autoesclarecimiento y de esclarecimiento general no ha cejado. Libros, folletos, periódicos, discursos, boletines lo testifican aunque la reacción los haya sepultado bajo toneladas de papel para oscurecerla y disimularla. Pero durante esa primera etapa el "paralelismo" no se redujo a teorizar. Al dar nacimiento a la UCRI creó el instrumento suficiente para poner en acción sus teorías; abrió perspectivas al peronismo para que superara su aislamiento y sus limitaciones; selló la alianza popular en Caracas y se reveló el 23 de febrero como instrumento específico del reencuentro y de la recuperación nacional. Y sólo su ductilidad, exenta de sectarismo, hizo posible que el 23 de febrero se viera ratificado el 1º de mayo. La capacidad de negociación política está siempre en proporción directa a la magnitud de los objetivos buscados. El objetivo era la unidad de todos para el bien común; con tal objetivo, la capacidad de negociación sólo podía reconocer sus propios límites en los privilegios minoritarios de la oligarquía y en las exigencias antinacionales del colonialismo. Por eso planeó el desarrollo económico, la reincorporación del país al mercado de capitales, la batalla del petróleo, la puesta en marcha de la siderurgia, la petroquímica y la química pesada. Y cuando llegó al gobierno por la vía de la negociación con la fuerza, puso en ejecución sus planes.

La segunda etapa corresponde a esa ejecución, apoyándola política y socialmente sobre la ley de amnistía, el levantamiento de las proscripciones e inhabilitaciones, la anulación del decreto 4161, la ley de Asociaciones Profesionales, la anulación de las intervenciones a los sindicatos y la de las leyes represivas contra el pueblo y las ideas. Pero, como la incompreensión de sus aliados —de los mismos que recuperaban las organizaciones gremiales, podían expresar su pensamiento sin

pujos ni tapujos y reconquistaban la posibilidad de normalizar y democratizar la vida sindical mediante la ley que había sido anulada por la reacción y el gorilismo— iba transformando, lenta pero seguramente, la victoria en derrota y la pacificación en enfrentamiento, el “paralelismo”, en el seno del gobierno y en el campo de las relaciones sociales, tuvo que hacer de algodón entre dos cristales y, luego, de impotente espectador de una lucha en la que ambos contendores, peronismo y anti-peronismo, estaban instrumentados por los mismos intereses, por los mismos objetivos, por un solo Estado Mayor —el de la reacción— que los llevó, unidos por el sectarismo, la provocación y la subordinación de lo total a lo parcial, a la “debacle” del 18 de marzo, en que la consigna de “derrotar al gobierno” unió en un mismo frente a gorilas y peronistas, comunistas y conservadores, radicales y antirradicales. “Derrotar al gobierno” no era derrotar al enemigo. Era unirse al gorilismo, al colonialismo, contra el desarrollo económico, la legalidad y la paz social. Es decir, aliarse a él contra el pueblo y la Nación, derrotarse a sí mismos, forjar las cadenas de la propia esclavitud.

Durante esa segunda etapa, el “paralelismo” luchó en todos los frentes que abría o que abrían sus enemigos. Contribuyó, inspiró o directamente elaboró los proyectos de ley que nacionalizaban las fuentes energéticas y los contratos que en poco más de 30 meses produjeron el autoabastecimiento; propulsó la normalización sindical y desenmascaró el sabotaje y el terrorismo como recursos de minorías superadas y de resentidos sociales totalmente ajenos a la sicología, la voluntad y los métodos de los trabajadores organizados. Se mantuvo sobre Alsogaray como un tábano sobre un mal jumento, poniendo luz sobre sus maniobras, anticipando los resultados negativos que esperaba de ellas, arbitrando medidas que las invalidaban en parte o que las anulaban del todo. Liquidó en Uruguayana un viejo equívoco entre países hermanos que el imperialismo había creado para disimular la identidad de destino de todos los pueblos latinoamericanos. Sostuvo en Punta del Este los principios nutricios de la mejor y más enorgullecedora tradición argentina en materia de política internacional, que es la de no intervención y no ingerencia.

Resistió victoriosamente a la provocación de la cipayería orquestada por la reacción con motivo de la visita del "Che" Guevara al país, desmontando la escenografía que presentaba la visita de un ministro de un país con el que manteníamos relaciones diplomáticas —y que en Punta del Este mantenía las mejores relaciones con los representantes del Sr. Kennedy y con todos los gobiernos latinoamericanos— como "cabecera de puente de una invasión comunista". Redujo a polvo la provocación de los "documentos" cubanos, elaborados en los servicios de informaciones del Caribe y en los subsuelos del Pentágono. Redujo el problema de Cuba a su verdadera dimensión, como expresión explosiva del atraso y el subdesarrollo. Y anticipó, mucho antes que ese problema pasara a ser debatido en la mesa de la "guerra fría", que el camino de la negociación era el único que reintegraría a Cuba a la fraternidad continental y al continente a la tranquilidad imprescindible para enfrentar la gravedad de sus propios problemas. Y más aun: cuando Cuba ya no fue un problema de las Américas, sino el campo de fricción de los hemisferios y, aparentemente, el más cercano y peligroso de los focos de la guerra nuclear, insistió en que la negociación aplacaría su peligrosidad. Kennedy y Kruschov se encargaron de confirmarlo.

En su segundo viaje a Estados Unidos, luego de su renuncia a la Secretaría de Asuntos Económicos y Sociales, Frigerio dio una entrevista y pronunció una conferencia sobre el problema de Cuba. Era el momento de mayor histeria yanqui, y su planteo racional y objetivo desató una violenta y sostenida polémica en los grandes diarios de Nueva York y Washington. Años después, derrocado Frondizi, un alto jefe naval le preguntaba en Montevideo cómo y por qué había contribuido a forjar la posición de Punta del Este sabiendo que con ello ponía en jaque la estabilidad del gobierno. "Allí no sostuvimos los derechos cubanos, sino los de nuestro país y de todos los pueblos de América a darse los gobiernos que crean mejor y a exigir que nadie intervenga en nuestros asuntos internos. El principio de no intervención es un principio irrenunciable, cualesquiera sean los peligros que encarna, porque sin él los pueblos de este continente estarán inexorablemente condenados a la esclavitud". Y añadió: "Los hechos re-

cientes —era antes del pronunciamiento de Campo de Mayo— demuestran hasta la saciedad que en Punta del Este *nos defendimos* al mismo tiempo que defendíamos a todos los pueblos hermanos. Aunque nuestra defensa haya sido vulnerada por la confabulación interna e internacional de la reacción y los monopolios”. El jefe naval comprendió entonces que la soberanía no se defiende sólo con la escuadra, el ejército y la aviación.

Durante esa segunda etapa el “paralelismo” se refugió en la clandestinidad. Las presiones militares, políticas y partidarias lo obligaban a gestar en la sombra lo que debía concretar a la luz del día. Cuatro millones de trabajadores y un millón de empresarios requerían diariamente respuesta a los problemas derivados de la producción, las relaciones laborales, la provocación y las reivindicaciones justas. El enemigo, la reacción, daba respuestas falsas a esos interrogantes y el “paralelismo” debía dar las suyas. Aquellos fines de semana de Frondizi en quintas cercanas a la Capital no fueron jamás días de descanso. Como no fueron festines las cenas a que iba sin la custodia. Fueron horas ininterrumpidas y agotadoras de trabajo intensivo, analizando situaciones, desarmando trampas, anticipando contramedidas, señalando la posición de los enemigos y sus objetivos y alertando a los aliados. Prácticamente aislado dentro del gobierno, Frondizi agotaba sus jornadas en resolver y capear planteos militares, maniobras políticas y pronunciamientos gremiales progresivamente agresivos. La contraofensiva para impulsar el desarrollo, cimentar la precaria legalidad existente —jaqueada desde adentro por el gorilismo, el partidarismo y la suficiencia burocrática, y desde fuera por la oposición, el golpismo y la dirección gremial en permanente función político-partidaria— y disminuir las tensiones sociales tenía necesariamente que concebirse y planearse al margen de la esfera oficial. En ella, la continuidad de la ofensiva reaccionaria no dejaba al Presidente un minuto de respiro. Si el plan de desarrollo prosiguió, aunque a ritmo de tortuga; si la legalidad, agredida desde todos los ángulos desde el 1º de mayo de 1958, mantuvo un resquicio hasta el 29 de marzo de 1962; y si la paz social, de caída en caída, pero de recuperación en recuperación, no fue defini-

tivamente aventada para degenerar en un choque de clases de consecuencias imprevisibles, fue porque el "paralelismo" desbarató las maniobras disgregadoras. Desde la clandestinidad, inmunes al agotamiento y a la desesperanza, Frondizi y Frigerio concebían y creaban los dispositivos que cerraban al país el camino hacia el caos.

Acosado, obligado por las presiones militares, políticas y sociales a una retirada tras otras, el "paralelismo" contra-atacaba enérgica y eficazmente sobre lo fundamental de los objetivos enemigos. El petróleo, la siderurgia, la petroquímica iban supliendo, peligrosamente para la reacción, las importaciones; la UCRI, como partido de un gobierno que *no era partidario sino nacional*, forjaba en Chascomús la teoría y el programa que exigía su acción práctica en el Ejecutivo y el Legislativo, dándole validez nacional; la clase obrera, aleccionada en las jornadas de enero de 1959, impulsaba a sus dirigentes a la unidad mediante la subordinación de lo partidario a la identidad de los intereses profesionales y, por consiguiente, a mantener una política independiente y liberada de partidismos. El autoabastecimiento progresivo, la adecuación doctrinaria de la UCRI a los objetivos nacionales, la perspectiva de paz social progresiva (la exposición de Cardoso en el plenario de mayo fue clara y terminante y no encontró en ese plenario una sola voz que la impugnara) aterrorizó a la reacción. Y dispuesta a quemar etapas, movilizó al general Toranzo Montero. El 12 de octubre, el entonces Comandante en Jefe del Ejército produjo un memorándum dictado por la reacción, cuya síntesis era la creación de un "gobierno paralelo reaccionario" que, manteniendo a Frondizi como cortina de humo democrática y legal, ejerciera "de facto" la totalidad del poder. "La línea Mayo, Caseros y Revolución Libertadora —decía en uno de sus párrafos— totalmente encuadrada en la legalidad constitucional, garantiza la estabilidad jurídica, la paz social y el prestigio mundial de la Argentina".

La tarde del 11 el "paralelismo" conocía el texto del memorándum cuya entrega oficial no se realizaba no porque "continuaba el estudio de sus sugerencias", como se hacía trascender desde los sectores allegados al Comandante en Jefe, sino porque sus planteos, que transformaban al gobierno

constitucional en una mascarada indigna, ni concitaban el apoyo de la mayoría de los jefes y oficiales del Ejército ni el de las demás armas. Toranzo Montero había apreciado mal la situación; creía disponer unificadamente de una fuerza de la que no disponía. Y sus exigencias, que correspondían pura y simplemente a regresar a la *política económica y social* "libertadora", tenían necesariamente que empujar hacia Frondizi tanto a los sectores empresarios como a los de los trabajadores, cualesquiera fueran las discrepancias que separaban a ambos de la política gubernamental. Cuando creyó tener detrás de sí una masa de fuerzas militares, políticas y sociales que aseguraban la supremacía de su sector sobre todos los demás, que estaban disgregados, sólo tenía, en realidad, a la reacción interna e internacional, prácticamente aislada por la falsa apreciación de su vocero.

Las nuevas bases económicas gestadas por el desarrollo habían creado fuerzas cuya dinámica se reflejaba sobre toda la comunidad, abriéndole nuevas perspectivas que escapaban a la percepción del Comandante en Jefe. Y sobre la objetividad del proceso en permanente transformación, el "paralelismo" armó su contraofensiva. Aquella noche decidió adelantarse a Toranzo Montero y defender la legalidad constitucional atacando a su más audaz enemigo. Esa madrugada quedó resuelto que el Presidente informaría al pueblo de la situación, abriría el paquete reaccionario que envolvía el memorándum y, de esa manera, aislaría más aún a su ejecutor. En ese memorándum se exigía la detención o expulsión del país de Frigerio y la exoneración de 80 funcionarios "frigeristas".

Pero Frondizi estaba físicamente agotado. Todas las presiones, la totalidad de las formalidades de su aislamiento, la agresividad de los enemigos y la incompreensión de los aliados recaían personalmente sobre él, que, al mismo tiempo que constituía el baluarte físico del "paralelismo", era el blanco preferencial de todos sus adversarios. A las 8 de la mañana del 12 de octubre envió a un emisario con un mensaje dramático: consideraba que la crisis total ya era inevitable, que todo estaba perdido, pero que él, personalmente, no iba a ceder. Que salía de inmediato hacia la Casa de Gobierno y que esperaba allí al Comandante en Jefe, dispuesto a no

abandonar su despacho más que preso o muerto. Que Frigerio dejara el país de inmediato, pues preveía acontecimientos graves y violentos. La crisis que culminó esa madrugada prevaleció, un instante, sobre su permanente combatividad y quiso enfrentar solo, como el 29 de marzo, a los enemigos del orden, de la ley, de la continuidad del esfuerzo común por crear la nación capaz de ser madre de todos sus hijos y no madre de pocos y madrastra de muchos.

Pero el emisario volvió a Olivos pocos minutos después de haber salido, llevándole un mensaje y un llamado a la enérgica determinación que había demostrado siempre. Una correcta apreciación de la relación de fuerzas permitía fácilmente advertir que Toranzo Montero, sirviendo a la reacción, era un *as de copas* que se creía *as de espadas*. Que se debía enfrentarlo públicamente, no en privado y como acorralado, con la certeza de que su actitud combatiente movilizaría fuerzas muy superiores a las que creía tener tras sí el Comandante en Jefe. Que Frigerio permanecería junto a él, como en todas las crisis, acicateando a todos los sectores que la política económica y social del "paralelismo" había ido rescatando al frente de la incompreensión y el sectarismo.

Ese llamado a la determinación y al espíritu de lucha de Frondizi no podía caer en el vacío. Esa determinación y esa combatividad —tan serenas como irreductibles— habían pasado por pruebas mayores que las que podría plantearle el Comandante en Jefe. Cuando, frente a Kennedy, en Washington, el Secretario del Departamento de Estado, Dean Rusk, debatiendo el caso Cuba, tiró sobre la mesa el paquete de documentos que denunciaban su interferencia en nuestros asuntos internos, Frondizi los examinó lenta y minuciosamente, miró a Kennedy a los ojos y con esa desesperante frialdad, casi impenetrable, los volvió a tirar sobre la mesa para decir nada más que cuatro palabras: "Estos documentos son falsos". Rusk los recogió en silencio y los devolvió a su cartera.

Estaban allí frente a frente, y sin más testigos que uno de los hombres públicos más esclarecidos de Estados Unidos y de más segura comprensión de los problemas latinoamericanos como es Rusk, el Presidente de la Nación más poderosa del mundo y el Presidente de una República que estaba dispuesto

a todas las transigencias, menos la de los principios de autodeterminación nacional. Cuando Rusk guardó los documentos falsificados, Kennedy apenas si sonreía, Frondizi mantenía su "cara de piedra" y Rusk oscilaba entre la estupefacción y la admiración. En ese momento fue evidente para él que entre el Caribe y el cono sur de nuestra América había una diferencia esencial.

En los cuatro años de "paralelismo", Frondizi había subordinado todo a los objetivos. El desarrollo económico, la legalidad y la paz social, fueron sus metas y su guía. Para alcanzarlos no le importó —ni vaciló— en cimentar el camino con el cadáver de sus viejas concepciones, aparentemente combativas pero esencialmente utópicas y, por eso mismo, tolerables para los enemigos de la liberación nacional. Y en las crisis, mostró que para alcanzar esos objetivos estaba dispuesto a negociar todo menos los principios de no intervención, de libre desenvolvimiento social (ley de Asociaciones Profesionales), de autodeterminación nacional (petróleo, acero, caminos, etc.), y de refirmación democrática (derecho peronista a participar en las elecciones). Su reacción era segura.

A las ocho y media Frondizi contraatacaba. Su capacidad de autocrítica, la que hizo del portavoz del sectarismo izquierdizante de "Petróleo y Política" el motor irrefrenable del autoabastecimiento nacional en materia de petróleo, demostró una vez más su decisión y su perspicacia. Citó en el acto al Dr. Colombo, grabó el discurso y comprometió al responsable de las radios a que lo pusiera en el aire, cualesquiera fueran las circunstancias, en el mismo momento en que Toranzo Montero, alrededor de las 10, dejara Campo de Mayo rumbo a la Casa Rosada. Lo demás es del dominio público.

Eran las 10,20 de la mañana del Día de la Raza cuando las cadenas de radio y TV interrumpían sus programas y una voz grave anunciaba: "Son las nueve y quince minutos de la mañana y nos encontramos en la residencia de Olivos. El Presidente de la Nación va a dirigir un mensaje al pueblo argentino". Hubo una pausa, y la voz de Frondizi cayó desde el aire sobre todo el país como una clarinada. En ese mismo momento, el Presidente de la Nación daba por terminada su

entrevista con el Teniente General Toranzo Montero. La salida de éste de la Casa de Gobierno se produjo por una puerta no habitualmente usada por los funcionarios que visitan al primer magistrado. Había llegado a las 10, seguro de sí mismo, acariciando el ultimátum que venía perfeccionando desde su visita a Panamá, y veinte minutos después se retiraba confuso, perplejo, con el ultimátum transformado en un tizón que le quemaba las manos. El teniente coronel Alejandro Shaw, su ayudante de campo, que lo acompañaba, no amenguaba la tremenda soledad del Comandante en Jefe.

Frondizi, con su mensaje, había transferido la dilucidación del problema al ámbito de la conciencia pública. En ella no tenía validez el compromiso asumido por Toranzo Montero en Panamá ni su objetivo de constituir un "gobierno paralelo reaccionario" para contener el proceso de recuperación económica en que estaban empeñados todos los sectores y clases de la población no ligados, directamente, a los intereses de los monopolios y la agroimportación. Como la clase obrera, que reivindicaba legalidad y constitucionalidad porque el derecho, en ellas, prevalece sobre la fuerza.

El "paralelismo" había maniobrado con perspicacia y había accionado con energía y decisión. Sacó al proyectado golpe del ámbito de las alcobas ministeriales y lo obligó a desplegarse ante todo el país. Y ya no le dio tregua en el sentido de obligarlo a accionar públicamente. La reunión ministerial y de Secretarios Militares de aquella noche se realizó con taquígrafos y grabadores y sus debates se dieron a publicidad. Ello daba al país la condición de juez en la contienda e impedía que los formalismos sustituyeran las realidades para disfrazar de "sugestión" lo que era "exigencia", y de "relación de consejos" lo que era "ultimátum". Y para que la Nación, como juez e instancia inapelable, pudiera juzgar, comenzó por despanzurrar el contenido del golpe y sacar al sol la podredumbre de sus entrañas.

Y entonces las mentiras convencionales perdieron toda su capacidad de captación. El cuadro que el Presidente iba dibujando ante la ciudadanía y los pueblos de nuestra América y el mundo tenía una objetividad incontrastable. Era un minúsculo sector el que conspiraba para asumir el poder.

Existía la más amplia libertad para criticar, atacar y aun difamar al gobierno. Este sabía, al elegir el camino del desarrollo, la legalidad para todos y la paz social, que había elegido el más áspero, pero también que era el único que llevaba al país hacia su destino de bienestar y grandeza. Para oponerse a ese destino, la reacción echaba mano de todos los medios. Llamaba "comunistas" a quienes, enfrentando todos los prejuicios prefabricados por las usinas del colonialismo, habían establecido la libertad de enseñanza, resguardando la fe religiosa de las mayorías; eran "comunistas" los que, bajo la agresión ideológica y sectaria más histérica de nuestra historia, habían logrado la cooperación de capitales y técnicos nacionales y extranjeros para la explotación de las riquezas petrolíferas de la Nación, redimiendo a su economía de la dependencia asfixiante de las importaciones de combustibles; se acusaba de "pro-peronista" a quien, garantizando la democracia representativa en el mundo laboral, había devuelto a la clase obrera la ley que la aseguraba en los sindicatos. Se acusaba de entreguistas a quienes iban quebrantando los lazos de dependencia de la Nación; de venales a quienes defendían los intereses generales de las apetencias de grupos y sectores, de ilegales a quienes, desde la clandestinidad, insuñían sus noches y sus días para preservar la legalidad. El proyectado "golpe de alcoba" no estaba dirigido contra el peligro de un comunismo existente, un terrorismo repudiado por todos que sólo expresaba el aventurismo de un puñado de inadaptados y resentidos sociales que se ahogaban en el ámbito de la ley y del orden constitucional, o un entreguismo tan extraño que iba apoyando sobre la autosuficiencia nacional en necesidades esenciales sus planes de recolonización. El "golpe de alcoba" era dirigido contra el desarrollo económico, la legalidad como bien común y la paz social. El último párrafo de la andanada de luz con que el "paralelismo" aplastó el "golpe de alcoba" era terminante:

"Los intereses que desean la ruina del pueblo argentino pretenden exigirme que destruya lo que hemos logrado con el sacrificio de todos, que detengamos los planes de desarrollo, que resucitemos el odio y la persecución ideológica entre los argentinos, que viole la ley que hemos jurado respetar, que

coarte la libertad de amigos y adversarios, que menoscabe el prestigio internacional de la República, que se enseñoreen de nuevo en el país la arbitrariedad y el odio.”

“Yo tengo fe, una profunda fe en este pueblo. Tengo fe en las Fuerzas Armadas, que son parte inseparable de él y custodia de su destino soberano. Apelo al pueblo argentino y a sus soldados de tierra, mar y aire para contrarrestar esta nueva conspiración lanzada contra todos los argentinos, contra su paz, contra su bienestar y contra su futuro. Mantendré las orientaciones fundamentales del gobierno en lo que hace al orden, a la paz, a la legalidad, al desarrollo nacional. Aceptaré todas las sugerencias, pero tomaré las decisiones dentro de mis facultades constitucionales. Como Presidente de la Nación Argentina, en cumplimiento de mis deberes constitucionales y para salvar al país del retroceso y del deshonor, defenderé mis atribuciones contra cualquier intento subversivo. En ningún caso renunciaré. Me quedaré en mi puesto para afrontar todas las circunstancias, para servir así a la causa de la Nación. Con la ayuda de Dios, fuente de toda razón y justicia, cumpliré con mi deber y defenderé a mi pueblo.”

El 19 de octubre, desde “Argentina en Marcha”, el semanario que dirigía el Dr. Carlos Florit y que era el único órgano de expresión del “paralelismo”, Frigerio analizaba la crisis y concluía: “El país no quiere un presidente prisionero”. Cuarenta y ocho días después, el 7 de diciembre, “Argentina en Marcha” era silenciado, una vez más Frigerio “salía del país” y el “paralelismo” se batía en retirada. Pero se batía. La causa del pueblo y de la Nación no admite deserciones, ni siquiera temporarias.

### *CAMBIO DE FRENTE.*

La frustrada aventura del general Toranzo Montero, de encabezar un “gobierno paralelo reaccionario” que mantuviera en sus manos la totalidad del poder tras un Presidente constitucional meramente decorativo —y eventualmente sustituido cuando se juzgara mejor—, tuvo una breve etapa preparatoria

que, si comprometió a algunos sectores dirigentes políticos y gremiales, no comprometió a los partidos como tales ni a la masa trabajadora. Contó, desde el primer momento, con el apoyo incondicional del "elenco estable del golpismo", pero contar con eso y con un gorrión era la misma cosa. El nacionalismo aristocrático, reducido ya al grupito de "Azul y Blanco", tampoco le aportaba más que la vieja cantinela recalentada de su nebulosa "revolución nacional necesaria", sin pueblo, sin desarrollo económico, sin más objetivo que el de reconstruir el poder de una clase dirigente anquilosada en la custodia de las riquezas potenciales conservadas celosamente como reservas del colonialismo. Los empresarios estaban en la vereda de enfrente a la del proyectado "paralelismo reaccionario". Así lo expresaron, concretamente, el 13, la C.G.T., ACIEL y la Unión Industrial. La clase obrera, alertada, tampoco se dejaba arrastrar. Taccone, de Luz y Fuerza, declaraba que "ratificaba nuestra tradicional posición de defensa de la legalidad constitucional", invocaba la necesidad perentoria del reencuentro de los argentinos y señalaba que la paz social debía asentarse, de inmediato, sobre cuatro premisas: 1) Normalización de la C.G.T.; 2) Respeto a la ley de Asociaciones Profesionales; 3) Contratos colectivos de trabajo; 4) Participación de los trabajadores, junto a los demás sectores sociales, en la discusión de los grandes problemas nacionales. Radamés Grano, de Comercio, fustigó al golpismo, se definió por las confrontaciones democráticas en las urnas, exigió profundos cambios estructurales, pero sostuvo que "ni los planteos de las Fuerzas Armadas ni la conducción gubernamental contemplaban las aspiraciones populares". Y Miguel Gazzera, de las "62", era quien más a fondo iba en la cuestión, pero retornaba de inmediato a la superficialidad, confundiendo causas con efectos. Declaró textualmente: "El agudo problema que afecta en este momento la tranquilidad de la República, se condensa fundamentalmente en los siguientes aspectos: 1) El gobierno surgido de las elecciones del 23 de febrero de 1958 *ha sido forzado a perjudicar a una importante parte de la ciudadanía argentina, por lo cual el gobierno no cuenta con el necesario apoyo popular*; 2) Este gobierno impopular *ha desconocido totalmente el programa*

preelectoral y se ha dado a una política económica que el mundo civilizado ha rechazado desde la segunda guerra mundial; 3) En el aspecto social, los malos empresarios cometen toda clase de arbitrariedades contra los trabajadores, hasta llegar a la *amenaza permanente y diaria de despidos masivos y el desconocimiento de la legislación laboral*. En consecuencia, el llamado del Presidente de la República a la constitucionalidad y la legalidad debe tener una demostración ejemplar por parte del gobierno, que muestre definitivamente que está dispuesto a cumplir todas las promesas que ha venido repitiendo en sucesivos discursos".

Taccone, sin ir al fondo de la cuestión, definía las medidas que impulsarían a los trabajadores a cooperar decisivamente con el gobierno, lo que era *poner claridad* en un aspecto sólo parcial del problema, pero, de todas maneras, era *poner claridad*. Grano era más confuso, porque definirse por la legalidad y no *luchar* para mantenerla, era negar la experiencia secular de la clase obrera, que ha aprendido en carne propia que la legalidad se *conquista* y que, recibida como dádiva, carece de realidad. Y Gazzera, en el primer aspecto de su definición, acertó en pleno. Pero en seguida transformó el acierto en error al confundir causas con efectos. Efectivamente: si el gobierno surgido del 23 de febrero había sido *forzado a perjudicar* a un sector de la ciudadanía era porque en su seno había fuerzas antipopulares. Y si éstas lo *forzaban*, era porque carecía de apoyo popular para prescindir de ellas. Es decir que el gobierno no contó con el *necesario apoyo* popular para asumir integralmente el poder que formalmente recibió de la reacción el 1º de mayo y librar en su seno, fortalecido por ese apoyo, la batalla por el poder real que le permitiera no perjudicar a un sector de la ciudadanía. Más claramente: la falta de apoyo de la base peronista al gobierno que surgió electoralmente de la conjunción de las fuerzas peronistas-no peronistas, enfrentadas al antiperonismo, facilitó la hegemonía del antiperonismo en la dualidad gubernamental que, en relación al poder real, resultó de la necesaria negociación del derecho con la fuerza.

Este aspecto de la cuestión es importante porque ha sido el que durante estos últimos cuatro años llevó a los trabaja-

dores de derrota en derrota y de frustración en frustración, hasta culminar en la trágica situación que actualmente sopor-tan. El frente del 23 de febrero carecía de fuerza para asumir el poder; debió compartirlo con la reacción porque el peronismo y la clase obrera, que es su columna vertebral, creyó que la batalla electoral daba a ese gobierno, al mismo tiempo, el derecho y la fuerza. No había asimilado nada de las lecciones que la reacción le dictó, agresivamente, desde 1955 a 1958. El gobierno, en lo que respecta a poder, era una *dualidad* y Gazzera lo comprendía desde el momento que advertía que era *forzado* a perjudicar a un sector. Pero esa comprensión no llevaba a la acción para fortalecerlo y obligarlo a enfrentar a quien lo forzaba. Más aún: enfrentándolo, se aliaba inconscientemente al poder deformador. Porque dirigentes gremiales de las "62" mantuvieron contactos con el general Toranzo Montero, animándolo a la aventura, hasta que comprobaron que uno de los puntos clave de su ultimátum a la legalidad exigía la intervención a las grandes federaciones reconquistadas por la mayoría peronista al amparo de la ley de Asociaciones Profesionales y la anulación definitiva de esa ley. En lo que respecta al *incumplimiento de las promesas pre-electorales*. Gazzera repite servilmente lo que oyó decir a la reacción y al gorilismo. Estos no combatieron a Frondizi por lo que *no hacía en cumplimiento del acuerdo del 23 de febrero*, sino por lo que *hacía*. El levantamiento de la intervención a los gremios, la anulación de las procripciones e inhabilitaciones, así como el decreto 4161, la ley de Asociaciones Profesionales, la devolución de la C.G.T. a los trabajadores, la reanudación de los contratos colectivos de trabajo, fueron los pretextos del antiperonismo para atacar y debilitar a Frondizi. Sin que los trabajadores, que eran sus beneficiarios, lo apoyaran. La declaración de Gazzera demuestra que el hábito de "recibirlo todo por orden de arriba" seguía prevaleciendo. La combatividad de la clase obrera era usada por los dirigentes para la *obstrucción*, no para la *conquista*.

Frustrada la aventura del Comandante en Jefe, la reacción reorganiza sus fuerzas y busca un campo más propicio para atacar. Ese campo es el de la política internacional.

Las elecciones de febrero en la Capital habían dado el triunfo al Dr. Palacios mediante la unidad de esfuerzos de socialistas y comunistas, armonizados bajo las banderas de Fidel Castro y de la revolución cubana. El peronismo de la Capital aportó una parte sustancial de sus votos a ese triunfo, que sorprendió a todos, no porque el frente "izquierda-peronismo" hubiera ganado opinión de masas o el castrismo despertara en él adhesión definida, sino porque la presentación de Damonte Taborda como "candidato de Perón" causó indignación en el peronismo.

Luego de las elecciones en la Capital, el gobierno de Frondizi, fiel a los principios de no intervención y arbitraje, ofreció al gobierno de Estados Unidos y Cuba su mediación. Y el 21 de abril, en Uruguayana, asumía la iniciativa en el campo elegido por la reacción para darle la batalla. Su tesis es profundamente nacional, no para negar la solidaridad hemisférica a la causa de la democracia y el modo de vida tradicional de nuestros pueblos, sino para refirmarla y sustentarla sobre bases inamovibles. Sólo la manifestación más vigorosa de la independencia nacional de los pueblos de nuestra América, traducida en la independencia de su política internacional, puede aportar valores reales al mundo occidental y su unidad monolítica. El satelismo es un carcinoma que prostituye las relaciones entre los pueblos desarrollados y los que anhelan desarrollarse; sólo beneficia a los monopolios y las minorías.

Durante todo el año 1961, el "paralelismo" divide su acción entre los campos de la política internacional e interna y va bloqueando la acción provocadora. Frondizi viaja al Uruguay para entrevistarse con Haedo, visita a Paz Estenssoro en La Paz, a Stroessner en Barrerito y luego en Asunción, a Alessandri en Santiago, a Goulart, Betancourt, Prado y Kennedy. Habla en la Asamblea General de la U.N., llega al Canadá y se entrevista con el señor Stevenson en Trinidad. Y en todas esas entrevistas y viajes formula el mismo planteo, partiendo de cuatro supuestos ciertos: 1) La auténtica buena voluntad de los funcionarios que siguen la orientación del Presidente Kennedy; 2) Cierta desconocimiento en las esferas oficiales norteamericanas de la situación por que atraviesan

los países sudamericanos y también cierto desconocimiento de los objetivos nacionales que ellos se trazan; 3) La existencia de funcionarios norteamericanos que no siguen o no quieren seguir la política de Kennedy; 4) La necesidad de hablar con absoluta franqueza, dada la gravedad de la situación.

El "paralelismo" hablaba como amigo que es de Estados Unidos, preocupado por el futuro de su propio país y el de Latinoamérica, en la medida en que ese futuro podía ser afectado por una política exterior norteamericana que no previera situaciones graves que es imprescindible contemplar. A partir del 1º de mayo de 1958 la política interna e internacional argentina había variado fundamentalmente. Su posición internacional, tradicionalmente ligada al área británica, había girado 180 grados, aproando hacia el bloque interamericano y norteamericano. La lucha por el autoabastecimiento de petróleo y la cooperación con ese objetivo de los capitales extranjeros implicaba ese viraje. Un menor grado de dependencia, mayor homogeneidad social, mayor grado de crecimiento económico y diversificación de la producción caracterizaban su cambio interno. Cuba y la Argentina eran los extremos de un proceso que resultaba previsible en toda Latinoamérica. Cuba era la expresión anárquica, descontrolada y, por eso mismo, violenta de una crisis que gravitaba sobre todos los pueblos subdesarrollados del continente; Argentina era su expresión planificada, controlada y, por eso mismo, pacífica. Allá la presidía el paredón; aquí la legalidad constitucional y la ley. Pero el camino era duro. El plan de estabilización provocaba un malestar inmediato, puesto que limitaba el consumo, y el desarrollo ofrecía frutos ulteriores, puesto que se afincaba en industrias básicas. La liquidación del déficit —reestructuración de los ferrocarriles, suprimiendo los ramales antieconómicos— y la racionalización administrativa, que eran necesidades urgentes e impostergables para la salud económica de la Nación, iban a liberar y dejar vacante una mano de obra cuya ocupación exigía una colaboración masiva de Estados Unidos para mantener el proceso argentino en los cauces de la legalidad y la paz. Para nosotros, ello significaba superar rápidamente y sin violencias

disgregadoras nuestros problemas básicos; para Estados Unidos era abrir a más de 200 millones de seres y a todo un continente un camino hacia el fortalecimiento de su posición internacional totalmente coincidente con la de la Casa Blanca y los intereses permanentes de la Nación americana. La afirmación de los movimientos nacionales en nuestra América era la más firme garantía contra la expansión del comunismo. Pero esos movimientos nacionales carecerían de capacidad de proyectarse firmemente hacia el futuro si no estaban asentados sobre procesos desarrollistas que respondieran a las características y peculiaridades de cada país. Cooperar en esos procesos, reafirmando los movimientos pacíficos pero reivindicatorios en lo económico-social de los pueblos de Latinoamérica, daría a Estados Unidos auténticos amigos, auténticos aliados y no satélites que se convierten rápidamente en enemigos.

En lo referente al problema de Cuba, el "paralelismo" sostenía, luego de haberlo definido como "expresión explosiva del fenómeno general del subdesarrollo", que no era más que la agudización, por efecto de la guerra fría, de un proceso generalizado en toda Latinoamérica y que su tratamiento debía ser incluido en el conjunto del replanteo de la política interamericana. Cuba demostraba con absoluta claridad lo inadecuado de la política norteamericana para Latinoamérica, repercutiendo desfavorablemente en nuestros países, provocando presiones internas, de izquierda y de derecha, que no hacen más que oscurecer las soluciones y dificultar las tareas de gobierno. En la gestación de esas presiones actuaban sin duda agentes comunistas, pero actuaban también agentes vinculados a sectores de conducción norteamericana. El histerismo de Castro no creó el problema cubano; fue el problema cubano el que alimentó el histerismo de Castro. Por consiguiente, ese problema tiene que ser objeto de un tratamiento futuro que impida su repetición y su expansión.

### *LA MANIOBRA REACCIONARIA*

En agosto, el "Che" Guevara caía a Buenos Aires como peludo de regalo. Días antes, "La Nación", comentando la

política exterior, había dicho: "La oposición a la acción exterior del Poder Ejecutivo se ha vinculado con los sectores de poder y se ha incorporado al mecanismo de la crisis, terreno en el cual la unipersonalidad del Dr. Frondizi es menos rígida y admite discriminaciones pragmáticas, cuyos efectos ejemplifican el reemplazo de los Dres. Taboada y Mujica, como antes el del Dr. Florit".

La llegada del "Che" Guevara —ministro de un gobierno con el que mantenía la Argentina relaciones diplomáticas, que investía la representación de ese gobierno en Punta del Este, que mantenía allí las mejores relaciones con los representantes norteamericanos y con la totalidad de los demás países de nuestra América— provocó una de las crisis más graves del año. La provocación magnificó el hecho dándole proporciones de invasión castrista. La seguridad nacional estaba amenazada porque un argentino, que había dejado de serlo por propia voluntad y que gravitaba tanto en nuestro país como el maharajá de Kapurtala, visitaba a una parienta anciana. Objetivamente, el hecho no podía ser tomado en serio por nadie, y menos aun por las Fuerzas Armadas. Pero en las tres armas, la inquietud fue la nota característica. La tempestad, que en realidad se desarrollaba en un vaso de agua, llegó en la formalidad hasta Puerto Belgrano. Ejército, Marina y Aeronáutica deliberaron. "Correo de la Tarde", que durante la visita de Castro el año anterior le quiso servir de cicerone hacia el barrio norte y lo exaltó como a su ídolo, porque era el ídolo de las "señoras gordas" y porque fusilaba como sus exponentes internos, puso el grito en el cielo. Esa grotesca pero efectiva maniobra de la reacción ya no iba a cesar hasta el derrocamiento de Frondizi. Tuvo treguas, altibajos, pero mantuvo en permanente irritación a los sectores de poder hasta que esa irritación culminó el 29 de marzo. Detrás de ella, unificando las fuerzas externas e internas en la mistificación de la lucha contra el comunismo y el castrismo, el Pentágono vigilaba. En última instancia fue él quien movió los títeres al cambiarse la guardia en la residencia de Olivos.

Como decía "La Nación", la "oposición a la política exterior se había vinculado con los sectores de poder". A

fines de diciembre, antes de Navidad, se realizó una cena a la que concurren el embajador de Gran Bretaña, el presidente de la Shell, el Sr. Bereny, que luego se suicidó, y un grupo de funcionarios de la embajada de Estados Unidos. El embajador Sr. Mac Clintok ni estaba presente ni consciente de ese ágape. Ya entrada la madrugada, se habló descarnadamente sobre la liquidación de Frondizi y la política de desarrollo y paz social. Bereny, que era una suerte de "agente doble", entrevistó a Frigerio días después para pedirle que "abandonara la política que llevaba a cabo". "Si Uds. aprueban el proyecto ENI —le dijo— van a terminar mal".

Superada la crisis momentánea, el "paralelismo" contraatacó. El 21 de agosto, en un mensaje al país, Frondizi reivindicaba "la facultad indeclinable de manejar las relaciones exteriores con la plenitud que le confiere el ejercicio del Poder Ejecutivo". Punta del Este y el discurso de Paraná ejemplifican esa determinación. Su síntesis es demasiado notoria para que necesitemos reiterarla. El nuevo ataque reaccionario resultó una "chirinada" grosera y grotesca. Una colección de documentos tan torpemente falsificados como un billete de mil amañado por un aprendiz de grabador, fundamentaron la coordinación de todos los instrumentos de la provocación interna e internacional. "La Prensa" y "Correo de la Tarde" le dedicaron todo el torrente de esa falsa indignación que caracteriza a los falsificadores empeñados en pasar por legítimo lo que colaboraron en falsificar. La agitación tenía un tono de histeria pocas veces alcanzado. La manifiesta incapacidad de los servicios del Sr. Dulles, la desesperación del Sr. Miró Cardona, la falta total de principios del gorilismo, de la dirección sindical, actuaban de agentes provocadores. Pero el "paralelismo" ni perdió la serena objetividad de sus apreciaciones ni cedió a la provocación. Comenzó por el análisis simplemente gramatical de los documentos, separando el sujeto del predicado y aislando en éste a los atributos y los verbos. Los documentos eran falsos. Y como en las novelas policiales, mostraban huellas digitales de los "servicios", el Sr. de Pablo Pardo, el "entongado" Frente Revolucionario Democrático de Miami y el infeliz mister Dulles, que creyó posible que 2.500 hombres invadieran victoriosamente una

isla en la que hay 200.000 campesinos armados que defenderán con esas armas sus tierras mientras no se les demuestre concretamente que pueden defenderlas mejor produciendo más y más barato para el mercado de sus hermanos de América.

El episodio de los documentos terminó como el parto de los montes: fue parido un ratón Pardo, que es el matiz que caracteriza a los pollinos.

### *TRANSPORTES, BUROCRACIA, ELECCIONES*

Defenestrado el Ing. Alsogaray, el "paralelismo" centró su actividad sobre la reestructuración de los transportes y la poda de la burocracia. La disminución del déficit presupuestario, que Alsogaray invocara durante dos años y que contribuyó a mantener y acrecentar, era la tarea más urgente que exigía la salud económica. La provocación, emulando las reivindicaciones inmediatas y oscureciendo los intereses permanentes de los trabajadores del riel, los lanzó a la huelga general. Ésta duró lo necesario para comprometer el proceso electoral, al que se llegó con un deterioro del partido del gobierno que hacía vaticinar todas las derrotas. Pero Herminio Alonso mostró en ella sus condiciones de dirigente fiel a su clase y a su gremio. El frente del 23 de febrero, despedazado en la Capital y el Gran Buenos Aires, mantenía su validez en el interior del país. La participación directa de la masa en los problemas candentes restaba a los dirigentes la posibilidad de maniobrar seducidos por victorias a lo Pirro. Frondizi había emprendido un largo viaje que no condecía con su declaración de asumir la dirección de la "batalla del transporte". Ésta se desarrolló sin su participación directa e insumió, por eso, el doble de esfuerzos y el doble del tiempo previsible. Pero se libró victoriosamente porque Herminio Alonso se opuso a la maniobra reaccionaria; desde el punto de vista electoral, no impidió la victoria de la unidad peronista-no peronista en Santa Fe, San Luis y Catamarca. Antes, durante y después del proceso electoral, el "paralelismo" se batió en todos los niveles, desde el presidencial al partidario, por la participación del peronismo en el cotejo. La legalidad con

proscripciones carecía, ya entonces, de todo atributo de legalidad.

El "paralelismo" se batió en esos días del interinato del Dr. Guido contra la decisión del ministro Vítolo de proscribir el peronismo como medida de menor esfuerzo para cortar, de un tajo, el nudo de la crisis. Como se había batido, durante la crisis ferroviaria, por la decisión negociada del difunto. El cardenal Caggiano, que jugó el papel fundamental en la solución del conflicto, sin siquiera dar muestras de percepción de los desaires intencionados de que fue objeto, y la conciencia de clase de Alonso, dieron salida victoriosa para el país al problema. Pero al regreso de Frondizi, la crisis estaba en su cenit. Y prevista en todos sus aspectos por el "paralelismo".

La crisis prevista se produjo. El Dr. Alemann, atemorizado porque el desarrollo "excesivo" nos provocara una congestión, renunció. El Dr. Coll Benegas lo sustituyó hasta que, el 23 de marzo, se alejó. Se trata de un reconocido economista, de tendencia política conservadora, pero cuyo conservadurismo no está reñido con un espíritu desarrollista, emprendedor, analítico y crítico de alta jerarquía. Ni "paralelo", ni "frigerista", ni integracionista, su testimonio tiene el valor de la objetividad y la experiencia, amén del coraje de decir su verdad sin sustituirla por el balido del rebaño que sigue dócilmente al borrego inicial.

En un estudio que publicó después del derrocamiento de Frondizi, decía:

"Creo, sinceramente, que el propósito fundamental de la política económica argentina a partir de fines de 1958, fue promover el desarrollo del país, es decir, la elevación del nivel de vida de sus habitantes. Se consideró que una de las bases necesarias para esa promoción era la estabilidad monetaria, adoptándola en consecuencia. La otra base fundamental era el aporte de capitales extranjeros, porque nuestro propio ahorro no alcanzaba para cumplir la tarea, máxime teniendo en cuenta las limitaciones de nuestro balance de pagos. Estos enfoques eran correctos. La estabilidad monetaria se mantuvo en el orden externo. El aporte de capitales se fomentó, creando las condiciones para ello, a cuyo efecto se resolvieron con

justicia y coraje los pleitos pendientes con inversores extranjeros y se les acordó toda clase de seguridades razonables a los nuevos inversores, lo que en todas las épocas ha sido el método indicado para atraerlos, como lo atestigua la propia historia argentina.

“Al mismo tiempo, sin realizar planes minuciosos, que por otra parte requieren tiempo y numeroso equipo técnico, se planificó en líneas generales el crecimiento económico. Las bases de esa planificación eran: la utilización de los recursos naturales; el desarrollo de la energía; la mejora de los transportes; la instalación de industrias básicas, y el reequipamiento de los sectores industriales existentes, ya sea que trabajasen para la exportación o para el consumo interno.

“No pretendo enumerar en detalle todas las realizaciones de ese período, pues sólo quiero atenerme al análisis de las grandes líneas de la política que se ha seguido. En cuanto a las críticas me limitaré a comentar aquellas que tienen algún asidero. Toda obra humana es perfectible, y también, por supuesto, el valor de mis propias observaciones.

“Para apreciar el éxito parcial de los cuatro años del gobierno del doctor Frondizi, baste señalar: el autoabastecimiento de petróleo, la construcción de gasoductos, las obras en materia energética, el impulso a la industria petroquímica, y todas las adaptaciones institucionales que esa obra requirió, inclusive un cambio en la mentalidad pública para poder llevarlas a cabo. En materia de transportes las dificultades retardaron el proceso y sólo al final las soluciones parecían posibles. En cuanto a la instalación de industrias básicas y al reequipamiento, es mucho lo que se avanzó. La mejor prueba de que se había progresado, es que el producto bruto nacional creció en 1961 en 5,7 %, cifra que se compara favorablemente con los países más adelantados del mundo. El reequipamiento privado que se efectuó en 1961 permitía esperar un crecimiento mayor en 1962. Un país no resuelve sus problemas en cuatro años; debe continuar el esfuerzo constantemente. Lo grave es que el proceso quede trunco, como le ocurrió a la Argentina el 29 de marzo de 1962”.

## EL GOLPE DEL 29 DE MARZO

Nuevamente Frondizi en el país, la reacción, que había concentrado todas sus fuerzas en la política internacional, incorporándola, por la excitación que provocaba en las fuentes de poder, a la crisis interna, viró en redondo. Abonado el terreno de la política externa con todos los productos explosivos que ponía a su alcance la complicidad de la reacción internacional, dedicó todos sus afanes a la campaña electoral de marzo. Fue inútil que Perón, desde Madrid —y en conocimiento de las condiciones en que se desarrollaba la campaña y la evidencia de la inutilidad práctica del concurrentismo peronista con candidatos propios— intentara reconstruir un frente que había ayudado a dismantelar durante los tres últimos años. El sectarismo de los dirigentes gremiales, su deseo de transmutar su fuerza sindical en poder político partidario, superó la conducción de Perón y éste se dobló a sus exigencias. Fue en vano que advirtiera su decisión de renunciar a conducir el Movimiento tras la derrota real que seguiría inexorablemente a la victoria formal. La consigna de “derrotar al gobierno” no significaba darle el triunfo al peronismo. Por el contrario, correspondía a servirlo en bandeja de plata a sus enemigos irreductibles.

En tales circunstancias, el “paralelismo” agotó todos sus recursos. Esclareció, analizó, explicó, anticipó las consecuencias que devendrían de la caída del Movimiento en la trampa reaccionaria. Agotó sus reservas en esa lucha. Pero se negó terminantemente —e impuso su criterio— a aceptar el recurso de la proscripción como solución para el dilema planteado. En los círculos dirigentes nadie podía llamarse a engaño. El pueblo debía hacer su propia experiencia. En los primeros días de abril, el más caracterizado dirigente gremial de los petroleros me decía: “Si al día siguiente de las elecciones hubiéramos podido sacar cada uno de nosotros el voto que habíamos puesto en las urnas, lo hubiéramos hecho sin vacilar. Desde la caída de Perón el Movimiento no ha sufrido una derrota igual.”

## DOS MENSAJES

El "paralelismo", nacido de la unificación de criterios económicos, políticos y sociales entre Frondizi y Frigerio, a partir de las vísperas del 1º de mayo de 1956, cerró su segunda etapa el 29 de marzo de 1962 con dos documentos que desentrañaban el contenido y los objetivos del golpe que abatió la legalidad e inauguró un nuevo período dictatorial turbulento, anárquico, de voraces apetitos súbitamente despiertos hasta que, en setiembre, los tanques de Campo de Mayo y Magdalena ponían coto a esa alucinada carrera hacia el poder de una avalancha de enloquecidos aprendices de dictadores. Frondizi preso y Frigerio expatriado coincidían una vez más en el análisis de los hechos y la apreciación de sus consecuencias. Hoy, 1º de marzo de 1963, a casi un año del golpe que abatió la legalidad, cada una de sus afirmaciones apriorísticas ha tomado formas reales. La indigencia económica, el caos político y la explosiva tensión social que en ambos documentos se anticipa, ya no son previsiones; son como losas que amenazan aplastar bajo su peso progresivo la independencia, la democracia y la dignidad de los argentinos.

Frondizi, dos días antes de su derrocamiento y en previsión de los hechos que se dieron el 29, escribió al Presidente del Comité Nacional de la UCRI, Dr. Alfredo García, una extensa carta. En ella, tras de afirmar que no se suicidaría, no aceptaría dejar el país ni cedería a la reacción y el golpismo unificados que exigían su renuncia, reiterando su irrevocable determinación de permanecer en su puesto hasta ser derrocado por la fuerza, advertía: "Nuestros enemigos —los enemigos del pueblo argentino— quieren mi renuncia. Con ella se prepara una parodia institucional, sobre la base de una democracia restringida que excluya a todos los sectores populares y, como consecuencia inevitable, una despiadada represión contra el pueblo, con la que me han amenazado continuamente. Esta es, por lo tanto, y lo digo aquí con tanta solemnidad, *la razón fundamental de mi obstinada y tenaz negativa a renunciar a mi cargo o terminar con mi vida.*"

Prosigue su carta recordando la lucha sostenida, y con-

sidera necesario que la verdad se conozca sin rebozos a fin de que la experiencia no se pierda. "Por lo pronto —prosigue—, del análisis de las circunstancias actuales del país surge con claridad que, por mucho que hoy se imponga una solución violenta, la derrota del pueblo será solamente transitoria. Tengo absoluta fe en su triunfo final y sé que nada ni nadie podrá evitarlo si se actúa conforme a las enseñanzas que proporcionan los episodios vividos. El pueblo ha comprendido definitivamente que su fuerza reside en el número de voluntades que representa, es decir, en la fuerza de la democracia. Está, asimismo, en la unidad y la coincidencia, es decir, en la comprensión de los objetivos comunes".

En su dramático documento reitera Frondizi que el 23 de febrero no fue el triunfo de un partido, sino del pueblo y de la idea de "lanzar a la Nación a su destino irrenunciable de desarrollo, bienestar y libertad". Analiza y expone la negociación a que se vio compelido entre el 23 de febrero y el 1º de mayo, so pena de invalidar el esfuerzo y trocar las perspectivas de paz por las de la guerra civil. Enumera luego la serie de provocaciones de que fue objeto, denuncia las presiones soportadas tras las elecciones del 18 de marzo y, antes de finalizar su carta con el recuerdo de Yrigoyen, repite una vez más:

"Se aproximan horas difíciles para el país. Si no se supera esta crisis, lo serán mucho más aún. Por mi parte, trato de evitar esta perspectiva de sangre y encono para mi patria. No renuncio para no abrir el cauce a la anarquía, pero si pasan por encima de mi voluntad, si me arrojan del gobierno o me eliminan físicamente, quiero que el pueblo todo conozca la realidad de lo ocurrido para que pueda aprender la lección de la historia. Los últimos comicios señalan que más del 70 % del electorado se ha pronunciado por el desarrollo económico, la justicia social y la convivencia democrática. Las bases de la expansión están logradas en forma irreversible y por tanto es más claro el derecho del pueblo a gozar de los beneficios que de esta situación derivan. La lucha que se abre ahora lo es por la legalidad y la paz. Y la legalidad y la paz sólo se pueden asegurar por la unificación de todos los sectores populares".

Con fecha 27 de marzo, Frondizi enviaba ese documento al Presidente del Comité Nacional de la UCRI. Con fecha 13 de abril, Frigerio analizaba la formalidad y el contenido del golpe de furca del 29 y lo exponía ante la conciencia popular. "El golpe de estado que derrocó al Presidente Frondizi —comenzaba su mensaje—, elegido en comicios libres por cuatro millones y medio de sufragios, es el acto de fuerza más injustificable que registra la historia institucional del país. Ha sido repudiado por la opinión argentina y mundial en términos absolutamente unánimes".

¿Qué buscaba ese golpe? La vuelta, pura y simple, al régimen que el pueblo repudió el 23 de febrero de 1958 y que volvió a repudiar el 18 de marzo de 1962 al distribuir el 75 % de sus votos entre la UCRI y el Justicialismo que, unidos en 1958, derrotaron al continuismo y al quedantismo y, separados, en 1962, volvían a derrotarlo al dejar a su alcance menos de la cuarta parte de las voluntades ciudadanas.

La experiencia vivida en estos cuatro años —que es la síntesis misma de estas páginas— se refleja en el documento con una claridad meridiana. El error de los dirigentes políticos y gremiales, que en vez de rodear y presionar a Frondizi para el cumplimiento de los planes de desarrollo, cooperaron con la reacción y el gorilismo en el colapso de la autoridad legítima, dando paso a los que habrían de proscribirlos una vez más y anular de hecho todas las conquistas laboriosas de derecho, surge entonces con una nitidez que aterra. Desmascara los planteos antiperonistas y anti-integracionistas con que se quiso justificar el golpe, demostrando que, tras ellos, como tras una cortina de humo fétido, lo que buscó y logró la reacción fue paralizar el desarrollo económico y hacer imposibles la legalidad y la paz social. Hace luego la autocrítica del gobierno que integró hasta el 10 de noviembre y a cuya acción ulterior cooperó o se opuso a través de las limitaciones propias de una total identificación con Frondizi a través del "paralelismo", y de un enfrentamiento total con la política de Alsogaray que integraba el gabinete. Denuncia la confabulación de la reacción interna e internacional en el golpe y fundamenta las razones que determinaron ese matrimonio en la amenaza que para los intereses antinacionales en-

gendraba el plan del desarrollo autónomo de nuestra economía y su conversión de agropecuaria en agroindustrial.

El documento, necesariamente extenso, profundizaba en el análisis de la obra del gobierno constitucional y las medidas fundamentales que alcanzó a dictar, las que son irreversibles y no podrán anularse aunque la contraofensiva reaccionaria alcance el cenit de su empuje y virulencia. Ahí están el petróleo, el gas, los oleoductos y gasoductos, la petroquímica y la química pesada, la industria automotriz y la de máquina, los caminos y las comunicaciones, dando fe de existencia a una política de enérgica y efectiva promoción federal, constituyendo en sí misma una realidad inexpugnable en todo el territorio nacional. Para anularla, la reacción tendría que tapar los pozos de petróleo, volar los oleoductos y gasoductos, desmantelar las fábricas, arar los caminos, dinamitar los puentes. Proceder, en fin, como en un país ocupado. Pero la ocupación carece de perspectivas, como lo probó el derrumbe del nazismo hace menos de veinte años.

Eso en lo económico. En lo social dio la ley de amnistía, que la oposición combatió a pretexto que era "amnistiar a delincuentes comunes"; la de Asociaciones Profesionales, tachada por los mismos de "estatuto totalitario"; normalizó la vida sindical y devolvió la C.G.T. a los trabajadores. Aseguró el precepto constitucional de la libertad de enseñanza y revaloró el principio de no ingerencia y no intervención, base de la preservación de la soberanía nacional en el campo de las relaciones internacionales.

Pero no sólo señaló los aciertos del gobierno. También subrayó sin ambages sus debilidades y errores. Fustigó duramente la lentitud y la parcialidad con que se aplicaron los planes de estabilidad y desarrollo económico, la falta de protección a la industria nacional, la tolerancia hacia la importación de artículos no prioritarios, la práctica de una política fiscal basada en que la mejor medida contra la inflación es la congelación de los salarios y la destrucción de los derechos sindicales de asociación y huelga. La política de comercio exterior sin dinamismo, agresividad e imaginación —sujeta a una rutina paralizante y deteriorante— está allí marcada a fuego.

La falta de firmeza para resistir al permanente chantaje de los golpistas, que tenían crédito para sostener publicaciones provocativas, controlaban los servicios de radio y TV, y disponían a placer de los servicios de informaciones costeados por el pueblo, constituye otro aspecto de las debilidades del gobierno constitucional que, al ceder a ese chantaje, enfrentó al pueblo y restringió los derechos democráticos de extensos sectores de la ciudadanía, jaqueando su proclamada sumisión al derecho y a la legalidad. Las conclusiones del documento son tajantes: 1) El golpe del 29 de marzo fue la culminación de un proceso conducido por los intereses contrarios a los de la Nación, que mantuvieron acosado al gobierno para impedirle alcanzar los objetivos de autodeterminación nacional; 2) El pueblo y las Fuerzas Armadas —que también son pueblo— cedieron a la campaña de intrigas, difamación y escándalo con que los acosó la reacción y se transformaron en sus agentes ocasionales; 3) El golpe fue fomentado por los monopolios mundiales opuestos a la política de paz, convivencia pacífica y libre desenvolvimiento nacional de los países subdesarrollados que luchan por superar las contingencias del subdesarrollo; 4) El golpe es esencialmente antidemocrático, inspirado por los partidos sin pueblo y por una ínfima minoría izquierdizante que, porque no tiene votos, no tiene voz en las consultas democráticas; 5) Los responsables del golpe han empujado a la República a dar un salto en el vacío. El desastre económico, el caos político y la subversión social la esperan allá abajo.

Todos, absolutamente todos, debemos comprometer nuestro esfuerzo en salvar al país de esa debacle. Todos, absolutamente todos, compartimos la responsabilidad que ello presupone. Pero tienen una especial responsabilidad los dirigentes de esas mayorías congregadas en los cuadros del Justicialismo y de la UCRI, así como los ciudadanos que militan en partidos cuyos dirigentes fomentaron el golpe, traicionando los sentimientos de sus adherentes. “Si descartamos a esos dirigentes ofuscados por rencores partidistas —concluye Frigerio— puede afirmarse que todo el pueblo argentino apoya la legalidad, la paz social y el progreso económico. Se trata de alinear al pueblo en torno de estas banderas que son intransferible-

mente suyas. La mayoría de los oficiales de las Fuerzas Armadas también las comparten. Esta movilización de la Nación en defensa de su supervivencia como entidad democrática y soberana permitirá superar la crisis y aplastará a la insignificante minoría instrumentada por los enemigos nacionales. En esta coyuntura mundial, cuando los más opuestos rivales negocian el desarme y convienen su colaboración en la fabulosa aventura científica de explorar el espacio y multiplicar la producción de bienes y servicios para elevar los niveles de vida de la humanidad; cuando los países industrializados comprenden que las condiciones tecnológicas de la producción en sus economías nacionales exigen la promoción de nuevos mercados, con alta capacidad de compra, en las regiones subdesarrolladas y están lanzados a un vasto programa de cooperación financiera para el logro de ese fin; cuando en nuestro país empresarios y obreros comparten el concepto del desarrollo económico, que significa, para los primeros, la expansión y unificación del mercado interno y la capacidad de exportar, y, para los trabajadores, fuentes de trabajo, elevación de sus niveles técnicos, ocupación plena y mejores condiciones de vida; cuando en el plano mundial y nacional se coincide en la vía de la negociación, del acuerdo, de la empresa solidaria, para afianzar la paz y el bienestar del género humano, es absurdo y criminal que los argentinos no encontremos en nuestra propia y homogénea comunidad nacional, unida por tradiciones, idioma, religión, cultura e intereses idénticos, el punto de coincidencia que evite la guerra civil y la quiebra de la Nación.

“Porque confiamos en la conciencia nacional de nuestro pueblo y en el patriotismo de sus sectores civiles y militares, estamos seguros de que esta trágica crisis será superada y muy pronto volveremos a encontrarnos todos los argentinos en la fraterna asociación de la democracia y la legalidad sin restricciones, para que nuestra patria alcance la plenitud de su destino.”

Desde miles de kilómetros de distancia, el creador del justicialismo, el que incorporó a todo el pueblo al quehacer político-social, el que al multiplicar las fuentes de trabajo y ofrecer plena ocupación a los hombres y mujeres semi-ocupa-

dos del interior del país y transferirlos al crisol del Gran Buenos Aires dio al movimiento obrero un contenido y una conciencia nacional que expulsó de la conducción a los extremismos, ha escuchado los llamados a la unidad, a la acción solidaria y común, a la lucha por crear la Nación capaz de anudar sobre el mástil que sostiene en alto la bandera de la Patria las cintas confirmatorias de su soberanía irrestricta, su independencia sin limitaciones, su vocación justiciera y democrática.

Y como en Caracas, en aquellos primeros días de un enero sombrío, abrir las compuertas de todas las exclusas para que un mar de pueblo reitere serena y enérgicamente, en las urnas que ya se entreabren, su decisión irrevocable de alcanzar la plenitud de la autodeterminación mediante el desarrollo económico armónico y acelerado, la más auténtica e irrestringida legalidad y la más sólida e incommovible paz social.

### *NO HEMOS ARADO EN EL MAR*

Si en su primera etapa "paralelismo" significó teoría y práctica para el Frente Nacional y en su segunda etapa creación de los cimientos de las bases materiales que ese Frente debe ampliar en el porvenir —y defensa intransigente, empeñada y agresiva de esas bases—, el tercer ciclo está signado por la estructuración de ese Frente, objetivo último en que se fundirá el movimiento de integración nacional.

El Frente es una realidad, discontinua pero convergente en todas sus partes hacia la unidad para la recuperación de la economía nacional postrada, las fuentes de trabajo clausuradas, la democracia representativa tirada a los perros y la convivencia social escarnecida. El Frente es una realidad y está en marcha, pero tendrá que sortear aún muchos obstáculos. Se equivocará gravemente si espera que esos obstáculos se le presenten en el proceso electoral propiamente dicho. *La reacción sabe que no puede dar la batalla electoral, que, por cada voto que deje en las urnas, el Frente depositará cinco si no seis votos.* La batalla se va a librar —en verdad

ya se está librando— POR y CONTRA la estructuración del Frente Nacional. Para la reacción, impedir la estructuración del Frente es dar, victoriosamente, la batalla decisiva. Para el pueblo, cualesquiera sean su militancia política y su procedencia social, estructurar el Frente tiene el mismo significado. Es transformar la jornada de las urnas en una marcha triunfal hacia el ejercicio pleno e irrestricto del poder y del derecho.

La acción decisiva, pues, ya ha comenzado. Somos una inmensa mayoría enfrentada por una minoría insignificante cuyo recurso extremo y tradicional —desencadenar la violencia— ha entrado en crisis, resulta impracticable en el orden internacional y va siendo proscripto, por contraproducente, en los ámbitos de la política interna de pueblos y países. Y nosotros no somos una isla en el mundo, sino parte de un continente que ha agotado, cruenta e inútilmente, todas las experiencias dictatoriales, para refirmar, cada vez más agresivamente, los derechos políticos y sociales de sus doscientos millones de hombres y mujeres.

Impedida de recurrir a la violencia para imponer sus privilegios, la reacción interna e internacional *sólo puede sacar fuerzas de nuestras debilidades, sólo puede encontrar aciertos en nuestros errores, sólo puede abrirse camino hacia el éxito por las fisuras que nosotros mismos dejemos abiertas en nuestro Frente.* Su experiencia, su argucia, su capacidad de maniobrar están alertas, sensibilizadas al máximo, agudizadas al extremo. Tiene conciencia de su debilidad intrínseca, pero también tiene conciencia de nuestras debilidades y en la batalla contra la estructuración del Frente las va a explotar a fondo. Ya las está explotando.

Anima e impulsa a lanzar candidatos prematuros para transformar la claridad de los objetivos que unifican a todas las corrientes populares en competencia de personas que tienden a separarlas y enfrentarlas. De esa manera, la lucha por el desarrollo económico, la legalidad como bien común y la paz social como sustentáculo de una estabilidad inamovible es desviada hacia la lucha de facciones, partidos, clases y ambiciones personales. Introduce factores de provocación y disgregación empujando a quienes, invocando la necesidad

del Frente, exigen el derecho a vetar a quienes tienen que integrarlo, propugnando que el Frente resulte un mal remedo de la Unión Democrática, que integraron. Alimenta cuidadosa y generosamente los graves defectos del Estatuto, que es un sendero áspero y tramposo hacia la salida pacífica, al mismo tiempo que alimenta y anima a los que luchan contra él, malgastando energías en acciones parciales que nada hacen a la acción principal, que es la estructuración del Frente. Sin Frente Nacional, cualquier Estatuto beneficiará a la reacción; con Frente Nacional, ningún Estatuto impedirá su triunfo. Finalmente: lucha por transformar al Frente Nacional en *un apéndice del candidato*, siendo ésta la causa y aquél el efecto, porque siendo el Frente la causa y el candidato el efecto, la designación de éste es lo secundario y la estructuración de aquél lo principal.

Así está accionando la reacción. Y, en el terreno de la formalidad, que es lo ostensible, parecería alcanzar cierto éxito. Pero la experiencia de estos últimos siete años no ha caído en saco roto. El pueblo la siente gravitar sobre sus hombros con un peso tremendo, pero esclarecedor. Nosotros confiamos en su memoria, en su capacidad de asimilación, en la contundente claridad del duro aprendizaje que ha venido haciendo en su tránsito hacia la autodeterminación nacional.

Confiamos en él. No hemos estado arando en el mar.

Buenos Aires, 5 de febrero al 1º de marzo.

# INDICE

	<u>Págs.</u>
A manera de prólogo .....	7
La masacre .....	9
El derrumbe .....	39
El frente antiperonista .....	77
Hacia el 23 de Febrero .....	101
De las elecciones al 19 de Mayo de 1958 .....	119
Seis meses que valen años .....	137
La derrota de la delegación .....	165
Nuestras siete plagas .....	181
El terrorismo .....	189
El "gobierno paralelo" .....	199